UN MISTERIO DE MIRANDA Y PARKER

LINSEY LANIER

PRUEBA DE FUEGO



PRUEBA DE FUEGO

Un Misterio de Miranda y Parker - Libro 6

Linsey Lanier

Felicity Books

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.
La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia.
Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

ISBN: 978-1-966699-38-5

RESUMEN

Algo maligno acecha en las sombras.

Observando y esperando.

Sediento de sangre.

Parker quiere reabrir un caso sin resolver en Chicago. Un incendio en una casa que podría haber sido provocado. Miranda no está nada contenta, pero su atractivo esposo, un brillante investigador, no acepta un no por respuesta.

Así que la pareja de detectives se dirige al pueblo natal de Miranda.

Allí descubren que la víctima era una joven estudiante de arte que murió quemada en su propia cama años atrás. Unas inquietantes fotografías del cuerpo despiertan en Miranda el deseo de encontrar al asesino y llevarlo ante la justicia.

De repente, Parker se vuelve distante.

Algo trama.

Ella no logra descifrar qué.

Y ahora empieza a sentir la presencia de algo muy, muy maligno.

Cuando el caso reabre viejas heridas, Miranda se da cuenta de que los secretos de Parker podrían desatar un infierno que destruiría su relación.

¿Podrá conseguir que le cuente la verdad antes de que sea demasiado tarde?

¿O ambos arderán en las llamas?

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
Capítulo Treinta y dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete

Capítulo Cuarenta y ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Capítulo Cincuenta y Seis
Capítulo Cincuenta y Siete

CAPÍTULO UNO

Me llaman Smoke.

Una voluta por aquí. Una voluta por allá. Y antes de que te des cuenta, desaparezco.

Pero es que soy muy listo. Al menos, mamá siempre solía decirlo cuando me enseñaba a tocar el clarinete. Me adoraba. A veces. Y otras veces… bueno, no queremos pensar en esas veces.

Se le daba muy bien la música… y el dolor.

Él también decía que yo era listo. Pero nunca supe si decía la verdad o no. Y además, estaba loco.

No como yo. Yo siempre mantengo la cabeza fría. Por eso nunca me han atrapado por mis crímenes. Y sí, sé que son crímenes. Después de todo, no soy un iluso. No como lo era *él*.

Pero yo no los llamo crímenes. Son mis *proyectos*. ¡Y son tan divertidos! Cómo me encanta escuchar el sonido de los gritos femeninos en mis oídos. Oler su miedo. Ver la expresión de terror en sus ojos cuando se dan cuenta de que no hay salida.

Ningún escape de… mí.

Finjo que son mamá. Y que simplemente estoy correspondiendo a las lecciones que ella me enseñó.

A *Él* no le interesaban las mujeres. En eso éramos diferentes. A cada cual lo suyo.

Debería corregir esa afirmación sobre mis crímenes. Me atraparon, pero solo una vez. Aunque en esa ocasión no era a mí a quien buscaban. Yo era tan joven e inocente en aquel entonces. Demasiado joven para apreciar la ironía.

Pero no permanecí inocente.

Aprendí rápido. Y como dije, nunca me han atrapado. Nadie ha escapado jamás de mí.

Excepto una: mi primera.

Ella era la especial. Singular. Dulce. El recuerdo de ella se hace más fuerte con los años. Pero en ese entonces no sabía lo que hacía.

Me ha llevado mucho tiempo perfeccionar mi técnica, alcanzar el pináculo en el que me encuentro ahora. Y me llevó el mismo tiempo darme cuenta de que, durante todo este tiempo, la he estado esperando.

He tenido que ser paciente con ella. Extremadamente paciente. Ha tomado mucho, mucho más tiempo que cualquiera de mis otros proyectos. La he observado durante casi un año. Pero toda esa espera está a punto de dar sus frutos. Ya casi es la hora. Todo está a punto de materializarse.

Apenas puedo esperar a oír gritar a esta.

CAPÍTULO DOS

El acento de Brooklyn de Fanuzzi le siseó al oído. —¿La ves?

Con el celular pegado a la mejilla, Miranda Steele examinó la zona de los elevadores y escuchó el sonido de caros zapatos de vestir y de tacón que se apresuraban por el vestíbulo de mármol del edificio médico del centro.

Respiró nerviosa el aire cálido que el aire acondicionado de un espacio tan enorme no llegaba a enfriar del todo a finales de julio en Atlanta, Georgia, y estudió a la gente que pasaba bajo la obra de arte vidriada de seis metros que cubría una de las paredes.

No había ni rastro de una chica de catorce años, de pelo azabache y muy segura de sí misma.

—Todavía no —le dijo a su amiga.

—Sabes que no tienes que hacer esto. Se le pasará con el tiempo. A los chicos siempre se les pasa.

A esta chica no.

Hacía catorce años, Miranda la había perdido. Ahora temía estar perdiéndola de nuevo de una manera diferente.

—¿Qué harías si se tratara de Callie?

Un suspiro de derrota llegó a través del teléfono. —Está bien. Tú ganas. —Callie, la hija de Fanuzzi, aún era una niña, pero su amiga temía lo que vendría cuando la pequeña llegara a «esos» años.

Pero esto era más que un caso de rebeldía adolescente.

Hacía dos semanas, había habido una escena tensa en la mansión Chatham. Dos jovencitas peleando por un chico, nada menos. Y durante la riña, Miranda se había enterado de que su hija, Mackenzie Chatham, había estado buscando a su padre.

Su padre biológico. A espaldas de todos.

Y Mackenzie no le había dirigido la palabra a Miranda desde entonces.

Los padres adoptivos de Mackenzie se enteraron de la noticia al mismo tiempo que Miranda y, como respuesta, le impusieron toda clase de castigos a la chica, uno de los cuales era obligarla a ver a la Dra. Valerie Wingate, la misma psicóloga a la que Miranda había acudido hacía más de un año.

Ahí es donde estaba Mackenzie ahora. En este edificio, en el consultorio de la Dra. Wingate en el quinto piso. La visita ya debería haber terminado.

Miranda miró la hora en su teléfono. O se le había pasado verla salir o la sesión se estaba alargando. Se preguntó si la chica estaría destrozando el consultorio de la doctora en un ataque de ira. No, podría estar enojada con el mundo, pero Mackenzie tenía demasiada clase para eso.

Justo en ese momento, levantó la vista hacia la escalera mecánica y distinguió una cabellera de un negro intenso que se echaba sobre un hombro delgado.

—La veo —susurró Miranda al teléfono—. Tengo que colgar.

—De acuerdo —dijo Fanuzzi—. No te olvides del miércoles.

—¿El miércoles?

—¿Me pediste que te ayudara a elegir un regalo para Wade?

Este fin de semana era el primer aniversario de bodas de Miranda con Wade Russell Parker III, el hombre más deseado de todo Atlanta. El hombre que había cambiado su vida. El hombre que significaba todo para ella.

Miranda no tenía ni idea de qué regalarle.

Fanuzzi les iba a organizar una fiesta ese sábado y estaba tan emocionada como una niña en una dulcería. Se había ofrecido con entusiasmo a ayudar a Miranda a salir de su dilema con el regalo.

—Ah, cierto. —Con el corazón palpitante, Miranda observó a la chica de pelo oscuro bajar de la escalera mecánica con esa seguridad que la caracterizaba y cruzar el vestíbulo hacia la salida—. Tengo que colgar —repitió.

—Buena suerte, Murray. Pero no te molestes si no sale bien.

—Claro. Gracias. —Escuchando a medias la advertencia, Miranda colgó y fue directamente hacia su presa.

La chica llevaba una moderna blusa de estampado floral lavanda con un chaleco de mezclilla que se agitaba al caminar. Sus jeans blancos de diseñador casi la hacían confundirse con la pálida decoración, pero los tenis morados en sus pies veloces la hacían más fácil de seguir. Había sido una de las mejores patinadoras y estaba en buena forma. Podía moverse rápido.

Miranda no la alcanzó hasta que estuvo a punto de pasar por las puertas giratorias y desaparecer en la calle.

No podía dejar que llegara tan lejos.

—¿Cómo te fue en la sesión? —le gritó.

Mackenzie se detuvo, se dio la vuelta, y su pelo se desplegó y cayó sobre sus hombros como en un anuncio de champú. —Madre.

—La Dra. Wingate es bastante buena, ¿eh?

Sus ojos ardían. —Gracias a ti, ahora me obligan a ir a una psicóloga. ¿Qué quieres?

Un hombre alto y de traje negro con un maletín casi chocó con Miranda. Se recuperó a tiempo, las esquivó a ella y a Mackenzie y se escabulló por las puertas, murmurando para sí mismo.

Miranda lo ignoró. —¿Por qué no has respondido a mis mensajes?

Mackenzie se cruzó de brazos como si la conversación estuviera tan por debajo de su nivel que tuviera que descender de su trono para mantenerla. —Sí respondí.

Miranda sacó su celular de un tirón y revisó los mensajes. El total de tus respuestas a mis innumerables mensajes fueron «k», «claro» y «como sea».

Le mostró la pantalla.

—Con permiso. —Dos mujeres de mediana edad con faldas de verano demasiado ajustadas para sus traseros pasaron apresuradamente con miradas maliciosas.

La chica ni siquiera miró el celular. En cambio, fulminó a Miranda con su penetrante mirada azul, tan parecida a la suya. —No tengo nada que decirte, Madre.

Y se dio la vuelta y siguió a las dos mujeres para salir del edificio.

Miranda la persiguió a través de las puertas giratorias y terminó compartiendo el estrecho compartimento de cristal con un tipo flacucho de traje gris que llevaba demasiada colonia. Maldiciendo la lentitud del artilugio, recordó cuánto detestaba esas cosas.

Para cuando logró salir y llegar a la calle, Mackenzie le llevaba media cuadra de ventaja.

Flanqueada por edificios de veinte pisos, acosada por el calor del verano y envuelta en los sonidos y olores del tráfico de la ciudad, Miranda se abrió paso entre el enjambre de oficinistas que corrían por la acera para ir a almorzar.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca para que la oyera, alzó la voz. —Bueno, pues yo sí tengo algo que decirte.

Mackenzie se detuvo en la esquina, atrapada por la señal parpadeante de «No cruce».

Se dio la vuelta y levantó las palmas de las manos en señal de derrota. —Dilo, entonces.

Miranda la alcanzó y se atrevió a devolverle la mirada gélida. —Aquí no. No en la calle. Vamos a mi auto.

La chica retrocedió, negando con la cabeza. —No voy a ir contigo.

—Un helado, entonces. Te invitaré a algo rico.

Miranda buscó con la mirada un lugar entre las tiendas al otro lado del bullicioso tráfico, recordando la vez que consiguió que Wendy Van Aarle hablara con ella usando esa estratagema. Pero Wendy era una fanática de las bananas split. La idea ni siquiera inmutó a Mackenzie.

—No, gracias. —Los padres adoptivos de Mackenzie le habían enseñado a ser siempre educada. Incluso si querías sacarle los ojos a alguien.

Miranda observó los letreros cercanos. Un bistró. Un restaurante asiático. Un restaurante indio. Un estacionamiento. Pero justo en la esquina había un pub con letreros de un verde intenso, de imitación irlandesa, en la ventana.

Miranda asintió en esa dirección. —¿Qué tal si te invito una cerveza?

Mackenzie no esbozó ni el más mínimo atisbo de una sonrisa. —De verdad, Madre. No tengo tiempo para esto.

La mano ámbar dejó de parpadear y se convirtió en una figura caminando. La chica se giró para cruzar la calle, pero Miranda la agarró del brazo.

—¿Ah, no? ¿Tan ocupada está tu agenda últimamente?

Los padres de Mackenzie la habían castigado. Esa era parte de la razón por la que estaba tan furiosa con Miranda.

La chica intentó zafarse, pero no pudo. —No quiero hablar contigo.

La punzada de esas palabras atravesó el corazón de Miranda como flechas afiladas. Pero se mantuvo entera y logró gruñirle al oído a la chica. —Bueno, pues yo quiero hablar contigo.

—Suéltame, Madre. —Su voz era más bien un quejido ahora.

Miranda la apartó de la marabunta de peatones y la llevó a un lado del restaurante.

Mackenzie forcejeó. —Estás perdiendo el tiempo. Mi madre va a venir a recogerme en cualquier momento.

A Miranda nunca dejaba de sorprenderle la facilidad con que la chica podía usar el mismo término tanto para su madre biológica como para su madre adoptiva, de manera intercambiable. Empezaba a pensar que esa actitud fría era una fachada para una gran confusión y dolor que la chica mantenía cuidadosamente ocultos.

—Te equivocas —dijo Miranda—. Llamé a Colby y le dije que hoy te recogía yo. Le dije que quería hablar contigo a solas.

Perdiendo la compostura, Mackenzie pareció a punto de gritar. —¿Cómo te atreves a conspirar contra mí de esa manera?

Miranda la soltó y se cruzó de brazos. —Hagamos un trato, ¿de acuerdo, niña?

Sus labios se afinaron mientras su rostro se endurecía como un bloque de cemento.

—Me dejas invitarte una hamburguesa y te contaré lo que sé de tu padre.

Eso resquebrajó un poco el cemento. Mackenzie parpadeó, abrió la boca. Luego frunció el ceño con el típico disgusto adolescente. —Supongo que no tengo otra opción.

###

Miranda comió su burrito extra picante en silencio y observó a su hija cortar cuidadosamente por la mitad una hamburguesa de solomillo bien cocida y darle un delicado mordisco.

Estudió su bonito rostro y vio algunos de sus propios rasgos en sus ángulos. —¿Y cómo está Wendy? —preguntó Miranda con naturalidad.

Mackenzie dejó la mitad de su hamburguesa en el plato con sumo cuidado. —Sabes que no le hablo.

No le hablaba a su madre biológica. No le hablaba a su mejor amiga. En realidad, Wendy también había estado bastante callada últimamente. Probablemente manteniéndose al margen después de salir con el chico que le gustaba a Mackenzie.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto?

Las delicadas cejas de Mackenzie se fruncieron en una mirada fulminante. —¿Cuánto tiempo hasta que me devuelvan mi computadora?

Miranda resistió el impulso de tamborilear los dedos sobre la mesa. —¿Cuánto tiempo hasta que podamos confiar en que no harás lo que estabas haciendo con ella? —contraatacó.

La chica se echó hacia atrás, mirando con rabia por la ventana, la ira adolescente emanando de sus poros juveniles. Se limpió la boca y los dedos con la servilleta y la dejó junto a su plato. Distraídamente, sus dedos fueron a la marca oscura en el lado de su cuello.

La prueba de que era hija de Miranda.

Ya no la ocultaba tras bufandas. Eso, al menos, era un avance.

Luego, recuperada la compostura, se volvió hacia ella. —Prometiste que me hablarías de mi padre si comía contigo. ¿O era mentira?

Miranda hizo una mueca. La única razón por la que le había mentido a su hija era para protegerla. ¿Y esta vez? Era forzar un poco las cosas. No sabía mucho sobre el padre de Mackenzie. Pero le diría lo que sí sabía.

—Tu padre es un criminal —dijo sin rodeos.

Los ojos de la chica se endurecieron. —¿Cómo sabes eso?

—Generalmente se considera que la violación es un delito —dijo Miranda, deseando por enésima vez no haberle soltado nunca la verdad de su concepción a su hija.

Mackenzie tomó su servilleta y la volvió a poner en su regazo. —¿Pero fue una… violación de verdad?

Ahora le tocaba a Miranda fruncir el ceño. —No estoy segura de qué otro tipo hay.

Con los ojos en su plato, Mackenzie retorcía la servilleta en su regazo. —Quiero decir… ¿era un novio? ¿Sucedió en una cita?

El corazón de Miranda se sentía como si hubiera estado en una pelea callejera. Pronto empezarían las clases. Una madre y una hija normales estarían hablando de las asignaturas, los profesores, los amigos y qué útiles comprar.

Con su hija, Miranda estaba discutiendo las violentas circunstancias de su génesis.

—Estoy segura de que ya hiciste las cuentas —dijo—. Yo estaba casada con Leon en ese entonces.

Lentamente, la chica asintió en reconocimiento. —De acuerdo. ¿Quizás era un compañero de trabajo, entonces? ¿Te atacó en un almacén en tu trabajo o algo así?

Miranda no le había contado ninguno de los detalles. La imaginación de la chica los había rellenado. Incorrectamente. —Leon no me dejaba trabajar. Apenas me dejaba salir de casa.

Ella levantó la mirada con asombro. —¿En serio?

Supongo que era difícil de creer ahora. Miranda Steele era una persona muy diferente de la debilucha llorona que había estado casada con Leon Groth.

Miranda respiró hondo. —Excepto una noche que se le antojó helado Rocky Road. —Se estremeció mientras el recuerdo volvía a ella de golpe—. Era una noche fría de febrero. Tarde. Oscuro. Tuve que ir a una tiendita de barrio a comprarlo. Un barrio horrible. Cuando salí del auto, alguien se me acercó por detrás y me agarró.

—Oh, Dios mío.

—Me arrastró a un callejón y… —Miranda giró la cabeza. No podía continuar.

—Pero seguro que pudiste verlo.

Ella negó con la cabeza. —Era invierno. Llevaba un pasamontañas de punto. —Forzó una risa—. Quizás iba de camino a robar un banco.

—¿No recuerdas absolutamente nada de él?

Miranda luchó contra el vago recuerdo, las emociones desesperadas que removía. —Era grande. —Al menos así es como lo recordaba. Y recordaba algo más. El olor agrio de una colonia barata.

Durante un largo momento, Mackenzie se quedó mirando la comida que se enfriaba en su plato. El burrito de Miranda estaba a medio comer. No comerían más esa tarde.

—¿Presentaste… cargos?

Miranda negó con la cabeza y alcanzó su vaso de agua. Tomó un sorbo para humedecer los labios que de repente se habían secado como el Sahara. —De nuevo, Leon no me dejó.

—¿No te *dejó*?

De nuevo, difícil de creer ahora. —Era policía. No quería que los tipos con los que trabajaba se enteraran.

Los ojos de Mackenzie eran dos globos de un azul profundo mientras la miraba con juvenil incredulidad. —¿Estás segura de que no soy la hija de Leon Groth? Es decir… ¿puedes estar segura?

Miranda cerró los ojos y dejó que el dolor la invadiera. —Estoy segura. Al principio de nuestro matrimonio, Leon tuvo un brote de sarampión. Lo dejó estéril.

Mackenzie parpadeó. —De acuerdo.

Mackenzie miraba al vacío. Miranda observaba cómo la mente de la chica procesaba los detalles que acababa de aprender, eliminando algunas posibilidades a considerar, abriendo otras. Reconoció la mandíbula tensa de determinación.

Y de repente lo entendió. Aunque lo había estado sospechando desde que accidentalmente soltó las palabras «fui violada» a Mackenzie. Daría cualquier cosa por retirar esas palabras. Ahora más que nunca.

Porque ahora lo entendía.

Mackenzie se aferraba a un clavo ardiendo. Esperando poder demostrarse a sí misma que su verdadero padre no era un tipo tan

malo. Que su linaje no era tan nefasto. Que sus propios genes no estaban irremediablemente contaminados. Quería la seguridad de que no se convertiría en un monstruo algún día.

Pero esa no era la forma de hacerlo.

Miranda extendió la mano sobre la mesa y la posó en el brazo de su hija. —Prométeme que dejarás de buscarlo, Mackenzie. Solo puede traerte sufrimiento. Quizás algo peor.

Como si despertara de un sueño, la chica se volvió hacia ella y parpadeó. Luego se apartó como si nunca hubiera visto a Miranda antes.

—Lo siento, Madre —susurró, con los ojos humedeciéndose—. Simplemente no puedo hacer eso.

CAPÍTULO TRES

Wade Parker se recostó en la silla de su oficina de la esquina y se quedó mirando los datos en la pantalla de su computadora.

Gracias a la generosidad de Colby y Oliver Chatham al permitirle acceder a la computadora y al teléfono de Mackenzie, tenía una copia de su actividad en línea del último mes. Esta revelaba la búsqueda de su padre.

La chica era lista.

Había descubierto la escuela secundaria a la que Miranda asistió en Oak Park, Illinois, se había puesto en contacto con la institución y había conseguido una copia del anuario del segundo año de Miranda. Había investigado en línea a todos los jóvenes que asistieron a la escuela en esa época. Había encontrado a dos con antecedentes penales. Eso la llevó a una búsqueda más amplia de registros policiales: arrestos de sospechosos de agresión sexual desde nueve meses antes de que ella naciera hasta los dos años siguientes.

Parker tenía que admitir que estaba impresionado.

Mackenzie definitivamente tenía la tenacidad de su madre. Pero a pesar de todo el esfuerzo, la chica no había llegado a nada. Gracias a Dios. Aun así, si se remueve demasiado el avispero, no se sabe qué tipo de criatura viscosa podría salir arrastrándose.

Parker había realizado búsquedas similares durante las dos últimas semanas. Habían sido más profundas, pero arrojaron pocos resultados. Necesitaba otro enfoque. Un enfoque en persona.

Necesitaba un viaje a Chicago.

Abrió un cajón y sacó el viejo celular de Miranda.

Revisó los mensajes anónimos que ella había recibido en los dos últimos meses.

Sé quién eres.
Sé dónde estás.
Sé lo que eres.

Apretó la mandíbula y la sangre le hirvió en las venas, igual que el día que descubrió el teléfono en el escritorio de Dave Becker. Había estado intentando encontrar el origen de los mensajes sin suerte. Parker no culpaba a Dave. No después de lo que ese hombre había pasado hacía dos semanas. En lo absoluto.

Fue Miranda quien convenció a su compañero de trabajo para que rastreara los mensajes sin decírselo a nadie. Fue Miranda quien le ocultó su existencia, incluso después de que se prometieran no guardarse secretos.

Podía perdonárselo, suponía. En cierto modo, entendía su reacción. Ella había asumido que los mensajes eran de bromistas. Había intentado ahorrarle preocupaciones y sufrimientos innecesarios. Pero estaba siendo demasiado confiada.

Rastreando servidores y direcciones IP, él y Dave Becker habían logrado descubrir un único hecho. El primer mensaje había sido enviado desde Chicago. Y descubrirlo lo había hecho pensar en una hipótesis particular.

La búsqueda de Mackenzie de su padre llevaba tres meses. Más tiempo de lo que él o Miranda habían sospechado. Varias semanas antes de que se enviara el primer mensaje. ¿Había la joven activado esos textos sin querer?

¿Acaso su verdadero padre se había enterado de alguna manera que ella lo estaba buscando y decidió contactar a Miranda de esta forma? Altamente improbable. Inverosímil. Pero había visto coincidencias más extrañas durante sus veinte años de carrera como investigador.

Y tenía el presentimiento de que había algo de verdad en esa hipótesis.

De cualquier modo, Parker sabía que esos mensajes de texto eran una amenaza muy real. Una de la que protegería a su esposa a toda costa. Incluso si eso significaba poner fin a su sociedad profesional.

Él entendía que el trabajo significaba mucho para ella. Y su dedicación era una de las cosas que más amaba de ella.

Desde el primer momento en que conoció a Miranda Steele, ese feroz espíritu guerrero en ella había tocado algo profundo en su interior. La pasión por luchar por la justicia. La disposición a sacrificarlo todo para salvar a una víctima. La negativa a rendirse sin importar el costo. Todo en ella le decía que había encontrado a su alma gemela.

Y habían compartido muchas aventuras juntos. Pero esas aventuras se habían vuelto cada vez más peligrosas. Esas aventuras le habían hecho darse cuenta de que la perdería algún día si seguían así.

Y por eso había tomado una decisión.

Cerraría Parker y Steele Consulting y nada de lo que ella pudiera hacer o decir le haría cambiar de opinión. Aun así, para evitar preocupaciones y sufrimientos innecesarios, así como largas y amargas discusiones y noches en vela, ella no necesitaba saberlo todavía.

Un viaje a Chicago sería suficiente por el momento.

Complacido de haber pensado en una forma de combinar sus dos objetivos en un solo viaje sin que su esposa sospechara de ninguno, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Se lo llevaría con él.

Por si el remitente volvía a escribir.

Miró la hora en la pantalla de la computadora. Su reunión con Miranda esa tarde estaba programada para hacía diez minutos. Llegaba tarde, tal como él sabía que lo haría, ya que sabía dónde había estado.

Pero no la presionaría con ese asunto.

Cambió a otra pantalla en su computadora. Una lista de casos sin resolver en Chicago que el sargento Thomas Demarco le había enviado. ¿Cuál mantendría la ágil mente de su esposa ocupada mientras él se encargaba de sus propios asuntos allí?

Revisó la lista con cuidado. Algunos eran demasiado estresantes. Otros no le interesarían. La mayoría eran tediosos. Ah, ese.

Sospecha de incendio provocado. Uno de los crímenes más difíciles de resolver. Demarco lo había marcado con una estrella.

De nuevo, miró la computadora. Justo el tiempo suficiente para confirmar antes de que llegara Miranda. Tomó su celular y marcó el número de Chicago.

CAPÍTULO CUATRO

El tráfico estaba pesado y a Miranda le tomó más tiempo del esperado dejar a Mackenzie y volver a la oficina para su reunión de la tarde con Parker.

Cuando las puertas del ascensor del decimoquinto piso se abrieron con un tintineo y ella salió, Sybil, la recepcionista, le lanzó una mirada severa.

—Llega tarde, Sra. Steele.

Miranda se las arregló para no sacarle la lengua a la joven que había sido una piedra en el zapato desde que empezó a trabajar en la Agencia.

—Gracias, ya lo sé —dijo sin mirarla y se apresuró a cruzar las puertas.

Tomó un atajo a través de los cubículos y logró evitar encontrarse con nadie más antes de que la oficina de la esquina de Parker apareciera a la vista.

Parker no había mencionado esta reunión de camino a la oficina esa mañana. A media mañana le había enviado un mensaje de texto diciéndole que quería verla por la tarde. No le había dicho por qué.

Había estado en modo jefe.

Pero ella esperaba que fuera por un caso nuevo. El trabajo había entrado en la calma de mitad de verano y se estaba poniendo ansiosa de estar sentada en la oficina intercambiando batallitas con Becker, Holloway y Wesson.

Cuando regresaron de su última aventura en París, Parker había insistido en que se tomaran tres días libres. Habían ido a su lugar favorito en las montañas del norte de Georgia. Un lugar al que la había llevado justo después de darle el anillo de su madre.

Esta vez se habían quedado en la cama la mayor parte del tiempo. Con una vista privada de las majestuosas montañas Blue Ridge desde su ventana, habían comido del servicio a la habitación, bebido buen vino y hecho el amor desde el glorioso amanecer hasta el impresionante atardecer. Fue digno de una luna de miel.

Pero es que todo su tiempo a solas con Parker lo era.

Pero ahora estaba descansada y con ganas de acción.

Cuando llegó a la oficina de la esquina, se dio cuenta de que estaba sin aliento. Y no por la caminata rápida.

Se quedó un momento en la puerta abierta y contempló la escena.

Bañado por la luz etérea del sol de la tarde que entraba por los altos ventanales, Parker estaba sentado en su escritorio de cristal, con sus ojos grises fijos en la pantalla de su computadora. Las arrugas de concentración alrededor de esos ojos solo hacían que su rostro de infarto fuera aún más atractivo.

La poderosa pose de su cuerpo musculoso, el aire de sublime confianza bajo su traje a la medida, era suficiente para detener el corazón de cualquier mujer. Hoy su traje era de un azul oscuro de aspecto caro, que contrastaba con una corbata de seda roja que le dio ganas de apartar el mechón de cabello oscuro con canas que le había caído sobre la frente y plantarle un besazo en esa boca deliciosa y talentosa.

Era un espectáculo agradable después de aquel ameno viaje por el baúl de los recuerdos con Mackenzie.

Y de repente su corazón se llenó de más amor por él que nunca. Este hombre le había dado una vida. Una vida de verdad. Fue por él que encontró a su hija. Por él tenía amigos de verdad. Por él tenía una carrera que amaba. Por él había encontrado su propósito, su destino.

Estaba a punto de decir: «¿Qué pasa, jefe?», cuando él le hizo un gesto para que entrara.

—Entra, Miranda.

Aunque no lo pareciera, él sabía que ella había estado parada ahí. Sus sentidos de investigador eran así de agudos. Y estaban así de sintonizados el uno con el otro.

—Y cierra la puerta.

—Uy, uy, uy —sonrió ella, cerró la puerta y se acercó contoneándose a su escritorio—. Le dio un besito en la mejilla. Vaya, qué bien olía—. Y yo que pensaba que esto era una reunión de negocios.

Él se volvió hacia ella con una sonrisa sexi y una mirada de deseo en sus ojos de acero.

—Haces que desee que fuera otra cosa.

—Puedes hacer que sea lo que quieras. Después de todo, tú eres el jefe.

Su mirada se volvió más lasciva.

—Buen punto.

La rodeó por la cintura, la sentó en su regazo y tomó su boca con la suya.

Ella contuvo el aliento mientras sus brazos le rodeaban el cuello como si tuvieran vida propia. Devolvió el beso de Parker con toda la tensión acumulada del día, arqueándose en su abrazo, deleitándose con la sensación de su mano en su costado, bajando. Luego, subiendo hacia su pecho.

Entonces él se detuvo, se apartó y se arregló el pelo bien peinado.

—Será mejor que paremos.

Ella le hizo un mohín tonto que no era nada propio de ella. Luego le dio un golpecito bajo la barbilla.

—Espero que continúes donde lo dejamos cuando lleguemos a casa esta noche.

Sus ojos brillaron.

—Lo anotaré en mi agenda.

Ella se inclinó hacia su oreja mientras se levantaba.

—No te molestes —susurró—. Ya te lo recordaré yo.

Observando con regocijo cómo él se arreglaba la ropa y se recomponía, Miranda rodeó el escritorio y se dejó caer en una silla de visitas.

—Entonces, ¿qué tienes? ¿Otro caso?

Parker se volvió hacia la pantalla de su computadora, tan sereno como si ella fuera una clienta primeriza.

—De hecho, sí. ¿Recuerdas al sargento Thomas Demarco de la estación de Larrabee en Chicago?

Ella rebuscó en sus bancos de memoria.

—El policía a cargo de aquel asesinato en casa de Coco cuando ella vivía allí. —Un incidente espeluznante, según recordaba. Uno que casi le había costado la vida. Y a la hija de Parker, Gen, también.

—Correcto. El sargento quiere nuestra ayuda en un caso.

—Genial. —Se enderezó en el asiento, con la emoción ya recorriéndole las venas—. ¿Qué es? ¿Alguna celebridad del centro asesinada? ¿Intriga política? ¿La mafia?

Su expresión no delató nada.

—Parece que una joven murió en el incendio de una casa cerca de la avenida Roosevelt.

Ella frunció el ceño.

—¿Era famosa? No recuerdo haber oído nada de eso en las noticias.

—Ocurrió hace quince años.

¿Cómo dice?

—¿Un caso sin resolver?

—Sí, es de esos archivos.

Miranda se desplomó en la silla. Ya había trabajado en casos sin resolver. Podían ser tan aburridos como ver crecer la hierba.

—¿La víctima era conocida? —preguntó de nuevo.

—No. Era una estudiante.

Esto no tenía sentido. A ella y a Parker no los llamaban para casos como este.

Enarcó una ceja.

—¿El sargento Demarco va a pagar nuestros honorarios por un caso sin resolver de una víctima común y corriente?

El rostro de Parker permaneció inalterado.

—Su carga de trabajo es muy pesada en este momento. Es en esto en lo que necesitan ayuda.

Ajá. Y un caso sin resolver solía ser bastante seguro. Los sospechosos eran mayores, más sabios y a menudo en mal estado físico. Lo que significaba que no había una amenaza real.

Ahora entendía lo que Parker se traía entre manos. Estaba dejando que su naturaleza sobreprotectora se apoderara de él. La estaba protegiendo de nuevo.

Abrió la boca, a punto de cantarle las cuarenta, cuando él dijo:

—A menos que creas que la muerte de una persona común y corriente no es digna de nuestro tiempo.

Se le revolvió el estómago. Él sabía cómo afectarla.

Por supuesto que no pensaba eso. El asesinato de cualquier víctima inocente era una atrocidad. Un crimen contra toda la humanidad. Un crimen que no debía quedar impune. Ambos compartían esa creencia. Entonces, ¿por qué Parker siempre la estaba frenando?

Se reclinó en la silla, cruzó las piernas y juntó las yemas de los dedos.

Dos podían jugar a este juego. El sargento Demarco fue uno de los primeros miembros de las fuerzas del orden en mostrarle respeto como detective. Si él tenía algo interesante en Chicago, ella podría colarse mientras estuvieran allí.

Y Parker podría enterarse más tarde.

Le dedicó una sonrisa suave y almibarada.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos?

Su mirada le dijo que había notado la falsedad de su respuesta, pero le devolvió una sonrisa igual de dulce.

—Reservé un vuelo para esta noche.

—Genial. —Añadió unas cuantas cucharadas de miel a su sonrisa.

Él la igualó néctar por néctar.

—Pensé que podríamos salir a cenar en la ciudad.

Dejó que su sonrisa rezumara sirope.

—Suena bien. —Se puso de pie, se dirigió a la puerta y se volvió —. Ah, y por cierto…

El factor sacarina en la sonrisa de Parker se disparó.

—Sí, ya sé. Esta vez, tú estás a cargo.

CAPÍTULO CINCO

A cargo de un caso sin resolver de hacía quince años. Genial.

Mientras se preparaban y empacaban en el enorme dormitorio principal de la mansión Parker, ella mantuvo la falsa amabilidad con su marido. Miranda sonrió con dulzura y asintió cuando Parker le mostró un reluciente vestido negro de noche. Y sonrió de oreja a oreja cuando él le permitió elegir algunos de sus elegantes trajes. Ropa de negocios, jeans, unos cuantos pares de zapatos, ropa interior, artículos de aseo y terminaron, para luego dirigirse al aeropuerto de Hartsfield, que ya empezaba a parecer su segundo hogar.

Para cuando se acomodaron en sus asientos de primera clase para el vuelo de dos horas, le dolía la mandíbula de tanto sonreír, y estaba más convencida que nunca de que había algo más en este viaje que Parker no le estaba contando.

Pensó en aquellos mensajes en su teléfono.

Aquellos sorprendentes mensajes de texto que había estado recibiendo desde su primer caso.

Sé quién eres. El que recibió después de Las Vegas, donde los medios la habían atacado por primera vez. *Sé dónde estás*. Ese había llegado después del caso de Londres, donde la prensa británica se negó a aceptar un no por respuesta. *Sé lo que eres*. Ese fue después de Dallas. De nuevo había estado en los medios, pero esa vez había sido voluntario.

En sus últimos casos, Parker se había encargado del revuelo mediático y ella no había recibido más mensajes. ¿No demostraba eso que solo era un idiota buscando atención?

Le había pedido a Becker que rastreara el origen de esos mensajes, pero no había llegado a ninguna parte y no quería

presionarlo después de lo que acababa de pasar.

Seguramente Parker no sabía nada de esos mensajes. Becker nunca la delataría. Y, además, su sobreprotector marido le daría un ataque. Ya la habría confrontado y habrían tenido una pelea monumental. Digna de la Tercera Guerra Mundial. Habrían hecho que Hiroshima pareciera un petardo. Parker habría andado por la casa echando pestes, armando la versión masculina de un berrinche, haciendo exigencias, diciéndole que había sido descuidada.

Él habría… dicho… algo. ¿O no?

Parker se inclinó y le tomó la mano.

—¿Estás segura de que estás bien con esto? ¿Con volver a Chicago?

El comentario la sacó de sus pensamientos y se dio cuenta de que hablaba del viaje. Un poco tarde para mencionarlo ahora.

—¿Te refieres al lugar donde me pasaron tantas cosas malas?

Pudo ver que sus palabras lo habían incomodado. Y eso era otra cosa que no encajaba. Si le preocupaba que la ciudad la alterara, ¿por qué aceptar un caso allí?

—Estaré bien. Ya superé todo eso —al menos eso creía. Después de todo, había encontrado a Mackenzie y Leon estaba muerto—. Además, algo bueno también pasó allí.

—¿Ah, sí?

—Fue donde decidí casarme contigo.

—Y me alegro mucho de que lo hicieras —dijo él, tomándole la mano y llevándosela a los labios.

Esta vez su sonrisa era genuina.

###

Después de aterrizar, como había prometido, la llevó a un lugar ultraelegante cerca del lago para cenar y la agasajó con buena comida y vino. Col rizada a la crema, ragú de verduras, una ensalada de calabaza, cangrejo Dungeness y espaguetis con langosta.

Había disfrutado de muchas cenas maravillosas —y ultra caras— desde que conoció a Parker, pero tenía que decir que esta era una de las mejores. Tan buena, de hecho, que la hizo preguntarse de nuevo qué se traía entre manos.

Pero decidió desechar la idea por esa noche. Se atiborró y se sintió un poco achispada cuando entró en su suite en el piso dieciocho de un lujoso hotel del centro.

Entrecerró los ojos al ver la sala de estar con sus sillas de color chocolate, elegantes paisajes y chimenea de mármol.

—Es el mismo lugar donde nos quedamos la última vez —la vez que vinieron a hablar con un juez sobre su hija perdida.

—En mi opinión, es el mejor hotel de la ciudad. ¿Preferirías que nos quedáramos en otro sitio? —había una genuina preocupación en el tono de Parker.

Cruzó hacia el alto ventanal y miró el tráfico nocturno a lo largo de Michigan Avenue.

Era una larga caída.

Se dio la vuelta y echó un vistazo al cuarto de baño. Mármol azul pálido, bañera hundida. Oh, sí. Lo recordaba, vaya que sí.

Acababan de llenar la bañera de agua y estaba llena de espuma. La habitación olía a madreselva.

Al borde de la bañera, junto a una pila de toallas gruesas, había dos copas tipo flauta, una licorera con una botella y un cuenco de cristal lleno de fresas.

Tenía que ser Dom Pérignon en esa botella. La bebida de seducción característica de Parker. La había usado con ella en su primera noche en la mansión Parker, una que nunca olvidaría.

—¿Qué es todo esto? —se rio ella.

Y entonces sintió un suave mordisco en la base de su cuello.

—Nuestro aniversario es este fin de semana.

Sí, lo era.

Y aunque estaba un poco molesta con él por el caso sin resolver, no podía dejar que una botella de champán en perfecto estado se desperdiciara. Bueno, quizá no le estaba ocultando nada. Quizá solo quería demostrarle que le importaba. Además, Parker podía ser sigiloso con algunas cosas, pero había otras que no le ocultaba.

Podía sentir una en particular presionando contra su trasero en ese preciso momento. La sensación actuó en conjunto con la de su cuello, destrozando su resistencia, derritiéndola por dentro. Entonces

sus dedos se movieron hacia el broche en la espalda de su vestido de noche y bajaron lentamente la cremallera.

Mientras la suave tela caía alrededor de sus rodillas y hasta el suelo, su piel hormigueó.

Se giró, encontró sus labios en un beso ardiente y empezó a juguetear con los botones de su camisa de vestir.

Sin romper el beso, él se quitó el saco, dejándolo caer al suelo junto al vestido de ella. Pronto se le unieron su camisa, el sostén de ella, sus pantalones de vestir y calzoncillos, y las bragas de ella.

Completamente desnuda, decidió darle batalla.

Riendo, se dio la vuelta y se dirigió a la bañera.

—El último en entrar es un huevo podrido.

CAPÍTULO SEIS

A la mañana siguiente, Miranda se despertó con el servicio a la habitación y un delicioso pedido de huevos benedictinos con café bien caliente.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Parker mientras le servía una taza de la cafetera de plata.

—Como un lirón. Sobre todo porque me arrullaste casi toda la noche. —Tomó el café y le levantó las cejas con picardía.

Las distinguidas líneas alrededor de su boca se curvaron en otra sonrisa sexi. Falsa o no, no se cansaba de ellas. No se cansaba de Parker. Parecía tan lejano el tiempo en que había tenido miedo de amar. Ahora le resultaba algo natural. Parte de la magia que él había obrado en su vida.

Dejó la taza y se levantó para vestirse. —¿Y bien? ¿Cuál es el plan?

Parker también se puso de pie. —Tenemos una cita a las nueve y media con Demarco. Nos pondrá al tanto en la comisaría.

—Suena bien. —Sacó un par de jeans de la cómoda—. ¿Informal?

Él frunció el ceño. —Sería mejor vernos más profesionales.

Parker era muy estricto con las apariencias, sobre todo cuando se trataba de negocios.

—¿No vamos a estar en la parte de atrás, revisando archivos polvorientos?

—No estoy seguro de qué método utilizaremos. ¿No lo decidirás tú cuando lleguemos?

Porque ella estaba a cargo. Estaba siendo amable otra vez. Sospechosamente amable.

Metió los jeans de nuevo en el cajón y se dirigió al armario. Seleccionó una chaqueta color carbón con pantalones a juego, una blusa blanca con cuello en V y zapatos de salón negros. —Está bien, pero si arruino mi atuendo, se lo cobraré a la Agencia.

Poniéndose la chaqueta de un traje a rayas gris humo muy elegante, una vez más, Parker le dedicó esa sonrisa sexi. —Con gusto te compraré uno nuevo.

###

El auto de alquiler que Parker eligió esta vez fue un Audi A8 color canela claro con un motor V6 sobrealimentado, interior de cuero y un potente aire acondicionado.

«Lindo», pensó Miranda mientras se recostaba y disfrutaba del viaje entre los altos rascacielos, que eran mucho más altos que los de Atlanta. Parker manejó unas cuantas cuadras por la calle Division, bajo las vías oxidadas del tren elevado, y entró en una sección donde la altura de los edificios comenzaba a descender como escalones.

Finalmente, dio una vuelta y llegaron al departamento de policía en Larrabee. El edificio de ladrillo beige sin adornos todavía tenía todo el encanto de una funeraria, pero la mayoría de las comisarías de barrio no estaban hechas para lucirse.

Se estacionaron en un lugar para visitantes, se bajaron y se dirigieron a la entrada. Esta vez, ambos llevaban maletines. El de ella era uno delgado de cuero negro que contenía blocs de notas, bolígrafos y una nueva computadora portátil que la Agencia —es decir, Parker— le había comprado.

Parker sacó su teléfono y envió un mensaje de texto para anunciar su llegada a su anfitrión mientras la conducía por la acera y a través de las puertas principales.

Habían reemplazado el linóleo, notó Miranda mientras avanzaban por un estrecho pasillo verde bordeado de carteles de «Se busca» y avisos policiales de aspecto oficial. Doblaron una esquina y reconoció la sala de espera donde habían pasado media noche hacía más de un año. También le habían dado una lavada de cara. Incluso había una planta nueva en una maceta.

—Ahí están. —El sargento Demarco salió de una puerta al final del pasillo, con una sonrisa en su rostro delgado.

Su cabello oscuro y canoso estaba más largo y ralo que la última vez que lo había visto, con las puntas rizándose sobre sus orejas y el cuello de la camisa. También parecía haber adelgazado. Vestía la misma combinación de camisa y pantalones mal ajustados que recordaba haberle visto antes, solo que esta vez la camisa era verde lima y de manga corta.

Y tenía su perpetuo palillo de dientes entre los labios. Lo movió a un lado mientras extendía la mano. —Qué bueno verlos de nuevo, señor Parker. Señorita Steele.

—Igualmente. —Miranda le estrechó la mano.

A Demarco no le había hecho ninguna gracia cuando ella y Parker se metieron en su caso de asesinato un año atrás, pero había llegado a respetarlos después de que obtuvieron resultados.

—Parker me dice que encontró a una hija que había estado buscando desde su última visita aquí.

Miranda contuvo un respingo. No sabía que Parker había compartido su información personal. —Sí —dijo simplemente.

—Me alegro por usted.

—Gracias.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Mackenzie tiene catorce años.

—¿Pasando por algunos problemas de la edad? —¿Cuánto le había contado Parker?

Manteniendo su comportamiento profesional, Miranda asintió. —Supongo que se podría decir que sí.

Demarco se pasó una mano por el cabello ralo. —Recuerdo cuando mi Annie tenía esa edad. Casi nos mata a su madre y a mí. —Se rio entre dientes—. Ah, y la vi en la tele cuando estuvo en Las Vegas. El caso de Ambrosia Dawn. Muy impresionante.

—Gracias —dijo Miranda. Ese caso parecía de otra vida. No quería hablar de ello. Se aclaró la garganta y cambió de tema—. Parker me dice que necesita ayuda con un caso sin resolver de aquí. ¿Incendio provocado?

—Así es. Creemos que fue un asesinato, pero no podemos probarlo. —Cambiando fácilmente a su modo de investigador, Demarco se sacó el palillo de la boca y lo arrojó a un bote de basura cercano—. Pasen. Los pondré al tanto.

CAPÍTULO SIETE

Los cubículos que conformaban el área de Homicidios en Larrabee eran como los de la mayoría de las demás comisarías.

Escritorios y sillas, carpetas y archivadores, computadoras y teclados, todo dividido por paneles incoloros que marcaban el lugar donde el ambiente podía pasar de una calma mortal a doce mil voltios con solo el timbre de un celular.

Allí, los oficiales investigaban a los muertos y a los vivos que los habían matado con la esperanza de permitir que el resto de la población de su pequeño sector de la ciudad siguiera viviendo en paz.

Era un trabajo que conllevaba una gran responsabilidad.

—¿Es quien creo que es? —gritó una voz con un marcado acento de Chicago cuando llegaron al escritorio de Demarco.

Una cabeza se asomó por encima del separador.

Miranda reconoció los ojos negros y rasgados y el peinado estilo años cincuenta del detective Robert Kadera. Había sido poco más que un novato en el departamento la última vez que estuvieron allí y todavía tenía cara de niño.

Vestido con una camisa blanca y una llamativa corbata rojo baya, rodeó el panel con la mano extendida. —¿Cómo demonios están? ¿Ambos?

Muy diferente a cómo los había tratado antes. ¡Qué diferencia hacía un año!

—Estamos bien, detective Kadera —respondió Parker con una versión de su sonrisa suave reservada para la policía.

Miranda le estrechó la mano al oficial y asintió.

Kadera se balanceaba de un pie a otro. —Salió usted en la tele hace un par de meses, Sra. Steele. En Las Vegas. Todos nosotros lo

vimos.

Miranda contuvo una mueca. Odiaba la publicidad. ¿Las Vegas? Había salido en televisión un par de veces desde entonces. Esperaba que Kadera hubiera estado demasiado ocupado para ver las otras emisiones. Una ya era demasiado.

Intentó imitar la sonrisa de Parker y fracasó. —Gracias.

Kadera lo hizo mejor, mostrando una dentadura blanca y perfecta. —Me alegro mucho de que pudieran venir a ayudarnos.

—Nos complace ser de ayuda —le dijo Parker.

Ya harta de tanta adulación, Miranda desvió la mirada hacia el escritorio de Demarco y vio una pila de carpetas junto al teclado. Supongo que Parker no bromeaba sobre la cantidad de casos.

De un pequeño dispensador plateado sobre el escritorio, el sargento tomó un palillo para reemplazar el que había tirado y agarró la carpeta de encima. —Saqué esto del caso sin resolver del que le hablé por teléfono.

—Sí —dijo Parker—, el caso Sutherland.

Supongo que tampoco había estado blufeando sobre eso. El caso parecía ser real.

Antes de que Miranda pudiera pedir detalles, una voz áspera que apenas identificó como femenina resonó desde algún lugar entre los cubículos. —¿El caso *Sutherland*?

Se oyó el portazo de un cajón, el golpeteo de pies pesados, y una mujer baja con una cara cuadrada y robusta apareció en el pasillo y marchó directamente hacia el escritorio de Demarco.

—¿Qué demonios está pasando, sargento?

No era una mujer bonita. Piel áspera, cejas rectas, cabello castaño opaco rizado en un estilo de señora mayor. Llevaba un traje de pantalón morado que le quedaba mal sobre su complexión cuadrada y que le daba a su tez un tinte azulado. Excepto por sus mejillas carmesí, que brillaban con una furia evidente.

Kadera le agitó un dedo en la cara. —Oye, oye, Mecha Corta. Esta gente es famosa.

La mujer le apartó la mano de un manotazo. —¿De qué demonios hablas, Kadera?

Muletilla, pensó Miranda.

Kadera hizo un gesto con la mano en dirección a los investigadores privados. —Famosos, Templeton. ¡Tenemos a unas jodidas celebridades entre nosotros! Muestra algo de respeto.

La mujer miró a Miranda como si fuera moho que hubiera encontrado creciendo en su refrigerador.

Parker extendió una mano. —No creo que nos hayan presentado. Soy Wade Parker y esta es mi socia, Miranda Steele.

La mujer no se la estrechó.

El palillo de Demarco iba y venía en su boca mientras se aclaraba la garganta. —Esta es la detective Templeton. Entró después de que ustedes estuvieran aquí. Shirley ha pasado la mayor parte de su tiempo en la calle y es una valiosa adición a nuestro departamento.

Kadera no parecía pensar lo mismo. Un momento. Miranda se resistió a mirar en dirección a Parker. ¿Dijo Shirley Templeton? Tienes que estar bromeando.

El encanto magnético de Parker no surtió su efecto habitual en esta mujer. Y tampoco lo hicieron las palabras del sargento.

Se volvió hacia él con los dientes casi al descubierto. —¿Les va a dar *mi* caso?

¿*Su* caso? Oh, oh.

No fue hasta entonces que Miranda notó que la mujer tenía cierta edad. Debía de estar rondando los cuarenta. Un poco de sobrepeso, apenas en el límite de altura, había pasado la mayor parte de su carrera patrullando. Estaba intentando ascender en lo que todavía era un mundo de hombres, al menos en este departamento.

De repente sintió afinidad con ella. Pero estaba segura de que el sentimiento no era correspondido.

La detective Templeton fulminó a Demarco con la mirada, como si deseara que el suelo se abriera y se lo tragara.

Demarco se sacó el palillo de la boca y señaló por encima del panel. —Tenemos mucho trabajo que hacer por aquí, Templeton. Kadera tiene tres casos con los que está haciendo malabares ahora mismo. Puede ayudarlo.

La mujer abrió la boca como si estuviera a punto de mandarlo al diablo, pero pensándolo mejor, dijo: —Señor, los incendios

provocados son mi interés. Realmente me gustaría adquirir algo de experiencia en esa área.

—Entonces puede poner al día al Sr. Parker y a la Sra. Steele en la Sala de Evidencias. —Y con eso, Demarco le entregó el expediente, se volvió a meter el palillo en la boca y se sentó en su escritorio.

Mientras Kadera se escabullía, Miranda se giró hacia Parker y negó levemente con la cabeza. La expresión de él no delataba ninguna emoción, pero ella podía decir que no estaba contento. Ella tampoco.

Para usar la frase de Shirley: *Parker, ¿en qué demonios nos has metido?*

CAPÍTULO OCHO

La Sala de Evidencias se encontraba al final de un largo pasillo y bajando dos tramos de escaleras de concreto.

Las paredes de bloques de hormigón estaban pintadas de amarillo y la combinación de las duras bombillas fluorescentes y la falta de ventanas le daba al espacio una sensación de encierro, como de cueva.

A la vuelta de una esquina había una zona cerrada donde un oficial estaba sentado en un escritorio, tecleando sin parar. Llevaba el clásico uniforme azul oscuro y el poco pelo que tenía era lacio y estaba pegado al cuero cabelludo con gel. La detective Shirley Templeton se dirigió a la mampara de cristal que separaba al hombre del pasillo y le dio un golpe seco.

El hombre se sobresaltó y luego le frunció el ceño a la mujer mientras abría la ventanilla corrediza de cristal.

—Buenos días, detective —dijo como si quisiera decir lo contrario.

Templeton ignoró el tono. —Ellis, ellos son… —se dio la vuelta—. ¿Cómo dijeron que se llamaban?

Parker no pareció inmutarse. —Wade Parker y mi socia Miranda Steele, de la Agencia de Investigación Parker de Atlanta.

—Sí —dijo Templeton con un bufido—. Se van a hacer cargo del caso Sutherland. Necesitan acceso.

Las mejillas sonrosadas del oficial Ellis se redondearon en una amplia sonrisa. —Cierto. El sargento mencionó que vendrían. Me alegro de tenerlos aquí.

Extendió una mano por la ventanilla y Parker y Miranda se vieron obligados a darle otro apretón de manos.

—Bienvenidos a la Mazmorra —hizo un gesto hacia la zona bloqueada a su izquierda—. Les traeré un juego de tarjetas de acceso mientras Shirley los pone al día. Solo tienen que registrarse.

Ellis les entregó una tabla sujetapapeles con papel de rayas y un bolígrafo.

—Igual que en el consultorio del médico —bromeó Miranda mientras garabateaba su nombre, fingiendo que nunca antes había estado en una sala de evidencias.

Templeton no pareció creérselo. O tal vez simplemente le importaba un comino.

Miranda echó un vistazo a los nombres antes de pasárselo a Parker y se dio cuenta de que la detective Templeton había sido una visitante frecuente. Se tomaba el caso en serio.

La detective le devolvió la tabla a Ellis y los condujo a una puerta sencilla donde pasó su tarjeta de acceso. Dentro, una barrera de gruesa malla de alambre naranja brillante los separaba de un gran espacio lleno de estanterías.

La temperatura era baja para mantener las cosas «frescas».

La detective Templeton tomó una llave de su cintura y abrió la puerta de alambre. Tiró de ella y Miranda esperó que rechinara. No lo hizo.

Ella y Parker entraron y siguieron a la detective por delante de una multitud de estanterías, todas llenas de cajas pulcramente apiladas, sobres de manila y grandes bolsas de plástico azules, cada una de ellas cuidadosamente sellada y marcada para su identificación. Años y años de objetos confiscados a delincuentes y recogidos en innumerables escenas del crimen.

Templeton los guio por un pasillo largo e interminable con bolsas de jeringuillas a un lado, y cajas de escopetas y pistolas al otro. El aire excesivamente frío olía ligeramente a productos químicos, polvo, pólvora y hierba. Por fin llegaron a una esquina con un pequeño escritorio metálico, una lámpara de cuello de cisne encima y una silla de aspecto incómodo.

Una gran caja blanca de evidencias estaba en el suelo, junto al escritorio. Sobre el mismo escritorio había una pila de notas, bolígrafos, lápices, un sacapuntas y más carpetas.

Templeton dejó la carpeta que llevaba en el único espacio libre. —Aquí es donde he estado trabajando. Todo lo relacionado con el caso Sutherland está aquí.

Parker probó con otra dosis de encanto. —¿Le importaría ponernos al día sobre el caso, detective?

Ni picó. —Ya oyó al sargento. Se supone que tengo que ayudar a Demarco.

—Estoy seguro de que él asumió que usted nos orientaría, ¿nos mostraría lo que ha hecho hasta ahora?

Ella se encogió de hombros. —Está todo en las notas. Si ustedes dos son tan geniales, lo resolverán solos. —Y se dio la vuelta, caminó con paso pesado por el pasillo y desapareció al doblar la esquina.

Un momento después, la puerta sonó con un clangor metálico al cerrarse, como la de una celda.

Miranda señaló el escritorio. —Aquí estamos. —*Menos mal que aparecieron, ya que su ayuda era tan urgentemente necesaria*, quiso añadir.

Observó cómo la mirada de Parker la recorría, buscando cualquier signo de sospecha. Ay, Dios, claro que la iba a encontrar.

Así que se dio la vuelta, se sentó y abrió el expediente. El trabajo era el trabajo—. Será mejor que empecemos.

###

Por encima del hombro, Miranda oyó a Parker exhalar su frustración.

—Buscaré otra silla mientras haces eso.

—Está bien —sacó la hoja de resumen y empezó a leer.

Hace quince años, la noche del dieciocho de diciembre, se recibió una llamada al 911 a las 2:35 a. m. de un vecino que informaba de humo y llamas procedentes de la casa de una tal Lydia Sutherland en Bunting Street, en Lawnfield Heights. Los bomberos acudieron, seguidos por el investigador de incendios provocados y el jefe de bomberos. Los bomberos trabajaron durante horas y finalmente contuvieron el incendio, pero no pudieron salvar a la ocupante. El cuerpo de Lydia fue encontrado en un dormitorio del primer piso.

Estaba muerta.

Lydia Sutherland, de veinte años, había sido estudiante en el Instituto de Arte del centro. Procedía de una comunidad agrícola de Iowa y llevaba unos cinco meses alquilando la residencia de Lawnfield Heights.

Miranda rebuscó en el expediente y encontró su foto. Largo cabello rubio cremoso que caía sobre unos pechos bien formados. Llevaba el peinado ondulado con relieve que era popular en aquella época. Una tez preciosa. Una cara bonita. Ojos grandes y brillantes de color avellana, ávidos de lo que la vida pudiera ofrecer.

Desgraciadamente, en su caso, no había resultado ser mucho.

En la foto, Lydia llevaba un top rosa brillante que hacía que su pelo pareciera aún más rubio. Su figura juvenil bastaba para tentar a cualquier hombre que pudiera conocer.

Interesante.

—Veinte años —suspiró Miranda en voz alta después de que Parker encontrara un asiento y lo acercara junto a ella—. Solo unos años más joven que yo en aquel entonces.

—Trágico —repitió él, tomando el papel que ella había estado leyendo. Lo ojeó—. No nos dice mucho.

Miranda tuvo la sensación de que la detective Palo-Metido-En-El-Trasero podría haberles contado mucho más sobre este caso y no haberles hecho perder el tiempo. Pero no, eran unos «genios», así que tenían que revisar todos los datos ellos mismos.

Obediente, tomó una de las fotos de la escena. —Veamos qué nos dicen estas.

La foto fue tomada desde el exterior de la residencia en Bunting Street, que estaba a tres cuadras de Roosevelt. Casa de dos pisos con estructura de madera y revestimiento de aluminio barato. Marcas negras de quemaduras habían subido por la pared exterior de la parte trasera del edificio por donde el fuego se había escapado, derritiendo la puerta trasera y parte del revestimiento con su calor. Parecía que ahí era donde estaba el dormitorio.

El resto de las fotos eran del interior.

En la cocina, los gabinetes y las paredes eran del color de una tostada quemada. Los marcos de las puertas del pasillo estaban

carbonizados. Y el dormitorio era una masa chamuscada y derretida de muebles que apenas podía identificar.

Casi se podía oler el humo y sentir el calor que había arrasado la casa.

Pero la siguiente foto le quitó el aliento.

El cuerpo.

El cubrecama y la mayor parte del colchón habían desaparecido. Al igual que el rostro, antes encantador, de la víctima. La piel que quedaba en sus huesos parecía el carbón del fondo de una parrilla después de asar unas salchichas. Solo un poco de pelo y una parte de la mano derecha habían escapado de las llamas. Probablemente así habían podido identificarla positivamente. Y por los registros dentales.

Miranda entrecerró los ojos para ver la foto. —¿Está boca arriba?

Parker tomó la foto y la estudió de cerca. —Parece que sí.

—¿Pero cómo demonios durmió a pesar de eso?

—¿Tenía drogas en su sistema?

Miranda encontró el informe del forense y lo sostuvo para que ambos pudieran leerlo. —Claro que sí. Niveles de alcohol en la sangre por las nubes.

Parker estudió la página. —Y también un poco de hierba.

—Debía de ser una chica fiestera.

—Lo más probable.

Adiós a la escuela de arte. O quizás eso iba de la mano. Entonces Miranda vio lo que estaban buscando. —Vaya, vaya, vaya —sonrió, a pesar de las fotos que revolvían el estómago.

Casi podía sentir cómo se aceleraba el pulso de Parker a su lado. —No hay monóxido de carbono ni hollín en sus pulmones.

Dejó el informe y se recostó mientras un escalofrío la recorría. —El fuego no la mató. Estaba muerta antes de que empezara.

—Parece que la señorita Sutherland pudo haber sido asesinada y que el fuego se provocó para encubrirlo —la voz de Parker era grave y ominosa.

De ahí la sospecha de incendio provocado.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —Parker tomó de nuevo el informe del forense.

Miranda dio un golpecito con el dedo en la línea de la respuesta. —La tráquea estaba dañada. El forense consideró que fue estrangulamiento, pero no estaba cien por ciento seguro.

—Mmm.

—Definitivamente fue un asesinato —frunciendo el ceño, Miranda se volvió hacia Parker—. ¿Por qué este caso se enfrió?

—Probablemente no encontraron a ningún sospechoso.

Se le cayeron los hombros. Con el pulgar, hojeó el resto de los papeles de la gruesa carpeta. —Así que supongo que tenemos que revisar todo esto para averiguarlo.

Sus labios se afinaron en una expresión sombría que no tenía nada de su encanto habitual. —Tenemos mucho trabajo por delante.

Quiso gemir. Aun así, si podían encontrar una pista que alguien más hubiera pasado por alto, si podían atrapar a quien le hizo esto a esa pobre joven y llevarlo ante la justicia, unas cuantas horas de aburrimiento mortal valdrían la pena.

Encontró dos blocs y un par de bolígrafos en el escritorio, dividió la pila por la mitad y le entregó una a Parker. —Manos a la obra.

Miranda leyó los informes detallados de los primeros en responder, las entrevistas con los vecinos y otros que habían visto arder el edificio aquella noche. Leyó lentamente, tomó notas, anotó nombres y números.

Después de una hora y media, sintió que Parker se inquietaba a su lado. Lo ignoró y siguió adelante.

Parker observaba a su esposa, con el corazón rebosante de orgullo y afecto por ella. Ahora estaba tras la pista, tal y como él sabía que estaría. Y si podía mantener las cosas como estaban, ella resolvería este caso sentada aquí mismo en la comisaría, sana y salva, mientras él se ocupaba del verdadero propósito de este viaje.

Pero ¿cómo escaparse sin que ella sospechara nada? Ya sospechaba de sus intenciones. Solo esperaba que la conexión que empezaba a sentir con la víctima de este caso mantuviera su ágil mente distraída de esos pensamientos.

Consultó la hora en su celular.

Se estaba haciendo tarde. Necesitaba empezar. Se aclaró la garganta mientras pensaba en una excusa para salir.

—Déjame ver qué arreglos quiere hacer Demarco para el almuerzo —se levantó.

—Ajá.

Miranda estaba inmersa en las entrevistas. Bien. Podría ser que ni siquiera notara que se había ido.

De repente, se volvió hacia él. —¿Parker?

—¿Sí? —le dedicó la mirada más insulsa que pudo.

—¿Puedes averiguar qué pasa con Templeton?

La pregunta lo sorprendió. —¿No es obvio?

—Es obvio que Demarco le arrancó el caso de las manos y nos lo dio a nosotros y que ella está furiosa por eso. ¿Pero por qué lo hizo?

Parker se metió las manos en los bolsillos. Sabía por qué. Porque se lo había pedido a Demarco como un favor. Pero no tenía ni idea de que el caso significaba tanto para la detective que lo llevaba o habría buscado otro.

—¿Por qué te interesa?

Ella se encogió de hombros. —No lo sé. En cierto modo la compadezco.

Una mujer abriéndose paso en una profesión dominada por hombres. Por supuesto que Miranda se identificaría con alguien así, sin importar lo mal que la mujer la hubiera tratado. De nuevo su corazón se hinchó de ternura por su esposa y su sentido de la justicia.

—Veré qué puedo hacer —no sabía qué, pero ya se le ocurriría algo.

—De acuerdo —volvió a los expedientes.

Parker esperó un momento. Ella no dijo nada más. Había vuelto a la caza. Aprovechó la oportunidad para escabullirse antes de que pudiera hacer más preguntas.

Mientras subía las escaleras, le envió un mensaje de texto a Demarco y le dijeron que se reuniera con el sargento en una de las salas de interrogatorios en la parte trasera de la comisaría.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando Parker abrió la puerta de la sala de interrogatorios designada, encontró al sargento Demarco ya dentro, sentado a una mesa, trabajando en una laptop, con su característico palillo en la comisura de los labios.

—Entre y tome asiento —dijo Demarco sin levantar la vista.

Parker entró y cerró la puerta tras de sí, notando que la habitación había sido recién pintada en un tono azul claro.

Tomó la silla junto al sargento. —Han hecho algunas mejoras desde la última vez que estuvimos aquí.

—Ah, sí. Equipo nuevo también. —Demarco señaló la laptop con un gesto de la mano—. Hubo algunas disputas políticas el año pasado y de alguna manera terminamos con un superávit en nuestro presupuesto. Probablemente no vuelva a ocurrir en lo que me queda de vida.

Parker esbozó una sonrisa de reconocimiento y luego fue directo al grano. No tenía mucho tiempo. —¿Qué tiene para mí?

El sargento giró la laptop para que Parker pudiera ver la pantalla. —¿Tomé la lista corta que me envió de sospechosos locales de agresión sexual y, después de investigar un poco, la reduje a cinco.

La pantalla mostraba un conjunto de fotos. Fotos policiales.

Demarco las había organizado en bloques con el nombre debajo de cada una. Había números de contacto para algunos. Parker estudió el surtido de cabellos desaliñados, barbas de varios días y pobladas, las posturas que iban de desafiantes a desesperanzadas, las miradas hosca en sus ojos.

Esos eran los depredadores por los que él también habría empezado.

—Encontré a tres con ojos marrones. Uno con ojos verdes. Uno con ojos azules, para no dejar —dijo Demarco—. Según mi personal técnico, la genética indica que, como su esposa tiene el pelo oscuro y la niña lo tiene casi negro, lo más probable es que el padre también tenga el cabello muy oscuro.

Parker asintió. Su investigación había arrojado lo mismo, aunque siempre podía haber una excepción.

—Reuní todos los detalles que pude sobre estos tipos. Varios tienen historiales delictivos largos y nutridos. Todos tienen al menos una condena por violación. Todos menos dos están en libertad ahora mismo. Esos dos son criminales de carrera, cumplen condena en la cárcel del condado de Cook.

—¿Y los otros tres?

—Uno vive aquí en la zona. Está en libertad bajo fianza por su último cargo. Uno está en Waukegan. Y otro ha fallecido.

—Ya veo. —Parker todavía podía hablar con la familia de este último y posiblemente obtener algo de información.

Examinó la información.

Miranda nunca le había dicho exactamente dónde había sido agredida. La información estaba encerrada en la parte de su cerebro que había quedado traumatizada en ese momento. Había salido tarde en la noche a comprar helado para ese desgraciado con el que estaba casada.

Parker sabía que ella debía de estar manejando hacia la ciudad y supuso que había estado a unas diez o quince millas de su casa. Le había dado a Demarco esos parámetros y él los había usado bien.

Cada uno de estos candidatos vivía o había sido arrestado en esa zona. Y aun así, este ejercicio era simplemente tirar los dados.

En las agresiones sexuales, la probabilidad de reincidencia era alta, aunque, como en el caso de Miranda, era posible que no se hubiera denunciado. No había garantía de que uno de estos cinco fuera el hombre que buscaba.

Demarco se hizo eco de sus pensamientos. —¿He visto casos muy improbables en mi vida, pero debo decir que este es uno de los más remotos.

Parker le dedicó una sonrisa triste. —¿Es nuestra especialidad.

—Tendría que serlo o no tendrían ninguna esperanza.

Qué cierto era. —¿Podría enviar esta información a mi correo electrónico?

—Ya lo hice.

Por supuesto. El hombre era la eficiencia personificada. —¿Le agradezco su ayuda en esto, sargento.

—Espero que atrape a su hombre.

—Gracias. —Parker pensó en la petición de Miranda—. Otra cosa, si me permite.

—Dispare.

—Nos preguntábamos sobre la detective Templeton y su reclamo sobre el caso Sutherland.

Demarco cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza. —¿Templeton ha dedicado muchas horas al caso. Le pido disculpas por no habérselo hecho saber.

—No era mi intención causar fricciones en su grupo.

Demarco se pasó una mano por su escaso pelo gris y soltó un bufido. —¿Templeton puede causar sus propias fricciones. Puse el caso en la lista que le envié. De todos modos, tenía la intención de cambiarla de puesto. Necesita aprender a llevarse mejor con los demás.

—Ya veo. —Parker había tenido empleados así en el pasado. Era mejor no interferir—. Si hay algo que pueda hacer para calmar las aguas…

Demarco negó con la cabeza. —¿Yo me encargo de Templeton.

—Muy bien. Ahora, si me disculpa, sargento, necesito volver con mi esposa. —Parker se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Parker? —dijo Demarco antes de que pudiera abrirla.

Parker se volvió. —¿Sí, sargento?

Demarco movió el palillo en su boca, pareciendo de repente incómodo. —¿No es asunto mío. Pero si yo estuviera haciendo algo como esto…?

—¿Qué?

—Cuando mi señora se enterara, se armaría la de San Quintín. Solo digo.

—*Si* se enterara —corrigió Parker.

El palillo se movió cuando su labio se curvó en una sonrisa irónica. —¿Siempre se enteran. Uno se dice a sí mismo que no lo harán, pero siempre lo hacen.

La sola idea crispaba los nervios de Parker. No dejaría que eso sucediera. —¿Agradezco su preocupación, sargento. Pero sé lo que hago.

—Si usted lo dice.

Sí que lo decía. Se aseguraría de ello.

Alcanzó la puerta y se volvió de nuevo. —¿Por cierto, qué hacen por aquí para almorzar?

CAPÍTULO DIEZ

Miranda estaba terminando sus notas de la última entrevista cuando percibió el glorioso aroma de la comida para llevar. Se dio la vuelta y vio a Parker dirigiéndose a su escritorio con una alegre bolsa roja y blanca y un par de vasos de bebida de dieciséis onzas.

—¿Es lo que creo que es?

—Solo lo mejor para mi investigadora principal.

Apartó los papeles y él dejó los vasos y la bolsa sobre el escritorio. Como un mago haciendo un truco, abrió la bolsa y sacó algo maravilloso envuelto en papel encerado que hacía juego con la bolsa.

Se lo entregó.

Con cuidado, retiró la envoltura, inspiró y sonrió al verlo. Salsa *relish* verde como un monstruo marino con mostaza y cebolla y chiles extra sobre una auténtica salchicha roja metida en un pan con semillas de amapola.

Chilló de gusto. —Un *hot dog* de Chicago. Hace años que no comía uno de estos.

—Pensé que me habías dicho que te gustaban mucho.

—No hay nada en el mundo como ellos. —Tomó el suyo y le dio un gran mordisco. El sabor único de la jugosa salchicha, los condimentos y el toque crujiente de los chiles asaltaron sus papilas gustativas—. Mmm. Qué rico.

Parker tomó una servilleta y le limpió una gota de mostaza de la comisura de los labios. —Disfruto mucho verte comer algo que te gusta.

—Me alegra poder entretenerte tan fácilmente —masculló con la boca llena.

Parker sacó su propio *hot dog* y se quedaron mirándose comer por un rato. Sus modales eran tan impecablemente elegantes como si estuviera en una cena formal de siete platos. Simplemente la asombraba.

—¿Has avanzado algo con el expediente? —preguntó él cuando casi habían terminado.

Miranda echó un vistazo a sus notas. —Tenías razón en por qué el caso se enfrió. Había muchos sospechosos potenciales, pero la policía nunca pudo conseguir lo suficiente como para que una acusación prosperara. Lydia salía con muchos chicos diferentes. Frecuentaba un bar local y un vecino dijo que llevaba a casa a una variedad de amantes.

Parker enarcó una ceja. —Como dijiste antes, una chica fiestera.

—Eso parece. Pero no encuentro nada que apunte a un tipo específico con el que Lydia estuviera saliendo en el momento del incendio. Templeton hizo algunas anotaciones, pero no dicen mucho. Ah. ¿Averiguaste por qué Demarco la sacó de este caso?

Parker tragó el último bocado de su *hot dog*, hizo una bola con la envoltura y la arrojó a la bolsa. —Quiere que aprenda a trabajar mejor con sus colegas. Aparentemente, es un poco difícil de tratar.

Miranda sonrió con ironía. —Imagínate.

Aun así, algo no parecía justo en todo esto. Suspiró en voz alta.

—No te sientas mal. La decisión de Demarco no tiene nada que ver con nosotros. —Le había leído el pensamiento.

—Lo sé. Es solo que… no importa. Ah. —Se limpió las manos con una servilleta y tomó un par de tarjetas del escritorio—. Ellis nos trajo nuestras tarjetas de acceso.

Parker tomó la suya y la guardó en el bolsillo. —Excelente. ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Se sintió aliviada de que la dejara tomar las decisiones de nuevo y de que hubiera aceptado que era su turno de estar al mando. Hasta sus dos últimos casos, a menos que Parker estuviera preocupado por ella y en uno de sus arrebatos sobreprotectores, siempre era justo en eso.

Puede que este caso no fuera emocionante, pero al menos habían vuelto a la normalidad.

—Me gustaría visitar la escena —le dijo.

—¿La casa de Lydia Sutherland?

Miranda asintió. —Ha sido remodelada y vendida dos veces desde el incidente.

—Tendremos que pedirle permiso al dueño actual.

Ella levantó su celular y lo meneó. —Ya está hecho. Colgué con él justo antes de que llegaras con la comida.

Parker frunció el ceño. —¿Y no le molesta que vayamos y examinemos las habitaciones?

Qué pregunta más rara viniendo de él.

—Estaba un poco desconcertado, al principio no quería, pero lo convencí. —Arrojó su basura a la bolsa y empezó a levantarse—. Así que vayamos para allá antes de que cambie de opinión, ¿de acuerdo?

Parker no se levantó de inmediato. Y por un instante, solo por una fracción de segundo, una sombra cruzó su rostro.

¿Duda? Si Miranda no lo conociera mejor, pensaría que sí. Pero él era quien quería tomar este caso.

Y entonces desapareció.

Se levantó, tomó la basura mientras ella agarraba el expediente y lo metía en su maletín.

—No deberíamos tardar mucho en llegar —dijo él mientras ella comenzaba a avanzar por el pasillo.

Cuando llegaron a la puerta, ella lo miró con recelo por encima del hombro.

Pero él solo abrió la puerta y gesticuló galantemente. —Después de ti.

CAPÍTULO ONCE

Miranda permaneció en silencio durante el viaje hacia el sur a través de los suburbios hasta la autopista.

Pensaba en la animada rubia de veinte años que había muerto demasiado pronto. Era demasiado pronto para sacar conclusiones y no había revisado todo el expediente. Un incendio en una casa en diciembre, provocado por una fuente eléctrica o un calefactor, no sería nada raro; salvo que la víctima murió antes de que empezara y podría haber sido estrangulada.

Miranda ya estaba convencida de que buscaba a un asesino. Solo tenía que averiguar quién era.

Diciembre, quince años atrás. Para entonces, llevaba cinco años casada con Leon. Vivían en una casa no muy lejos de adonde se dirigían.

Por cuenta propia, sus pensamientos regresaron a aquella época, el año del incendio.

Recordó que ese año no celebraron las fiestas. Las cosas entre ellos estaban tensas y Leon había aceptado horas extra en el trabajo. Era mejor así. Un regalo de Leon solía ser un labio partido o un ojo morado. Había pasado la Nochebuena sola. Su hija, que resultó ser Mackenzie Chatham, aún no había sido concebida. Volvió a pensar en la fecha del incendio.

No, para ese suceso todavía faltaban un par de meses.

Debía de hacer casi treinta y dos grados afuera, pero Miranda sintió un escalofrío recorrerla. Estiró la mano hacia el control del aire acondicionado para bajarle la intensidad.

—¿Estás bien? —preguntó Parker, con ternura en su tono.

—Claro. Solo pensaba en lo horrible que sería morir quemada viva.

—Un pensamiento reconfortante.

Pudo ver que él se preguntaba por qué estaba subiendo la temperatura en lugar de bajarla.

Miranda miró por la ventanilla. Parker había entrado en la Roosevelt y recorría un barrio del lado oeste.

—Estamos cerca, ¿no?

—No falta mucho —le dijo Parker.

A ambos lados se alzaban hileras e hileras de edificios y casas que parecían haber sido construidos en los años cuarenta. Definitivamente, habían visto mejores días. Había basura atrapada en los barrotes de una reja de hierro frente a una vieja casa tapiada con forma de torre de castillo. Un cartel de «Se vende» colgaba de su puerta de madera contrachapada.

Pasaron junto a un tanque de agua y un viejo parque industrial con más edificios de ladrillo anticuados, ahora deteriorados y cubiertos de grafitis.

Más adelante, a la derecha, había una gasolinera. Era más nueva y estaba en mejor estado. Junto a ella se extendía la parte trasera de una vieja estructura de una sola planta de ladrillo beis con ventanas de celosía medio acristaladas. Probablemente todavía se usaba como una especie de almacén.

Miranda la miró con atención, con la curiosidad revolviéndosele de repente en el estómago. ¿Acaso… conocía ese lugar?

De repente, un hormigueo le subió por la espalda y el cuello con una sensación tan aguda que casi se dobló por las náuseas.

—¿Qué pasa, Miranda?

—No lo sé.

Estiró el cuello para mirar intensamente la calle lateral.

Los pocos árboles raquíticos, las cercas de alambre, las farolas, los postes de teléfono. Todo era tan familiar. Entonces estudió el edificio junto a la gasolinera. Su costado formaba una especie de callejón con el edificio vecino. Recordaba la forma de su pared, el color de su feo ladrillo beis.

Y entonces todo volvió de golpe, como una violenta tormenta.

—Por Dios. Detente.

—¿Qué sucede?

Lo único que pudo hacer fue un gesto con la mano. —Solo… entra en ese estacionamiento.

Parker metió el Audi en la gasolinera. Antes de que se detuviera por completo, Miranda saltó del auto y corrió hacia el callejón.

—¿A dónde vas?

No pudo responder.

A mitad del callejón, frenó en seco.

Con el corazón retumbándole en el pecho, se llevó las palmas de las manos a la cara y empezó a girar en círculos. Daba vueltas y más vueltas, con las manos apretadas contra las sienes, sintiendo como si la cabeza fuera a explotarle. Como si todo su ser fuera a estallar en pedazos en cualquier segundo. El sol le caía a plomo, pero sentía frío. Un frío glacial. Un frío invernal.

Un frío de febrero.

Los recuerdos volvieron en tropel, asaltando sus sentidos. Su cuerpo raspándose contra esos ladrillos. La dura aspereza del pavimento al caer. El sabor a sangre en la boca. Esas manos. Esas manos horribles sujetándola, tirando de su ropa. El aire helado en la nariz mezclado con el olor nauseabundo a colonia barata. Los gruñidos asquerosos mientras abusaba de ella. El torrente de su propia sangre en los oídos mientras el terror la abrumaba.

Y la visión de aquel pasamontañas negro que había atormentado sus sueños durante más de una década.

—¿Qué diablos pasa, Miranda? —Parker había salido del auto y la había alcanzado.

Hizo un gesto con la mano hacia la gasolinera. —Eso antes era una tienda de abarrotes abierta toda la noche. —Corrió hasta el final del edificio y miró calle abajo, señalando—. Ahí. Justo ahí es donde estacioné.

—¿Qué estás diciendo? —Intentó tomarla.

Ella se soltó de su agarre y regresó deprisa al lugar del callejón. De nuevo se dio la vuelta, mirando, asimilando los horribles detalles. Los olores, los sonidos que no eran de ahora. No del verano.

Sino de entonces. De febrero.

Sucedió aquí. Sucedió aquí. Sucedió aquí.

—Es aquí —susurró con voz ronca y entrecortada.

—¿Aquí es qué? —Parecía saberlo, pero no se atrevía a decirlo.

—Aquí es donde mi hija… fue concebida.

—Dios, no. —Su voz era oscura, amenazante.

Pero ya no había nadie a quien combatir. El peligro ya no estaba aquí. Estaba en su cabeza. Creía haberlo superado, pero aquí estaba de nuevo, jugando con su mente, destrozándola por dentro. Sintió las lágrimas en los ojos. Sus propias uñas clavándose en sus brazos.

¿Y Mackenzie quería encontrar a este hijo de puta?

Ja. Le daban ganas de tomar una foto de este lugar y enviársela por texto con un pie de foto como: «Aquí es donde todo empezó».

No. Su preciosa hija era solo una chica tonta que quería averiguar quién era. A Miranda le había llevado bastante tiempo descubrir eso por sí misma. Fue ese pensamiento el que la sacó de la pesadilla de sus recuerdos.

Estaba aquí por una razón. Tenía trabajo que hacer.

Un caso que resolver. Su destino. Una visión, o alguien en un sueño, se lo había dicho una vez. Y aunque este caso Sutherland pudiera parecer poco importante, no lo era. Incluso si el incendio hubiera sido un accidente, le debía a los supervivientes de Lydia Sutherland averiguar qué le había pasado.

Con terquedad, se enderezó y se secó las lágrimas de las mejillas.

Parker estaba de pie frente a ella, sin atreverse siquiera a tocarla.

—Siento haberme derrumbado. —Se dirigió hacia el auto.

—Miranda. —Su voz era autoritaria.

—¿Qué?

—No tenemos que tomar este caso. Podemos devolvérselo al detective Templeton. Podrías volver al hotel y…

Su aullido fue una punzada sonora. —¿Estás bromeando? Ahora tengo que resolver este caso. Es mi destino.

Y se apartó de él con un giro para regresar al auto.

CAPÍTULO DOCE

Mientras manejaba el resto del camino hasta su destino, Parker reprimió en silencio su genio hasta convertirlo en una furia contenida que esperaba que Miranda no pudiera notar. Mientras ella intentaba barrer la agonía de su pasado bajo la alfombra, él se permitió sentirla en carne propia.

No sabía si estaba más enojado con el hombre que la había abordado hacía tanto tiempo o consigo mismo.

Por eso tenía que poner fin a su asociación. Por eso, más que por cualquier otra cosa. Puede que Miranda quisiera que todos la vieran como una mujer fuerte e invencible. Y lo era por fuera. Pero por dentro, era tierna y vulnerable. Tenía heridas que quizá nunca sanarían.

¿Por qué no había pensado bien este plan? ¿Por qué no se había dado cuenta de que, en esta ciudad, podrían terminar en algún lugar que le trajera dolorosos recuerdos? Y esos recuerdos eran más que dolorosos.

Eran espantosos.

Debería haberla dejado en casa. Haberle dicho que se iba de viaje de negocios.

Pero ya no había nada que hacer al respecto. Ella había olfateado la presa y nada la apartaría de este caso. Estaba sublimando, lo sabía. Usando el trabajo para olvidar el pasado. Él mismo lo había hecho a veces, pero no era saludable.

Se aseguraría de que ella programara una visita con el Dr. Wingate cuando volvieran a casa. Justo después de su aniversario. Dios santo. Llevaba casi un año casado con esta mujer, ¿y esto era lo que tenía para ofrecerle?

No, se juró a sí mismo que sus vidas cambiarían en cuanto terminaran con este asunto.

###

La casa de la calle Bunting, donde vivió Lydia Sutherland, estaba a solo tres cuadras de la gasolinera.

Miranda no se permitió pensar en eso. Mantuvo la mirada fija por la ventana, con la mente en el caso.

Las casas de la calle no eran nuevas ni mucho menos, pero desde luego estaban en mejor estado que algunas de las estructuras tapiadas que habían visto de camino. Los jardines estaban bien cuidados, el revestimiento exterior en buen estado. Los autos estacionados en la calle no eran de lujo, pero tampoco eran carcachas destartaladas.

A ambos lados de la calle, bungalós de dos pisos se asentaban sobre jardines del tamaño de una estampilla, con el espacio justo para pasar entre ellos. Uno de ladrillo, otro de piedra, otro de cedro. Uno tenía la entrada en la planta baja, otro un sótano elevado con escalones que llevaban a una entrada más alta.

Cada uno tenía su propio estilo, como si dijera: «Puede que sea pequeño y mi jardín microscópico, pero no hay nadie como yo».

La calle estaba tranquila.

No había mucha gente en casa a esa hora del día. Miranda se preguntó con cuántos de los antiguos vecinos de Lydia Sutherland podría hablar. Y cuántos de los residentes actuales vivían allí hacía quince años. Había una mujer mencionada en el expediente a la que Templeton había entrevistado brevemente. Si estaba en casa, Miranda hablaría con ella después de que vieran la casa de los Sutherland.

Parker detuvo el Audi junto a la acera, se bajaron y caminaron por la banqueta.

Miranda todavía sentía las piernas temblorosas, pero no podía dejar que Parker lo viera, así que mantuvo la cabeza en alto y centró su atención en el entorno.

Notó que algunas de las casas estaban en venta. Un agente inmobiliario estaba mostrándole una casa del otro lado de la calle a

una pareja joven. El lugar parecía recién renovado. Probablemente se vendería bastante rápido.

Ahí no habría testigos, suspiró.

Como indicaba el expediente del caso, la casa en la que residió Lydia Sutherland también había sido remodelada. El edificio no mostraba señales de que una vez casi se había incendiado. Techo nuevo, revestimiento nuevo de un tono blanco impecable con un alegre borde azul. Qué fácil era para unos cuantos materiales de construcción y una capa de pintura borrar una tragedia que nadie quería recordar.

Miranda dobló por el sendero y se dirigió a un alegre conjunto de escalones que subían a un porche decorado con plantas colgantes.

Tocó el timbre. Y esperó.

Pasó un minuto. Ni una señal de vida. Volvió a tocar el timbre y esperó. Seguía sin haber nada.

Miró a Parker.

—Creí que habías dicho que el dueño estaba en casa.

—Eso fue lo que me dijo. —Sacó su teléfono y marcó el número.

Respondió al tercer timbrazo. —¿Sí?

—¿Señor Ivy?

—Sí… —sonó distraído.

—Soy Miranda Steele, de la estación de policía de Larrabee. Llamé antes por una investigación.

—Ah, sí. —Sonó como si acabara de volver en sí.

—Estamos aquí.

—¡Ah! Muy bien, entonces. Bajo en seguida.

Colgó y, al cabo de otro minuto, el sonido de unos pasos que bajaban apresuradamente las escaleras resonó en el interior.

CAPÍTULO TRECE

La puerta se abrió y apareció un joven delgado y descalzo con una camiseta blanca y pantalones de sudadera grises.

—¿Señorita Steele? —preguntó, como para asegurarse de que no se trataba de una especie de engaño.

—Sí. Y este es mi socio, Wade Parker. Como le dije por teléfono, somos de la Agencia de Investigaciones Parker de Atlanta y, a petición del departamento de policía de Larrabee, estamos investigando la muerte de Lydia Sutherland.

Ella y Parker mostraron sus credenciales.

Él se cruzó de brazos y se frotó los delgados bíceps. —¿Fue hace quince años?

—Sí. El caso sigue sin resolverse.

—Qué triste. —Agachó la cabeza y miró las tablas del porche a través de la puerta mosquitera.

Brian Ivy no debía de tener más de veintiséis años. Tenía la piel tersa, de color cobre, y el pelo negro, con un corte corto y conservador. Sus grandes y soñadores ojos marrones tenían una mirada perdida, como si no estuviera realmente allí.

—¿Podemos pasar? —dijo Parker al fin.

Ivy salió de su ensoñación. —Oh. Sí, por supuesto. —Abrió la puerta y se hizo a un lado.

Miranda entró en la casa con Parker a su lado; sus pasos resonaban en los oscuros pisos de madera. Las paredes estaban pintadas de un agradable color lima. Unas paredes diagonales albergaban las ventanas de la sala. La habitación estaba escasamente amueblada con una pequeña alfombra y un funcional sofá rojo con un sillón a juego. A un lado, una escalera conducía a las habitaciones de arriba. Unos estantes blancos, metidos en el

espacio de debajo de esta, estaban cargados de libros de cocina y revistas.

La habitación olía a ambientador. Ni una mota de hollín a la vista.

—No está en las mismas condiciones en que se encontraba cuando encontraron a Lydia Sutherland aquí —dijo Miranda.

Ivy se rascó la cabeza. —No, para nada. De hecho, el lugar estuvo desocupado durante mucho tiempo. Un adefesio para la comunidad, solía decir mi padre.

—¿Usted creció por aquí?

—En la siguiente cuadra. —Levantó las manos en un gesto de inocencia—. Yo era solo un niño cuando ocurrió el incendio. Mi tío compró este lugar por una bicoca en aquel entonces. Lo arregló y ahora me lo está vendiendo barato.

Sonaba como un gran negocio. Si podías vivir con los fantasmas. Le echó un vistazo a Parker y vio que tenía el rostro sombrío.

—Nos gustaría ver dónde encontraron el cuerpo —dijo ella.

La cara de Ivy palideció un poco. —Claro. Por aquí.

Siguieron al dueño bajo un arco de estilo antiguo coronado con un diseño en espiral hasta la zona del comedor, luego a través de otra puerta y hasta una cocina retro decorada en llamativos rojos y blancos. Le recordó a Miranda un poco a aquella bolsa de hot dogs.

Ivy se dirigió a una puerta lateral y la abrió. —Hay una pequeña habitación aquí. Esto era lo que ella… la señorita Sutherland… usaba como dormitorio.

Allí fue donde murió, pero no había necesidad de restregar el espeluznante hecho. —Nos gustaría echar un vistazo un rato.

—Claro, claro. Tómense su tiempo. —Se frotó los brazos y luego señaló por encima del hombro—. Sin embargo, si no les importa, necesito volver a mi trabajo arriba.

—¿Trabaja desde casa? —preguntó Parker.

—Sí. Soy bloguero de comida. De hecho, estoy a mitad de un artículo. Acabo de almorzar en un nuevo lugar en Dearborn y tengo que plasmar mis impresiones antes de que se me vaya el sabor. —Les dedicó una sonrisa torcida y regresó por la cocina—. Pueden salir solos cuando terminen. Solo cierren la puerta con llave.

Y se fue.

—Un joven muy complaciente —dijo Parker en voz baja.

Miranda parpadeó. —¿No crees que su familia tuvo algo que ver con lo que pasó? ¿Provocar el incendio para obtener un beneficio económico?

—A estas alturas, cualquier motivo es posible.

Tenía razón. —Razón de más para desenterrar algo que nos señale la dirección correcta.

Miranda reconoció la habitación en la que se encontraban por las fotos del expediente. Es decir, con un poco de imaginación.

Las paredes estaban ahora cubiertas con un papel texturizado de color marrón chocolate y las molduras eran de un blanco acrílico impecable. Una estrecha ventana sin cortinas dejaba entrar una luz que caía sobre unas cajas de cartón apiladas contra la pared del fondo. Ivy debía de estar usando el espacio como almacén.

Miranda no lo culpaba. A ella también le resultaría incómodo dormir allí.

Se acercó a la esquina. —La cama estaba aquí, contra la pared del fondo. —Señaló las dimensiones generales con la mano.

Parker se acercó a estudiar el espacio, pero ya no quedaba nada que ver. —¿Y el origen del incendio?

—El Jefe de Bomberos creía que empezó en esta habitación. Una vecina dijo que usaba un calefactor portátil en invierno. El calefactor fue recuperado aquí. —Miranda recorrió la longitud de la pared donde había estado la cama—. Ella estaba tumbada boca arriba. Si hubiera estado viva cuando empezó el incendio aquí dentro, habría reaccionado de alguna manera. Se habría dado la vuelta, se habría despertado.

—No necesariamente con las drogas que tenía en su organismo.

—Sí, estaba bastante drogada. —Miranda recordó las cantidades de alcohol y hierba del informe del forense. ¿Era suficiente para mantenerte inconsciente incluso mientras te asaban vivo? Quizás sí.

—Pero no tenía hollín en los pulmones —dijo Parker.

—Lo que demuestra que estaba muerta antes de que empezara el fuego, pero no que fuera un asesinato. Pudo haber muerto primero por el alcohol si era sensible a él. O tal vez la hierba estaba mala. —No había forma de saberlo.

Parker estudió el suelo junto a la cama. —Un abogado defensor machacaría ese punto. El asesino podría haber esperado que la policía asumiera una sobredosis y que el fuego se inició por un porro.

—Esa sería una posibilidad si no fuera por la tráquea dañada.

—La inhalación de humo podría dañar una tráquea —señaló Parker.

—Pero entonces tendría humo en los pulmones.

Parker continuó haciendo de abogado del diablo. —El daño en la tráquea puede ser causado por un traumatismo contundente producto de una caída o de un accidente automovilístico.

—O por estrangulamiento —replicó ella—. Creo que hay suficientes pruebas circunstanciales para suponer que fue asesinada. Solo necesitamos averiguar quién lo hizo y cómo.

Parker lo consideró un momento. —¿Habrá sido un extraño? ¿O alguien que conocía?

Miranda movió una caja y se tumbó en el suelo, donde había estado la cama. Con la cabeza junto a la pared interior, señaló la puerta que tenía detrás. —Si alguien entró por ahí, puede que no se despertara. Puede que no lo viera ni siquiera si estaba despierta.

—Es verdad. —Parker se acercó a la ventana—. Es posible que el asesino entrara por aquí. —Tiró de ella, pero la pintura de la moldura la mantenía pegada.

—Según los socorristas de aquella noche, todas las puertas y ventanas estaban cerradas con llave.

—Hay formas de forzar las cerraduras. Y no sabemos en qué estado estaba la ventana antes del incendio.

Miranda seguía negando con la cabeza. —Demasiado ruidoso. Demasiado fácil que un vecino lo viera.

Parker miró a través del cristal de la ventana. —Las sombras lo ocultarían.

—Quizá. —Se llevó las manos a su propia garganta—. Así que entra a hurtadillas, la estrangula, provoca un incendio para encubrirlo y se larga de vuelta al agujero del que salió.

—Sería útil localizar ese agujero.

Como tantas otras cosas. Empezó a levantarse y Parker le tendió una mano. Ella la tomó, permitiéndole que la ayudara a ponerse de pie. Ya que él le estaba dejando tomar la iniciativa, no se pondría quisquillosa con lo de la damisela en apuros.

Atravesó la abertura hacia la cocina. El lugar estaba impecable, como de exhibición. No había platos en el fregadero, todo estaba completamente seco. Aparentemente Ivy, el bloguero de comida, comía fuera en cada comida y probablemente lo deducía como un gasto.

Se dirigió al lado opuesto, donde estaba el refrigerador. —La puerta trasera está aquí. Podría haber entrado por aquí.

—O la señorita Sutherland dejó entrar a su asesino, si lo conocía.

Cierto. Abrió la puerta de un tirón —se atascó un poco, de nuevo por una nueva capa de pintura— y salió a un porche trasero.

El patio trasero era típico de esta zona. Una parcela alargada de césped bordeada por una cerca de alambre y un garaje que daba al callejón. Un único olmo se alzaba a la izquierda, dando más sombra al patio del vecino que a este.

—Una huida fácil —le dijo a Parker mientras se acercaba a su lado.

Él asintió en señal de acuerdo. —Por la puerta trasera, a través del patio y hacia el callejón.

—Y entonces desapareces. Para cuando el vecino llamó para avisar del incendio, el asesino podría haber estado en Albuquerque. —Soltó un profundo suspiro.

—Paciencia —murmuró Parker a su lado.

Sí, sí. Pero este iba a ser un caso difícil. Se dio la vuelta. —Vamos a ver si podemos hablar con esa vecina.

—Muy bien.

Regresaron a través de la casa y se despidieron de Ivy a gritos. Al no recibir respuesta, cerraron la puerta principal con llave y se fueron.

Pero mientras Miranda bajaba los escalones del frente, sintió ese cosquilleo familiar en la nuca. Su cuerpo quería paralizarse. Apagarse de nuevo, prestar atención, ponerse a cubierto. Pero se obligó a seguir adelante.

Era solo esa gasolinera.

Así que había visto el lugar donde la habían violado hacía quince años. ¿Y qué? Ya lo había superado. Tenía una nueva vida. Vivía en un mundo completamente diferente.

Y lo más importante, tenía un trabajo que hacer.

CAPÍTULO CATORCE

Una vez más, descorrió las cortinas y espió a la pareja que avanzaba por la acera.

Tan bien vestidos.

El hombre, con el clásico traje gris a rayas; ella, con un conjunto color carbón y zapatos de tacón negros. Mucho más elegante que las cosas que le había visto usar durante su rehabilitación el año anterior.

Y ese caminar con garbo que tenía. Tan distinto a su paso titubeante en el hospital. Pero el hombre. Eso era lo que se interponía entre ellos. Entre él y sus planes para ella.

Tenía que deshacerse del hombre. O lisiarlo de alguna forma.

Sonrió, complacido de haber descubierto su intención de venir a Chicago, su antigua ciudad, justo a tiempo. Tuvo que correr para llegar antes que ellos al aeropuerto. Y una vez que los siguió a la estación de policía de Larrabee, una llamada al departamento, haciéndose pasar por reportero, le dijo exactamente qué estaban haciendo aquí. Un poco de manipulación, unas cuantas suposiciones falsas y obtuvo toda la información que necesitaba. Unas cuantas llamadas más y su disfraz estuvo listo.

No era difícil de hacer si uno estaba concentrado. Por supuesto, él estaba más concentrado que la mayoría. Y, ciertamente, era más inteligente. ¿Acaso su madre no lo había dicho siempre?

Pero ¿por qué *ese* caso?

Lo más probable era porque se trataba del caso sin resolver más intrigante en el arsenal de las fuerzas del orden. El tipo de caso que estos dos investigadores ansiaban. Eso sería desafortunado para ellos esta vez.

Lydia. Aspiró su nombre, y el corazón le dolió con el recuerdo. Asombroso que tomaran su caso. Más que asombroso.

Era el destino.

—¿Cuáles son los metros cuadrados? ¿Puedes decirme eso?

Rechinó los dientes al oír la irritante voz de la joven. La voz de una mujer solo era agradable cuando suplicaba, rogando por piedad. Piedad que nunca les concedía.

Pero se obligó a darse la vuelta y dedicarle a la posible compradora su sonrisa más deslumbrante al otro lado de la sala vacía. —Alrededor de doscientos ochenta.

Era una suposición razonable. Todo en la farsa de agente inmobiliario era razonable. La gente confiaba en él sin dudar.

La mujer frunció el ceño como si la cifra que había dicho no le pareciera bien. La expresión hizo que su flequillo le cayera sobre las cejas.

Era menudita. Vestía una falda celeste y un suéter a juego bajo una blusa ligera. El tipo de tela que cedía fácilmente a la hoja de un cuchillo. El marido estaba abajo, revisando el sótano.

Se apartó el cabello rubio claro e hizo una nota en su celular.

Él prefería las rubias. Su madre había tenido el cabello rubio miel. Era delgada y de piel tersa. Recordaba el olor de su perfume de fresa cuando solía tocarlo.

—¿La cocina es a gas? —preguntó la compradora, envolviéndose en el suéter a pesar de que la temperatura era bastante cálida en esa casa desocupada.

Imaginó arrancarle la ropa y ver cómo su espalda se arqueaba. Primero de placer, luego de dolor. Un dolor atroz. Esos bonitos ojos cafés destellando de sorpresa. Le encantaba observar esa reacción.

Pero se estaba adelantando a los hechos.

Una vez más, se volvió para espiar a través de las cortinas. El hombre y la mujer se habían ido. Sin duda, fueron a entrevistar a un vecino. Aprenderían poco. Había pasado demasiado tiempo. La gente tenía poca memoria.

—¿Y bien? —dijo la voz irritante.

Forzando otra sonrisa deslumbrante, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia ella. —Sí —dijo—. Todo a gas. Déjame mostrarte.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Le ofrezco un poco de té?

Sintiéndose tensa e incómoda, Miranda le sonrió a su anfitriona. —No, gracias.

Ella y Parker estaban sentados en un estrecho sofá floreado, adornado con tapetitos de ganchillo, que había sido encajado en el ventanal que daba a la calle, a unas pocas puertas de la casa de los Sutherland.

La sala del búngalo de ladrillo rojo, propiedad de la Sra. Maria Esposito, era agobiante y sofocante, y tenía el tipo de olor que Miranda solo podía describir como olor a viejita.

—Bueno, entonces. ¿Cómo puedo ayudarlos? Quieto, Pookey.

La anciana levantó un gato atigrado gris que había estado maullando a sus pies y se dejó caer en un sillón acolchado de color arándano al otro lado de la anticuada mesa de centro, quejándose del dolor en las articulaciones.

Era una mujer pequeña y delgada, y el sillón casi se la tragaba por completo.

Aunque hacía calor en la habitación, su anfitriona llevaba unos ajustados jeans azules debajo de un suéter de cuello alto y un grueso suéter gris que podría haber estado hecho de pelo de gato. Las arrugas de su rostro eran profundas debido a la edad, pero llevaba maquillaje completo para cubrirlas, con todo y sombra de ojos recargada y pestañas postizas. Su cabello corto, de un gris metálico, estaba cardado y parecía estar fijo en su sitio con una lata entera de laca.

—Como le expliqué, Sra. Esposito…

—Ah —la mujer agitó una mano en dirección a Miranda—. Llámeme Maria.

Miranda se aclaró la garganta. —Maria, entonces. Estamos investigando el incendio que causó la muerte de Lydia Sutherland.

Ella se recostó en el sillón. —Oh, sí. ¿Qué fue eso? ¿Hace diez años?

—Quince.

Maria asintió. —Ya recuerdo. Enzio, mi esposo, acababa de jubilarse. Trabajaba en saneamiento —hizo una pausa para reírse—. Ese es el término elegante, pero a él no le importaba llamarlo por su nombre. Manejaba un camión de basura y estaba orgulloso de ello. «Puede que no sea un trabajo de oficina de la alta sociedad», solía decir, «pero hasta el presidente necesita que le recojan la basura».

Mientras la mujer hablaba, su mano acariciaba la cabeza del gato, aplastándole el pelo y las orejas. El animal empezó a ronronear en su regazo como un pequeño bote a motor.

Miranda cambió de postura. Tenía la sensación de que esta testigo iba a ser un callejón sin salida.

—¿El Sr. Esposito recordaría el incidente? —preguntó.

Los labios de Maria se afinaron en una sonrisa tensa. —Puede que sí, pero le costaría mucho sacárselo. Lleva muerto los últimos doce años.

—Oh. Lo siento mucho. *Vaya manera de meter la pata.*

Maria miró por la ventana y siguió acariciando al gato. —No duró mucho después de jubilarse. Ya no tenía un propósito. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, lo sé. *Más de lo que la mujer se imaginaba.*

Miranda se arriesgó a mirar a Parker. No solo la estaba dejando manejar la entrevista, sino que estaba mirando por la ventana junto con la entrevistada, como si tuviera otra cosa en la cabeza.

Tal vez pensaba que la estaba protegiendo.

Irritada por esa idea, Miranda se volvió hacia la dueña de la casa. —¿Usted recuerda el incidente, Maria?

—Claro que sí. Yo fui la que llamó para reportar el incendio.

Miranda lo sabía y se alegró de no tener que sacarle el detalle a la mujer. Fingió revisar el cuaderno que había sacado de su maletín. —Según el expediente, la llamada entró a las 2:35 de la madrugada.

—¿Y?

—¿Por qué estaba despierta a esa hora?

—Déjeme pensar. Ah, ya recuerdo. Angelina estaba inquieta. Angelina era la madre de Pookey —levantó al gato que tenía en el regazo, como si presentara una prueba, luego lo volvió a bajar y siguió acariciándolo—. Me levanté para darle un poco de leche a Angelina. Vi un destello a través de la ventana y vine aquí para asomarme. Fue entonces cuando vi las llamas. Salían disparadas del techo de Lydia. Y había mucho humo. «Oh, Dios mío», pensé. «Será mejor que haga algo». Y así, marché directamente al teléfono y marqué el 911.

Se enderezó y asintió con su afilada barbilla, como si estuviera la mar de orgullosa de sí misma.

—Admirable —dijo Miranda.

—Hice lo que haría cualquier buen vecino —cerró los ojos y negó con la cabeza—. Fue horrible esa noche. Simplemente horrible. Ruidosos camiones de bomberos entrando a toda velocidad por nuestra calle, bomberos por todas partes. La policía. Periodistas también. Todos en el vecindario salieron en bata para ver qué demonios estaba pasando. Y luego, ¿lo que le pasó a esa pobre jovencita? —suspiró y se quedó en silencio.

—¿La conocía, Maria?

Lentamente, negó con la cabeza. —La historia estuvo en las noticias durante muchísimo tiempo. No paraban de mostrar su foto en la pantalla. Decían que estaba muerta. Decían que alguien la había matado.

—Sí.

—Pero nunca atraparon al desgraciado, ¿verdad?

Miranda tuvo que sonreír ante eso. —No, no lo hicieron, Maria.

—No, claro que no. Por eso están aquí. ¿Saben quién fue?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Nos vendría bien su ayuda.

La mujer se reclinó en el sillón y parpadeó como si acabara de darse cuenta de que estaba siendo interrogada oficialmente. —Oh, por supuesto. Por supuesto. Lo que sea que pueda hacer. Recuerdo a su familia en la televisión. Madre, padre y una hermana, creo.

Estaban todos tan desconsolados. Fue espantoso. Absolutamente espantoso.

Miranda reformuló su pregunta. —¿Qué tan bien conocía a la Sra. Sutherland?

—No muy bien. No es que nos moviéramos exactamente en los mismos círculos —soltó una risa corta y estridente—. Pero nos saludábamos con la mano en la calle. Charlamos un par de veces sobre el clima o alguna cosa por el estilo. Ya sabe a qué me refiero.

—Sí —Miranda pasó una página en su cuaderno—. Cuando la entrevistaron en su momento, usted dijo que Lydia Sutherland era una «chica alocada». ¿A qué se refería con eso?

Las pestañas postizas de Maria se abrieron de par en par por la sorpresa. —¿Dije eso?

—Es lo que dice el informe.

Acarició al gato un poco más y lo pensó. —Bueno, supongo que sí. Lo era. Alocada, quiero decir. Solía hacer fiestas ruidosas hasta altas horas de la noche. Tuvimos que llamar a la policía varias veces. Ed Gundersen, que vivía en la casa de al lado, iba a tocar a su puerta y le gritaba y la amenazaba con el puño.

¿Un vecino violento? Miranda sintió que Parker se tensaba a su lado. Ya estaba de vuelta.

—¿El Sr. Gundersen sigue viviendo en la casa de al lado? —preguntó él.

—Oh, no. Se mudó después de jubilarse. Consiguió un lugar en Maine o por ahí.

El radar de sospechosos de Miranda se activó. —¿Cuándo se mudó? ¿Después del incendio?

—Déjeme ver. No, no lo creo. Recuerdo que devolvió la podadora que le había pedido prestada a Enzio cuando estaba empacando. Había un gran camión de U-Haul estacionado en la calle. Dijo que iba a pasar el Día de Acción de Gracias con la familia de su hija y luego se iría a la mañana siguiente, así que fue unos meses antes del incendio.

Miranda luchó para no dejar caer los hombros e hizo la pregunta. —¿Cree que él provocó el incendio?

—¿Ed? Oh, no. Era inofensivo. Lydia ignoraba sus quejas, pero de todos modos las fiestas pararon. Supongo que fue cuando consiguió ese «trabajo» —Maria hizo comillas en el aire con los dedos.

—¿Qué trabajo era ese?

—En el Pink Pajama.

—¿El qué?

—El Pink Pajama. ¿A que es un nombre tonto? Era uno de esos clubes donde ponían… ¿qué era? ¿Música disco? Oh, no sé. Todavía está ahí. Al final de la calle, a la vuelta de la esquina. No es tan popular como antes, pero sigue siendo un lugar de mala muerte. Jamás pondría un pie ahí. Empezamos una petición cuando lo abrieron, tratamos de que lo cerraran, pero no llegamos a ninguna parte.

—¿Y Lydia trabajaba ahí? Pensé que era estudiante de arte.

—Oh, lo era. Tomaba el tren L todas las mañanas para ir al Instituto de Arte. Era mesera en el Pajama por la noche. Me dijo que esperaba convertirse en bailarina exótica.

Bonita meta profesional. —¿Y conoció a alguien en el club, que usted sepa?

—Claro que sí. ¿Verdad, Pookey? —Maria miró al gato.

Tenía los ojos cerrados. Le importaba un comino.

—Fue entonces cuando Lydia empezó a volverse realmente salvaje. Traía a casa a un hombre diferente cada noche durante un tiempo.

Justo como Maria había dicho en la entrevista de hacía quince años. Al menos era consistente.

—¿Conocía a alguno de esos hombres?

—Oh, no. No vivían por aquí. Jóvenes. Pero había uno… —acarició la cabeza de Pookey hasta que sus párpados se abrieron. El gato siguió ronroneando. Debía de gustarle.

—¿Uno? —insistió Miranda.

—Un tipo rubio. Era más bien grande. Llevaba el pelo largo. Parecía un gran perro peludo. Recuerdo que siempre llevaba una chaqueta de cuero negra. Como si se creyera James Dean o Fonzie o algo así. ¿Me entiende? Estaba saliendo con él con cierta regularidad.

—¿A qué se refiere con «regularidad»?

—Como si fueran novios o algo. Manejaba un Mustang plateado. Un coche muy elegante. Durante un buen tiempo recuerdo haber visto ese Mustang estacionado frente a su casa todas las noches. Así que supuse que solo era él. A quien traía a casa, quiero decir.

Esto sí que era nuevo. —¿Cuánto tiempo?

Juntó sus delgados labios y los apretó con firmeza mientras pensaba. —Oh, es difícil de decir. Fue hace tanto tiempo. El tiempo pasa rápido cuando uno se hace mayor, ya sabe.

—¿Podría hacer una estimación? —preguntó Parker amablemente.

Qué amable de su parte unirse a la conversación, pensó Miranda.

Maria entrecerró los ojos y pensó intensamente. —¿Quizás una semana? ¿Quizás dos?

—Así que no mucho tiempo.

—No. Supongo que no.

—¿Qué pasó con este hombre rubio? ¿Rompieron?

—Déjeme ver. Déjeme ver —se golpeó los dedos contra la boca, forzando los recuerdos. Entonces, de repente, se detuvo—. Oh.

Miranda contuvo el aliento. —¿Qué pasa, Maria?

—Acabo de recordar algo. Estoy segura de que se lo mencioné a la policía.

—¿Qué fue? —dijo Parker con su voz más paciente.

—¿La noche de ese horrible incendio?

Miranda se irguió en el sofá. —¿Sí?

—Lo trajo a casa esa noche. Al tipo rubio.

—¿Y?

—Y cuando me asomé y vi las llamas… justo antes de llamar al 911…

—¿Sí?

Maria señaló en la dirección que llevaba a la carretera principal. —Vi ese Mustang plateado alejándose por la calle.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Así que el cabrón no se escabulló por el callejón detrás de la casa de Lydia Sutherland. Se fue manejando en un Mustang plateado.

Por desgracia, Maria Esposito no recordaba la matrícula. Ni ningún otro detalle sobre el tipo, como su nombre.

Miranda estaba de pie en la acera, frente a la casa de ladrillo rojo, golpeando el suelo con el pie.

—¿Quieres ir a ver ese bar?

—Quince años… La clientela no será la misma. Tampoco los empleados.

Ella dejó escapar un suspiro de derrota.

—Quizá tengamos suerte y haya alguien que estuviera allí en aquel entonces. —Alguien con buena memoria.

Parker señaló el auto con la cabeza.

—Vámonos.

—Buena idea.

Subieron al Audi y, mientras Parker arrancaba, Miranda volvió a recorrer la calle con la mirada.

Los niños empezaban a volver a casa de la escuela en bicicletas y autobuses. Había más vehículos circulando a medida que la gente regresaba a casa del trabajo. El agente inmobiliario y sus posibles compradores se habían ido. Por alguna razón, eso le dio una sensación incómoda.

Se sacudió la sensación mientras Parker doblaba la esquina y empezaron a buscar The Pink Pajama.

Pasaron junto a una iglesia luterana, un edificio de oficinas cuadrado de ladrillo rojo, edificios de apartamentos de alrededor de mil novecientos veintiocho, más vallas de tela metálica protegiendo un terreno baldío. Finalmente, dos calles más abajo y tres más allá,

encontraron una taberna encajada entre una lavandería y un despacho de abogados de aspecto sórdido.

Un lugar con clase.

Rejas de hierro en las ventanas, basura frente a la puerta, un letrero de neón al que le faltaban algunas letras.

Se leía: «The Pin Pa... a... a».

Parker estacionó el auto en un espacio diagonal en la calle y entraron.

###

The Pink Pajama no tenía mucho de rosa. El lugar era tan oscuro que los ojos de Miranda tardaron un rato en acostumbrarse. Cuando lo hicieron, vio que el bar era el típico antro. Paneles de madera oscura y barata en las paredes. Anuncios de cerveza. Olor a moho. Música a todo volumen saliendo de una rocola antigua. Reconoció el blues de Chicago. Al menos era algo que le gustaba.

No parecía haber mucha clientela. Un anciano dormitaba en un rincón. Otro, gordo, estaba sentado en la barra, con la nariz casi metida en su vaso de cerveza.

Parker señaló una mesa en el centro de la sala, fueron hasta allí y se sentaron. Después de lo que pareció una eternidad, un tipo huesudo con un delantal manchado, cejas finas, pelo grasiento y expresión molesta salió con desgana de la cocina, libreta y bolígrafo en mano.

—¿Les tomo la orden? —gruñó.

Servicio amable.

Parker pidió two Buds, lo que a ella le pareció bien.

En lugar de traerlas, el hombre se giró y gritó hacia la parte de atrás.

—Oye. Tengo un pedido, Hildie. Two Buds.

Una voz femenina respondió desde algún lugar detrás de la barra.

—Estoy en mi descanso.

—¿Quién te crees que eres? —aulló el hombre—. ¿La reina de Saba? Mueve el culo para acá y trae estas bebidas. Hay clientes.

Los clientes debían de ser algo raro. Aun así, el tipo actuaba como si estuvieran demasiado ocupados como para traer él mismo

las bebidas.

—En realidad —dijo Miranda—, nos preguntábamos si podíamos hablar con alguien.

Las finas cejas del hombre se dispararon hasta la línea de su pelo repeinado.

—¿Ya tienen una queja? Acaban de sentarse. Esperen. ¿Ustedes dos son del Departamento de Sanidad? Ya tenemos controlado el problema de las cucarachas. Se lo juro.

—No somos del Departamento de Sanidad —Parker sonrió y le entregó una tarjeta—. Somos investigadores privados de la Agencia Parker en Atlanta.

El hombre tomó la tarjeta y la miró fijamente, sin dejar de estudiarlo a él y a Miranda por el rabillo del ojo, como si no se creyera nada de lo que decían.

—Estamos investigando la muerte sospechosa de una joven en esta zona —le dijo Miranda.

El hombre agitó un brazo con aire de desesperación.

—¿Qué muerte sospechosa? Este es un barrio tranquilo. No tenemos nada que ver con ninguna muerte sospechosa de nadie.

Miranda se preguntó qué pasaría en ese club por la noche para ponerlo tan nervioso.

Parker le dedicó esa sonrisa ganadora suya.

—Estoy seguro de que no.

—La muerte ocurrió hace quince años —añadió Miranda.

Los hombros del hombre parecieron relajarse un poco. Sacudió la cabeza.

—No sabría nada de eso. Compré el lugar hace diez años.

Así que era el dueño.

—¿Tiene a alguien que trabajara aquí en ese entonces? —preguntó Parker en un tono relajado.

El corazón de Miranda se hundió.

Puedes ser todo lo encantador que quieras, subir el encanto a ciento veinte grados, pero eso no hará que la gente que se fue hace mucho tiempo aparezca de la nada. Estaba lista para marcharse, pero no era como si tuvieran otra pista.

El hombre se apartó un mechón de pelo grasiento.

—Qué sé yo. —Se giró de nuevo hacia la barra—. ¡Oye, Hildie!

—¿Qué quieres? —gimió la misma voz femenina.

—Ven aquí. Ahora.

Pudieron oír su gemido desde el fondo. Pero al cabo de unos minutos, una mujer alta con un espeso pelo rojizo fresa amontonado sobre la cabeza salió arrastrando los pies y se dirigió hacia ellos.

Llevaba unos vaqueros Capri ajustados y un top negro ajustado, escotado y que dejaba ver el abdomen con «The Pink Pajama» adornado con pedrería. Parecía cansada, desgastada y probablemente de al menos cuarenta años.

—¿Qué? —le dijo al tipo con el labio curvado.

Miranda sintió un aleteo en el estómago. Esta Hildie podría haber sido un retrato de sí misma en unos años si no hubiera conocido a Parker. Si él no le hubiera mostrado su destino y cambiado su vida. Aunque probablemente ella estaría en alguna obra de construcción, gruñéndole al jefe.

Miranda repitió la presentación, con tarjeta incluida, y explicó que estaban investigando un caso sin resolver de hacía quince años.

El rostro empolvado de la camarera no se movió, pero levantó un hombro.

—Llevo trabajando aquí casi desde que salí de la preparatoria. Así que sí, supongo que estaba aquí entonces. Dios, he estado aquí desde siempre.

Miranda lo tomó como una señal esperanzadora.

—La víctima era Lydia Sutherland. Tenía veinte años. Vivía en el barrio, en Bunting Street. Su vecina dice que trabajaba aquí en esa época. ¿Usted la recuerda?

—Trabajé con muchas chicas. Aquí van y vienen como gotas de lluvia.

—Todas menos tú, Hildie. —El hombre del pelo grasiento le dio una palmada en el trasero—. Tú eres la leal.

Hildie se giró hacia él con una mirada que decía: «Haz eso otra vez y te aplasto». Sus palabras fueron un poco más suaves.

—¿Por qué no vuelves a la cocina ahora, Mitch?

Él le dedicó una mueca de tipo duro.

—Solo asegúrate de traerles sus cervezas. —Se dio la vuelta y se marchó con el mismo arrastrar de pies apático que Hildie había usado.

—¿Two Buds? —Hildie se giró hacia la barra.

—Espere. —Miranda metió la mano en su maletín y sacó la foto de Lydia. Se la entregó a la camarera—. ¿Esto le refresca la memoria?

Hildie tomó la foto y entrecerró los ojos ante el largo y sedoso pelo rubio ondulado y los ojos brillantes y ansiosos. Su expresión se suavizó. Acercó una silla vacía de la mesa y se dejó caer en ella.

—Lydia. Sí, ahora la recuerdo. —Una sonrisa nostálgica se extendió por el rostro demacrado de la mujer—. Era tan divertida y estaba llena de vida. Quería ser bailarina o artista. Quería ir a Italia. Lo quería todo.

Quizá quería demasiado.

—Su vecina dijo que salía con muchos chicos —insinuó Miranda.

Hildie soltó una risa grave y triste.

—Oh, sí. Y digo muchos. Tenía el físico para ello. Tenía que espantarlos como a mosquitos hambrientos, ¿sabe?

Miranda asintió.

—¿Hubo algún chico en particular?

—Oh, pasaba por ellos como si fueran palomitas de maíz. Pero, sí. Ahora que lo pienso, hubo uno.

El asentimiento de Hildie le dijo a Miranda que podrían haber encontrado una mina de oro.

—Solía hablar de él todo el tiempo —continuó Hildie—. Sucedió tan rápido. Lo conoció y se enamoró perdidamente. Se conocían desde hacía quizá dos semanas y ella quería casarse con él. Yo le decía: «Lydia, ve más despacio». Pero no me escuchaba. Y entonces… —Su rostro se ensombreció.

—¿Qué? —preguntó Miranda.

Hildie se llevó una mano a la boca.

—Dios, no puedo creer que me haya olvidado de eso. Fue justo antes de Navidad de ese año. Tuve que tomarme un tiempo libre para cuidar a mi papá. Le sacaron la vesícula. Y cuando volví al trabajo, me enteré de que estaba… muerta. No podía creerlo.

—Incendio en una casa —dijo Parker sombríamente.

—Sí. Y así, sin más, desapareció. Salió en las noticias y todo. Fue horrible. —Con los húmedos ojos verdes, Hildie miró a Parker y luego a Miranda—. ¿Es eso lo que están investigando? ¿El incendio?

—Creemos que fue provocado.

Hildie empezó a asentir.

—Es cierto. Ahora lo recuerdo. La policía pensó que alguien la había matado. Salieron en las noticias buscando gente. Cualquiera que supiera quién pudo haberlo hecho. Oh, Dios mío.

Miranda intervino antes de perderla.

—El chico con el que salía Lydia. ¿Era rubio?

Hildie se quedó mirando al vacío y entrecerró los ojos.

—Sí. Pelo rubio y alborotado. Llevaba una chaqueta de cuero negra. Lo recuerdo ahora. ¿Debería haber llamado a la policía? No pensé que tuviera nada que contarles.

—¿Y este chico manejaba un Mustang plateado?

—Sí, creo que sí. Es cierto. Lydia me lo señaló por la ventana una noche. Pensaba que le iba a proponer matrimonio.

—¿Recuerda su nombre?

—¿Nombre? Uh… creo que empezaba con O o U. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Oliver? No, no era ese. Quizá con una A. ¿Andrew? Uno pensaría que lo recordaría con la de veces que Lydia lo mencionó. Él no fue quien le hizo daño a Lydia, ¿verdad? Era tan agradable.

—¿Era este chico un cliente habitual? ¿Vivía por aquí?

—¿Por aquí? No creo. No, es verdad. Lo conoció en el Instituto de Arte. Estaba tomando clases allí. Creo que era adinerado.

—¿Adinerado?

—Sí, de buena familia. No recuerdo si tenía trabajo, pero me parece que me dijo que su familia vivía en la zona norte. A lo mejor solo supuse que tenía dinero.

—¿Habló mucho con él?

—No. A veces venía mientras trabajábamos, pero casi siempre aparecía al final del turno de Lydia. Ella se iba a casa con él. Siempre fue amable. Educado y todo eso.

—¿Iban a casa de ella? —dijo Miranda.

—Supongo. Nunca le pregunté. Como dije, solo llevaban juntos unas two semanas.

De acuerdo. Eso tenía sentido.

—La última vez que vio a Lydia, ¿estaban peleando?

—¿Peleando? Oh, no. Como le dije, ella estaba loca por él. Y él por ella. O al menos eso creía yo.

Miranda asintió.

—¿Recuerda algo más sobre él?

Hildie pensó un largo momento y luego negó con la cabeza.

—Ni una cosa.

La camarera decía la verdad. Era todo lo que tenía.

Miranda le quitó la foto, la guardó en su maletín y se levantó. Le tendió una mano.

—Gracias, Hildie. Ha sido de gran ayuda.

Hildie se quedó un poco más en la silla y luego se puso de pie.

—¿Lo he sido?

—Sí —le aseguró Parker, entregándole un billete.

—¿Para qué es esto? Ni siquiera tomaron sus cervezas.

—Por sus molestias —dijo Parker—. Tiene nuestra tarjeta. Si recuerda algo más, por favor, llámenos.

—Lo haré. Sí, lo haré. —Hildie se llevó una mano a la mejilla como si todavía estuviera en shock después de esta explosión del pasado—. Pobre Lydia —suspiró—. Era tan joven. No tenía ni idea de qué hacer con su vida. Lo único que sabía es que quería hacer del mundo un lugar más hermoso. Supongo que eso no sucedió.

—Lamentablemente, no —Parker puso una mano en la espalda de Miranda y se giraron para irse.

No, no sucedió, pensó Miranda mientras se dirigía hacia el letrero de cerveza parpadeante sobre la entrada. Antes de que Lydia Sutherland tuviera la oportunidad de hacer el mundo más hermoso, un cabrón la mató.

Y el mundo se volvió más feo.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Entonces, ¿un tipo rico conoce a una jovencita bonita en una escuela de arte, se enamora de ella y la mata? —Miranda arrugó la nariz.

Parker tomó la rampa de la autopista Eisenhower y se topó de lleno con el tráfico de la hora pico.

Pisó el freno. —Quizás la muerte de Lydia fue un accidente.

—Pero la señora Esposito dijo que vio su auto alejándose del incendio.

—Quizás el enamorado huyó esa noche porque estaba asustado.

Miranda no se lo tragaba. —¿El incendio também foi un accidente?

—Pudo haberlo sido. Después de todo, estaban drogados. Tenemos pruebas de que ella lo estaba.

Y por eso supondrías que él también lo estaba. Quizá era su dealer. Tal vez por eso podía permitirse el Mustang. Pero Hildie pensaba que era de familia adinerada del lado norte. Le dio vueltas al asunto mientras contemplaba el mar de autos. Un tráfico peor que el de Atlanta.

Se había olvidado de eso. —¿Y qué hay de la tráquea rota?

La mirada de Parker a través del parabrisas era dura y firme. —¿Algo que ocurrió en un arrebato de pasión?

—¿Sexo rudo?

—Quizá. O una pelea.

Niño rico acostumbrado a salirse con la suya. La novia no se lo concede. Él se pone violento. No era muy difícil de creer.

—¿Así que se da cuenta de lo que ha hecho, quizá retrocede conmocionado, tira el calefactor y provoca el incendio? Entra en

pánico y, de repente, ya está saliendo por la puerta, conduciendo por la calle.

—Pudo haber ocurrido así. —Parker pisó el acelerador y rebasó a dos autos que tenía delante. Luego tuvo que detenerse de nuevo.

Pudo haber ocurrido así, pero Miranda no lo creía. En cualquier caso, ahora mismo no podían probar ni una mierda. Necesitaban más. Mucho más.

—Ahora iremos al Instituto de Arte —dijo—. Puede que haya algún profesor o administrador que recuerde a Lydia. Y tendrán que tener sus expedientes académicos. Esos podrían decirnos algo.

Parker miró la hora en el tablero. —Tendrá que esperar hasta mañana. La escuela estará cerrada para cuando lleguemos.

Miranda cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento con un gemido de frustración. Él tenía razón. —¿Entonces qué hacemos esta noche?

Esperaba que él le dedicara esa sonrisa sexy, que le tomara la mano y le dijera que tenía algo excitante en mente.

En lugar de eso, frunció el ceño. —He querido decírtelo. Tengo una cita esta noche.

Ella abrió los ojos de par en par. —¿Qué?

—Estoy entrevistando para una vacante en la Agencia. Demarco ha conseguido algunos posibles candidatos y le prometí que los vería esta noche.

—Ah. —Eso era nuevo.

Observó los conjuntos de viejos edificios de ladrillo, las vías del tren elevado que se extendían sobre la autopista y el contorno borroso de la Torre Sears a lo lejos.

Parker mantuvo los ojos en el tráfico, evitando su mirada. —¿Tienes suficiente con el expediente del caso para mantenerte ocupada mientras no estoy, verdad?

—Supongo que sí.

—Pediremos servicio a la habitación. No tardaré más de un par de horas como mucho.

—Claro. Por mí está bien.

Era una mujer adulta y se había cuidado sola mucho antes de que Parker apareciera en escena. Pero le parecía muy extraño que él

hiciera entrevistas mientras estaban en un caso.

Una vez más, la sospecha le revolvió las tripas. ¿Qué se traía entre manos?

Decidió no preguntar.

###

Tardaron casi una hora en volver al hotel. Como había prometido, Parker pidió servicio a la habitación. Le ofreció a elegir entre sopa de langosta o Chateaubriand.

Ella optó por una hamburguesa con papas fritas.

Fue una cena sabrosa. La carne estaba asada a la parrilla, las papas fritas cortadas a mano y los condimentos incluían una botella grande de salsa picante. Pero a Miranda le costó trabajo comer.

No debería estar molesta por las entrevistas de Parker, pero lo estaba.

Después de que un botones se llevara la mesa, Parker se duchó y se vistió. Se sorprendió cuando salió del baño con ropa informal. Jeans de diseñador de un azul profundo, una camisa de punto gris, una chaqueta ligera de color carbón.

Con el expediente del caso en su regazo y las piernas estiradas en el sofá de la sala de estar de la suite, lo recorrió con la mirada de arriba abajo. —¿Vas a ir así?

Él sonrió, se inclinó para besarle la mejilla. —Le dije a Demarco que sería informal. No querría intimidar a los candidatos.

Sin embargo, no le importaba intimidar a todos en la oficina. El código de vestimenta de la Agencia siempre había sido un motivo de orgullo para Parker.

Algo pasaba.

Pero decidió seguirle el juego y le dedicó una sonrisa inocente. —Por supuesto que no.

Él pareció captar su falta de sinceridad, pero optó por ignorarla. —¿Entonces estarás trabajando en el expediente?

—Sí. —Dio una palmadita a la carpeta que tenía en el regazo—. Apenas voy por la mitad de todos estos informes.

—Muy bien, entonces. No tardaré. —Y se fue.

Mirando la puerta, Miranda dejó escapar un largo suspiro y contuvo la sensación de temor que se gestaba en su estómago junto

con la hamburguesa. Podía quedarse ahí sentada toda la noche intentando descifrar qué tramaba Parker, o podía trabajar en este caso.

Eligió lo segundo.

Abrió el expediente, tomó el informe donde lo había dejado esa tarde y empezó a leer.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Con una culpa del demonio, Parker le agarró las llaves al valet, se subió al Audi y manejó a la vuelta de la esquina. Se detuvo a un lado de la transitada calle y sacó su teléfono.

Mientras revisaba lentamente la información que Demarco le había enviado esa tarde, su conciencia lo golpeaba como un campeón de peso pesado. Seguramente Miranda había sospechado que la historia que le había contado sobre las entrevistas de la Agencia era mentira.

Ella tenía un excelente detector de patrañas.

Pero no importaba. No importaba que lo hubiera calado. No importaba que estuviera enojada con él. No importaba lo que ella pensara.

Ella era la que había empezado con los secretos al ocultarle esos mensajes de texto en su teléfono. Él estaba haciendo esto para protegerla y lo terminaría. Nada iba a detenerlo. Y mucho menos sus miradas acusadoras.

Deslizó el pulgar por la pantalla de su celular.

Cinco sospechosos más o menos prometedores. ¿Por dónde empezar?

Estudió la foto de Charles Clark. Papada gruesa y picada de viruela. Cejas tan espesas y enmarañadas como alambre de púas. Ojos oscuros como la noche y con la misma malicia que los de un perro apaleado. Él era el fallecido. Sus padres también habían muerto. Su único hermano vivía en Franklin Park, a treinta kilómetros de distancia. Le tomaría al menos una hora llegar hasta allí. Aun así, Clark sería un buen comienzo. Y si Parker tenía muchísima suerte, él sería el indicado.

Hizo una llamada telefónica, se incorporó al tráfico y se dirigió a los suburbios.

###

Una hora más tarde, Parker recorría otro vecindario del área metropolitana de Chicago, absorbiendo las vibraciones de los vuelos que despegaban del cercano Aeropuerto O'Hare.

Estas calles estaban flanqueadas por casas tipo rancho de una sola planta, algunas décadas más nuevas que las del vecindario de Lydia Sutherland. Y, sin embargo, en comparación con las urbanizaciones que aparecían perpetuamente en Atlanta, parecían antiguas. Distraídamente se preguntó cómo evaluaría su padre el valor de las propiedades aquí.

Cruzó la avenida Belmont, avanzó una cuadra, dio una vuelta y el GPS le indicó que había llegado a su destino.

Un camión de U-Haul aparcado junto a la acera le bloqueaba la vista de la casa. Parker se orilló, se bajó y rodeó el camión.

Al otro lado había un camino de entrada con un grueso seto que corría a lo largo de este y conducía a un garaje para dos autos. La puerta del garaje estaba abierta y había cajas apiladas en su interior. Un hombre sin camisa, con vaqueros rotos, gruesos tatuajes y sandalias de cuero, estaba de pie cerrando una de las cajas con cinta adhesiva.

—Disculpe —dijo Parker mientras subía por el camino de entrada.

El hombre se volvió hacia él.

Un cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios. El cabello oscuro y sudoroso le caía sobre la frente y tenía la misma expresión hosca que su hermano en la foto policial que le había pasado Demarco.

—¿Es usted Steven Clark?

El hombre miró a Parker de arriba abajo como si acabara de llegar del espacio exterior. —¿Quién pregunta?

Parker le tendió la mano. —Soy Wade Parker. ¿Hablamos por teléfono?

El hombre lo miró como si lo desafiara a cruzar una línea invisible. —Estoy un poco ocupado.

Sin estrecharle la mano que le ofrecía, tomó la caja que acababa de precintar y pasó rozando a Parker en dirección al U-Haul, con las sandalias chapoteando contra el concreto.

Parker se dio la vuelta y lo siguió. —Ya veo. Pero como le dije por teléfono, soy un investigador privado que indaga un caso antiguo. Me gustaría hablar con usted unos momentos. No tardaré mucho.

Ignorándolo, el hombre subió por la rampa y desapareció dentro del camión. Apareció varios segundos después sin la caja.

—¿Todavía está aquí?

—Sí, aquí estoy —Parker le sonrió desde abajo de la rampa.

El hombre bajó de nuevo por la rampa con estrépito y se dirigió de vuelta al garaje. —No pensé que tendría el descaro de venir.

—Y sin embargo, aquí estoy —repitió Parker, todavía siguiendo al hombre. Si hubiera sabido que iba a hacer ejercicio, se habría puesto ropa de gimnasia.

El hombre se sacó el cigarrillo de la boca, lo arrojó al camino de entrada y lo aplastó con la punta de la sandalia. —Mire, señor. De una vez por todas, no voy a pagar esos cargos en mi celular. Yo no hice esas llamadas.

Parker se rio. El hombre pensaba que era un cobrador.

—No, señor Clark. No estoy aquí por ningún cargo telefónico. Realmente estoy investigando un caso antiguo. Se trata de su hermano. —Parker sacó su identificación y la sostuvo en alto.

Eso captó su atención. Se dio la vuelta y entrecerró los ojos para ver la identificación, luego a Parker, mirándolo de verdad ahora. —¿Ah, sí? ¿Y qué cree que *él* le debe a la compañía telefónica?

—Nada —respondió Parker en voz baja, guardando la identificación en su billetera—. Ya que está muerto.

El hombre fue a buscar otra caja. —Como dije, estoy ocupado. Me recortaron el sueldo en el almacén, así que ahora tengo que mudarme a un apestoso departamento de una recámara justo al lado del aeropuerto. Mi esposa y mi hijita se están volviendo locas.

—Lamento oír eso, señor Clark. Pero necesito hablar con usted sobre su hermano.

Clark regresó por el camino de entrada con el mismo chapoteo, con Parker a su lado.

—Mi hermano murió hace tres años —dijo por encima del hombro—. Atacó a la esposa de un tipo en un bar y el tipo le cortó el cuello. La verdad, no lo culpo. Yo habría hecho lo mismo. Al tipo le dieron una sentencia de cinco años. Quizás ya esté fuera. No sé. No me importa.

Parker lo dejó dar unos pasos más. —Entiendo que su hermano fue condenado por agresión sexual hace varios años.

Steven Clark se detuvo en seco y se dio la vuelta lentamente. —¿Es por eso que está aquí?

Parker asintió. —Por eso mismo. Represento a una posible víctima. Me gustaría limpiar el nombre de su hermano de cualquier calumnia.

De repente, el hombre sintió las graves ramificaciones de esta visita.

Clark dejó la caja en medio del camino de entrada y regresó al garaje. Sacó dos sillas de jardín oxidadas, se sentó en una de ellas y extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—¿Qué quiere saber sobre mi hermano? —dijo con tono cansado.

Parker asumió que la segunda silla era para él, así que se sentó, esperando que no se derrumbara bajo su peso. —¿Su hermano fue arrestado por varios cargos de violación a lo largo de los años, no es así?

Clark encendió otro cigarrillo y le dio una larga calada. Luego se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas mientras miraba fijamente el U-Haul. Un petirrojo gorjeaba en un olmo cercano.

—Chuckie siempre estaba en problemas. Desde la preparatoria. Mi hermano era cinco años mayor que yo y mi papá era bastante duro con él. Mi madre me protegía a mí. No podía hacer mucho por Chuckie.

—Ya veo. —Parker se quedó en silencio, esperando el resto.

—Ambos se han ido ya. Nuestros padres.

—Lo siento.

—La primera vez que oí sobre el «problema» de Chuckie fue cuando una chica de la preparatoria dijo que la había atacado. Era su último año. Se armó un escándalo de mierda. Los policías

vinieron a nuestra casa. Los vecinos empezaron a evitarnos. Mis padres hablaron de mudarse. Nunca lo hicimos. —Exhaló el humo por un lado de la boca, en dirección opuesta a Parker por cortesía—. No podía creer lo que decían de mi hermano. Me negaba a creerlo. Pero cuando Chuckie se independizó, lo seguían arrestando. Siempre se libraba. Las mujeres tenían miedo de testificar. Excepto una. Le cayeron seis años por esa.

Parker dejó pasar un momento antes de hablar. —Estoy interesado en un caso en particular, señor Clark. Uno que no fue denunciado. Habría ocurrido varios años antes de que su hermano fuera encarcelado.

Clark entrecerró los ojos hacia Parker como si se preparara para un golpe fuerte. Luego negó con la cabeza. —No me hablaba de sus… andanzas.

—Tengo algunos detalles. Me preguntaba si podría confirmar si su hermano Charles pudo haber estado en el área de Lawnfield Heights hace quince años.

—¿Hace quince años? —Miró a Parker como si le estuviera pidiendo la luna.

Parker insistió. Mencionó el año, el posible rango de fechas. Describió la zona, lo cual no fue difícil después de haber estado en ese mismo lugar esa tarde.

Cuando terminó, Steven Clark le dio otra larga calada a su cigarrillo y soltó una bocanada de humo hacia el camino de entrada.

—Febrero. Recuerdo ese año. El ocho de febrero es mi cumpleaños. Acababa de cumplir veinte. Acababa de dejar el *community college*. Chuckie me llevó de juerga. Bebimos toda la noche, terminamos en su casa. Al día siguiente nos fuimos a una cabaña que mi papá solía alquilar en el lago Galena. Nos quedamos allí el resto del mes. Conseguimos un trineo, pescamos en el hielo, bebimos cerveza, comimos porquerías, nos congelamos el culo. Fue un gran momento. El momento que elijo recordar cuando pienso en mi hermano.

Parker sintió la sensación de pérdida de este hombre y deseó poder hacer algo por él. Las mujeres a las que había atacado no eran las únicas vidas que Charles Clark había arruinado. Pero

también sintió que sus esperanzas comenzaban a hundirse como si estuvieran atrapadas bajo el hielo de ese lago.

Charles Clark tenía una coartada para todo el mes de febrero de un hombre que no podía beneficiarse en absoluto de mentir.

Aunque no se había terminado, Steven Clark apagó el cigarrillo con el zapato y se volvió hacia Parker para asestarle el golpe final.

—Así que no, señor —dijo—. Chuckie no estaba en Lawnfield Heights durante febrero de ese año. Estaba conmigo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sacudiéndose la miseria que había dejado en Franklin Park, Parker hizo otra llamada telefónica mientras regresaba a la ciudad.

El sol se ponía a sus espaldas cuando giró en Grand. Dobló a la derecha en North River Road y la siguió hacia el sur. Después de unos treinta minutos, llegó a una zona a poco más de un kilómetro al norte de donde él y Miranda habían estado esa tarde. Y a la misma distancia al este de donde ella había vivido con Leon Groth.

A unas cuantas cuadras de Monroe encontró el lugar designado. Un edificio anodino llamado «Lacy's» con siluetas de mujeres desnudas en las ventanas. Un antro de mala muerte, si es que alguna vez había visto uno.

Estacionó el auto y entró.

Una estridente música de heavy metal lo golpeó tan pronto como cruzó el umbral, junto con el olor a humo de cigarrillo, perfume barato y clientela sudorosa. Un hombre corpulento vestido de negro le exigió que pagara la entrada.

Parker se metió la mano al bolsillo y le entregó algunos billetes sin protestar. Luego dejó que una anfitriona con medias de red y plumas rosas lo llevara a una mesa.

Se sentó y pidió una Bud por segunda vez ese día. No habría licores más finos disponibles aquí.

A varios metros frente a él había un largo escenario con tres mujeres jóvenes que bailoteaban sensualmente alrededor de tres tubos dorados.

Una pelirroja en el extremo más alejado vestía un falso uniforme de policía, con todo y esposas. Llevaba solo una chaqueta de cuero escotada y bragas. Una rubia que no podía ser mayor de edad bailaba en el centro con una enagua negra con volantes y un

reluciente sostén plateado. Lanzaba besos a los hombres que la devoraban con la mirada mientras marchaba alrededor de su tubo.

La tercera era una mujer de cabello oscuro con un cortísimo atuendo de vaquera color azul cielo. Se aferró al tubo e inclinó la cabeza hacia atrás, haciendo que se le cayera el sombrero, mientras su larga cabellera oscura casi barría el suelo. Y al agacharse, abrió el top con flecos de su disfraz y dejó al descubierto sus pechos.

El público masculino gritó, vitoreó y silbó.

—Esa vaquera puede montar mi potro cuando quiera —gritó alguien, sin originalidad alguna.

Parker era un hombre. No pudo evitar sentir una respuesta natural ante el acto, pero estaba fuertemente cubierta de asco. Y de lástima por esas mujeres.

Una parte de él quería rescatarlas de esa vida, pero no estaba allí para eso.

La mesera le trajo su cerveza y le preguntó si quería algo más, con una obvia insinuación.

Él negó con la cabeza y le entregó un billete. Mientras ella se escabullía hacia la siguiente mesa en busca de clientes más dispuestos, Parker centró su atención en los parroquianos.

Un noventa y cinco por ciento eran hombres, al menos, como era de esperar. Eran trabajadores locales. Empleados de bajos ingresos de las fábricas cercanas que se habían detenido para un poco de emoción después de un turno embrutecedor de ocho o doce horas. Obreros de la construcción, de sanidad, de almacenes, con brazos gruesos, cuellos gruesos y actitudes obtusas sobre las mujeres que no eran fáciles de alterar.

Había uno que destacaba, sin embargo, empequeñecido por los demás.

Era bajo, delgado, vestido con jeans ajustados y una camiseta sin mangas que parecía ropa interior. Sin embargo, era lo suficientemente musculoso como para encajar en esa multitud. Su espalda y hombros estaban decorados con tatuajes tribales que le daban la apariencia de un verdadero tipo duro.

Y lo era, al menos para algunas mujeres.

Con una botella de cerveza en la mano, merodeaba al pie del escenario cerca de la artista de cabello oscuro, con la mirada fija en ella, la boca entreabierta, la baba casi goteando por su barbilla.

Le gustan las morenas, notó Parker, apretando la mandíbula.

Alcanzó su celular y tecleó un mensaje: «Estoy aquí. Detrás de ti».

Después de un momento, el hombre giró la cabeza y entrecerró los ojos en su dirección.

Parker levantó una mano y lo llamó.

El hombre se acercó contoneándose, un poco patizambo, como si creyera que acababa de salir de una película del Viejo Oeste. Pensándolo bien, probablemente era el alcohol lo que hacía que su andar fuera tan torpe.

—¿Jacob Hirsch? —dijo Parker cuando el hombre llegó a su mesa.

—¿Usted es Wade Parker?

—Así es. ¿Quiere tomar asiento? —Parker indicó la silla frente a él.

Hirsch dejó su botella sobre la mesa, retiró la silla y se sentó. Apoyó los codos y le lanzó a Parker una mirada cortante de «¿y usted quién carajos es?».

Llevaba el cabello casi negro en un corte a rape que acentuaba una nariz delgada y estrecha, mejillas hundidas y un mentón puntiagudo. Rasgos de rata. Era uno de los de ojos marrones de la lista de Demarco, pero bajo estas luces sus ojos parecían completamente negros. Un rostro aterrador para encontrarse en un callejón oscuro, a pesar de su menor estatura.

Hirsch andaba en la primera mitad de sus cuarenta. Había sido condenado dos veces por agresión sexual, había cumplido cinco años por el primer delito y ocho por el segundo. Llevaba menos de un año fuera de la cárcel y tenía esa mirada endurecida de los recién excarcelados.

—Entonces, ¿qué quiere de nuevo? —dijo con una mueca de desprecio.

Parker forzó una sonrisa, tomó su propia botella de cerveza y le dio un trago. —Como le dije por teléfono, soy escritor. Tengo un blog

—había tomado prestada la idea de Brian Ivy, el bloguero gastronómico y actual propietario de la casa de Lydia Sutherland—. Estoy haciendo un estudio sobre exconvictos. Me gustaría entrevistarlo.

Receloso, Hirsch lo miró entornando un ojo. —¿A mí? ¿Usted quiere entrevistarme a mí?

No lo asustes, pensó Parker. Mantén un tono amigable. Adúlalo. —He investigado un poco y su caso me ha parecido interesante. Me gustaría escuchar su historia. ¿Qué lo llevó a pasar tiempo en prisión? ¿Qué dificultades sufrió al crecer?

—¿Se refiere a algo como una… biografía?

Parker mantuvo su expresión inofensiva. —Algo así. ¿Qué moldeó la vida de Jacob Hirsch?

Hirsch consideró la idea por un momento, le dio un trago a su cerveza y luego levantó un lado de la boca en una fea media sonrisa. —Sería un buen título.

—Lo sería. —Se lo estaba creyendo. Al menos lo suficiente para hacerlo hablar—. Tomando el comentario como consentimiento, Parker deslizó el dedo en su teléfono hasta el bloc de notas y comenzó la «entrevista».

—Así que dígame, Jacob. ¿Cómo fue su infancia?

Hirsch encogió sus escuálidos hombros. —Nada especial. O sea, dicen que los tipos como yo, los que han estado en la cárcel, tuvieron que tener un padre que les pegaba o algo así. Pero no fue así.

—¿Así que su vida familiar fue pacífica?

Hirsch se tronó los nudillos y pensó un momento, disfrutando del momento de atención. —Normal. Diría que fue normal.

No había forma de saber qué podría significar eso. —¿Hermanos? ¿Hermanas? —Parker ya sabía la respuesta.

—Dos y dos. Cinco hijos en total. Una familia grande, se podría decir.

Parker fingió tomar una nota en su teléfono. —¿Y cómo fue crecer?

—¿Crecer? Como dije. Normal. Fui a Morton East, me gradué, conseguí un trabajo en la planta de saneamiento.

Fingiendo interés durante varios largos minutos, Parker escuchó a Hirsch hablar de su infancia mundana, una o dos vacaciones familiares, su tiempo en detención durante la preparatoria, su historial laboral, sus enfrentamientos con sus jefes y la forma en que lo trataban injustamente. Omitió el tiempo en prisión.

Parker decidió que era hora de dirigir la conversación en la dirección que pretendía. —¿Cuándo fue la primera vez que se interesó por las chicas?

Hirsh arrugó su delgada nariz como si oliera algo fétido. La sospecha había vuelto a sus ojos. —¿Chicas? ¿A qué se refiere? ¿Como una primera cita?

—Primera cita, primer beso. El lado del interés humano. —Parker le dedicó una sonrisa confiada.

Hirsch respondió con el ceño fruncido y una mirada curiosa. Luego tomó su botella y se encogió de hombros de nuevo. —Eso también fue normal. Fiestas, baile de graduación, ir al autocine a fajarse. Ese tipo de cosas.

De nuevo, había evadido los detalles. Si Parker realmente estuviera escribiendo un artículo sobre este hombre, sería uno corto.

Sin levantar la vista, preguntó: —¿Amor de la infancia?

Hirsch volvió a dejar la botella sobre la mesa sin tomar un sorbo. —¿Qué sabe usted de eso?

Ah, el punto sensible. Según la información de Demarco, una joven con la que Hirsch había crecido había presentado cargos en su contra cuando ella tenía diecisiete años. Se llamaba Judith Walsh.

Parker fingió inocencia. —Simplemente pregunto si hubo alguien especial en su vida.

—¿Simplemente, eh? Bueno, le diré algo sobre mi amor de la infancia: a usted qué carajos le importa.

Parker no parpadeó. —Sin ofender, señor Hirsch. Simplemente pensé que redondearía el artículo.

Hirsch apretó los puños sobre la mesa, pero no dijo nada.

Parker miró hacia la pared del fondo. Había gorilas allí. Grandulones musculosos contratados para proteger a las bailarinas. Decidió arriesgarse.

—Hace quince años, en febrero, una mujer afirma que usted la siguió a una tienda de abarrotes y la atacó.

—¿Qué? ¿Qué diablos? —Hirsch se puso de pie—. Usted no es ningún bloguero. Es un policía, ¿verdad?

Parker guardó su teléfono en el bolsillo y le dirigió a Hirsch su mirada más fría mientras se levantaba. —No.

—Claro que sí. —Hirsch volcó la mesa de un empujón, tirando la cerveza intacta de Parker al suelo, salpicando la mesa de al lado.

Los hombres de allí se levantaron y lo fulminaron con la mirada. —¿Qué diablos, hombre?

—¡Métanse en sus putos asuntos! —Con su hombría en entredicho, Hirsch se abalanzó sobre Parker y le lanzó un puñetazo.

Parker se echó para atrás, sintió el silbido del puño pasar junto a su cara. Esto era lo que obtenía por intentar conversar con un criminal ebrio.

Hirsch tropezó por el golpe fallido, recuperó el equilibrio y regresó con un potente gancho.

Parker lo agarró por la muñeca justo antes de que el nudillo conectara con el pómulo. —Yo no volvería a intentar eso si fuera usted.

Mientras Hirsch lo fulminaba con la mirada con esos odiosos ojos negros, Parker contuvo el impulso de convertir a esa escoria en polvo en el piso de concreto.

De repente, los ojos negros brillaron con reconocimiento. —Ahora sé quién es usted. Es un puto abogado. Judith lo contrató, ¿no es así?

—Ni de cerca.

—Sí, lo hizo. Hace quince años. Febrero. Judith y yo fuimos a Indiana. Nos quedamos en un motel todo el mes. Me costó un dineral. Se suponía que nos íbamos a casar, pero la puta zorra me abandonó. No puede presentar cargos contra mí por eso ahora. Fue consentido. Fue hace quince años. Fue fuera del estado.

Mientras las palabras calaban en él, Parker se dio cuenta de que había vuelto a fallar.

Judith Walsh, la desafortunada mujer que había presentado cargos contra Hirsch a los diecisiete años, años más tarde había

cambiado de opinión y se había fugado con él. Durante febrero, hace quince años. Durante todo el mes.

Parker verificaría la coartada, pero por la reacción instintiva de Hirsch, sabía que resultaría ser cierta.

Hirsch no había estado en ese callejón de Lawnfield Heights hace quince años, como tampoco lo había estado Charles Clark.

Parker sabía que estaba dando palos de ciego, pero aun así odiaba la sensación de que se le escurrieran entre los dedos.

Soltó el brazo del hombre, lo apartó de un empujón. —Buenas noches, señor Hirsch.

Se dio la vuelta para irse.

—Oiga, abogado —dijo Hirsch con sorna a sus espaldas—. Dígale a Judith que se vaya a la mierda. O tal vez yo venga y se lo haga por ella.

Rechinando los dientes, Parker se detuvo. Dudó, luchando contra la repentina rabia que hervía en su interior. Perdió la batalla y se dio la vuelta.

Pero había tardado un segundo de más.

El puño de Hirsch vino hacia él de nuevo, más rápido esta vez. Los nudillos recién lastimados lo rozaron en la mejilla justo antes de que pudiera esquivarlo. Un agudo escozor bajo el ojo fue una llamada de atención.

Ya había tenido suficiente de esta escoria.

Pensando en Judith y en las dos víctimas conocidas de Hirsch, Parker se convirtió en una locomotora acumulando vapor antes de una explosión de velocidad. Lentamente, echó hacia atrás un puño, lanzó un golpe seco y le dio un puñetazo a la lamentable excusa de ser humano directamente en el plexo solar.

Sintió los músculos ceder mientras Hirsch se doblaba y caía hacia atrás, derribando otra mesa al desplomarse en el suelo.

Los clientes soltaron maldiciones.

—Llévenselo afuera —gruñó uno de los gorilas.

No era necesario. Parker había terminado. Miró con desprecio a Hirsch, con su propio estómago revuelto por haber tenido que tratar con esa alimaña.

—Recuerde cómo se sintió eso la próxima vez que quiera molestar a una mujer —dijo—. Y especialmente la próxima vez que piense en tocar a Judith Walsh.

Y se dio la vuelta y salió por la puerta.

###

La cabeza de Parker todavía palpitaba de rabia cuando abrió la puerta del hotel, entró en la suite y caminó de puntillas hacia el dormitorio. Pero cuando vio a Miranda dormida en la cama, con la luz encendida y el expediente de Lydia Sutherland extendido a su lado sobre el colchón, toda su ira se desvaneció.

Su corazón se desbordó de amor por ella. Como las olas hinchadas del océano controladas por las mareas, incapaces de actuar por voluntad propia. Ella tenía un poder tan grande sobre él.

Su tigresa, su guerrera, trabajando en un caso que no había querido tomar. Ahora que sabía un poco sobre la víctima, ni la Guardia Nacional podría impedir que lo resolviera.

Suavemente, recogió los papeles, los metió en el expediente y los dejó sobre la mesita de noche. Luego le besó suavemente la mejilla y apagó la luz.

Ella se removió un poco y se dio la vuelta. Él la cubrió con la manta.

Se preparó para dormir y se metió en la cama a su lado, con cuidado de no despertarla. Había tenido un día tan duro. Una vez más pensó en el horror que ella había revivido esa tarde en el callejón. Pensó en Mackenzie, concebida en ese lugar, de vuelta en Atlanta buscando a su padre, esperando que pudiera ser un ser humano decente.

¿Y si ese deseo se hiciera realidad?

¿Y si el hombre que buscaba se hubiera rehabilitado de alguna manera? Eso tranquilizaría a la chica. Parker estaría contentísimo si fuera así, y Miranda también. Y significaría que este hombre no fue quien le envió a Miranda esos mensajes de texto anónimos a su celular. Parker tendría que empezar su búsqueda de nuevo.

Pero si el padre de Mackenzie no se había rehabilitado —independientemente de si le había enviado esos mensajes a Miranda

o no— Parker encontraría la manera de encerrarlo por mucho tiempo para que nunca volviera a lastimarlas.

Se aseguraría de que su preciosa esposa nunca volviera a sentir lo que había sentido esa tarde.

A su lado, Miranda se removió de nuevo. Se volvió hacia ella, le apartó el cabello y observó sus párpados moverse, sus espesas pestañas oscuras contra sus hermosas mejillas. *Dulces sueños, mi amor*, pensó. *Dulces sueños*.

Rezaba para que lo de esa tarde no le trajera de vuelta las pesadillas que la atormentaban.

Esta mujer luchadora y enérgica lo era todo para él ahora. Más que nadie. Más que Sylvia. Más que incluso Laura. Ella era su vida ahora.

Y el terror de su vida sería perderla.

No dejaría que eso sucediera. Puede que no hubiera tenido éxito en su búsqueda esta noche, pero lo intentaría de nuevo mañana. Y seguiría intentándolo hasta encontrar al hombre que buscaba.

Eso era una promesa.

CAPÍTULO VEINTE

Estaba de pie en el pasillo del lujoso hotel, frente a la puerta de la suite. La misma puerta tras la cual dormían.

Podría abrirla si quisiera. Entrar y atacarlos en su cama. Acabar con ambos y desaparecer. Lo único que mostrarían las cámaras de seguridad sería a un viejo canoso y tambaleante, con un abrigo arrugado, buscando la habitación cuyo número había olvidado.

Se rio para sus adentros. Nadie podía cambiar de apariencia más rápido ni de forma más convincente que él.

Nadie tendría ni la menor idea de que siquiera había estado allí.

Pero eso no era lo que quería. Lo que quería esa noche era simplemente quedarse allí de pie y deleitarse sabiendo que estaba tan cerca, y que, sin embargo, los incomparables detectives que estaban dentro no tendrían ni idea de que él estaba allí…, a menos que él quisiera que lo supieran.

Con el tiempo, sí querría.

Pero no esa noche. Eso vendría después. Quería una preparación lenta. Angustiosamente lenta.

Vaya par de abejitas laboriosas que eran.

Corriendo por toda la ciudad, ¿tratando de encontrar qué? ¿Al hombre que la había atacado hacía tanto tiempo? Al menos eso había indicado él esa noche en el bar.

Qué esfuerzo tan inútil. Qué ejercicio de futilidad. Wade Parker no era para nada el investigador estrella que todos en Atlanta creían.

Era el amor lo que le nublaba el juicio. El amor y la desesperación. No se había dado cuenta de que Parker se involucraría cuando empezó su jueguito, pero ahora se alegraba. Hacía las cosas mucho más interesantes.

Parker se creía un campeón. Un defensor de los débiles. Tenía una lección que aprender, ¿no?

Y la aprendería a su debido tiempo. Todo a su debido tiempo.

¿Y ella? Creía que podía encontrar al asesino de Lydia Sutherland. Qué gracioso.

Lydia.

Una vez más, su corazón se henchió de dolorosos recuerdos. ¿Qué sabía Wade Parker del amor y la desesperación? Nunca los conocería como él lo había hecho.

Con severidad, contuvo la oleada de emoción. De nada le serviría ahora. Además, había jurado no volver a pensar en Lydia.

Aun cuando las lágrimas de los recuerdos le escocían en los ojos, empezó a reírse para sus adentros. Era bastante cómico si se miraba desde la perspectiva correcta. La detective privada se encontraría con más de lo que esperaba si resolvía este caso. Pero nunca lo haría.

Los secretos estaban enterrados demasiado profundo bajo las cenizas.

Puso la mano en el pestillo de la puerta, sumamente tentado. No, no. Eso sería tan insignificante. Por esa noche, que estuvieran en paz. Que durmieran profundamente. *Duerme bien, Miranda Steele. Tus días están contados*.

Y se dio la vuelta, se dirigió a las escaleras y salió a la noche.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Se estiró sobre la ancha, anchísima superficie. Yacía sobre un lujoso colchón blanco, envuelta en sábanas blancas y limpias. Todo era tan suave y fresco, y olía tan bien. Era deliciosamente cómodo. Más cómodo que cualquier cosa que hubiera sentido en su vida.

Era el mejor hotel en el que había estado.

Justo cuando se estaba quedando dormida, un fuerte estruendo sonó al otro lado de la habitación. El corazón le dio un vuelco.

Miranda se incorporó de golpe en la cama y aguzó el oído.

Al principio no oyó nada. Luego, allí estaba de nuevo. Traqueteo, traqueteo, traqueteo. Miró a través de la habitación de un blanco inmaculado. Era la puerta la que hacía ese sonido. Había algo en la puerta. Y entonces vio la manija dorada girar y girar. La puerta se sacudió, forzando las bisagras.

Alguien intentaba entrar.

Se levantó de un salto y corrió a través de la habitación. —¿Quién anda ahí? —gritó.

Nadie respondió. La manija dorada de la puerta estaba quieta ahora.

Se atrevió a poner la mano sobre ella. El metal se sintió frío al tacto. La giró. Conteniendo la respiración, abrió la puerta de un tirón y se preparó, lista para enfrentarse a quienquiera que estuviera al otro lado.

Pero no había nadie.

Salió al pasillo, miró hacia un lado y luego hacia el otro. Todo estaba en calma. Nada más que el suave tintineo de los candelabros de cristal sobre su cabeza. Ni un alma en ninguna parte.

Y, sin embargo, sintió un tirón. Un tirón invisible. Como si una extraña fuerza la estuviera llamando para que la siguiera.

Sus pies comenzaron a moverse por voluntad propia.

A medida que avanzaba, la suave alfombra cedió bajo sus pies. Estaba descalza. La cubría un largo camisón blanco y vaporoso que se ondulaba alrededor de sus piernas mientras se movía. Caminó con sigilo hacia la escalera. Casi podía oír una voz que la llamaba.

Aquí estoy. Sígueme.

Lo hizo.

Al final del pasillo giró y vio una gran puerta de metal con una barra que la atravesaba. Sobre la barra ardía un letrero rojo y deslumbrante.

Salida.

La luz del letrero comenzó a parpadear. *Salida*. *Salida*. *Salida*. Luego las palabras cambiaron. *Sin Retorno*. *Advertencia*. *Prohibido*.

Se le cortó la respiración.

Pero, ignorando el letrero, empujó la puerta para abrirla y pisó el frío concreto. La puerta se cerró de un portazo metálico detrás de ella y quedó sumida en la oscuridad.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. ¿Dónde estaba? ¿Una escalera? Pero no había escaleras.

No quería estar allí. Quería volver a su habitación y a la cómoda cama. Se dio la vuelta, buscó la puerta a tientas, pero había desaparecido. Todo lo que podía sentir era ladrillo frío y duro.

El ladrillo del callejón.

Unas manos la agarraron por los hombros. Manos grandes y fuertes.

¡No! Se revolvió. *¡Déjame en paz!*

Las manos comenzaron a manosearla, a rasgarle el camisón.

¡Basta! ¡Para ahora mismo! Lanzó una patada, pero su pie solo encontró aire.

Las manos estaban sobre ella ahora, manoseándola, empujándola hacia abajo. *No. Para.*

Sus esfuerzos eran inútiles. Estaba tan débil. Había pasado años y años perfeccionando técnicas de defensa personal, desarrollando sus habilidades en artes marciales, haciéndose fuerte.

Y ahora todo eso había desaparecido.

Cayó. Sintió cómo la piel de su espalda se raspaba contra los duros ladrillos, cómo golpeaba contra el frío pavimento. Las manos le arrancaron la ropa.

Y entonces él estuvo allí. Esa máscara negra sin rostro. El olor nauseabundo a colonia barata.

Las manos le rodearon la garganta. Empezaron a apretar. La levantó, golpeándole la cabeza contra el pavimento.

La cabeza le daba vueltas de dolor. No podía respirar.

¡Ayúdame!, gritó.

Pero la única respuesta fue una risa larga, grave y lejana. Se hizo más y más fuerte a medida que las manos se apretaban a su alrededor.

Y cuando ya no pudo respirar, oyó la voz. *Creíste que me habías matado. Creíste que podías escapar de mí. Pero nunca podrás hacerlo. Estoy en todas partes. Siempre te atormentaré.*

Era Leon.

Con un último esfuerzo gigantesco, Miranda levantó su cuerpo… y logró hacer que ambos cayeran. Rodaron por unas escaleras que aparecieron de repente de la nada. Una y otra vez.

Abajo. Abajo. Abajo.

Caían hacia la eternidad. Pronto, la oscuridad la engulliría para siempre. Una vez que llegaran al fondo, todo acabaría.

El miedo burbujeó en su interior y soltó un fuerte grito.

—¡Miranda! ¡Despierta!

Lanzó un brazo, comenzó a patear y a dar puñetazos.

—Tranquila, tranquila.

—¿Qué? —Abrió los ojos.

Parker le sujetaba las muñecas y hacía todo lo posible para evitar que lo moliera a patadas.

—¿Eh?

—Tuviste una pesadilla. —Su voz no era tranquilizadora. Era grave y furiosa, como si hubiera compartido la pesadilla con ella y estuviera frustrado por no poder hacer nada al respecto.

La soltó, y ella se recostó y se llevó las manos a la cara. —Ya estoy bien. Estoy bien. —Pero necesitó otro minuto para que eso fuera verdad.

Tumbado a su lado, Parker permanecía en silencio. Podía sentir el fuego que ardía lentamente en su interior.

Echó un vistazo alrededor. La luz del día entraba a raudales por los altos ventanales. —¿Qué hora es?

—Poco después de las siete.

—Hora de levantarse, entonces. —Empezó a retirar las sábanas.

Parker le tomó la mano. —Miranda, ¿qué era ese sueño?

Lo miró. Su oscuro cabello entrecano estaba sexi y alborotado; su cuerpo tonificado, con una capa de vello oscuro sobre el pecho musculoso, era tentador. Su mirada recorrió la línea de la cicatriz en su abdomen.

Distraídamente, su mano libre se dirigió a las que tenía en el pecho. Las que Leon le había hecho.

—Fue solo por el lugar donde estuvimos ayer —le dijo—. Ya sabes, ¿el subconsciente desenterrando el pasado?

Él solo la estudió con esa mirada escrutadora suya.

Y entonces lo vio: un moretón oscuro bajo su ojo, justo encima del pómulo. Debía de haber estado muy dormida para no notarlo de inmediato. —¿Te hice eso?

Extendió la mano para tocarle la cara, pero él se apartó. —No. Fue una estupidez.

¿Estupidez? Recordó que anoche había estado entrevistando a candidatos para la Agencia. O eso había dicho él. —¿A qué te refieres?

Él hizo una mueca. —Desafié a alguien para probar sus reflejos anoche. Eran mejores de lo que pensaba.

¿Esa era la técnica de entrevista que estaba usando últimamente? ¿A quién creía que engañaba? Por suerte para él, no había tiempo para discutirlo ahora.

Su mente se despejó y volvió al caso.

Después de revisar el expediente anoche sin encontrar nada, estaba decidida a visitar el Instituto de Arte esa mañana para ver si podían averiguar más sobre el novio de pelo largo y revuelto de Lydia Sutherland.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. —Será mejor que nos vistamos.

Parker se giró sobre el colchón y la siguió con la mirada. —Quiero que veas a la Dra. Wingate cuando volvamos a casa.

Se detuvo y exhaló lentamente.

A veces podía ser una verdadera gallina clueca, pero en este momento también intentaba distraerla, hacer que se olvidara del ojo morado y de cómo se lo había hecho. No iba a olvidarlo. Pero ya pensaría qué iba a hacer al respecto más tarde.

Y, oye, tal vez ver a su antigua psicóloga cuando volvieran a casa no era tan mala idea. Le daría la oportunidad de preguntarle a la doctora sobre Mackenzie.

Le dedicó a su marido una sonrisa agradable. —Claro, puedo hacerlo. Pero vámonos ya. Quiero llegar pronto al Instituto de Arte.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Con Parker al volante del Audi de nuevo, se abrieron paso por el corredor de rascacielos que era Michigan Avenue. Recorrieron el trayecto de dos millas hasta el Instituto de Arte en poco menos de cuarenta minutos; sin duda, un récord para el tráfico del centro de esa magnitud.

Mientras pasaban junto a los enormes leones verdes que custodiaban la amplia entrada de la fortaleza neoclásica de la cultura, Miranda se preguntó si alguien en la escuela de arte recordaría a un tipo rubio en un Mustang plateado de hacía quince años.

Una pista muy débil, en el mejor de los casos. Pero era la única que tenían.

Parker encontró un estacionamiento comercial para guardar el Audi, y se bajaron y cruzaron a toda prisa la concurrida calle y pasaron bajo las ruidosas vías del tren elevado hasta la acera donde se erguía un elegante y moderno edificio con más escaparates que Marshal Field's.

Tras las puertas de cristal había una extensión de suelo de madera de tonos claros y paredes salpicadas de obras de arte moderno que utilizaban toda la paleta de colores. Un minimuseo para los mejores estudiantes, supuso Miranda, mientras se dirigían a la zona marcada como «Información» en elegantes letras de color turquesa.

Una joven con un vestido colorido que hacía juego con algunos de los cuadros montaba guardia en el mostrador.

«Una estudiante», adivinó Miranda, y decidió dejar que Parker hiciera las preguntas. A pesar del ojo morado, que él había cubierto

con un corrector que debía de llevar en su bolso, su encanto era impecable y en muy poco tiempo la hizo reír y darle información.

Pronto la estudiante se despidió con un movimiento de sus dedos, y Miranda y Parker se dirigieron al ascensor y a la oficina del decano de Admisiones.

Buen trabajo.

En el octavo piso encontraron un área similar a la de abajo. Abierta, espaciosa y decorada con llamativas obras de arte.

—De este modo —dijo Parker.

Miranda lo siguió a través de una abertura en una pared pintada con una retorcida ilusión óptica que la mareó un poco.

Se encontró en un espacio más pequeño donde altas puertas de color canela marcaban una fila de oficinas. La de la esquina tenía un escritorio delante —para un perro guardián administrativo, sin duda —, pero en ese momento estaba vacío.

Miranda lo tomó como una buena señal y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz desde el interior.

Miranda le lanzó a Parker una mirada de «¿estás listo?». Él respondió con un asentimiento decidido, y ella abrió la puerta.

—¿Doctora Drescher? —dijo Miranda en voz alta el nombre que la joven y coqueta recepcionista de abajo les había dado.

La oficina tenía la misma sensación de amplitud y espacio que el resto del lugar, con altos ventanales con vistas al centro de Chicago y un enorme diseño metálico en atrevidos colores primarios en la pared del fondo.

Delante de la pared había un escritorio de forma extraña que parecía sacado de una película de ciencia ficción: una superficie blanca y brillante bordeada por un audaz trazo de color mandarina. A Miranda le recordó a un clip acrílico gigante.

Una mujer estaba sentada en el escritorio, de espaldas a ellos.

La decana estaba al teléfono.

—Sí, sí, Vladimir. Tus diseños se exhibirán. Sí, en el centro del pabellón. Tal como lo discutimos. No te preocupes. Tienes mi palabra —sonaba como una mujer poderosa que sabía cómo salirse con la suya.

Miranda carraspeó y la mujer se dio la vuelta.

Les sonrió y levantó un dedo. —Sí, querido. Lo sé. De nuevo, no te preocupes. Lo tengo todo bajo control. Sí. Tengo que irme, querido. *Ciao* —colgó y le dedicó a Miranda una mueca de disculpa —. Lamento mucho eso. Uno de nuestros artistas invitados para nuestra Exposición de Verano.

Miranda asintió.

Incluso sentada, podía ver que la decana era una mujer alta y esbelta, con un cuidado cabello castaño cortado justo por debajo de la mandíbula. Llevaba unas gafas de diseño de carey y un severo traje sastre color canela con un cuello ajustado que parecía demasiado conservador para una escuela de arte, aunque fuera administrativa.

Se levantó y extendió una mano. —¿Son los Stiffle?

Miranda miró de reojo a Parker. —No —le dijo a la mujer—. Soy Miranda Steele y él es Wade Parker.

La cara de la doctora Drescher se descompuso, pero les estrechó la mano de todos modos. —¿Ah, no? Hubiera jurado que Elizabeth me dijo que tenía una cita con los Stiffle esta mañana. Tienen un hijo muy prometedor —su sonrisa de vendedora reapareció—. ¿Buscan matricular a un hijo o a una hija?

Miranda le lanzó a Parker una mirada de «ay, por favor», pero él mantuvo los ojos fijos en la decana.

—Doctora Drescher —dijo ella—, somos investigadores privados de la Agencia Parker en Atlanta. Estamos investigando un caso para el departamento de policía de Larrabee.

La doctora Drescher se llevó una mano al corazón. —¿Qué tipo de caso?

—Un caso de asesinato.

Miranda vio cómo los ojos de la mujer se abrían de par en par. Luego sus finos labios se tensaron. —Estoy segura de que nadie aquí está involucrado en un caso así.

Paso número uno, evitar cualquier posibilidad de mala publicidad. La decana era buena en su trabajo.

—Este caso ocurrió hace quince años —dijo Miranda—. La víctima era una estudiante de aquí.

La decana soltó un suave suspiro. Miranda detectó un grado de alivio en él.

—Hace quince años. Solo he estado en la escuela durante los últimos cinco —la decana renovó su sonrisa—. Por supuesto, queremos cooperar con la policía, pero creo que probablemente quieran ver a alguien de nuestra oficina de Relaciones Públicas.

De nuevo, Miranda miró a Parker. Él se había acercado a la ventana y miraba hacia afuera con las manos en los bolsillos, como si estuviera pensando en otra cosa.

Bien, ella se encargaría de esto sola.

Se volvió hacia la decana. —Nos preguntábamos si habría algún miembro del profesorado aquí que pudiera recordar a la víctima.

—¿Del profesorado? —se llevó una mano a la mejilla y se la tamborileó con los dedos—. Hay algunos que llevan aquí bastante tiempo, pero no conozco esa información de memoria.

—¿Podría alguien buscar sus registros? —sugirió Miranda.

—Puedo hacer que mi asistente lo haga —la decana pareció repentinamente aliviada de poder pasarle estos dos intrusos a alguien—. ¿Cuál era su nombre?

—Lydia Sutherland. Murió en el incendio de una casa en Lawnfield Heights.

—Oh, qué espantoso —la doctora Drescher pulsó un botón en su reluciente escritorio blanco—. ¿Elizabeth? ¿Puede venir un momento?

—Ya voy —respondió una voz alegre.

Un momento después sonó un tintineo y una mujer con vaqueros rotos y una túnica con un salvaje diseño rojo y amarillo asomó la cabeza por la puerta. Su cuello estaba cargado con capas de cadenas de oro con cascabeles. Debía de ser fácil encontrarla.

—¿Sí, doctora Drescher? —dijo con una voz aguda e infantil.

La asistente de la decana tenía unos ojos grandes y brillantes, una gran sonrisa dentuda, una barbilla demasiado ancha y unos grandes pendientes de aro que hacían juego con el adorno de su cuello. Sus gruesos rizos oscuros le caían sobre los hombros, dándole la apariencia de estar flotando. Parecía joven y llevaba una expresión expectante, de «a su servicio», que le dijo a Miranda que

debía tener alguna beca de trabajo y que estaba desesperada por la aprobación de la decana.

La doctora Drescher hizo un gesto hacia Miranda con ambas manos. —Elizabeth, ella es… Lo siento. ¿Cuáles eran sus nombres de nuevo?

De repente, Parker salió de su ensimismamiento. —Wade Parker y Miranda Steele —respondió en un tono que tenía que ser mucho más amistoso de lo que se sentía—. Somos investigadores privados.

—¿De verdad?

Miranda no creía que los ojos de Elizabeth pudieran abrirse más, pero lo hicieron.

—Están investigando un caso para la policía y necesitan información —dijo la decana—. ¿Sería tan amable de ayudarlos?

Y los ojos se abrieron aún más. —Oh, sí. Por supuesto. Estaré encantada de hacerlo. Vengan conmigo —levantó un dedo—. Ah, ¿y doctora Drescher?

—¿Sí?

—Los Stiffle ya están aquí.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¿Cuándo dijiste que estudió aquí esta tal Lydia Sutherland?

Después de que el decano las sacara firmemente de la oficina, Miranda seguía a Elizabeth por un largo pasillo turquesa con Parker a su lado. Se había vuelto a quedar en silencio.

—Hace quince años —dijo Miranda.

—¿Sabes cuándo se matriculó?

Una palabra elegante para decir «inscribirse», ¿no? —Lo único que sabemos es que fue estudiante aquí durante el invierno de ese año. Fue entonces cuando murió en el incendio de una casa.

—Ay, Dios mío.

Elizabeth abrió una puerta y los guio a un espacio grande que parecía una biblioteca. Largos estantes blancos estaban prolijamente llenos, del suelo al techo, con cajas de archivo marrones, del tipo que usan los contadores. Excepto por la falta de armas, municiones y parafernalia de drogas, el lugar le recordó un poco a Miranda la Sala de Evidencias de la estación de policía.

Qué curiosa coincidencia.

A lo largo de una pared corría un mostrador con varias computadoras.

Elizabeth se sentó frente a una de ellas e inició sesión. —Aquí es donde guardamos los registros más antiguos. Si no está en el sistema, podría estar en los archivos del fondo, pero intentemos aquí primero. ¿Cómo se deletrea su nombre?

Miranda respondió y Elizabeth tecleó las letras.

Miranda señaló un estante cercano. —¿Qué hay en esas cajas?

—¿Esas cajas? —Elizabeth miró por encima del hombro—. Ah, contienen datos sobre antiguos alumnos, incluyendo fotos y ejemplos de los mejores proyectos de los estudiantes más

destacados. Pero tardaríamos una eternidad en encontrar algo de hace quince años ahí dentro.

Y ni siquiera sabían qué tipo de estudiante había sido Lydia Sutherland.

Miranda se cruzó de brazos y tamborileó con los dedos sobre su bíceps. Una vez más, Parker metió las manos en los bolsillos. Miraba fijamente la computadora, pero todavía tenía esa mirada perdida.

¿Qué le pasaba? De repente, un sentimiento de pavor la invadió. *¿Se estaría cansando Parker de trabajar con ella?*

No. Investigar crímenes era su vida tanto como la de ella. Él la había introducido en ese mundo. No tenía ningún sentido.

Finalmente, la computadora emitió un pitido y una ventana apareció en la pantalla.

—Uh, tenemos algo —chilló Elizabeth como si hubiera anotado un punto en un videojuego. Se asomó para ver la información.

Miranda se inclinó sobre su hombro y estudió los resultados. Efectivamente, había una pequeña foto de Lydia Sutherland muy parecida a la que tenía en el expediente del caso.

—Es ella, sin duda —dijo.

Elizabeth presionó otra tecla y apareció más información. —Parece que se transfirió de la Universidad Estatal de Iowa. Solo estuvo aquí un semestre. Se especializaba en Bellas Artes en Estudio.

No era mucho más de lo que ya sabían.

—Las clases terminaron el quince de diciembre de ese año.

Eso era nuevo. —El incendio ocurrió el dieciocho —le dijo Miranda.

—Así que llevaba un par de días libre. Probablemente preparándose para las fiestas. Qué triste.

Más que triste. Trágico. —¿Tienes un registro de a qué clases asistió y quién más pudo haber estado en ellas?

—¿Te refieres a otros estudiantes?

—Sí.

—Buscamos a cualquiera que pudiera haberla conocido —explicó Parker, volviendo a la vida.

—Mmm. Realmente no puedo hacer una búsqueda cruzada con este sistema, pero… —Elizabeth se desplazó hacia arriba, pasó un dedo por la pantalla—. Sí, tuvo Práctica Central de Estudio con el Dr. Bennett.

—¿El Dr. Bennett? —preguntó Miranda.

Elizabeth se dio la vuelta con su gran y amigable sonrisa. —El Dr. Griffin Bennett. Lleva aquí una eternidad. Podría recordarla.

—¿Podemos hablar con él? —dijo Parker, sonando más exigente de lo habitual.

Quizás parecía distante porque estaba frustrado con este caso. Hasta ahora era como darse de cabeza contra la pared.

Elizabeth frunció el ceño, pareciendo un poco intimidada. —El Dr. Bennett está dando clases en este momento, pero puedo llevarlos hasta allá. No veo por qué no hablaría con ustedes. Permítanme imprimir esta información.

Miranda le sonrió a la joven. —Eso sería genial.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Otro recorrido por los pasillos turquesa y un viaje en ascensor los llevaron a un piso de aulas.

Con Parker de nuevo en silencio a su lado, Miranda siguió a Elizabeth pasando por varias puertas abiertas. A través de ellas, Miranda vislumbró grandes salones donde los estudiantes aplicaban pintura de colores sobre lienzos, dibujaban con carboncillo o tomaban fotos de fisicoculturistas casi desnudos.

La anatomía humana era un estudio fascinante, ¿no?

Al fin llegaron a un aula al final del pasillo. Esta puerta estaba cerrada.

Elizabeth se acercó de puntillas y llamó suavemente.

No hubo respuesta.

Se volvió, le lanzó una mirada de disculpa a Miranda y luego volvió a llamar.

Seguía sin haber respuesta.

La joven enderezó los hombros como si fuera a la guerra y levantó la mano para un tercer intento. Esta vez, llamó un poco más fuerte y abrió la puerta al mismo tiempo.

—¿Doctor Bennett? —la voz de la pobre chica sonó como un chillido.

Este tipo debía ser un verdadero cascarrabias.

Adentro, otro espacio abierto estaba lleno de lienzos, caballetes y telas protectoras en el suelo. El aire olía a pintura y arcilla. Contra una pared pálida, extrañas vasijas de terracota estaban alineadas en un único estante. En la pared opuesta, estaban expuestos unos veinte bocetos de objetos no identificables hechos con frenéticos trazos de lápiz.

Miranda contó cinco estudiantes en los caballetes y uno que hacía girar la arcilla en un torno en una esquina. ¿Cómo lo llamaban? ¿Tornear vasijas? Nunca había entendido la expresión para esa actividad. Le sonaba más al nombre que le darían a una redada antidrogas.

En la esquina opuesta había un hombre de estatura media y complexión delgada.

Llevaba una camiseta negra de punto tipo leotardo y pantalones negros que lo hacían parecer un tramoyista del grupo de teatro. Su pelo era de un gris muy corto y un aro de plata le colgaba del lóbulo de una oreja. Era delgado, pero estaba en buena forma. Se esforzaba por parecer joven, pero Miranda notó que rozaba los cincuenta.

Con la barbilla en la mano, parecía concentrarse mucho en las pinceladas del estudiante que tenía delante. No parecía satisfecho con el trabajo.

—¿Doctor Bennett? —dijo Elizabeth de nuevo, su voz de niña se agudizó.

El hombre parpadeó como si saliera de un sueño profundo y les lanzó una mueca feroz. —Elizabeth —espetó—. Nada de interrupciones mientras estoy dando clase. Ya lo sabe.

—¿Sí, señor. Pero verá, hay dos investigadores privados aquí que quisieran hablar con usted.

Las delgadas cejas del hombre se dispararon hasta la línea del cabello. Luego puso los ojos en blanco y levantó las manos al techo con total indignación. —¿Es por esa multa de estacionamiento? De verdad. Tengo un lugar asignado, pero alguien lo ocupó ese día. Simplemente tuve que estacionarme en doble fila. Soy un miembro respetado de la facultad. Pensaría que tengo derecho a algo de dignidad en este asunto.

Miranda esperó a que Parker hablara. Como no lo hizo, ella se adelantó. —No es por el estacionamiento, doctor Bennett. Es por un asesinato.

El profesor dio un paso atrás y se llevó una mano a la garganta como si fuera a ahogarse. —¿Qué dijo?

Un gesto interesante. Pero probablemente solo era un tipo demasiado dramático.

—Dije asesinato —repitió ella—. Un caso de hace quince años. Una de sus antiguas alumnas fue la víctima.

—¿Qué terrible! ¿Cómo puedo ayudar? —de repente, quería ser de ayuda.

—¿La víctima se llamaba Lydia Sutherland. Nos preguntamos si recuerda algo sobre ella.

Las cejas del profesor se juntaron en una artística concentración. Luego negó con la cabeza. —No, lo siento. No puedo recordar a una alumna de hace tanto tiempo. No puedo ayudarlos. Si me disculpan. —se dio la vuelta.

Miranda estaba a punto de tomar la foto de su maletín, pero Elizabeth se le adelantó.

—¿Esta es su información. —la asistente le entregó al profesor la hoja que había impreso antes.

El doctor Bennett le dirigió a Elizabeth una mirada molesta, pero sacó sus anteojos de un bolsillo, se los puso y estudió la hoja. Tan pronto como vio la foto, se puso serio.

—¿Ah, sí. La rubia bonita. Ya la recuerdo. Del tipo efervescente.

—¿Qué nos puede decir de ella, doctor? —preguntó Miranda.

El doctor Bennett echó un vistazo a sus calificaciones, se frotó la barbilla mientras recordaba. —Era una estudiante promedio, como indica su expediente. Creo recordar que le gustaba dibujar margaritas. No muy innovador. Sí. Siempre sacaba notas bajas en originalidad. Así es. Pensaba pasarse al departamento de moda. Yo la animé a hacerlo. Aquí tenemos un plan de estudios interdisciplinario. Poco estructurado. Los estudiantes tienen la libertad de explorar, colaborar, trabajar en diferentes disciplinas.

—¿Ya veo. ¿Cómo eran sus relaciones con los otros estudiantes?

—¿Relaciones? Eran normales, supongo. Era amigable. Realmente no presto atención a ese tipo de cosas.

Por supuesto que no. —¿Y qué tal un chico?

—¿Un chico? Por lo que recuerdo, Lydia era amigable tanto con estudiantes hombres como mujeres.

—¿Me refiero a un novio.

Frunció el ceño y le devolvió el papel a Elizabeth. —La verdad es que no lo recuerdo.

Nada. Miranda se había temido eso. Había pasado demasiado tiempo y buscaban detalles que podrían escapársele de la mente a una persona desinteresada en medio día.

—¿Y un chico con pelo rubio y revuelto que llevaba una chaqueta de cuero negra y manejaba un Mustang?

—¿Lo siento. Como dije, realmente no presto mucha atención a esas cosas. —se dio la vuelta y caminó hacia el estudiante con el que había estado trabajando.

Con el corazón encogido hasta las rodillas, Miranda estaba lista para irse. Pero decidió hacer un último intento. —Lydia Sutherland murió en el incendio de una casa en Lawnfield Heights. ¿Recuerda algo sobre eso?

El doctor Bennett la miró fijamente, con los rasgos oscurecidos y pensativos. —¿Dijo un incendio en una casa? ¿Hace quince años?

—¿Sí. —Miranda contuvo la respiración.

Asintió lentamente. —Ese fue el año de la Exhibición Werner. Ya recuerdo. Lo vi en las noticias. Recuerdo vagamente que se envió un correo electrónico oficial de la universidad a todos los estudiantes y al cuerpo docente expresando sus condolencias. Cuando nos reincorporamos para las clases de invierno, algunos de los estudiantes llevaban brazaletes negros en su memoria.

Miranda se quedó en silencio, esperando que se activara algo más de la reacia memoria del profesor. Finalmente lo hizo.

Sus ojos se abrieron de par en par. Chasqueó los dedos. —Sí. Tuvo un novio. Pero solo durante unas pocas semanas antes de… antes del final del semestre.

Un avance. Por fin. —El incendio de la casa ocurrió unos días después de que terminaran las clases —lo incitó Miranda.

—¿Sí, sí. —asintió lentamente, frotándose la barbilla de nuevo. Luego se detuvo—. Ahora lo recuerdo. Adam Tannenburg.

El corazón de Miranda dio un vuelco. Un nombre. —¿El novio de Lydia?

—¿Sí. Entró tarde en el curso. Había dejado sus estudios en Northwestern. No pensé que debiera haber sido admitido, pero tenía

influencias.

—¿Influencias?

—Su familia era adinerada. Su madre era música. Donaba mucho a la escuela. A Adam le gustó la señorita Sutherland de inmediato. Ella permitió sus avances y se hicieron pareja. Ahora recuerdo su trabajo. Resultó que era bueno para representar la anatomía humana. Sobresalía en la perspectiva atmosférica.

Tenía que ser el mismo tipo, pero necesitaba más confirmación. —¿Y este Adam Tannenburg tenía el pelo rubio y revuelto y manejaba un Mustang plateado?

—¿No conozco su vehículo, pero sí. Su pelo era rubio y espeso. Lo llevaba casi hasta los hombros. Era la moda de la época. Y llevaba una chaqueta de cuero negra.

Okay, okay. Probablemente podrían conseguir una foto del tipo a través de Elizabeth ahora que tenían un nombre.

—¿Así que cuando los estudiantes se reincorporaron, Tannenburg llevaba un brazalete negro?

—¿Qué?

—¿En memoria de Lydia? ¿Después de su muerte?

—¿No puedo recordarlo. —se llevó la mano a la frente de nuevo, como si quisiera extraer la información a la fuerza—. Sí. Eso era.

—¿El qué?

—¿Adam se dio de baja. Una lástima. Tenía talento.

—¿Se cambió de universidad?

—¿No lo sé. Pero no creo que me contactaran nunca para una recomendación. No lo volví a ver. —el profesor se dio la vuelta de nuevo como aturdido. Luego, una vez más, se detuvo—. Ahora lo recuerdo.

—¿Qué, doctor Bennett?

—¿Aproximadamente un año después, escuché en las noticias que la madre de Adam había muerto.

Miranda frunció el ceño, esperando que el profesor no estuviera confundiendo los detalles. —¿Está seguro de que era él?

—¿Sí. Hubo correos electrónicos, ya que ella era una gran mecenas de las artes, de la escuela. Todo me está volviendo a la memoria ahora. En ese momento pensé, qué extraña coincidencia.

Miranda sintió un escalofrío en la espalda. —¿Coincidencia? ¿Por qué?

Una vez más, el profesor se volvió hacia ella con esa mirada oscura y vidriosa. —La madre de Adam también murió en el incendio de una casa. La finca familiar en Evanston se quemó hasta los cimientos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Veinte minutos después, Miranda estaba de vuelta en el Audi junto a Parker con una ficha de datos de Adam Tannenburg que Elizabeth les había impreso.

La asistente no tenía una foto del tipo en el archivo, pero sí su expediente académico y, lo más importante, su dirección. Al menos, donde había estado viviendo cuando era estudiante: con su madre.

Se dirigían a Evanston.

Miranda revisó la hoja. —Sus calificaciones tanto en Northwestern como en el Instituto de Arte eran sobresalientes. Se especializaba en música. Estudiaba clarinete.

—Mmm —dijo Parker mientras manejaba el auto de alquiler bajo las vías del tren elevado en East Monroe, en dirección al lago.

—Parece que se saltó un grado en la preparatoria. Solo tenía diecinueve años cuando empezó a salir con Lydia. Un año menor que ella.

Parker no respondió.

Irritada, Miranda golpeó el papel con una uña y miró la calle abarrotada. Estaba harta de la ley del hielo. Era hora de llegar al fondo del asunto. Pero sabía que tenía que tener cuidado o Parker se escabulliría.

—Y bien… —dijo ella como si fuera a bostezar—, ¿dónde estuviste anoche?

—¿Anoche? —Parker despertó de cualquier sueño en el que estuviera inmerso y frunció el ceño—. Ya te lo dije —dijo con su voz grave y sexi—. Tuve una entrevista para la Agencia.

Ajá. —¿A dónde fuiste? —intentó que la pregunta sonara casual.

Parker vaciló un momento antes de responder. —A un lugar en el centro. Angelino’s, creo que se llamaba.

Miranda observó cómo los rascacielos a su alrededor daban paso a una extensión de árboles y parques de la ciudad que rodeaban el lado norte del museo. ¿Parker no sabía el nombre del lugar donde había estado la noche anterior?

No se lo creyó ni por un segundo.

Pero antes de que pudiera preguntarle por qué no lo recordaba, él le tomó la mano y se la llevó a los labios. —Lo estás haciendo muy bien en este caso, Miranda. Te has convertido en una investigadora excepcional. Estoy orgulloso de ti.

Miranda contuvo el aliento y luchó contra el embriagador cosquilleo en el estómago que siempre le provocaban sus cumplidos. Estaba tratando de distraerla. No se lo permitiría.

Abrió la boca, pero él se le adelantó.

—Es porque lo estás haciendo tan bien que me siento cómodo dejándote manejar este caso —le dedicó su mediasonrisa sexi.

Era aún más interesante con la mancha oscura bajo su ojo, y su aristocrática voz sureña era tan seductora que casi cayó por completo bajo su hechizo.

Ajá, pensó, viéndolo hacer el difícil giro hacia Lake Shore Drive sin soltarle la mano.

—Además, yo tomé el control la última vez y era tu turno de estar a cargo. Te debo esta oportunidad. —Rozó sus dedos con los labios otra vez y con delicadeza le devolvió la mano al regazo.

Miranda luchó por recuperar el aliento.

La «última vez» fue en París y ambos habían estado tensos. Pero Parker había hecho más que tomar el control del caso. Había sido frío, distante. Ella había pensado que él sabía de aquellos mensajes de texto en su teléfono, pero luego se había convencido de que no era así.

Que quisiera que ella manejara el caso no explicaba dónde había estado anoche ni cómo se había hecho ese ojo morado. ¿Sabía él lo de los mensajes? ¿Estaba tratando de averiguar quién los enviaba? ¿Tenía una pista?

Miró el lago y los grupos de veleros en los puertos del club náutico, sus mástiles como un bosque de cerillos apuntando al cielo

azul brillante, un rompecabezas alucinante que pocos podían desentrañar. Algo así como el caso Sutherland.

Quizás era solo su culpa por ocultarle esos mensajes lo que la estaba volviendo paranoica. Quizás de verdad tuvo una reunión con un posible empleado anoche. Quizás las cosas se salieron un poco de control y le dieron un puñetazo, amistosamente. Los hombres hacían cosas así.

Necesitaba sincerarse sobre esos textos.

El aire acondicionado del auto ronroneaba mientras el caluroso sol de pleno verano ardía en lo alto, haciendo que el lago azul brillara como joyas. Desde ese punto de vista, parecía extenderse tanto como el océano.

Se sinceraría. Tomó una decisión. Tan pronto como terminaran este caso y volvieran a casa, se armaría de valor y confesaría.

Y si Parker le ocultaba algo, quizás él también confesaría.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Era poco después del mediodía cuando llegaron a Evanston y tomaron una callecita arbolada en un vecindario tan apacible que Miranda se preguntó cómo podía ocurrir algo malo allí.

Las tranquilas calles estaban bordeadas de olmos, setos pulcramente recortados y canteros de flores. Tras los setos se alzaban estructuras que le recordaron a Mockingbird Hills, en su ciudad. Mansiones de estilo europeo con altas columnas blancas, torretas con conos en la punta y majestuosas balaustradas que delimitaban los balcones superiores, donde los ricos podían sentarse a ver el mundo pasar.

El polo opuesto de donde había vivido Lydia Sutherland.

Parker dio otra vuelta y avanzó unos metros.

—Su destino está a la derecha —anunció el GPS.

Miranda giró la cabeza y gimió.

—¿Es ahí?

Más allá de la acera se extendía un campo cubierto de maleza en el que solo se veían unas cuantas columnas de ladrillo que se alzaban desde el suelo.

—Abandonado —murmuró Parker, estudiando el lugar.

—Supongo que tenemos que echar un vistazo. —Con el disgusto retumbándole en el estómago, Miranda salió y empezó a subir por el césped.

El césped había sido cortado unos tres metros. Luego, el jardín se volvía salvaje, con altas hierbas, dientes de león y trozos de escombros. Miranda se detuvo en el borde que formaba y observó la estructura.

El clima y el viento habían borrado la mayor parte de las marcas del fuego. Lo que quedaba eran unos cimientos de aspecto antiguo y

un pequeño ejército de pálidos pilares cuadrados de ladrillo que parecían un proyecto de Lego malogrado.

Los escombros seguían esparcidos sobre los cimientos, y podía ver el contorno de grandes habitaciones y lo que quedaba de ellas. Una ventana rota por aquí, el marco de una puerta por allá, un pequeño mar de cascotes variados e no identificables. Un alto roble se erguía cerca de una esquina, sus ramas proyectaban sombras sobre los restos como si rindieran homenaje a su antiguo dueño.

Con Parker a su lado, Miranda se quedó mirando la escena un buen rato, con las manos en las caderas. Una cálida brisa de verano le alborotó el pelo y susurró entre la hierba. Catorce años de abandono. ¿Podrían encontrar algo allí que les dijera dónde encontrar a Adam Tannenburg?

Lo dudaba.

Se dio la vuelta, a punto de decirle a Parker lo que pensaba, cuando vio un movimiento. Entrecerró los ojos con fuerza y se los cubrió con la mano.

Sí. Ahí estaba de nuevo.

La casa de enfrente era una austera construcción de estilo victoriano con escalones fluidos que conducían a un pórtico semicircular. Más allá de la entrada había una fila de ventanas altas.

Una cortina había sido descorrida en una de ellas.

—Creo que tenemos una vecina entrometida —dijo.

Parker asintió. Él también lo había visto.

—Creo que tienes razón.

—Vamos a ver si sabe algo.

###

Cinco minutos después, un sirviente los había conducido por un pasillo y se encontraban en la sala de estar de la vecina entrometida, que era tan majestuosa como el exterior de la casa. Sus paredes eran de color azul aciano, sus muebles de marfil, rígidos y de respaldo recto, y su alfombra tenía un diseño del siglo XVIII.

De algún lugar llegaba música clásica, tan relajante como el té de hierbas servido en delicada porcelana sobre una mesa de centro antigua. Su anfitriona, cuyo nombre habían descubierto que era Audrey Johnston, era igualmente austera.

Cabello plateado pálido peinado en un pulcro moño, un traje de brocado beige pálido a juego con su piel pálida, las perlas de rigor alrededor del cuello y en las orejas. Debía tener al menos setenta años y tenía los modales de una época pasada. Incluso sostenía su ornamentada taza de té con el meñique extendido.

Miranda no creía que la gente hiciera eso realmente.

—¿Usted creció en esta casa, señora Johnston? —preguntó Parker.

—Por supuesto. Nací aquí. Tres generaciones de Johnstons han vivido en esta casa. Nuestra familia es un pilar de la comunidad. —Su voz era un poco temblorosa por la edad, a lo Katharine Hepburn.

Solo por cortesía, Miranda se obligó a tragar un sorbo de té. Sabía a césped recién cortado.

—Entiendo que la casa de enfrente se incendió hace unos catorce años.

La señora Johnston dejó su taza con un pequeño tintineo.

—Ese lugar es un adefesio. El señor Harrison intenta mantener parte del césped cortado, pero no es mucho lo que puede hacer.

—¿El señor Harrison? —preguntó Miranda.

—El vecino del otro lado, en la casa de ladrillo rojo. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Infringe una docena de normativas. He llamado a la ciudad, al condado. Se limitan a pasarse la pelota. Me dicen que la casa era un monumento histórico. Tonterías. No más que la mía. —Hizo un gesto elegante con la mano hacia Miranda —. Por eso pensé que estaban aquí. Creí que iban a declarar el lugar en ruinas y a demolerlo.

—No queda mucho de ella —comentó Parker, mirando por la misma ventana desde la que habían visto a la dueña observarlos.

La señora Johnston volvió a tomar su taza y la sostuvo.

—Bueno, tienen que derribar lo que queda y reconstruir. Le he rogado a la ciudad que lo haga, pero hay demasiadas complicaciones legales. Creo que Muriel dejó sus asuntos personales en desorden.

—¿Muriel?

—Muriel Tannenburg.

La madre de Adam Tannenburg.

—¿Es ella quien murió en ese incendio? —intentó confirmar Miranda.

Las líneas alrededor de los labios de la señora Johnston se tensaron al darse cuenta de que esta pareja, que había mencionado brevemente que eran investigadores privados cuando los dejó entrar a su casa, sabía más de lo que pensaba.

—Sí. Fue una tragedia. Una verdadera tragedia.

Miranda se recostó, logrando equilibrar la taza y el platillo en su rodilla.

—¿Qué tan bien conocía a su vecina, señora Johnston?

—Nos veíamos en eventos sociales más que como vecinas. Ella era más joven que yo; su hijo era un bebé cuando mis hijos empezaban la preparatoria.

—¿Estaba usted aquí cuando ocurrió el incendio? —preguntó Miranda.

La señora Johnston hizo una pausa para tomar un refinado sorbo de té.

—No. Estábamos visitando a mi hermano menor en Nueva York, como hacemos cada otoño cerca del Día de Acción de Gracias.

—Ya veo. —Así que el incendio fue a finales de noviembre. A pocas semanas del aniversario de la muerte de Lydia Sutherland. El doctor Bennett tenía razón—. ¿Qué recuerda del desastre?

—¿Recordar? Bueno, regresé a casa con mi hijo menor, que vivía conmigo en ese momento, un poco antes ese año. Cuando descubrimos lo que había pasado, ambos nos quedamos horrorizados. Todo el vecindario lo estaba. Creo que fue el señor Harrison quien me dijo que el funeral se celebraría al día siguiente. Sencillamente no podía creerlo.

—¿La policía la interrogó?

—Sí, por supuesto. Interrogaron a todo el mundo. Pero nadie pudo decirles mucho. Muriel siempre fue muy reservada. No tenía muchos conocidos. O al menos, que yo supiera. Las autoridades determinaron que el incendio fue un accidente. Te hacía detenerte y pensar en lo frágil que es la vida. Era tan joven.

—¿Y qué hay de su hijo?

—¿Disculpe?

—¿No mencionó que Muriel tenía un hijo?

—Oh, sí. Adam. Un muchacho muy apuesto. Cabello rubio y espeso y una sonrisa contagiosa. Muy educado. Muy brillante. Creo que obtuvo una beca de música para Northwestern.

—Pero no se quedó allí, ¿verdad?

La anciana enarcó una ceja cuidadosamente depilada.

—¿No? No lo sabía. Como le dije, no tenía mucho contacto con los Tannenburg.

—¿Había un señor Tannenburg?

—Oh, sí. Murió cuando Adam tenía nueve años, creo. Con razón el chico siempre parecía tan huraño.

—¿Huraño?

—Nunca parecía sonreír mucho.

O tal vez reflejaba la expresión de su vecina cuando se cruzaban. O quizás estaba de luto por sus pérdidas. Su padre, su novia, y luego su madre.

La señora Johnston dejó su taza y su platillo sobre una ornamentada mesa auxiliar, como para dar a entender que había terminado con eso y con esta conversación.

—De verdad, lo siento mucho. Pero debo retirarme. Tengo un compromiso por la tarde y voy con retraso.

No parecía que fueran a sacarle mucho más a esta mujer, así que Miranda se puso de pie. Parker se levantó a su lado y su anfitriona los condujo a la puerta principal.

Miranda sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó a la dama.

—Si se le ocurre algo más, señora Johnston, le agradecería que me llamara.

—Por supuesto, pero no hay nada más que contar. Sin embargo…

—¿Sí?

—Si no están aquí para declarar el edificio en ruinas, ¿para qué están aquí?

—Estamos investigando otro incendio en el que Adam podría haber estado involucrado.

Su pálido rostro surcado de arrugas se puso un poco más pálido.

—Oh, cielos.

—¿Recuerda la última vez que lo vio?

—¿A Adam?

—Sí. Seguramente, ha tenido que andar por aquí. —Miranda señaló con un gesto hacia los escombros al otro lado de la calle—. Él es el heredero, ¿no?

—Supongo que sí. Ni siquiera sé si Muriel tenía testamento. —Se llevó una mano delgada a las perlas que llevaba al cuello, como si esa idea fuera inquietante.

—¿Así que no lo ha visto recientemente?

—No. La última vez que vi a Adam Tannenburg… fue en el funeral de su madre. Después de eso… fue como si…

Miranda le dirigió a la mujer su mirada más exigente.

—¿Como si qué, señora Johnston?

La mujer levantó la cabeza y enderezó los hombros.

—Fue como si se hubiera desvanecido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—¿Y ahora a dónde? —preguntó Parker mientras volvían a subir al Audi.

Miranda casi no lo oyó. Tenía el celular en la mano y estaba inmersa en una búsqueda de información sobre el incendio de la casa de los Tannenburg.

—¡Bingo! —exclamó un minuto después mientras levantaba la pantalla—. Mira. El *Trib* publicó un artículo al respecto.

—¿Sobre el incendio de enfrente?

—Ajá. Muriel Tannenburg era una noticia así de importante. Míralo por ti mismo.

La pantalla mostraba una foto granulada de la austera mansión envuelta en llamas feroces.

Miranda miró la fecha y sintió una punzada de emoción. —Dos días antes del Día de Acción de Gracias, hace catorce años.

—Interesante coincidencia.

—Vaya que sí.

Revisó el texto por encima. Entrevistas con los bomberos en el lugar, el jefe de bomberos, algunos vecinos. Pero no había nada que no supieran ya.

Se le ocurrió una idea. —Vamos a la biblioteca local. Deben de tener archivos sobre el incendio con más detalles de los que podemos encontrar en internet.

Parker, que parecía impresionado, asintió. —Excelente idea. ¿Pero puedo sugerir que almorcemos primero?

Ella consultó el reloj. Pasada la una. Y su estómago le daba la razón a Parker. Hacía mucho tiempo que habían desayunado.

—De acuerdo —dijo—. Pero que sea rápido.

—Tus deseos son órdenes.

Sí, claro.

Eligió hamburguesas para comer, aunque sabía que Parker habría preferido algo en un restaurante elegante, ya que estaban en un barrio de lujo. Tendrían que volver más tarde para eso.

Se sentaron en el estacionamiento de la biblioteca mientras Miranda devoraba la comida tan rápido como podía.

—Nos vas a provocar una indigestión a los dos —le advirtió Parker.

—¿A quién le importa? —dijo ella con la boca llena—. Quiero averiguar qué pasó aquí en realidad.

Puede que a él le diera igual este caso, pero ella sabía que estaba a punto de lograr un avance. Se tragó el último bocado, metió la basura en la bolsa y se bajó del auto.

Parker debió de entretenerse en el auto, ordenando y recogiendo la basura para tirarla en el contenedor que había fuera de la biblioteca. Para cuando la alcanzó, ella ya estaba en una mesa, revisando la microficha.

Le hizo una seña para que se sentara a su lado. —Mira esto.

Él se deslizó en la silla con su habitual soltura y se asomó por encima de su hombro. —*Evanston Times*.

—Ajá. Tienen dos páginas sobre el incendio y muchas más fotos. —Estudió las tomas de los bomberos con sus trajes, rociando la casa con las mangueras.

El artículo se centraba en el sentir de los vecinos y del pueblo, que habían perdido a una ciudadana prominente tan cerca de las fiestas. La tragedia ensombreció de verdad las celebraciones. Había una entrevista más extensa con el jefe de bomberos. Relataba cómo sus hombres habían pasado horas controlando las llamas, cómo habían rebuscado entre las cenizas y encontrado el cuerpo de Muriel Tannenburg en el salón principal. Al parecer, se había quedado dormida en el sofá.

Miranda pasó al siguiente artículo sobre el incendio, publicado unas semanas más tarde. Una foto a color de Muriel Tannenburg encabezaba la nota.

Toda de negro y con el clarinete en el regazo, debía de tener poco más de treinta años cuando le tomaron la foto. Era muy guapa.

Cabello rubio dorado y ondulado, tez de durazno, ojos azules e intensos. Una mirada más atenta le indicó que parecía haber algo detrás de la curiosa expresión de esos ojos, pero Miranda no lograba descifrarlo.

No había fotos de su hijo.

Más entrevistas con vecinos, y luego el jefe de la policía local de la época declaraba que se había determinado que la causa del incendio era un cableado eléctrico defectuoso.

—Mmm. —Tamborileó con los dedos sobre la superficie brillante de la mesa de la biblioteca.

—¿En qué piensas? —le preguntó Parker al ver que no decía nada más.

—Cableado eléctrico defectuoso. ¿Se podría hacer eso a propósito? ¿Sabotear el cableado de alguna manera?

Parker lo consideró un momento. —Es posible, pero tendrías que saber lo que haces.

Miranda volvió a repasar la nota. Tampoco había fotos del hijo aquí.

Leyó el final del artículo. —*A Muriel Tannenburg le sobrevive su único heredero, Adam Foster Tannenburg. El señor Tannenburg no estuvo disponible para hacer comentarios.*

Debe de ser del tipo solitario. ¿Cómo lo llamó la señora Johnston? Huraño.

Avanzó de página otra vez y encontró otro artículo publicado un mes y medio después. Era más corto. No tardó en encontrar lo que buscaba.

Recorrió las palabras con el dedo mientras leía. —*La propiedad permanece abandonada y en desorden, a la espera de que su propietario tome posesión de ella.* —Ese es el hijo, ¿verdad? —Encontró la respuesta en el siguiente párrafo—. Sí. *Adam Tannenburg es el heredero de la fortuna Tannenburg, que este reportero especula que consiste en un gran fondo fiduciario y varias cuentas bancarias. Sin embargo, en este momento se desconoce el paradero del señor Tannenburg.*

Parker se inclinó hacia delante y releyó las frases que ella había señalado. —Obviamente, nunca tomó posesión de la propiedad que

heredó. Ni siquiera la puso en venta.

—No. —Sintiéndose triunfante, Miranda se recostó en la silla y se cruzó de brazos—. Y te apuesto tu lindo trasero a que tomó el dinero de ese fondo fiduciario y se largó.

Parker le lanzó una mirada pícara. —Preferiría conservar mi trasero para uso personal.

Ella ignoró su insinuación. —Vació esas cuentas y se dio a la fuga.

El rostro de Parker se puso completamente serio con la expresión que le indicaba que ahora sí estaba metido en el caso. Finalmente, asintió. —Podrías tener razón. Y el incendio que mató a su madre… ¿intencionado?

—No lo sé. Eso sería bastante despiadado.

Quizá pensó que tenía una razón. No tenían ni idea de qué tipo de mujer era Muriel Tannenburg. No de puertas para adentro. La propia madre de Miranda sabía dar una buena imagen a los de fuera, pero hubo momentos durante su infancia en los que deseó poder haberse deshecho de ella. No lo habría hecho. Pero ¿este tipo?

—Entonces, ¿qué estás pensando? —dijo Parker, pasándole la pelota una vez más.

Mientras sus pensamientos empezaban a tomar forma, Miranda inhaló lentamente. Se sentía un poco eufórica. —¿Dos incendios de casas diferentes que mataron a dos mujeres distintas, ambas cercanas a Adam Tannenburg? ¿Un músico genial estudiante de arte que desaparece poco después? ¿Nadie ha sabido de él desde entonces? Está huyendo, Parker. —Lo dijo con convicción esta vez.

Lentamente, Parker asintió. —Creo que tienes razón.

—Y creo que ya tenemos a nuestro hombre. —Se levantó de la mesa y apagó el aparato—. Ahora solo tenemos que encontrarlo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

¿Cómo se encuentra a un tipo que lleva desaparecido catorce años?

Se empieza por la policía. Así que de vuelta a la comisaría de Larrabee.

La hora pico había comenzado justo cuando llegaron a Lake Shore Drive, así que el trayecto de diecinueve kilómetros solo les tomó una hora y diez minutos.

Finalmente, Parker se detuvo junto a la acera, cerca de la entrada principal.

Miranda empezaba a bajar cuando él la tomó del brazo. Ella se volteó. —¿Qué?

La culpa brillaba en sus ojos sensuales. O al menos, la apariencia de culpa. —Lo siento mucho —dijo él, con voz baja y seductora—. Surgió otra entrevista.

La embriagadora euforia de haber encontrado la pista de Adam Tannenburg se disolvió en un mar de decepción.

—¿Qué? —repitió ella, esta vez dejando ver sus sentimientos.

Parker casi hizo una mueca de dolor. Luego, adoptó su tono de jefe. —Son negocios. No hay nada que hacer. —Había el suficiente filo en su voz para indicarle a ella que era más que un asunto de la Agencia.

Ella se enderezó y le dirigió una sonrisa audaz. —Tal vez podría ir contigo. —Una forma de llegar al fondo de este asunto.

Un atisbo de sorpresa brilló en sus ojos y luego desapareció. —No es buena idea.

—¿Por qué no? Podría evaluar a ese tipo.

—Sería intimidante. Además, acabas de conseguir una pista en este caso. Tienes que seguirla.

Golpe bajo, pensó ella, echando humo bajo la sonrisa que aún mantenía en el rostro. No había nada que pudiera responder a eso, así que se bajó del auto.

—Está bien, nos vemos luego.

No supo cómo se las arregló para no dar un portazo al cerrar. Pero mientras subía por el sendero hacia la entrada, forzó un brío en sus pasos, aunque a esas alturas se debía más a la ira que al entusiasmo.

Ya descubriré qué tramas, Wade Parker, juró para sus adentros. Y si es lo que creo que es, arderá Troya.

###

Parker se quedó en el Audi esperando a que Miranda cruzara las puertas de cristal. Cuando ella desapareció tras ellas, le dio un minuto más, luego salió disparado de su sitio y giró bruscamente en West Division en dirección a Waukegan.

Tenía prisa.

Cuando Miranda había entrado corriendo al edificio de la biblioteca en Evanston, él había contactado al siguiente sospechoso de la lista de Demarco y había concertado una reunión. Ahora, debido al denso tráfico, llegaría tarde.

El hombre vivía en Waukegan. Woodward Kaufmann, el de los ojos azules. Parker pensó en los ojos de la foto que Demarco le había proporcionado. De un azul profundo, muy parecido al tono de los de Mackenzie. Ese color le había dado esperanzas.

Si este era el hombre que buscaba, podría terminar su búsqueda y esta farsa con Miranda.

Una vez más, el remordimiento le retorció las entrañas. Y una vez más, lo ignoró. Podía mentir para obtener la información que necesitaba para un caso, pero despreciaba mentirle a Miranda. Y sabía que ella podía ver a través de su engaño. Una vez que todo esto terminara, la compensaría.

Si Kaufmann era el indicado, esta visita por sí sola podría lograrlo.

Tomó la rampa hacia la autopista Edens en dirección norte y se detuvo por completo. Gruñó por lo bajo. El tráfico estaba aún peor allí. Eso lo haría llegar aún más tarde. Cuando había llamado, se

había hecho pasar por un vendedor de seguros. Le había dado a la mujer que atendió el teléfono su mejor discurso de venta para una póliza de cuidados a largo plazo. Para cuando llegara a Waukegan, era muy posible que Kaufmann ya se hubiera ido para evitar la llamada de ventas.

Pero tenía que intentarlo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Una vez dentro de la comisaría de Larrabee, Miranda decidió que necesitaba un respiro para calmarse, así que se dirigió al Cuarto de Pruebas y al pequeño escritorio que había en la esquina.

Sacó el expediente del caso de su maletín y repasó los papeles de nuevo para ver si algo le llamaba la atención ahora que tenía el nombre de Adam Tannenburg.

No podía concentrarse.

En lo único que podía pensar era en la expresión de suficiencia de Parker cuando le dijo que tenía otra «entrevista». Estaba casada con un auténtico artista del engaño. Tenía ganas de subir y exigirle a Demarco que le dijera quiénes eran esos supuestos entrevistados.

Pero ¿y si su instinto tenía razón y Demarco no tenía ni idea de lo que estaba hablando? Avergonzaría a Parker y mancharía la imagen de la Agencia. No podía hacer eso.

Tendría que encontrar otra forma de hacerle soltar la sopa. Sería un desafío. Parker podía ser astuto y escurridizo cuando quería. Pero ella también.

Dejó el papel que había estado mirando fijamente y suspiró. No había nada ahí. Ya había repasado todos los informes dos veces. Lo único que no había mirado era la caja de pruebas.

Necesitaba ir a ver a Demarco. No por lo de Parker. Para decirle lo que tenían y pedir una búsqueda del paradero de Adam Tannenburg. Pero si no lo había revisado todo primero, parecería una incompetente.

Ladeó la cabeza y miró la caja. La idea de lo que podría haber dentro le producía escalofríos, pero lo que se tenía que hacer, se tenía que hacer.

Se agachó junto a ella y levantó la tapa.

Todo estaba cuidadosamente empaquetado y etiquetado. Sacó cada bolsa una por una y anotó su contenido. Trozos de madera carbonizados de las paredes. Lo que quedaba del calefactor derretido. Huellas de zapatos y dactilares, ninguna de las cuales pudo ser atribuida a nadie más que a la víctima. El último resto del hermoso y largo cabello rubio de Lydia Sutherland.

Y en el fondo de la caja había un papel sin nada adjunto. Lo sacó y lo leyó.

Era para pruebas de agresión sexual: un kit para casos de violación.

El papel enumeraba el departamento, las fechas, las instrucciones. El médico forense había recogido el material en la escena del crimen y lo había firmado. Miranda se preguntó cómo se las había arreglado para sacar algo del cuerpo chamuscado, pero aparentemente algunos de los restos de Lydia Sutherland estaban intactos.

Pero ¿dónde estaba el kit? ¿Dónde estaban los resultados?

A Miranda se le tensó la espalda.

¿Acaso alguien creía que esto era un juego? Se levantó, con la hoja todavía en la mano, subió las escaleras a zancadas y entró en la zona de Homicidios. Encontró a la detective Shirley Templeton sentada en su escritorio de la tercera fila. Había una silla para visitas junto al escritorio, pero no la tomó.

Azotó el papel sobre el escritorio justo debajo de su nariz chata.

—¿Qué demonios es esto?

La detective estaba concentrada en la computadora. Sus rizos castaños parecían lo bastante apretados como para hacerle un nudo en el cerebro. Hoy iba un poco mejor vestida, una alegre chaqueta amarilla con un cuello festoneado sobre una blusa de lunares que cubría su complexión cuadrada, y pequeños aros dorados en los lóbulos de las orejas. Por lo que tenía en la pantalla, parecía que estaba investigando alguna actividad de pandillas.

Lentamente apartó su atención de la pantalla y miró el papel sin levantar la vista hacia Miranda.

—Es el informe de un kit para casos de violación —anunció.

Vaya una novedad.

—Eso ya lo sé. Sé leer. Lo encontré en la caja de pruebas del caso Sutherland.

La detective la miró con un ojo sin maquillar.

—Debe de ser porque eres una investigadora muy buena.

Miranda rechinó los dientes.

—Déjate de tonterías, Templeton. Sabes a lo que me refiero.

—¿A qué *te* refieres? —La mirada de Templeton se volvió inocente, pero cubierta por una capa de hielo.

No tenía tiempo para estos jueguitos.

—Me refiero a dónde están los resultados. ¿Dónde está el kit para casos de violación? No vi ninguno por ninguna parte.

Templeton se volvió hacia su computadora y pulsó algunas teclas.

—El kit estaba en refrigeración. Nunca se procesó.

Eso dejó a Miranda sin aliento.

—¿Nunca se procesó? ¿Por qué?

La detective se encogió de hombros.

—Supongo que porque nunca hubo un sospechoso con el que comparar el ADN.

¿El forense logró sacar fluidos del cuerpo de Sutherland y nadie lo procesó?

—Eso no me dice dónde está el kit.

No hubo respuesta.

Miranda sintió ganas de agarrar a esta mujer terca por su cuello festoneado y sacarle la información a sacudidas. En vez de eso, recogió el informe y lo puso sobre el teclado para que Templeton no pudiera escribir.

La detective soltó un bufido corto, como una locomotora de vapor, y se volvió hacia ella.

—Lo envié al laboratorio la semana pasada. Mejor así. Ahora tenemos técnicas de ADN mucho mejores.

—¿La semana pasada? —Miranda se sintió un poco mareada. ¿Cómo podía resolver este caso si alguien más estaba trabajando en él a sus espaldas?—. Este papel no indica nada de eso —dijo, dejando que su voz insinuara una amenaza. Los departamentos de policía debían ser muy estrictos con la cadena de custodia.

Templeton solo suspiró.

—Este sí. —Abrió un cajón y sacó otro papel.

Miranda se lo arrebató y lo leyó rápidamente. Tenía los mismos datos que su informe, junto con un registro de entrega al laboratorio criminalístico y la firma de Templeton. Efectivamente, esa parte estaba fechada la semana pasada.

Se cruzó de brazos para contener las ganas de golpear a la mujer.

—¿Cuándo pensabas enseñarme esto?

—Cuando me diera la gana.

Debería ir directamente a ver a Demarco. Denunciarla por insubordinación. Pero algo detrás del exterior hosco de Templeton le impidió hacerlo.

No, decidió, no iría a ver a Demarco. Simplemente le cantaría las cuarenta a la detective ella misma.

Le sacudió los papeles en la cara.

—Mire, detective. No sé qué intentas demostrar con esto. Pero, al parecer, actuar como una profesional es mucho pedirte.

Templeton le apartó el brazo y se volvió hacia su pantalla. Miranda vio que echaba chispas.

—Zorra —murmuró por lo bajo.

Miranda enarcó las cejas.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Zorra rica con tu ropa elegante y tu marido rico y elegante. Probablemente nunca has tenido que trabajar ni un día en tu vida.

—¿Qué?

Ahora Templeton giró en su silla y la encaró.

—¿Estás sorda?

Miranda se quedó mirando a la mujer con la boca abierta. Luego se dejó caer en la silla junto a su escritorio; se quedó ahí, paralizada, durante lo que parecieron diez minutos. Entonces ya no pudo contenerse más. Echó la cabeza hacia atrás y se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

Templeton la miró, con el rostro contraído por la confusión.

—¿Qué demonios es tan gracioso?

Negando con la cabeza, Miranda se secó una lágrima de debajo del ojo.

—Lo que acabas de decirme. Me han llamado de todo, pero nunca pensé que alguien me llamaría zorra rica.

—La verdad duele, ¿eh?

Miranda volvió a reírse.

¿Templeton pensaba que le habían robado el caso para dárselo a una pija mimada de Atlanta que se entretenía investigando crímenes para divertirse? Oh, vaya. Esto no tenía precio.

Estiró la mano y agarró el brazo de la detective antes de que pudiera apartarse de nuevo.

—¿La verdad?

La detective bajó la vista hacia el agarre.

—¿De qué estás hablando?

De repente sintió que podía desnudar su alma ante esta casi desconocida.

—Mira, Templeton. Crecí por aquí. En Oak Park. En la parte pobre de Oak Park. Mi padre se fue cuando yo tenía cinco años y mi madre me trataba como una mierda. Me casé demasiado joven para alejarme de ella y el tipo con el que me casé me trató peor. Me quitó a mi bebé y me echó a la calle con nada más que algo de ropa en una maleta rota. Casi me muero. Pero me recompuse y luché por todo lo que tenía. La mayor parte de lo cual fue amor propio. Conozco a Wade Parker desde hace menos de dos años. No me casé con él por su dinero. Me casé con él por quién es por dentro.

Durante un largo momento, Templeton se limitó a mirarla. Su rostro se puso un poco pálido. Luego se humedeció los finos labios, se soltó del agarre de Miranda y se dio la vuelta.

Esta vez no miró la pantalla, sino a un punto indefinido. En silencio.

Finalmente preguntó:

—¿Qué pasó con tu hija?

—¿Qué?

—Dijiste que tu primer marido te quitó a tu bebé.

Quería saber sobre Mackenzie. Tenía un punto débil.

—La encontré, gracias a Parker. Está en Atlanta.

—Qué bueno. Me alegro.

Era curioso que fuera lo del bebé en lo que se había fijado.

—¿Tienes hijos? —preguntó Miranda con suavidad.

Templeton apretó los labios y luego asintió.

—Un niño. Jamie. —Alargó la mano por detrás de su computadora y tomó una foto en un marco. Era un niño pecoso y joven al que le faltaba un diente de adelante. Iba vestido con un traje de superhéroe—. Ahora tiene cuatro años. Es un torbellino. Mi madre me ayuda con él.

Era madre soltera.

—¿Y el padre? —se atrevió a preguntar Miranda.

—Su padre era bombero. Murió en acto de servicio hace dos años.

Y por eso este caso de incendio provocado significaba tanto para ella. Miranda se recostó en su silla, contenta de no haber ido a ver a Demarco. A pesar del resentimiento de Templeton hacia ella, conectó con la mujer. En más de un nivel ahora.

Se aclaró la garganta y decidió probar un enfoque mejor.

—Mira, sé que estás ocupada, pero me vendría bien tu ayuda en este caso. ¿Crees que podrías dedicarme unos minutos?

Era cierto. Parker la había abandonado y si Templeton ocultaba algo más, nunca podría construir un caso contra Adam Tannenburg.

Templeton parpadeó.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Mi compañero no está ahora mismo y necesito a alguien con quien intercambiar algunas ideas.

Templeton esbozó una sonrisa y luego se contuvo.

—¿Quieres que lo consulte con el sargento?

—Yo me encargo de eso. —Más tarde, decidió. Después de todo, era mejor pedir perdón que permiso—. Por ahora, avisemos al oficial Kadera y te llevaré abajo para ponerte al día de lo que hemos averiguado hasta ahora.

El rostro duro de la mujer se suavizó. Casi parecía agradecida.

Se levantó y cogió un bloc de notas y un bolígrafo junto con los dos informes.

—Claro. Me apunto.

CAPÍTULO TREINTA

Al norte del centro de Waukegan, Parker se encontró en una zona de casas pequeñas de clase media, posiblemente construidas en los años setenta.

Estas estructuras eran mucho más nuevas que las de los alrededores de la ciudad. Según la información de Demarco, Kaufmann se había mudado aquí desde Oak Park hacía seis años, después de que ya no se le exigiera registrarse como delincuente sexual.

Ahora, con poco más de sesenta años, tenía treinta y seis cuando lo condenaron por violar a la hija de uno de los administradores del pueblo de Oak Park y lo sentenciaron a diez años. Le dieron la libertad condicional después de ocho por buena conducta.

Parker giró en una calle con el pavimento en mal estado donde las casas estaban más separadas. Traqueteando, avanzó otros cincuenta metros y llegó a la dirección a la izquierda. Se detuvo junto a la acera y estudió el lugar.

Una casa de armazón blanco con techo rojo, y una antena parabólica en una esquina. La barandilla de su alegre porche hacía juego con las tejas y estaba adornada con macetas de flores rojas y blancas. El dueño tenía buen ojo para la decoración.

Solo eso lo puso en guardia.

Bajó la visera y miró con el ceño fruncido la hinchazón que tenía debajo del ojo en el espejo. No era precisamente apropiado para un vendedor de seguros. Esperaba poder evitar otro altercado físico esta vez. No porque no pudiera manejarlo. Sino porque no podría soportar que Miranda le encontrara otra marca y le hiciera preguntas. No sin admitirle la verdad.

Y eso era inaceptable. Todavía no.

Tomó su teléfono y una vez más estudió la foto policial de Kaufman, tratando de envejecerla en su mente. Kaufman era interesante. El único de la lista con una sola condena. Pero había vivido en Oak Park la mayor parte de su vida, justo en el antiguo barrio de Miranda. Y estaban esos ojos de un azul intenso y una línea de la mandíbula que también le recordaban mucho a los de Mackenzie. Este podría ser el padre de la niña.

Era hora de ver qué podía descubrir aquí.

Abrió la puerta del auto y subió al amigable porche. Tocó el timbre.

Un agudo ladrido sonó en el interior. Un chihuahua.

Después de otro minuto se oyeron pasos y una puerta que parecía atascada se abrió de un tirón.

Una mujer estaba parada frente a él, detrás del mosquitero.

Era delgada y atractiva, con una colorida blusa con estampado de chevron y pantalones de lino blancos. Su pelo rubio estaba cortado en un estilo corto y desflecado, y lucía una sonrisa cálida y amigable. Parecía tener unos cincuenta y tantos años.

—Chico, ya estate quieto. —Levantó a la criatura que ladraba a sus pies y le acarició la cabeza.

Un pequeño duende dorado y tembloroso con ojos marrones y saltones; le gruñó a Parker y le enseñó los dientes.

—Hola —le dijo Parker al animal, tratando de ganarse a su dueña.

El perro solo echó las orejas hacia atrás y siguió gruñendo.

—¿Es usted el señor Parker? —dijo ella.

—Sí. ¿Creo que hablé con usted por teléfono antes? Siento llegar tarde.

—Oh, no hay problema. Un momento. —Llevó al perro, que ahora gemía, a una habitación trasera, abrió una puerta y lo encerró —. Ahora sé un buen chico y quédate callado —le dijo. Luego regresó a la puerta mosquitera y la abrió—. Disculpe. Pase, por favor.

—No se preocupe —dijo Parker con una sonrisa—. Estoy acostumbrado a ese tipo de cosas en mi profesión.

—Seguro que sí. —Le tendió una mano—. Soy Teresa.

—Encantado de conocerla, Teresa. —Parker se arriesgó con la suposición que había hecho en silencio cuando habló con ella por teléfono—. ¿Es usted la señora Kaufmann?

—Sí, lo soy —dijo con una sonrisa radiante.

La información de Demarco no incluía a una esposa. Esta entrevista podría resultar aún más incómoda de lo que había anticipado.

—Pasemos a la sala.

Teresa lo condujo a una habitación más bien pequeña con un gran ventanal con vistas a la calle. Contenía un sofá de aspecto cómodo con un estampado campestre, una alfombra floreada, varias sillas que no hacían juego y dos grandes otomanas con un patrón de tablero de ajedrez rojo y blanco.

—Siéntese donde quiera.

Parker eligió una silla cerca de la ventana, en caso de que Kaufmann decidiera huir una vez que comenzara la conversación. Mientras se sentaba, recorrió las paredes con la mirada. Estaban bordeadas por varias estanterías llenas de figuras de madera. Un cascanueces. Un elfo con delantal. Un carruaje tirado por caballos finamente detallados. Un avión.

Juguetes.

Había más esparcidos por el suelo junto a una mesa de centro rústica.

Teresa se apresuró a recogerlos. —Los nietos estuvieron aquí antes. Les encanta jugar con los juguetes de Woody. —Fingió estar molesta, pero su rostro resplandecía de alegría.

—Estoy seguro de que sí. —El informe de Demarco tampoco mencionaba nietos. ¿Pertenecían a Kaufmann?

—¿Le apetece algo de beber, señor Parker? ¿Un refresco? ¿Té? ¿Limonada? Acabo de preparar.

—No, gracias. Estoy bien.

Aún sonriendo, se sentó en el sofá. —Siempre bromeamos sobre el pasatiempo de Woody. ¿Sabe? Woody, el carpintero. Gracioso, ¿no es así?

—Bastante divertido.

—Pero en realidad, ha encontrado su vocación. De hecho, es más que un pasatiempo. Lo ha convertido en un pequeño negocio. Vende bastante por internet.

—Bien por él. —Parker esperaba que eso fuera todo lo que estaba haciendo en Internet—. ¿Está el señor Kaufmann en casa?

—Oh, sí. Ahora mismo está en el taller trabajando en una casa de muñecas para el cumpleaños de Janet. Es nuestra más pequeña. Cumplirá seis años el mes que viene. Estará tan emocionada. Ha querido una casa de muñecas desde que pudo hablar. Es uno de los artículos más populares de Woody.

La idea de un violador convicto con una niña pequeña hizo que Parker se estremeciera. —Estoy seguro de que lo estará. ¿Podría llamar a su marido? Me gustaría empezar.

Teresa Kaufmann empezó a levantarse, pero un crujido en la parte de atrás le indicó que no era necesario. —Ahí está. ¿Cariño? —llamó—. Estamos en la sala.

—¿Estamos? —preguntó una voz ronca.

Se oyó el ruido sordo de unas botas de trabajo y un hombre corpulento apareció en el umbral.

Medía al menos un metro noventa y cinco y tenía anchos hombros de leñador. Llevaba una camiseta negra de Harley Davidson y unos vaqueros desgastados que, Parker pudo notar, eran por el uso más que por el estilo. Sería aterrador para cualquier mujer encontrárselo en un callejón oscuro.

Su ondulado pelo castaño grisáceo le caía hasta esos hombros robustos y hacía juego con una barba poblada. Rodeado de los juguetes, tenía un extraño aire de Santa Claus.

Los ojos de un azul intenso miraron a Parker con tensa curiosidad. —¿Quién es este? —le preguntó a su mujer.

—Es el señor Parker. Ha venido a hablarnos de un seguro de salud a largo plazo. Ofrecen una tarifa especial para la gente de nuestra edad. Te dije que vendría. Lo olvidaste.

Kaufmann frunció el ceño. No quería que un vendedor interrumpiera su velada.

—No tardaré mucho. —Parker se puso de pie y le tendió la mano a Kaufmann para que la estrechara.

Con vacilación, el hombretón lo hizo. Su apretón era fuerte y calloso. Podría destrozar a una mujer si se le antojara.

Miró a su mujer con el ceño fruncido. —Teresa, ¿no te advertí que no hablaras con vendedores por teléfono?

—Oh, es un hombre agradable. —Avergonzada por el comentario, ella palmeó el cojín a su lado en el sofá—. Solo ven, siéntate y escucha lo que tiene que decir.

Mirando a Parker, el hombre hizo lo que ella le pedía.

Parker volvió a tomar asiento, abrió su maletín y sacó un bloc y un bolígrafo.

Debería tener formularios de seguros, folletos y demás si hubiera querido que esto pareciera realmente legítimo. Pero no había tenido tiempo de conseguirlos. Tendría que confiar en su habilidad para inventar.

—Sé que ambos están en sus últimos años de vida y que buscan algo que se ajuste a su presupuesto. Me he tomado la libertad de investigar sus antecedentes y creo que podemos ofrecerles un trato muy atractivo, pero necesito confirmar algo más de información.

Kaufmann enarcó una ceja poblada. —¿Qué tipo de información?

—Solo algunos datos más de sus antecedentes. Historial de empleo y cosas así. No tomará mucho tiempo.

Parker repasó lo que sabía del pasado de Kaufmann. Sus residencias, sus trabajos como albañil, su ascenso en la empresa de construcción para la que trabajaba.

Kaufmann lo verificó todo.

Parker fingió tomar notas y luego golpeó el bolígrafo contra su bloc, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, señor Parker? —preguntó Teresa—. ¿No puede darnos una tarifa mejor?

—Sí puedo, solo necesito aclarar… —fingió torpeza—. Odio siquiera preguntar, pero parece que hubo un incidente en el pasado del señor Kaufmann. Una mancha bastante negra.

El rostro de Kaufmann se endureció. La sonrisa de Teresa desapareció.

El hombre apretó sus grandes manos sobre su regazo. —Sé de lo que habla y ya pagué mi deuda con la sociedad.

A Parker le sorprendió que fuera tan directo al respecto. —Estoy seguro de que sí. Solo necesito confirmar… ¿fue un incidente con una tal señorita Nussbaum? —La hija del administrador del pueblo en Oak Park.

—Candace Nussbaum.

—Él ha enderezado su vida, señor Parker. —La voz de Teresa era aguda y defensiva—. Ha hecho todo lo correcto.

—Estoy seguro de que…

—Siguió todas las reglas. Hizo su servicio comunitario, pagó sus multas, cumplió sus horas de tratamiento psicológico. Yo era su terapeuta en ese entonces.

Eso era una novedad. —Ya veo —dijo Parker.

—Así es como nos conocimos. —Teresa Kaufmann mantuvo la cabeza en alto y comenzó a hablar rápidamente—. Pude ver que en el fondo Woody era un buen hombre. Trabajé para conseguir su libertad condicional. Me casé con él justo después de que lo liberaran. Llevamos juntos casi dieciocho años. Quiere a mi hija como si fuera suya. Es un buen hombre.

Teresa estaba casi histérica. Parker esperó un momento a que se calmara.

El hombre corpulento fulminó a Parker con la mirada, con la mandíbula apretada.

Parker podía leerle el pensamiento. Su esposa le había contado demasiado a ese extraño. No iba a sacarle nada más esa noche.

—¿Quién es usted? —dijo Kaufman.

Parker lo miró a los ojos. —Soy un investigador privado.

—¿Desenterrando mi pasado?

—En relación con otro caso, similar al de su pasado. Estoy trabajando con la policía —agregó, faltando un poco a la verdad.

Parker no esperaba que eso funcionara. Contaba con que el hombre le diría que se fuera. En cambio, de repente, Kaufman se llevó la cabeza a las manos y dejó escapar un gemido ahogado.

—Todo lo que quiero es una vida normal. No sé qué me pasó en aquel entonces. Acababa de fundar mi propia empresa de construcción. Intentaba hacer contactos. Estaba en una fiesta en el club de campo de Oak Park. Un evento para recaudar fondos. Todo

el mundo estaba allí: fideicomisarios, miembros de la junta, comisionados. Estaba moviéndome entre la gente, con la esperanza de conseguir un contrato importante.

Parker se puso rígido. Conocía muy bien esa táctica. Él mismo la había empleado muchas veces en Atlanta.

—Había alcohol. Bebí demasiado. Estaba enojado. Quería que Roland —el padre de Candace— dejara que mi empresa pujara por un trabajo y no quiso.

Teresa tomó la mano de su marido. Evidentemente, había escuchado todo eso hacía años.

—Candace estaba allí, muy arreglada. Llevaba un vestido plateado y su pelo rubio estaba peinado en uno de esos… —Hizo un gesto circular en su cabeza.

—Moños —aportó Teresa.

—Sí, supongo. Había hablado con ella un par de veces antes, cuando iba a la casa a ver a su padre. Dijo que quería salir a caminar. De alguna manera terminamos en mi camioneta. —Dejó escapar un largo suspiro.

Teresa le apretó la mano.

—Sé que es una excusa común, pero fue ella quien se me insinuó. Dijo que si le daba lo que quería, intercedería por mí ante su padre. —Se pasó las manos por la cara como si quisiera borrar el pasado—. Estaba borracho. Las cosas se pusieron un poco bruscas. No sé qué pasó. De repente, ella estaba gritando y llorando que era una violación. Tenía dieciséis años. Yo pensé que tenía veinte. Parecía tan adulta.

Kaufmann se quedó mirando por la ventana.

—Todo eso ya es parte del pasado, Woody.

Él comenzó a negar con la cabeza. —No pasa un día sin que desee poder recuperar esas pocas horas. Me habría ido. Me habría olvidado de ese trabajo. Me habría olvidado de Candace. Pero no puedo hacer eso.

—Ya se acabó. Como dijiste, ya pagaste tu deuda. —Teresa se giró hacia Parker, con los ojos oscuros y acusadores—. ¿Eso es suficiente para satisfacerlo, señor Parker?

Parker le devolvió la mirada. Era una buena historia. Incluso podría ser cierta. Pero no era la que le interesaba. Odiaba causarle más dolor a la mujer, pero si Kaufmann escondía otro secreto en su pasado, era mejor que saliera a la luz.

—Hace quince años, en febrero, una mujer fue abordada cerca de Roosevelt Road en Lawnfield Heights. Ella afirma que fue usted quien lo hizo.

Kaufmann miró a Parker como si acabara de convertirse en un zombi. —¿Qué?

La boca de Teresa comenzó a moverse. Tardó un momento en formar palabras. —¿De qué está hablando? Eso no es cierto.

Pero la voz de Kaufmann era baja y tranquila. —¿Por qué esperó esa mujer todos estos años?

—Le tomó mucho tiempo asimilar lo que le pasó.

Los ojos de Kaufmann se entrecerraron. —¿Y este es el caso similar que está investigando, señor Parker?

—Sí. Trabajo para la víctima.

—No hay ninguna víctima. Al menos no por nada que yo hiciera. —Kaufmann se levantó y entró pisando fuerte en el comedor contiguo.

Los ojos de Teresa comenzaron a llenarse de lágrimas. —¿Qué está diciendo, señor Parker? ¿Su clienta va a presentar cargos contra mi marido? —Se llevó las manos a la cabeza—. Esto no puede estar pasando. Hemos sido felices todos estos años y ¿ahora nos dice que su pasado vuelve para atormentarnos?

El gemido de Kaufman resonó desde la otra habitación. Estaba tan lleno de desesperación que Parker casi quiso disculparse y dejarlos en paz. Casi.

—Siempre volverá, Teresa —dijo Kaufmann—. Te lo advertí cuando me casé contigo. Una vez que te marcan, te marcan para siempre.

La mujer rompió a sollozar. Agarró un pañuelo de papel de una mesita auxiliar y se lo apretó contra la cara. —Pero tú no tuviste nada que ver con esa mujer. Lo sé. Sé que no es verdad. Sí, Woody fue culpable de lo que pasó con Candace Nussbaum, pero eso es todo. No atacó a nadie en Roosevelt Road. —Entonces sus ojos se

abrieron de par en par—. ¿Hace quince años? ¿Quince años? Llevábamos dos años de casados entonces. Vivíamos en un apartamento cerca de Austin. Woody trabajaba como conserje. Había perdido su empresa de construcción, por supuesto. Vivíamos principalmente de mi sueldo. Andábamos cortos de dinero.

Parker se inclinó hacia ella una fracción de pulgada. —¿Salía alguna vez solo a altas horas de la noche?

De nuevo, sus ojos se abrieron como platos. —No. No más de lo normal. Quizá para ir a buscar algo que se me había olvidado en el supermercado.

—Este incidente ocurrió cerca de un supermercado abierto toda la noche.

—No. No. Déjeme pensar. —Se apartó el pelo de la cara—. ¿Sandy todavía estaba con nosotros entonces? Mi hija. Tendría veintiún años. Eso es. Estaba estudiando en la escuela técnica y trabajaba en el hospital. Se mudó y consiguió su propio apartamento.

Ningún sonido desde el comedor.

Parker esperó, con la esperanza de que si Kaufmann era el hombre que había atacado a Miranda, lo confesara. Parecía del tipo de persona que lo haría. De hecho, parecía estar genuinamente rehabilitado. Justo lo que él había deseado para Mackenzie. Pero si Kaufmann se había reformado, ¿por qué había guardado ese oscuro secreto durante tanto tiempo?

¿Y cuántos otros secretos tenía?

Teresa se levantó y empezó a caminar de un lado a otro sobre la alfombra floreada. —Déjeme pensar. Déjeme pensar. Tiene que haber una explicación. Tiene que haber algo. —Se detuvo en seco—. Espere. ¿Dijo usted febrero?

Parker asintió con gravedad, sintiendo pena por la pobre mujer. —Febrero de hace quince años.

—Sí. Eso es. —Corrió hacia la librería y abrió un cajón inferior.

Rebuscó un poco entre periódicos viejos y luego sacó un volumen grande. Tenía papel grueso y una cubierta de satén blanco. Un álbum de bodas.

Volvió al sofá, puso el libro en su regazo y empezó a pasar las páginas.

Parker sintió una profunda compasión por ella. —Señora Kaufmann…

—No. —Levantó una mano con firmeza—. Solo espere. —Siguió pasando las páginas. Luego se detuvo—. Aquí. Aquí está. Lo encontré, Woody —le gritó hacia la sala—. Lo sabía.

—¿Qué tiene ahí? —Parker se levantó y se colocó detrás del sofá para ver lo que Teresa señalaba.

—Poco después de las fiestas de ese año —no recuerdo exactamente cuándo—, puse mi tarjeta de presentación en uno de los restaurantes a los que íbamos de vez en cuando. Gané un crucero. Un crucero de tres semanas por el Caribe. Hacía años que no tenía vacaciones, así que tenía el tiempo acumulado. Mi jefe insistió en que fuéramos.

Parker se asomó a dos páginas de fotos de los sonrientes Kaufmann —ambos con un aspecto mucho más joven— con camisas de estampado hawaiano, pantalones cortos, trajes de baño, sosteniendo una bebida tropical o un recuerdo.

Dejó escapar un largo y paciente suspiro. —Lo siento, señora Kaufmann. Entiendo que se fueron de crucero. Quizá fue ese año. Pero estas fotografías no prueban el marco de tiempo.

Teresa se dio la vuelta y lo miró parpadeando con los ojos llorosos. De nuevo, se le rompió el corazón por ella.

Lentamente, negó con la cabeza. —No, eso ya lo veo. No prueban exactamente cuándo estuvimos allí. Pero esto sí.

Pasó la página.

A un lado había dos boletos marcados con las fechas en que los Kaufmann habían ido al crucero. Al otro lado estaba el itinerario que Teresa había guardado.

Desde la primera semana de febrero hasta la última. Se habían ido casi todo el mes. Miranda nunca le había dicho la fecha de su ataque. Dudaba que ella la recordara. Pero siempre había dicho que fue a *mediados* de febrero.

Parker sintió como si el suelo de la acogedora casa se derrumbara bajo sus pies.

Se había equivocado con Kaufmann. No era el padre de Mackenzie. No era el remitente anónimo de los mensajes. Tenía demasiado que perder.

Parker había atormentado a esta mujer y a un hombre reformado sin más motivo que una corazonada.

—Lo siento, señora Kaufmann —dijo—. Claramente mi clienta se equivoca sobre la identidad de su atacante.

La pobre mujer se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar de alivio. —Gracias —fue todo lo que pudo articular.

—De verdad, le pido disculpas.

Parker no tenía nada más que decir, así que se dirigió a la puerta principal para marcharse. Al hacerlo, Kaufmann salió de la sala y se quedó mirándolo. Sus profundos ojos azules estaban rojos y húmedos. Pero su expresión no contenía ira ni venganza. Parecía tranquilo y, extrañamente… compasivo.

—Buenas noches —le dijo Parker.

—¿Señor Parker?

—¿Sí?

—Espero que su clienta encuentre al hombre que la agredió.

Con un asentimiento, Parker salió de la casa. No podría haberse sentido peor si el hombre le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

###

Mientras subía al auto y se alejaba, la culpa se convirtió en una amarga decepción.

Cuanto más trabajaba, más se alejaba de su objetivo. Esta cacería lo estaba convirtiendo en algo que no quería ser. Se estaba obsesionando, pero no podía parar ahora. Apenas había comenzado. Quizá estaba adoptando el enfoque equivocado. Pero no había otro que adoptar.

Pensó en los dos últimos hombres de la lista de Demarco. Los dos que estaban en prisión. Les haría una visita mañana y esperaba que uno de ellos fuera el que estaba cazando. ¿Y si no…?

Ya se preocuparía por eso más tarde. Por ahora tenía suficiente con qué lidiar.

Solo Dios sabía cómo explicaría otro día fuera sin que Miranda lo descubriera.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Miranda estiró los brazos por encima de la cabeza y soltó un gran bostezo.

—Ya no aguanto más de esto.

En la silla a su lado, Templeton gimió.

—Yo tampoco.

Dos horas antes, Miranda había puesto al día a la detective Templeton sobre todo lo que ella y Parker habían averiguado del novio de Lydia Sutherland, Adam Tannenburg, y ambas se habían metido de lleno en las bases de datos para tratar de encontrar a ese escurridizo tipo.

Estaban abajo, en el Calabozo —el nombre cariñoso que los guardias le daban al Cuarto de Evidencias—, en el pequeño escritorio de metal del rincón, en un duelo de computadoras portátiles.

Miranda usaba su elegante y nueva unidad de la Agencia; Templeton, la que le había asignado su departamento. Miranda había afirmado que los motores de búsqueda de la Agencia eran muy superiores a los del departamento de policía y le había apostado a la detective que ella encontraría primero a Adam Tannenburg. Templeton había aceptado la apuesta.

Lo que estaba en juego era importante. Había una pizza de Giordano’s de por medio. Una de las mejores comidas del mundo, en opinión de Miranda. Hacía años que no comía una y no estaba dispuesta a perder.

Pero hasta ahora el marcador era cero a cero.

Aunque habían descubierto bastante información sobre el hombre.

Había nacido como Adam Foster Tannenburg en el hospital de Evanston; llegó al mundo midiendo cincuenta centímetros y pesando tres kilos seiscientos gramos, un bebé grande. Su padre había servido en el ejército y luego se había dedicado a la banca. Trabajaba como ejecutivo en la misma gran institución del centro de la que se había jubilado el abuelo de Adam. Murió de un infarto cuando Adam tenía nueve años, tal como había informado la vecina, la señora Johnston.

Durante toda su etapa escolar, Adam sacó excelentes calificaciones. Ganó premios por tocar el clarinete. Los profesores comentaban que era extremadamente educado y bien disciplinado. Un poco demasiado disciplinado para el gusto de Miranda. ¿Qué chico no se mete en algún problemita de vez en cuando?

Pero el historial de Adam Tannenburg estaba más limpio que una patena. Ni un castigo, ni una mancha en su expediente. Hasta su historial de manejo estaba impecable, aunque no pudieron encontrar una copia de su licencia, lo cual era extraño. Y su Mustang plateado había estado registrado a nombre de su madre. Después de la muerte de ella, no se renovó el registro.

El día después del incendio que había matado a Lydia Sutherland, a Tannenburg lo llevaron a interrogar y lo retuvieron toda la noche en la Cárcel del Condado de Cook. Templeton había desenterrado las transcripciones de esos interrogatorios y, juntas, ella y Miranda las habían examinado minuciosamente.

Pero las respuestas no revelaban nada más que a un joven educado y de buena cuna.

Había conocido a Lydia en el Instituto de Arte. Habían salido. La cosa se estaba poniendo seria. Estaba desconsolado por su pérdida.

Ninguna mención de que hubiera huido después de que se desatara el incendio. Afirmó que no estaba allí esa noche. La policía le creyó y lo dejó ir. Quizá la vecina de Lydia se equivocó.

Y después del incendio en casa de su madre… desapareció para siempre.

Habían revisado los informes de arresto de los últimos catorce años en todas las ciudades principales. Nueva Orleans, Nueva York, Los Ángeles, San Francisco.

Ni rastro.

Bueno, entonces Adam no se metía en líos. Tocaba el clarinete. Quizá se matriculó en alguna escuela de música. Quizá se convirtió en profesor en una de ellas. Si conocía a Lydia Sutherland cuando tenía diecinueve, ahora tendría treinta y cuatro. Podría estar casado y con hijos. Podría estar viviendo en el extranjero.

Probaron con todas las grandes escuelas de música que se les ocurrieron, además de las principales universidades con los mejores programas de música. Luego empezaron a buscar en las escuelas medianas y, después, en las más pequeñas.

Hasta ahora, ningún Adam Tannenburg en ninguna de ellas.

Pero los parámetros eran demasiado amplios. Si Adam Tannenburg se había perdido en un pueblo de mala muerte y se había matriculado en una universidad de poca monta, nunca lo encontrarían.

—¿Dónde demonios está este tipo? —dijo Miranda con un gemido que igualaba la frustración de Templeton.

Con un brazo cruzado sobre su robusto pecho, Templeton estaba estudiando uno de los papeles que había impreso.

—¿Tienes algo, Templeton?

—No estoy segura. Encontré al abogado que manejó el patrimonio de los Tannenburg después de que Muriel muriera. Sigue ejerciendo en el centro.

Miranda se enderezó. ¿Por qué no se le ocurrió a ella? Si este tipo le estaba repartiendo dinero al heredero de Muriel Tannenburg, sabría dónde estaba.

—Genial —sonrió—. Iremos a verlo por la mañana.

Templeton se volvió hacia ella y Miranda pudo ver la pregunta en sus ojos.

—¿«Iremos»?

Miranda se removió en su dura silla de metal. No supo qué responder a esa pregunta. ¿Qué diría Demarco? ¿Y Parker? Demonios, él se había ausentado sin permiso y ella estaba a cargo de este caso. ¿Por qué no llevar a Templeton?

Por lo que podía ver, Templeton era una buena detective. Meticulosa, lógica, concienzuda. También conocía algunos trucos

geniales con los motores de búsqueda. Entonces, ¿por qué Demarco la quitó de este caso —un caso que ella deseaba con todas sus fuerzas— y le pidió a Parker que viniera a ayudar? No tenía sentido.

—¿Cómo va todo por aquí?

Miranda casi saltó de la silla al oír el acento de Chicago.

Se dio la vuelta y, hablando del rey de Roma, allí estaba Demarco al final de la alta estantería de evidencias, detrás de ella. Se dirigía directamente a su rincón. Y Parker estaba justo a su lado.

Hacían una extraña pareja, los dos con camisa de vestir y corbata; Parker con su chaqueta oscura, elevándose sobre el flaco oficial de homicidios con el palillo de dientes sobresaliendo de la comisura de su boca.

Demarco se acercó con aire despreocupado al escritorio, puso las manos en las caderas y examinó las computadoras portátiles y los papeles que había sobre él.

Se dirigió a Templeton.

—Kadera la estaba buscando antes. —Había un montón de significados ocultos en esa declaración.

Miranda miró la hora en su celular. Eran las siete menos cuarto. De la noche.

Templeton se puso de pie como si estuviera a punto de irse.

—Lo siento, señor —dijo—. Se me fue el santo al cielo.

Miranda extendió una mano para evitar que se fuera.

—Le pedí a Templeton que me ayudara. Espero que no le importe, sargento.

El palillo de Demarco se movía de un lado a otro en su boca.

—Un poco tarde para preguntar.

Esa era la idea.

Miranda se levantó junto a su nueva compañera.

—De hecho, Templeton ha sido de gran ayuda.

Rápidamente, Miranda le habló de su sospechoso y resumió los datos que habían descubierto sobre él.

Demarco pareció impresionado.

—Buen trabajo.

—Además, Templeton encontró al abogado del patrimonio de los Tannenburg. Me gustaría ir a verlo por la mañana.

Parker le dedicó a Miranda una sonrisa que decía que estaba complacido.

—Es un progreso excelente. —Se volvió hacia Templeton—. Gracias por su ayuda, detective.

Por primera vez, Templeton actuó como la mayoría de las mujeres lo hacían cerca de Parker. Se quedó mirando su hermoso rostro y se sonrojó.

—Solo hago mi trabajo.

—Sobre mañana por la mañana. —La expresión de Parker se tornó en un ceño fruncido—. Miranda, ¿crees que puedas encargarte de eso con la detective?

Se refería a la visita al abogado. Se estaba escabullendo de nuevo.

Ella se resistió a soltar un gruñido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Parker miró a Demarco. Una mirada que hizo sonar una campana de alarma en la cabeza de Miranda.

—Tengo que entrevistar a un posible empleado más para la Agencia. El sargento dice que es el mejor candidato hasta ahora.

Solo por un nanosegundo, el asombro apareció en el rostro de Demarco. Luego se recompuso y le siguió el juego a Parker.

—Cierto. —Sonrió, poniendo una mano en el hombro de Parker —. De verdad quiero que veas a este tipo, Parker, y es el único momento en que está disponible.

Parker se volvió hacia ella.

—Siento este conflicto.

Ay, por favor. ¿Parker también había arrastrado a Demarco a su farsa?

El genio de Miranda empezó a burbujear como una olla de aceite caliente. ¿«Siento»? Ya vería quién lo sentiría una vez que descubriera qué se traía entre manos.

Pero una vez más, puso su sonrisa más dulce.

—Estará muy bien, cariño. —Incluso se las arregló para pestañearle—. Templeton y yo somos chicas grandes. Estaremos bien. —Se dirigió a la detective y volvió a su tono profesional—. A menos que usted tenga otra asignación.

Templeton miró a Demarco.

El sargento miró a Parker.

El intercambio entre ellos fue extraño. Como si Demarco estuviera advirtiendo a Parker, de una manera paternal, que algo era una mala idea. El algo era lo que fuera que Parker se trajera entre manos.

Parker permaneció en silencio.

Finalmente, Demarco asintió.

—Me gusta el plan. Templeton, trabaje con la señorita Steele hasta que el caso esté cerrado.

El rostro de Templeton casi se partió en dos con una gran sonrisa.

Miranda se alegró por la mujer, pero no iba a dejar que Parker se saliera con la suya tan fácilmente.

—¿Adivinen qué? —dijo—. Le aposté a Templeton una pizza de Giordano's y ella ganó. ¿Alguien quiere ir a cenar?

¿Por qué no mantener esta pequeña fiesta un rato más? Alguien estaba obligado a meter la pata sobre lo que Parker estaba haciendo a sus espaldas.

Hubo un largo momento de silencio incómodo, luego Templeton negó con la cabeza.

—Tendrá que ser en otra ocasión, Steele —dijo—. Tengo que llegar a casa con el niño.

Demarco aprovechó la indirecta.

—Será mejor que yo también me vaya. La jefa está haciendo pastel de carne y se enfadaría muchísimo si comiera pizza sin ella.

Tipo escurridizo. Simplemente no quería que lo pusieran en un aprieto.

—Bueno, pero se perderán un festín —dijo Miranda, con la esperanza de hacerlo cambiar de opinión.

Demarco sonrió como si supiera exactamente lo que ella estaba haciendo y dio un paso hacia la puerta.

—Tendrá que ser para la próxima.

Sin ser consciente de las segundas intenciones a su alrededor, Templeton recogió sus cosas.

—Nos vemos por la mañana, Steele.

Miranda la saludó con un gesto militar.

—Te veo aquí a las ocho en punto.

Templeton sonrió y devolvió el saludo.

—Allí estaré, sin falta.

Demarco se despidió, y jefe y empleada se dirigieron juntos por el pasillo.

Miranda se volvió hacia Parker.

—Supongo que quedamos tú y yo.

Él la miró a los ojos con esa mirada sexi y penetrante suya que le decía que sabía exactamente lo que ella había estado tratando de hacer.

Pero no cedió ni un centímetro.

En cambio, hizo un gesto galante hacia el pasillo.

—Pizza será.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Parker eligió la ubicación del restaurante en el Navy Pier y se sentaron afuera, bajo una sombrilla roja, a observar los barcos y veleros del puerto.

Encantada con la sensación del viento del lago en su cabello, Miranda atacó la comida. Una pizza de masa gruesa y rellena de pepperoni, cebolla y queso pegajoso, cubierta con una sabrosa salsa roja. La suya, por supuesto, aderezada con una doble porción de chiles jalapeños.

Qué rico.

Después de las horas de investigación agotadora que había tenido que soportar esa tarde, se merecía un pequeño capricho. Y ver a Parker atacar su gruesa rebanada con modales elegantes y un cuchillo y tenedor adecuados la hizo sonreír. Podía ser algo sucio, pero para ella, esta cena era más lujosa que la de su primera noche en la ciudad en el elegante restaurante al que él la había llevado.

Mirándola con ternura, Parker tomó una servilleta y le limpió un poco de salsa de la barbilla.

—Me alegra que estés disfrutando esto.

Ella, con la boca llena, señaló su porción de pizza.

—La mejor del mundo.

Parker rio entre dientes y cortó un bocado de su propia rebanada.

—Está buena.

Miranda lo miró de forma juguetona.

—No eres el único que sabe de buena comida.

—Ya veo. —Se tomó un momento para estudiarle el rostro como si intentara sondear sus profundidades. Pero su mente estaba en el

trabajo—. Cuéntame más sobre lo que Templeton y tú encontraron de Tannenburg —dijo.

Agradecida de que siguiera concentrado en el caso, tomó un sorbo del vino tinto intenso que él había pedido y dejó escapar un suspiro de derrota.

—Casi nada. Después de la muerte de su madre no podemos encontrar ningún registro de él en ninguna parte.

Parker lo reflexionó por un momento.

—¿Hospitales?

—No buscamos ahí específicamente. —Frunció el ceño—. Si un hospital lo hubiera identificado, habría un registro de admisión. O un registro de defunción. Habría aparecido en la búsqueda general.

—A menos que el hospital no pudiera identificarlo.

Miranda se recostó para considerar eso. ¿Adam Tannenburg habría estado tan destrozado por el dolor que había salido sin su billetera? ¿Había tenido un accidente?

—¿Así que quizás terminó como un NN en algún lugar?

—Quizás.

Tal vez su hombre andaba por ahí con amnesia. Tal vez ya se había construido una identidad completamente nueva. Si era así, puede que nunca lo encontraran.

—Tannenburg fue llevado para ser interrogado por el incendio de Sutherland —dijo después de otro bocado de pizza—. Templeton llamó a alguien que conocía en la cárcel del condado y le pidió que nos enviara la entrevista por fax.

Parker frunció el ceño.

—¿Cómo sabía la policía sobre Tannenburg? No se le mencionaba en el expediente del caso.

Miranda puso los ojos en blanco.

—Aparentemente, la señora Esposito llamó a la policía después de todo y le contó al investigador que trabajaba en el caso en ese momento sobre el novio rubio de cabello largo y alborotado.

—¿Cuándo reportó el incendio?

Miranda negó con la cabeza.

—Al día siguiente. Trajeron a Tannenburg esa tarde, pero él afirmó que no estaba en casa de Lydia la noche del incendio. Lo

dejaron ir. No hay mención del Mustang plateado abandonando la escena en el informe.

—Testigo poco fiable —masculló Parker.

—O Tannenburg mintió. Templeton tenía las notas de su llamada en su escritorio.

Parker frunció el ceño mientras hacía otro corte bien educado en su rebanada.

—¿Templeton? Pensé que le había entregado todos los registros al sargento.

Miranda tragó saliva.

—Ay, no te lo dije. Había un kit de violación.

—¿Un kit de violación? —La voz de Parker se volvió grave y quebradiza.

—No fue procesado en su momento. Templeton lo envió al laboratorio la semana pasada. —Miranda mordió su pedazo de pizza de nuevo y masticó lentamente.

Parker dejó el tenedor.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Se encogió de hombros mientras tragaba más vino.

—La detective estaba escondiendo los papeles en su escritorio.

—Ah, ¿conque sí? —Parecía sorprendido e irritado a la vez.

—Sí, conque sí.

—¿Y la nota sobre la llamada de la señora Esposito? Me preguntaba cómo se te pudo haber pasado. Revisaste cada pedazo de ese expediente.

—Sí, lo hice.

—¿Y cómo descubriste el kit? —Parker se estaba alterando.

Miranda decidió que era mejor explicarle las cosas antes de que llamara a Demarco por teléfono.

—Encontré el papel original en la caja de evidencia. No había ningún kit allí ni nada relacionado con él, así que confronté a Templeton.

—La «confrontaste». Ya veo. —Parker se echó hacia atrás y su mirada de enojo se transformó en curiosidad—. Habría sido interesante de ver.

Miranda sonrió, disfrutando la respuesta y la cercanía que sentía al compartir el caso con él.

—Sí, nos dijimos de todo. Estaba lista para darle un puñetazo a la perra.

—¿Y lo hiciste? —Sonrió como si no le sorprendiera en lo más mínimo si lo hubiera hecho. La conocía demasiado bien.

Miranda soltó una risita.

—Pensó que yo era una debutante rica y mimada que jugaba a ser detective.

Parker se limpió la boca para ocultar su sorpresa.

—Eso debió de haberte sentado de maravilla.

—Me hizo reír. Así que le conté un poco sobre mi pasado. Eso rompió el hielo y ella me contó el suyo. Tiene un hijo. Un niño de cuatro años. El padre era bombero. Lo perdió hace dos años.

El rostro de Parker se tornó compasivo.

—Lo siento por ellos.

—Sí. Por eso este caso significa tanto para ella. Así que le pedí que trabajara conmigo. Resulta que es buena.

Lentamente, Parker asintió, con la admiración por la ecuanimidad de su esposa brillando en sus ojos.

—Aparentemente. Me alegra que vaya a estar contigo mañana.

Mañana. Cierto. Miranda se movió en su asiento, de repente incómoda.

—Sí. A mí también.

Tres no habrían sido multitud si Parker hubiera ido con ellas. Deseaba que lo hiciera. O al menos deseaba saber a dónde iba realmente. Si ese numerito que había montado con Demarco en la Sala de Evidencias no demostraba que tramaba algo, entonces ella no entendía nada de nada.

Apartó el plato y observó un colorido barco turístico en el lago atracar en el muelle. Ahora que Parker estaba bien comido y bebido, tal vez podría sacarle algo de información real.

—De todos modos, si Adam Tannenburg resulta ser el donante, sabremos que mintió sobre estar en casa de Lydia la noche del incendio.

Parker asintió de acuerdo.

—Excelente trabajo.

—Gracias. —Se limpió la boca y arrojó la servilleta junto a su plato—. Bueno. Cuéntame sobre esos candidatos que estás viendo para la Agencia.

Si no conociera tan bien su cuerpo, no habría notado la repentina rigidez de su espalda.

Pero le dedicó su sonrisa encantadora de siempre.

—No hay mucho que contar.

Al menos no a ella.

—¿Alguno de ellos es bueno?

Él tomó un sorbo de vino para considerar la pregunta, el viento alborotando su sexi cabello entrecano.

—El último era un poco mayor.

Un poco mayor, ¿eh? Vaya, lo estaba haciendo parecer muy creíble.

—No pensé que la edad importara tanto.

—En este caso sí.

Ella apoyó los codos en la mesa y se inclinó un poco más hacia él, sonriendo sin tanto encanto.

—¿Qué tipo de experiencia tenía? ¿Militar? ¿Policía?

—Del ejército. —La respuesta llegó un poco demasiado rápido.

—Pensaría que un tipo del ejército sería una gran adición a la Agencia. ¿Crees que Gen lo aprobaría?

La única hija de Parker era la gerente de la oficina en la Agencia y le gustaba meter su cuchara donde pudiera. Al menos lo había hecho cuando Parker contrató a Miranda. Gen se había opuesto firmemente.

Parker apartó su plato y se recostó con un aire de tranquilidad. Pero por debajo, ella podía ver que estaba incómodo.

—Ninguno de ellos es del todo adecuado. —Su tono fue displicente.

Sigue así. Apriétale las tuercas. Tarde o temprano se quebrará.

Parker estudió las líneas de la mandíbula tensa de su encantadora esposa, el brillo en sus profundos ojos azules. Sabía lo que ella quería. Una confesión. Una parte de él anhelaba hacer

precisamente eso. Perderse en esos hermosos ojos y decirle la verdad.

Pero en ese momento eso significaría un desastre.

No podría decirle nada hasta que encontrara al hombre que estaba buscando. Quizás mañana lo haría.

Miranda sostuvo la mirada de Parker, negándose a parpadear. *¿Buscas algo especial?*, quiso preguntar. *¿Quizás a alguien con habilidad para enviar mensajes de texto anónimos?* Las palabras casi salían de su boca cuando sonó su celular.

Lo tomó y revisó el número. Fanuzzi.

Presionó el botón.

—¿Hola?

El acento de Brooklyn de Fanuzzi crepitó en su oído.

—Se te olvidó.

—¿Eh?

—¿Es miércoles? ¿Las compras? ¿El regalo?

La mente de Miranda dio vueltas. Luego se aclaró.

—Oh, cierto.

El regalo de Parker. Su aniversario de bodas. La fiesta que Fanuzzi les estaba organizando en solo unos días. Cielos.

Parker le lanzó una mirada curiosa.

Ella giró la cabeza.

—Ajá… sí. Estoy aquí con Parker. Estamos comiendo pizza en el Navy Pier.

—¿En *Chicago*? —chilló Fanuzzi.

Recorrió con la vista el horizonte de la ciudad a lo largo de la costa.

—¿Hay otro?

Fanuzzi dejó escapar un resoplido de exasperación.

—No lo creo. Supongo que no podemos posponer nuestro viaje de compras para mañana. ¿Cuándo regresan? Espera. Sé que no debo preguntar eso. Están en un caso, ¿verdad?

Miranda sonrió al teléfono.

—Lo adivinaste.

—¿Vas a estar de vuelta para el sábado? —Fanuzzi sonaba preocupada.

Buena pregunta.

—Yo diría que sí.

Si no resolvían el caso para el fin de semana, Miranda estaba segura de que Parker haría los arreglos para volar a casa el sábado y regresar a Chicago el lunes. No se perdería la fiesta que su amiga había estado planeando para ellos durante semanas. Le rompería el corazón a Fanuzzi. Aunque los planes privados de Miranda para Parker en la habitación Taj Mahal de la mansión el domingo podrían tener que posponerse.

—¿Pero qué hay del regalo? —se quejó Fanuzzi.

Miranda se mordió el labio. Se había olvidado del regalo otra vez.

No tenía idea de qué regalarle a Parker. Era el hombre por excelencia que lo tenía todo. Además, en ese momento todo lo que quería darle era una patada en el trasero. No, su trasero era demasiado bonito.

Incluso si se estaba portando como un idiota.

Pensó por un minuto, lo miró, se rindió.

—¿Por qué no te encargas tú de eso?

—¿Qué? —chilló Fanuzzi—. ¿Quieres que *yo* elija tu regalo de primer aniversario? Ni lo sueñes, Murray.

Miranda soltó una risita nerviosa.

—Estoy un poco ocupada ahora mismo.

—Está bien, está bien. Entendido. No tienes tiempo. No puedes hablar. Estás trabajando. ¿Estás segura de que no podrías escaparte a una de esas tiendas exclusivas del centro y comprar algo? Podrías llamarme para consultarme mientras estés allí.

Esto se estaba poniendo complicado. Y frustrante. Miranda no iba a detenerse en medio de una investigación para ir de compras.

Rio de nuevo y canturreó al teléfono:

—Me temo que eso es imposible.

Casi podía ver a Fanuzzi llevándose una palma a la frente.

—Muy bien. Entendido. Lo haré lo mejor que pueda. Pero no me culpes si tu maravilloso y guapísimo esposo queda muy decepcionado. O si quiere devolver el regalo.

—Estará bien. Gracias.

—De nada, creo.

—Tengo que irme. —Colgó y le dedicó a Parker una sonrisa tonta —. Detalles de último minuto para la fiesta.

Él le devolvió la sonrisa.

—Estoy seguro de que cualquier cosa que Joan decida será perfecta.

Miranda captó el doble sentido. ¿Acaso Parker acababa de leerle la mente? ¿Había deducido que estaban hablando de su regalo? ¿O era ella así de transparente? Quizás lo era. Quizás era así de transparente sobre sus sospechas de las andanzas de Parker. Sería muy propio de él ver a través de ella y no decir una palabra.

Nota mental. Nunca trabajar de incógnito.

El mesero se acercó para dejar la cuenta.

—¿Postre? —preguntó Parker.

Miranda negó con la cabeza.

—Saltémonoslo. Ya me llené. Vayamos a casa a dormir. Mañana tengo que empezar temprano.

—Buen punto. —Parker le entregó su tarjeta de crédito al mesero.

Sí, pensó ella, mientras él terminaba de pagar y ella se ponía de pie, sintiéndose de repente agotada. Ambos tenían que empezar temprano, ¿no?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Vaya, vaya, vaya, este par sí que cubría terreno.

Evanston, Larrabee, Navy Pier, el Instituto de Arte. Cualquiera diría que estaban de turistas. No debería observarlos tan de cerca. No era como si lo fueran a atrapar. Con ese par de detectives brillantes, había pocas posibilidades de que eso ocurriera. Él era mucho más listo.

El riesgo era que se sintiera demasiado tentado. Que actuara demasiado pronto. Y eso no podía pasar.

Había invertido demasiado tiempo, demasiado esfuerzo.

Y, sin embargo, incluso mientras estaba de pie en la cubierta del barco turístico en el muelle, con los binoculares en la mano, podía sentir el pulso martilleándole en los oídos, sus nervios encendiéndose, su lengua anhelando el sabor de la sangre, del miedo.

Una joven rubia y bonita pasó detrás de él. Se dio la vuelta y la observó caminar con aire despreocupado por la cubierta, meciendo la falda de un atractivo vestido de verano amarillo. Le recorrió con la mirada los músculos de sus piernas delgadas, sus hombros desnudos, su largo cuello. La lujuria ardía en su interior.

Necesitaba matar.

Imaginó el cuerpo de ella desnudo y a su merced. Sus labios redondos y rosados rogándole que detuviera el dolor. Pero no lo haría. Nadie lo había hecho cuando él era el que rogaba por piedad.

«Concéntrate», se reprendió con severidad.

Volvió a tomar los binoculares y miró a través de ellos a la feliz pareja que terminaba su pizza.

Podía hacerlos salir a campo abierto. Justo aquí en el lago. Ahogarlos a ambos bajo el agua azul, tan azul. No, eso sería muy banal. Para nada el final que tenía en mente. El final de ellos tenía que ser más espectacular que eso. Algo digno de noticia. Algo que, cuando se descubrieran los restos, la gente recordara durante décadas.

Pronto. Sería pronto.

Pero todavía no.

Había más planificación que hacer. Pero mientras tanto, todavía podía divertirse un poco, ¿no?

¿Por qué no?

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Miranda se incorporó en la cama y se llevó la cabeza a las manos.

Le palpitaban las sienes con dolor. La luz del sol matutino que entraba por las ventanas del hotel le lastimaba los ojos. Se sentía de lo peor.

Se giró y vio que el lado de Parker en la cama estaba vacío. El reloj marcaba las seis con cincuenta y cuatro. De la mañana.

Recordaba vagamente haberse sumergido en la bañera hundida durante una hora con Parker la noche anterior, y después haber hecho el amor y haberse quedado profundamente dormida.

Gimió en voz alta.

—¿Cuánto bebí anoche?

Parker apareció en el umbral del dormitorio, completamente vestido.

—Solo una copa de vino.

Era verdad. Habían decidido no tomar el champán.

—¿Te puede dar resaca la pizza?

—Tuviste una mala noche. Creo que tengo los moretones en las espinillas que lo demuestran.

—¿Eh? —Bajó la mirada hacia las piernas de él, pero estaban cubiertas por los pantalones de su elegante traje.

Se acercó a la cama y comenzó a masajearle los hombros.

—Debes de haber estado luchando contra enemigos toda la noche.

¿Otra pesadilla?

—No lo recuerdo.

—Mejor así, entonces.

—Supongo que sí. —Cerró los ojos y se relajó con la magia de sus dedos.

—Te dejé dormir un poco más.

—Gracias. —Por un momento más, se deleitó con el delicioso movimiento de las fuertes manos de él contra sus músculos tensos, pero luego se lo quitó de encima—. Tengo que llegar a la estación. Le dije a Templeton que a las ocho en punto. Conociéndola, me pondrá una sanción si llego tarde.

Parker sonrió y le dio un beso en los labios mientras ella se ponía de pie.

—Pensé que estabas a cargo de este caso.

—Buen punto. Aunque no estoy segura de que Templeton lo sepa.

—Entonces, estoy seguro de que la pondrás en su lugar. —Le entregó una bata y la condujo a la sala—. Ya pedí el desayuno, así que eso ahorrará un poco de tiempo.

No creía tener hambre después de toda la pizza de anoche, pero cuando olió los gofres y el café, y vio la elegante jarra llena de un sirope espeso sobre la mesa, decidió dejar que Parker se saliera con la suya. Si no comía, razonó, él solo discutiría con ella y tardaría más en prepararse.

Le tomó la mano y dejó que la llevara a la mesa, prometiéndose que al llegar a casa le daría con todo al gimnasio.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Parker la dejó en la comisaría con diez minutos de sobra.

—¿A qué hora volverás? —le preguntó ella mientras se bajaba del Audi.

Parker pensó un momento. —Esta tarde.

Ella levantó su celular. —Estamos en contacto.

—Lo haré. —Y con una mirada que Miranda no pudo descifrar del todo, se marchó.

Ella lo vio incorporarse al tráfico y girar en el semáforo de la esquina, con una creciente sensación de disgusto consigo misma que le revolvía el estómago. Había progresado tan poco en averiguar qué tramaba Parker como en el caso Sutherland. Maldiciéndose, se dio la vuelta y caminó pesadamente hacia la entrada de la comisaría, jurándose que iba a remediar ambas situaciones.

Dentro, encontró a Templeton de nuevo en el Calabozo, revisando su computadora.

—Nada de las búsquedas que dejamos activadas durante la noche —dijo la detective por encima del hombro cuando Miranda se deslizó en la silla junto a ella.

Miranda examinó la pantalla. Efectivamente, no había aparecido nada. Una manera genial de empezar la mañana. —Parker sugirió que nos centremos en los hospitales. Adam Tannenburg podría ser un NN en alguna parte.

Templeton frunció sus pobladas cejas. —Es una posibilidad muy remota. Pero, bueno, todo este asunto del amante perdido es una posibilidad remota.

—Sí. —Y era la única oportunidad que tenían.

Templeton presionó algunas teclas y se reclinó. —Todo listo. Podemos revisarlo más tarde. Pero voy a sincronizar mi teléfono con la búsqueda. —Se enfrascó en su celular.

—Suena bien. —Para no quedarse atrás, Miranda configuró una búsqueda similar en su laptop y también sincronizó su teléfono—. Nuestra apuesta sigue en pie, colega.

Templeton sonrió. —Mi laptop le ganará a tu cacharro cualquier día. Con su CPU atado a la espalda.

—Ya veremos. ¿Tienes la información de ese abogado?

—Justo aquí. —Templeton le entregó a Miranda el papel que había impreso el día anterior.

Miranda observó a su nueva compatriota.

Ese día, Templeton llevaba un traje color camel con una blusa beige lisa y una cadena de oro que estaba enredada en el cordón de su identificación de la policía. Miranda casi se había puesto unos jeans esa mañana. Pero antes de que Parker pudiera comentar algo, había optado por su buen traje sastre azul marino con la chaqueta entallada de tres botones y un par de tacones negros de tiras.

Las dos se veían lo suficientemente bien como para intimidar a un abogado, pensó.

Revisó la información del papel. —Calle Clark. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Dejando sus laptops encendidas, Miranda siguió a la detective hasta el estacionamiento y una vieja y destartalada Tahoe gris que parecía haber recorrido muchos kilómetros.

Así que esto era lo reglamentario.

Templeton hizo un gesto hacia el vehículo. —Tu carroza te espera.

—Me siento como una princesa —sonrió Miranda.

Al subir, se sintió fascinada por las pantallas, los teclados y los aparatos de comunicación; artilugios que en el pasado solo había visto desde el asiento trasero. Sintió el impulso de presionar botones, pero lo reprimió. A su nueva compañera no le gustaría, y la experiencia le decía que era mejor no hacer enojar a una detective de la policía.

Así que mantuvo las manos quietas, se abrochó el cinturón y se recostó mientras Templeton giraba la llave, salía del lugar de estacionamiento y se dirigía por Larrabee hacia el centro.

—Y allá vamos —dijo la detective.

—Yija —repitió Miranda con una sonrisa, con las esperanzas renovadas.

Con suerte, podrían estar hablando con Adam Tannenburg para el mediodía.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

El bufete de abogados Julius, Jaworski y Deng se encontraba en un imponente coloso de treinta y cinco pisos de vidrio y acero en la calle Clark, que se parecía mucho a los otros colosos que lo rodeaban a lo largo de la concurrida avenida.

Una vez que ella y Templeton subieron por el ascensor hasta el piso veintitrés, Miranda vio que el exterior no era lo único imponente del bufete.

La enorme recepción abierta era lo suficientemente grande como para albergar un pequeño parque de diversiones.

Un techo amplio y alto albergaba un campo de luces empotradas en paneles en espiral de cedro brillante que formaban un diseño circular. Las luces se reflejaban en las fotos enmarcadas de rostros dispuestas a lo largo de una pared curva en tres hileras rectas. Retratos de la colección de abogados que debían de trabajar aquí. El aire estaba tan frío como un frigorífico, sin duda para comodidad de esa pandilla, que tenía que llevar esos pesados trajes todo el día.

En la pared opuesta, un televisor de pantalla grande pasaba un anuncio interminable de un hombre con cara seria que advertía a la gente lo que podría pasarles si no conseguían ayuda legal para sus finanzas o casos de lesiones de inmediato. ¿Y si te habían arrestado? Bueno, no había nadie más a quien recurrir.

Al fondo del espacio había un brillante escritorio circular que hacía juego con el brillante techo circular. En el escritorio, un hombre y una mujer, ambos vestidos de tweed gris, atendían los teléfonos.

Enderezando los hombros, Miranda sacó una tarjeta de presentación y se dirigió hacia la pareja. El hombre colgó el teléfono primero, así que se la entregó a él.

—Miranda Steele, vengo a ver al señor Jaworski.

Era un hombre atractivo, de cabello oscuro y bien peinado y ojos verde pálido con largas pestañas oscuras.

Le sonrió como si en realidad no la viera. —¿Sería el señor Jaworski hijo o el señor Jaworski padre?

Miranda se volvió hacia Templeton.

Ella consultó el papel que había traído consigo. —El padre.

Habría sido la suposición de Miranda.

—Muy bien —dijo el joven—. ¿Tienen una cita?

—Estamos trabajando en un caso para la policía de Chicago y necesitamos hablar con él al respecto.

Las pestañas del joven parpadearon mientras abría los ojos de par en par. —Un momento, por favor.

Presionó algunos botones del teléfono y murmuró suavemente en el auricular. Tras otro momento, se volvió hacia Miranda con otra sonrisa. —Lo siento, señorita… —consultó la tarjeta—. Señorita Steele. El señor Jaworski no está al tanto de ningún caso con la policía. Solicita que hagan una cita. ¿Les parecería bien mañana a las tres? —posó los dedos sobre su pulcro teclado.

—Dígale al señor Jaworski que solicitamos verlo ahora. Es importante.

A su lado, Templeton sacó su placa y la golpeó sobre la pulida superficie del mostrador.

El joven se aclaró la garganta. —Lo siento —repitió—. Pero el señor Jaworski está ocupado en este momento.

Miranda inspiró lentamente. —Dígale al señor Jaworski que le conviene vernos ahora.

—Mi superior, el sargento Thomas Demarco —añadió Templeton —, se molestaría mucho si volviéramos a la comisaría con las manos vacías.

El corazón de Miranda se henchía. Esta mujer tenía verdadero coraje. Cada vez le gustaba más Templeton.

La boca del joven se afinó e hizo otra llamada.

Después de unos minutos en los que Templeton golpeteaba su placa en el mostrador mientras el joven murmuraba al teléfono, este se levantó.

—El señor Jaworski las recibirá ahora. —Sonrió como si ese hubiera sido el plan desde el principio—. Las acompañaré.

El joven las acompañó a través de un alto arco hacia una larga zona abierta, cruzando un amplio suelo plateado y pasando junto a una escalera a juego que conducía a otro piso. Luego, por un largo corredor curvo con rayas verticales marrones y naranjas que seguían la fluidez del pasillo y que hicieron que Miranda se preguntara cómo no se mareaban los empleados al caminar por allí.

Finalmente, se detuvo ante una enorme puerta de nogal y llamó. Cuando una voz apagada respondió desde el interior, abrió la puerta e indicó a las damas que entraran.

Ellas le obedecieron.

El espacio era enorme. Pero estaba dominado por un pesado escritorio de roble contra la pared del fondo. El escritorio estaba rodeado por un semicírculo de sillas de cuero marrón oscuro y decoradas con un clásico ribete de tachuelas de bronce. La pared detrás del escritorio estaba empapelada con un oscuro patrón de cuadrifolio y salpicada de estantes que sostenían arte oriental de aspecto caro. Unas persianas venecianas dejaban entrar pequeñas rendijas de luz desde las ventanas que iban del suelo al techo y que cubrían dos paredes enteras.

Miranda se habría sentido intimidada si no estuviera acostumbrada a la oficina de Parker. Esta podría ser abrumadora. Pero la de Parker era sexi.

La oficina de Jaworski, no tanto.

La silla detrás del escritorio —más grande y de aspecto más importante que las demás— estaba de cara a la pared.

—¿Señor Jaworski? —dijo Miranda.

Lentamente, la silla giró y apareció su ocupante.

Debía de tener más de sesenta, quizá principios de los setenta. Su rostro surcado de arrugas tenía una tez pálida y cadavérica. Un espeso cabello gris caía en ondas hasta sus orejas, acunando su cabeza en forma de pera. Tenía los ojos cerrados y los dedos entrelazados bajo su nariz más bien pequeña, como si estuviera rezando o meditando.

Le recordó a Miranda a uno de esos gurús de la felicidad de los infomerciales de medianoche.

Finalmente abrió los ojos. Eran grises. No un gris sexi como los de Parker. Un gris pálido como el tono de su piel. Sonrió amablemente a Miranda y a Templeton como si él mismo las hubiera convocado.

—¿Entiendo que vienen del departamento de policía? —su voz era suave y tenía una ligera carraspera, como si hubiera gritado demasiado en un partido de béisbol la noche anterior.

—Somos de la comisaría de Larrabee —dijo Miranda, sin molestarse en explicar que era una investigadora privada—. Soy Miranda Steele y esta es la detective Shirley Templeton.

Él parpadeó levemente ante el nombre.

Templeton no pestañeó. —Estamos aquí por una investigación de asesinato.

—Oh. Oh, cielos. —Extendió una mano hacia las sillas de invitados—. Por favor. Tomen asiento. ¿Les gustaría algo de beber?

—No, gracias. —Miranda tomó la silla del medio y Templeton se acomodó en la de al lado.

—Eso será todo, Simon —le dijo Jaworski al joven que estaba detrás de ellas. Y el recepcionista salió de la habitación y cerró la puerta.

Jaworski tomó una jarra de plata y sirvió agua en un vaso. —No estoy seguro de qué puedo decirles sobre un caso de asesinato. Mi especialidad son las finanzas. Planificación patrimonial.

—Estamos al tanto de eso, señor Jaworski —dijo Miranda—. Estamos investigando un incendio que ocurrió en Evanston hace unos catorce años. Una mujer murió en ese incendio. Era su clienta.

Jaworski tomó un trago de agua, frunció el ceño y meneó la cabeza como si ella hubiera hablado en marciano.

Templeton se movió en su silla. —El nombre de la clienta era Muriel Tannenburg.

Durante un largo momento, el abogado miró boquiabierto a la detective. Luego, sus ojos se abrieron de par en par. —Oh, sí. Muriel Tannenburg. Me disculpo por el lapso de memoria. Ha pasado tanto tiempo.

—Comprensible —dijo Miranda.

Sus ojos grises adquirieron una mirada nostálgica. —Un caso tan trágico. Era una dama tan hermosa y cortés. Una música, si mal no recuerdo.

Miranda asintió. —Tocaba el clarinete.

—Oh, sí. Era magnífica. Ahora lo recuerdo. Solía tocar en la orquesta sinfónica. Mi difunta esposa y yo asistimos a algunos de sus conciertos.

Impresionante. —¿Entendemos que usted fue el albacea de su testamento?

De nuevo parpadeó. —Supongo que sí. Según recuerdo, no tenía a nadie en quien sintiera que podía confiar esas obligaciones.

Miranda cruzó las piernas como si estuviera teniendo la más casual de las conversaciones. —¿Y la mayor parte de su patrimonio fue para su hijo?

Abrió la boca, de repente con aspecto perdido. —Pues, no estoy seguro. Tendría que revisar los archivos. Me temo que esa información sería confidencial. Estoy seguro de que Muriel había establecido un fideicomiso. —De nuevo, entrelazó sus manos, esta vez bajo su barbilla.

Templeton se giró en su silla hacia el otro lado. Obviamente, le molestaba la gente que no podía ir directa al grano. —¿Necesito recordarle que este es un asunto policial oficial, señor Jaworski?

—¿Tienen una orden judicial?

El rostro de Templeton se endureció.

—Si necesita que consigamos una, señor Jaworski —le dijo Miranda—, estaremos encantadas de esperar aquí en su oficina. Eso solo debería tomar, oh, unas dos o tres horas. ¿Verdad, Templeton?

—Probablemente un poco más.

El hombre bajó las manos mientras su mandíbula inferior se proyectaba hacia adelante. Parecía que estaba considerando morder a la detective. —No estoy seguro de qué puedo hacer por usted, señorita…

—Detective. Detective Templeton.

—Sí, detective Templeton. No podría decirle nada con precisión sin acceder a nuestros archivos.

Miranda le sonrió al hombre, de alguna manera haciendo de detective buena frente a la detective mala de Templeton. —Esa sería una buena idea, señor Jaworski.

—¿Qué sería una buena idea?

—Acceder a sus archivos.

—Pero están… ¿qué edad dijo que tenía este caso?

—Catorce años.

—Exacto. Catorce años.

Miranda ladeó la cabeza hacia él con inocencia. —¿No guardan los archivos tanto tiempo?

—Por supuesto que sí —dijo él, farfullando—. Los guardamos indefinidamente. Pero están archivados. Acceder a ellos llevaría tiempo.

—Podemos esperar.

—Pero esto es sumamente… Es muy difícil…

Templeton no había guardado su placa. Sin decir nada, la levantó para que Jaworski pudiera verla.

Él puso los ojos en blanco. —Oh, qué fastidio —gruñó y tomó su teléfono.

Después de veinte minutos de mirarse unos a otros, otro joven apuesto con traje oscuro dejó un grueso expediente sobre el escritorio de Jaworski.

Después de beberse su quinto vaso de agua, más o menos, Jaworski se puso unas gafas de lectura, tomó el expediente y comenzó a hojearlo.

—Parece que todo está intacto. El testamento, el fideicomiso, los estados de cuenta bancarios, las cuentas de inversión, la carta de instrucciones. —Levantó la vista con una expresión insulsa—. No veo nada extraño.

Miranda quería sacudir al hombre. En cambio, forzó un tono de paciencia a lo Parker en su voz. —¿Entendemos que el hijo de la señora Tannenburg, Adam, heredó la mayor parte de su patrimonio?

Consultó un papel de nuevo. —Sí. Adam Tannenburg era su único superviviente. Heredó la totalidad de su patrimonio.

Miranda miró a Templeton. La estirada mujer casi sonrió.

—Era un joven agradable, si mal no recuerdo —continuó Jaworski —. Muy educado. Estaba completamente devastado por la muerte de su madre. Recuerdo que estuvo muy retraído durante los procedimientos. ¿Quién podría culparlo?

Miranda imitó el gesto anterior de Jaworski y entrelazó sus manos. —¿Su bufete sigue pagándole al señor Tannenburg del fideicomiso?

Sus pequeñas fosas nasales se dilataron un poco mientras inhalaba y comenzaba a revolver los documentos una vez más. —No —dijo después de lo que pareció una hora—. No había estipulaciones para el fideicomiso tras la muerte de Muriel. Le extendimos un cheque por el monto total dos días después del funeral de su madre.

Tomar el dinero y correr. Exactamente lo que ella había pensado.

Templeton balanceaba su placa a la altura de su rodilla.

Miranda se inclinó hacia adelante. —Señor Jaworski, Adam Tannenburg es buscado para ser interrogado en el caso de asesinato que mencionamos antes. ¿Sabe su paradero?

La expresión de sorpresa volvió al rostro de Jaworski. Miranda esperaba que no se desplomara de un ataque al corazón antes de responder.

—No estoy seguro. —Una vez más, hojeó las páginas del expediente, esta vez con urgencia. Página tras página. Página tras página. Deteniéndose para leer esta o aquella letra pequeña. Finalmente, cuando estaba cerca del final de la pila, levantó un dedo —. Sí. Tengo su paradero. O al menos, la última dirección que nos dio. —Sostuvo un papel en alto.

—¿Podemos verlo? —preguntó Miranda, levantándose de un salto y arrebatándoselo de la mano antes de que él pudiera responder.

Se lo mostró a Templeton.

—Lado sur —dijo ella.

Miranda agitó el papel hacia Jaworski. —Necesitaremos una copia de esto.

—Por supuesto. Haré que mi asistente les haga una. ¿Eso es todo?

—Eso es todo por ahora. —Con un aire de triunfo, Miranda sacó del bolsillo y le dio al hombre su tarjeta para la despedida de rigor—.

Llámeme si piensa en algo más.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

—¡Yujú! —Miranda le dio una palmada amistosa a Templeton en cuanto regresaron a la camioneta.

Mientras la detective encendía la Tahoe y se incorporaba al tráfico, parecía que la boca de Templeton iba a deformarle la cara de tanto sonreír. —No puedo creer que nos saliera tan bien.

—Eres una genio, Templeton, por pensar en lo del abogado.

—Ah —dijo ella, restándole importancia con un gesto de la mano —. Tú fuiste la que tuvo las agallas de sacarle la información.

—Tú tampoco estuviste nada mal luciendo esa placa tuya. Un par de veces casi me reí. —Ahora sí lo hizo. De hecho, se rio a carcajadas.

Templeton le dio un golpe amistoso en el brazo. —No, no lo harías. Eres demasiado profesional.

Era la primera vez que alguien de la policía le decía algo así. Miranda se sintió conmovida, pero no podía dejar que Templeton se diera cuenta.

—Gracias —dijo en voz baja.

Se quedó en silencio mientras pasaban con un traqueteo por el puente sobre el río Chicago y luego tomaban la rampa de la autopista Dan Ryan.

Miranda estudió el papel de Jaworski. —Esto está cerca de Halsted.

Templeton asintió. —Back-of-the-Yards.

—¿Donde solían estar los antiguos corrales?

—Sí, pero los cerraron desde antes de que naciéramos.

Aun así, era un punto de referencia por el que la ciudad era conocida. Y no uno muy glamoroso. —No es lo que llamarías una zona adinerada.

Templeton consideró la afirmación. —Tienes razón. ¿Qué haría un chico blanco y rico como Adam Tannenburg en ese barrio?

—Especialmente uno que acababa de heredar un gran fideicomiso. —Quizás era un avaro.

Miranda miró por la ventanilla las torres bulbosas de una iglesia polaca y la silueta de los viejos edificios de esta zona de la ciudad. Un cartel desgastado anunciaba las reposiciones de una antigua serie de televisión.

Para Adam Tannenburg, la zona sur sería un giro de ciento ochenta grados con respecto a lo que estaba acostumbrado. ¿Habría ido allí abrumado por el dolor tras la pérdida de su madre y su novia?

Esperaba que lo averiguaran. Junto con algunas otras cosas. Como su relación con su madre y si él mató a Lydia Sutherland.

Después de unos cuarenta minutos, Templeton salió de la autopista y recorrieron las viejas calles laterales, flanqueadas por el ocasional tráiler que se dirigía a algún lugar para una recogida o entrega. Era un barrio tan obrero como cualquier otro de la ciudad, mezclado con una buena cantidad de residentes de bajos ingresos. Había las típicas casas y edificios de oficinas de los años veinte o treinta, intercalados con minimercados y farmacias, y un pequeño local de comida para llevar que presumía de tener salchichas polacas, gyros, tacos y papas fritas recién cortadas.

Si Parker estuviera con ellas, insistiría en que se detuvieran a comer.

En cambio, siguieron adelante. Cruzaron Halsted y, al cabo de un rato, giraron en una calle sombreada bordeada de bonitas casas de madera. La mayoría estaban pintadas de blanco, con alguna que otra azul o incluso rosa.

Miranda se atrevió a ilusionarse. ¿De verdad iban a encontrar a Adam Tannenburg aquí? ¿A enfrentarlo? ¿A sacarle una confesión?

«Un paso a la vez», se dijo a sí misma. Como todo en este caso, cada uno de esos pasos era una apuesta arriesgada. Pero no podía

evitar pensar en lo que podría decirle a la última persona que vio a Lydia Sutherland con vida.

###

Finalmente, Templeton redujo la velocidad en la esquina. —¿Es ahí?

Miranda revisó la dirección en el papel. Luego, la volvió a revisar. —Sí, es ahí.

El corazón se le fue a los pies.

Una cerca de alambre oxidada protegía un césped cubierto de hierba y maleza que llegaba hasta las rodillas. La estructura de la esquina era un viejo edificio de dos pisos de ladrillo color siena que podría haber sido construido a principios del siglo anterior. Todas las ventanas y puertas estaban tapiadas. Había un cartel de «Se Vende» pegado en la ventana de la esquina.

—Maldita sea —gruñó Templeton en voz baja.

Miranda aún no estaba lista para rendirse. Abrió la puerta del copiloto y se bajó de un salto. —Tal vez está de ocupa aquí.

—¿Durante catorce años?

Ignorando el comentario, Miranda empujó la reja oxidada y avanzó por el camino agrietado hasta el porche, mientras insectos y mariposas en la hierba levantaban el vuelo a su paso.

—Cuidado, Steele —le gritó Templeton desde atrás—. Ese porche está a punto de derrumbarse.

—Sí, ya lo veo. —Miranda se abrió paso por los tablones que parecían más firmes y caminó de puntillas por el piso crujiente hasta la puerta.

Golpeó la madera que cubría la puerta y oyó el sonido de unos pequeños pies que corrían de un lado a otro. Ratas.

—¿Señor Tannenburg? —lo llamó—. ¿Está usted ahí?

No hubo respuesta.

Volvió a golpear. —Adam Tannenburg. Estamos aquí de parte de la policía de Chicago.

Templeton permaneció en la acera, examinando el piso de arriba. —No hay señales de vida ahí arriba.

Miranda le dio un último golpe a la puerta. —Tannenburg. La policía lo busca para interrogarlo.

Una guillotina crujió al abrirse en el lateral del edificio de al lado, y apareció el rostro oscuro y nudoso de una anciana. —Santo Dios. ¿Está tratando de despertar a los muertos? Baje la voz.

Miranda se dirigió con cuidado a la esquina más alejada del porche, evitando las zonas podridas, y se asomó para ver mejor a la mujer.

—Hola —la saludó—. ¿Es usted la vecina?

La mujer frunció el ceño y meneó sus oscuras y correosas papadas hacia ella. —Vivo en esta casa, si a eso se refiere.

—Sí, a eso me refiero. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Mucho tiempo. ¿Quién pregunta?

—Soy una investigadora privada. Estoy buscando al hombre que vive aquí. —Señaló con el pulgar la casa tapiada.

La mujer entrecerró los ojos y volvió a negar con la cabeza como si oliera algo desagradable. —Hace mucho tiempo que no vive nadie ahí. —Se acercó a la ventana—. Tengo que volver a dormir. Trabajo en el turno de noche.

—Siento molestarla. —Miranda señaló a Templeton, que seguía en la acera—. Mi compañera y yo estamos buscando a un hombre llamado Adam Tannenburg.

Molesta una vez más, la mujer negó con la cabeza. —No me suena de nada.

—¿Pudo haberse mudado aquí hace unos catorce años? ¿Tendría unos veinte años? ¿Pelo rubio y largo? ¿Podría haber manejado un Mustang plateado?

Los labios de la mujer se movieron de un lado a otro, como si intentara recordar tanto tiempo atrás. Al menos ahora estaba intentando ayudar.

—Venía de una familia adinerada de Evanston —añadió Templeton.

—Tocaba el clarinete.

—¿Clarinete? —Ahora la mujer soltó una risita mientras negaba con la cabeza—. Nadie así ha estado nunca en esa casa. Las únicas personas que han estado ahí, desde que tengo memoria, son drogadictos que pasan la noche. La policía los echa.

—¿Pero hace catorce años? ¿Está segura de que Adam Tannenburg nunca vivió aquí?

La mujer echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas. —¿Un clarinetista rico de Evanston? Alguien así destacaría como un pulgar dolorido por esta zona. Lo habría recordado. Siento no poder ayudarlas, pero tengo que dormir algo.

Y cerró la ventana.

Con ganas de patear algo, Miranda regresó por el porche y volvió a la Tahoe con Templeton.

—No hemos conseguido nada —se quejó mientras subía de nuevo.

Templeton reflexionaba en silencio tras el volante mientras se alejaba del bordillo. —Desde luego que no. Tannenburg probablemente sacó esta dirección de la maldita guía telefónica.

Tenía razón. Él nunca había vivido allí. Nunca tuvo la intención de hacerlo. La dirección era totalmente falsa. Así que, poco después de la muerte de su madre y de que se resolviera el testamento, Tannenburg tomó el dinero del fideicomiso, le dio a su abogado una dirección falsa y se largó a un lugar desconocido.

Seguro que eso olía a culpabilidad para ella.

Mirando por la ventanilla las hileras de casas mientras regresaban a la autopista, Miranda dejó escapar un profundo suspiro. —¿Dónde diablos está este tipo?

—A estas alturas, tu suposición es tan buena como la mía.

—Sí.

Miranda tenía el mal presentimiento de que quizá nunca lo sabrían.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Parker siguió al capitán de la policía por el pasillo de bloques de hormigón de la enorme estructura de cuatro pisos de concreto y alambre de púas que abarcaba las ocho manzanas que conformaban la División Uno de la Cárcel del Condado de Cook.

Podía oír gritos a lo lejos. Y mientras pasaban junto a varios reclusos de olor nauseabundo que eran escoltados por el pasillo por los guardias, Parker se preguntó, no por primera vez en su carrera, cómo alguien sobrevivía en un lugar así.

—Lamento lo de Borkowski —dijo el capitán por encima del hombro.

—No es su culpa.

Cuando llegó esa mañana y le explicó su misión al director ejecutivo, a Parker le habían informado que uno de los hombres de su lista, Samuel J. Borkowski, había sido apuñalado esa mañana.

Apuñalado en el abdomen con una cuchara de la enfermería cuyo extremo había sido afilado hasta convertirlo en una punta.

Borkowski estaba en cirugía y no recibiría visitas hoy.

Eso dejaba a Reed W. Morgan, el quinto hombre en la lista de Demarco. El de los ojos verdes.

Doblaron algunas esquinas más, recorrieron otro largo corredor y finalmente llegaron a una puerta fuertemente reforzada. El capitán la abrió y Parker entró en un espacio estrecho que albergaba un largo mostrador dividido en una fila de cabinas de visita. El aire aquí tenía un olor rancio.

El único sonido provenía de la esquina donde una mujer lloraba en un teléfono, con sus ojos anhelantes fijos en una figura

inexpresiva detrás del cristal. La edad y el comportamiento de ambos le dijeron a Parker que él era su hijo.

Otro corazón roto por un joven desalmado e insensato.

A través del divisor, Parker vio a un oficial de la correccional escoltando a otro hombre con el uniforme naranja estándar hacia la sala del otro lado.

—Ese es él —dijo el capitán.

—Gracias. —Parker tomó el taburete frente al prisionero y levantó el teléfono.

El oficial guio al prisionero a su asiento. Al sentarse, el hombre ladeó la cabeza hacia Parker y le hizo una mueca hosca.

Se llevó el teléfono a la mejilla picada de viruela. —¿Quién diablos es usted?

Reed W. Morgan llevaba el pelo lacio, de un color gris barro, hasta los hombros. Tenía labios finos y una barbilla estrecha. Sus ojos eran del color de las esmeraldas, pero eso era lo único atractivo que tenía.

—Mi nombre es Wade Parker. Soy un investigador privado que está investigando las instalaciones de aquí. —Era una coartada endeble, pero suficiente para los pocos minutos que necesitaba.

El labio de Morgan se curvó hasta su nariz aguileña. —¿Quiere que le diga lo asquerosa que es la comida?

—Estoy más interesado en cómo llegó usted aquí.

La mirada de Morgan se apagó. —Me tendieron una trampa.

Difícilmente. Según la información de Demarco, Morgan había vivido en el antiguo barrio de Miranda desde que era un niño. Residió con su madre hasta su primer arresto. El padre de Morgan había muerto cuando él tenía once años y fue entonces cuando Morgan empezó a espiar en las ventanas de los dormitorios de sus vecinos.

Lo atraparon y lo enviaron a un centro de detención juvenil, con la esperanza de que pudiera ser rehabilitado. Eso no sucedió.

Durante sus cuarenta y dos años, Morgan había sido arrestado un total de diecinueve veces.

Fue condenado hace doce años por violar a una mujer que vivía a dos puertas de él, en el antiguo barrio de Miranda. Estuvo fuera

durante tres años, pero recientemente fue arrestado por no registrar su domicilio. Su madre lo había echado y se había mudado a un hotel cercano. Lo detuvieron cuando lo sorprendieron espiando por la ventana de una huésped del hotel.

Parker le dedicó al hombre la sonrisa más civilizada que pudo esbozar. —Háble me de su infancia. Sus intereses, sus pasatiempos.

—¿Qué? ¿Quiere saber si pasaba el tiempo después de la escuela arrancándole las alas a las moscas?

—¿Es eso lo que hacía?

—Eso es lo que a algunos les gustaría que la gente pensara.

El nivel de repulsión de Parker subió un grado. —¿Así que tenía interés en la entomología?

—¿En quién? —Morgan sonrió con desdén y puso los ojos en blanco—. Me gustaban las chicas, si de verdad quiere saberlo. Me desarrollé pronto.

—Ya veo.

—Pero nunca le hice daño a nadie.

Parker fingió consultar sus notas. —Pero según entiendo, cumplió doce años por…

—Sí, lo hice. Por agresión sexual. —Siseó entre dientes—. La muy perra se lo estaba buscando. Ya sabe cómo son algunas mujeres.

Parker no respondió.

Morgan se echó hacia atrás en su asiento. —¿Y qué tiene que ver eso con las instalaciones?

—Interés humano. ¿Siente que lo están tratando justamente, dadas sus… indiscreciones?

—Indiscreciones, ¿eh? Es usted un verdadero charlatán, ¿no? —Miró a Parker como si deseara poder arrastrarlo a través del cristal y mostrarle exactamente cómo era la vida ahí dentro.

Los puños de Parker se apretaron mientras deseaba poder mostrarle a Morgan lo que realmente pensaba de él. Estaba dejando que su aversión por este hombre se apoderara de él.

Intentó una táctica diferente y suavizó la voz. —Entiendo que su madre era madre soltera.

—Sí, ¿y qué?

—Debe haber sido difícil para ella.

Se encogió de hombros. —Mi viejo solía pegarle. Creo que se sintió aliviada cuando estiró la pata.

Qué ser humano tan tierno. —¿Ella los cuidó a usted y a sus hermanos sola?

—Prácticamente. A mí y a mis cuatro hermanas.

Una de esas hermanas había presentado cargos contra Morgan por tocamientos inapropiados. Su abogado lo había librado.

Parker echó un vistazo a su teléfono. No le quedaba mucho tiempo. Decidió ir al grano con su verdadera pregunta.

—Entiendo que usted vivía en el lado sur de Oak Park hace unos quince años.

La cabeza de Morgan se echó hacia atrás, sorprendido. —Viví allí la mayor parte de mi vida. ¿Y qué?

—¿Alguna vez frecuentó la tienda de abarrotes abierta toda la noche cerca de Roosevelt Road en Lawnfield Heights?

—¿Lawnfield Heights? No lo recuerdo.

—Una mujer afirma que fue abordada por un hombre que coincide con su descripción en febrero de ese año.

Morgan se recostó, apretó los labios con asco. —Ahora lo entiendo. ¿Qué es usted? ¿El abogado de ella?

—Solo una parte interesada. —Decidió hacerse el ignorante. Y poner todas sus cartas sobre la mesa. Era la única forma en que podría acercarse a la verdad—. Creo que el plazo de prescripción ya ha expirado. Pero a ella solo le gustaría saber quién fue el hombre. Es el padre de su hijo.

Morgan lo miró fijamente durante un largo momento. Luego soltó una risita. Después empezó a reír. Se puso un dedo bajo la nariz y negó con la cabeza. —No. De ninguna manera. Ese no fui yo. No tengo ningún hijo.

—¿Cómo lo sabe?

Morgan comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás, agitado. —Ninguna perra me va a encajar eso. No voy a cuidar de ningún niño.

Qué ser humano tan superlativo. Parker se inclinó hacia el cristal. —Ella no quiere nada de usted. Solo quiere saber si usted es el padre.

—Pues, puede decirle que está llena de mierda. No fui yo.

—¿Cómo puede estar seguro?

La saliva salió volando de su boca mientras Morgan hablaba. —Para empezar, yo no estaba allí. No «abordé» a nadie. Nunca «abordé» a nadie. Y para seguir…

Parker miró el teléfono. Se acabó el tiempo. El guardia dio un paso adelante.

—¿Qué iba a decir, señor Morgan?

Morgan sonrió con suficiencia. —Que no podría ser el padre del hijo de nadie. —El guardia puso una mano en el hombro del prisionero.

Parker se inclinó más cerca del cristal, desesperado por la respuesta. —¿Por qué dice eso?

Morgan negó con la cabeza y comenzó a levantarse y colgar. —He terminado aquí.

Parker apretó una mano contra el divisor. —Señor Morgan, por favor, responda a la pregunta.

La mandíbula de Morgan se movía de un lado a otro mientras miraba furiosamente a Parker, como si estuviera debatiendo qué hacer. Luego, en un movimiento repentino, acercó la cara al cristal y siseó al teléfono.

—Porque una vez, antes de morir, mi viejo me pateó tan fuerte en las pelotas que me dejó estéril.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Veinte minutos después, el capitán había dejado a Parker de vuelta en la oficina de Steven Novak, el hombre que había sido durante mucho tiempo el director ejecutivo del centro.

Parker se sentó en una vieja silla que crujía, observando al caballero corpulento y de edad avanzada, con el cabello completamente blanco, trabajar en su computadora.

Después de lo que pareció una eternidad, el hombre asintió. —La información es correcta, señor Parker. Reed W. Morgan es, en efecto, infértil. Su historial médico indica que se trata de un trastorno genético.

Parker dejó escapar un largo y lento suspiro de frustración.

Así que Morgan no era el padre de Mackenzie. Y no le había enviado esos mensajes de texto a Miranda. Había estado aquí, en la cárcel, cuando aparecieron en el teléfono de ella. Los rastreos de Parker habrían encontrado esta fuente de inmediato.

Esta búsqueda de delincuentes sexuales en Chicago no lo estaba llevando a ninguna parte. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Volver con Demarco a pedir otros cinco nombres? Parecía un ejercicio de absoluta inutilidad.

Pensó por un momento. Una prisión vieja podía guardar todo tipo de información. —¿Tiene registros que se remonten a quince años atrás? —le preguntó al director—. Me refiero a registros *internos*.

El hombre de cabello blanco parpadeó, sorprendido. —Solo los físicos. Estarían en los archivos.

Justo como pensaba. —Me gustaría verlos. Con su permiso, por supuesto.

Hubo una vacilación, y Parker vio la duda en los ojos del director.

Pensó en lo que Miranda le había dicho la noche anterior. Adam Tannenburg había sido llevado a interrogatorio en relación con el caso Sutherland. Sin duda, lo habían traído aquí. Tal vez podría encontrar una pista sobre el paradero de Tannenburg.

—También estoy trabajando en un caso sin resolver para el sargento Demarco. Tenemos un sospechoso que parece ser una persona de interés. Lo trajeron para interrogarlo unos meses antes del caso de agresión sexual.

—El caso de violación en Lawnfield Heights que está investigando.

—Sí. —Parker había mantenido los detalles de forma escueta—. Me gustaría revisar sus registros durante el periodo de tiempo del caso sin resolver. Estoy seguro de que el sargento lo apreciaría. —Y podría buscar a más hombres que encajaran con su perfil en informes que no estaban disponibles en línea.

El director se reclinó en su silla con una media sonrisa. Sabía que lo estaban manipulando, pero parecía comprensivo. —Por Demarco, lo que sea. Fui su mentor cuando se unió a la fuerza policial.

Parker le devolvió la sonrisa a Novak. —Eso me dijo. Habló muy bien de usted. —Eso era cierto.

Con un brillo en los ojos ante el halago demasiado obvio de Parker, el director volvió a llamar al capitán. Tras un momento o dos de instrucciones, una vez más el oficial lo escoltó por un laberinto de pasillos hasta una habitación grande y con olor a humedad del tamaño de una pequeña sala de conciertos.

La luz no era buena en la habitación, pero pudo ver que las paredes estaban revestidas desde el suelo hasta el techo con docenas de estantes que sostenían cientos de polvorientos volúmenes encuadernados.

—Se suponía que todo esto ya estaría escaneado —refunfuñó el capitán—. Pero ya sabe cómo es la financiación del gobierno.

—Sí, lo sé. —Los detalles mundanos del día a día de los prisioneros eran de baja prioridad.

Parker se acercó a una de las mesas en el centro de la sala y dejó su maletín. Contempló las gruesas hileras frente a él. —¿Puede

mostrarme dónde puedo encontrar los registros de hace quince años?

###

Dos horas después, Parker seguía hojeando los expedientes, tomando notas en su computadora portátil a medida que avanzaba.

Se echó hacia atrás y se pasó las manos por el cabello.

Estos expedientes le daban más detalles que la información pública. La altura, el peso, el estado de salud, el horario de comidas y de recreo de los prisioneros, las visitas de los familiares. Ahora tenía diez nombres adicionales de hombres de cabello oscuro que habían sido detenidos por cargos de agresión sexual y que habían vivido en la zona de Lawnfield Heights o sus alrededores.

¿Sería alguno de ellos el hombre que estaba buscando?

No habría tiempo para localizarlos a todos durante esta visita, a menos que el caso Sutherland se prolongara una o dos semanas más. No podía permitir que eso sucediera. Tenían una fiesta de aniversario a la que asistir. Y él tenía una tarea que cumplir, por más desagradable que fuera.

Invitaría a cenar a su esposa, le haría el amor durante todo el fin de semana.

Y entonces, cuando fuera el momento adecuado, le daría la noticia con delicadeza. Parker y Steele Consulting se había acabado.

Podía imaginar su reacción. Estaría destrozada. Enojada. Furiosa. Recorrería la casa como una tromba, maldiciendo el día en que él nació, sin duda. No quería enfrentarse a esa imagen en ese momento.

Miró su pantalla. ¿Y en cuanto a estos sospechosos? Podría enviar a alguien más aquí a pasar unas semanas rastreándolos. Alguien que pudiera manejar la información delicada sobre el pasado de Miranda. Dave Becker, tal vez. Era un amigo de confianza, así como un valioso empleado. O el detective Hank Judd, que había estado con él casi desde el principio.

Bueno, más le valía hacer buena la excusa que le había dado al director sobre Adam Tannenburg. En cuanto a Miranda, le diría que había entrevistado a un oficial en la prisión que estaba interesado en

entrenar en la Agencia y que había decidido comprobar lo que la detective Templeton había encontrado ayer.

Alcanzó el pesado libro que había estado examinando.

Había estado trabajando en retrospectiva desde principios de mayo hasta abril y febrero del año en que Miranda fue atacada. Era una suposición razonable que alguien con ese tipo de inclinación volvería a atacar poco después de un éxito. El dieciocho de diciembre, la fecha del incendio de los Sutherland, sería varias semanas antes.

Retrocedió otra página… y se detuvo.

Pasó la mano sobre ella, verificó la fecha dos veces. Verificó el nombre dos veces.

Era Adam Tannenburg.

El joven había sido ingresado el *primero* de *febrero*, un mes y medio después del caso Sutherland. Eso no estaba bien. Miranda había dicho específicamente que a Tannenburg lo habían traído el día *después* del incendio. Y que lo habían liberado de inmediato.

No había otra información en la hoja. La transcripción de la entrevista que la detective Templeton había obtenido ayer estaría guardada en otro departamento de la prisión. Un departamento cuyos registros habían sido escaneados.

Parker pasó la página de nuevo para ver si el registro continuaba allí. De repente, sintió como si su pecho hubiera sido golpeado por un rayo agudo y fulminante caído del cielo.

Solo había una línea para Tannenburg. Una visita con la fecha y la hora.

Parker se apretó la palma de la mano contra la frente. Apretó la mandíbula. Sus entrañas se convirtieron en un nudo duro. Su presión arterial se disparó, alimentada por el fuego de una rabia profunda y arraigada. ¿Había inhalado alguna sustancia alucinógena en este aire viciado? ¿Estaba tan obsesionado con encontrar al hombre que había atacado a su esposa que estaba viendo cosas?

Una vez más, pasó los dedos sobre las letras. Eran claras. Eran reales. No se podían negar.

El visitante de Adam Tannenburg había sido Leon Groth.

CAPÍTULO CUARENTA

Con la sangre todavía hirviéndole en las venas y la mente aún dándole vueltas por la conmoción, Parker siguió al capitán de vuelta a la oficina del director Novak.

—¿Qué sucede, señor Parker? —dijo Novak mientras Parker se hundía en la silla de visitas—. Parece que ha visto un fantasma.

—Se podría decir que sí.

El director le dedicó una mueca que parecía preguntar de qué demonios estaba hablando.

Parker le explicó, con la mayor discreción posible, el matrimonio de Miranda con el policía que la golpeaba habitualmente, el que la mandó a comprar helado aquella noche de febrero de hacía quince años. Luego le contó al director los detalles del caso Sutherland que había omitido antes.

—Trajeron a Adam Tannenburg para interrogarlo la noche después del incendio —dijo Parker—. ¿Qué hacía aquí un mes y medio después?

El rostro del director no delataba ninguna emoción. —¿El registro no indicaba por qué lo trajeron la segunda vez?

—Todo lo que tenía era el nombre de Groth como visitante. —Parker se inclinó hacia adelante y se cubrió la cara con las manos—. ¿Por qué vendría Leon Groth a ver a Adam Tannenburg?

Los dos hombres guardaron silencio por un largo momento, esforzándose por responder la pregunta sin respuesta.

—¿Hay alguien aquí que estuviera de guardia en ese entonces? —preguntó Parker finalmente.

El director se recostó, meciéndose en su silla mientras miraba un cuadro de un apacible bosque verde en la pared. Parecía desear

estar allí. —Hace quince años… La mayoría del personal de esa época ya se habría ido.

Parker sabía que siempre había una alta tasa de rotación en un centro penitenciario. Tanto para el personal como para los prisioneros. La probabilidad de encontrar a alguien que supiera de la visita de Groth era infinitesimalmente pequeña.

—Tannenburg estaba en la División Uno —añadió con voz neutra. Igual que Morgan ahora.

El director se tamborileó los labios con los dedos. —División Uno. División Uno. —Tenía una voz grave y rasposa, de alguien que se había pasado la mayor parte de su carrera gritando órdenes.

De repente, se irguió. —Ah. Claro. Wolak.

—¿Disculpe?

Novak sonrió con nostalgia. —El bueno de Felix Wolak. Era un colega mío. Trabajó ahí abajo durante años.

Parker se tensó al oír el tiempo pasado que usó el director. —¿Dónde está Wolak ahora?

—Se jubiló hace tres años, el muy suertudo. Ahora está en Florida. En un lugar llamado Jupiter. Se fue allí por la pesca. A ese hombre le encanta pescar.

Un oficial penitenciario jubilado que podría haber estado de servicio cuando Groth visitó a Tannenburg. Era otro clavo ardiendo al que aferrarse. Pero era mejor que el puñado de nada que tenía en ese momento.

—¿Sabe cómo podría contactarlo? —preguntó Parker.

—¿Contactarlo? —el director arrugó la cara—. A ver. Nos enviamos tarjetas de Navidad todos los años. Wolak siempre me manda fotos suyas en su barco. Yo le mando una mía paleando nieve. Ja.

Parker forzó una sonrisa. —¿Tiene una dirección? ¿Un número de teléfono?

—A ver. —El director sacó su celular y revisó sus contactos—. No, parece que no lo tengo. Puede que mi esposa lo tenga. Espere. —Levantó un dedo—. Registros de personal. —Se volvió hacia el teclado y empezó a buscar datos.

Parker escuchaba el ritmo de sus dedos, con un nudo en el estómago que se retorcía primero de esperanza y luego de desesperación mientras el hombre siseaba y gruñía ante el programa con el que estaba trabajando.

—¿A qué hora dijo que fue esa visita de Groth?

Ese detalle estaba en el registro. —A las 10 p. m.

Novak asintió bruscamente. —Wolak estaba en el turno de tarde en ese entonces. —Al parecer, los horarios de trabajo de aquella época se hacían en línea.

Las esperanzas de Parker volvieron a crecer.

—Ah. Está de suerte. Hay un número de contacto. Déjeme ver si puedo localizarlo. —Marcó el número, puso el teléfono en altavoz y lo dejó sobre el escritorio.

Tras un número desmesurado de timbrazos, una voz femenina contestó.

—¿Hola? —Su voz tenía un ligero acento sureño.

El director esbozó una amplia sonrisa. —¿Emily? ¿Eres tú?

—¿Steve?

—Sí, soy yo.

—Bueno, ha pasado una eternidad. Qué gusto oírte. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. ¿Cómo está Fran?

—Bien, bien —rió el director—. No sabe muy bien qué hacer consigo misma ahora que Donna se fue a la UCLA.

La mujer al otro lado de la línea emitió un gemido de empatía. —Ni me lo digas.

Parker resistió el impulso de carraspear.

El director pareció notar su ansiedad. —Oye, Emily. ¿Está Felix por ahí?

—¿Felix? Oh, no. Está pescando, como de costumbre. Tiene su propio barco, ¿sabes? —Rió suavemente, como si se alegrara de que su marido se estuviera divirtiendo y ella pudiera tener un poco de tiempo para sí misma.

Novak rió entre dientes como respuesta. —¿Cómo no iba a saberlo con las fotos que me envió la Navidad pasada? Hasta le puso

tu nombre, ¿no?

—Sí, lo hizo. —No parecía tan entusiasmada con eso como debió de estarlo Felix.

—¿Sabes a qué hora volverá?

—No hasta esta noche.

La boca del director se tensó. —¿Lleva un celular encima?

—Sí. Pero no tiene muy buena señal en el mar. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

El director carraspeó. —Emily, tengo a un detective privado en mi oficina que está trabajando en un caso sin resolver sobre el que Felix podría saber algo.

—Oh. Bueno, puedo intentar llamarlo.

—Eso sería genial.

—Te devuelvo la llamada en unos minutos. —Colgó.

Parker y el director se miraron fijamente y esperaron durante lo que parecieron varias eternidades.

Al fin, el teléfono sonó. El director contestó. —¿Emily?

—Lo siento, Steve. Lo intenté tres veces. Salta directamente al buzón de voz.

Parker se puso de pie de un salto y empezó a caminar de un lado a otro para combatir la frustración. Esto estaba llevando demasiado tiempo. Podría estar en Florida para cuando ese hombre regresara a casa de su viaje de pesca. Su mente se aceleró. No era mala idea. Era un asunto delicado. Un asunto complejo. Sería mejor hablar con el hombre en persona.

—Señora Wolak —dijo Parker al teléfono.

—¿Hola? —Sonaba como si la hubieran pillado por sorpresa.

—Mis disculpas. He estado escuchando por el altavoz. Mi nombre es Wade Parker. Soy el investigador privado que mencionó el director. Me preguntaba si podría visitarlos a usted y a su marido esta noche.

El director enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Esta noche?

Parker miró la hora en el teléfono. —Estoy en Chicago. Estoy seguro de que puedo tomar un vuelo y estar allí esta misma noche.

—¿Esta noche? Bueno, yo…

—Es un asunto urgente, señora Wolak.

—Entiendo. —Hubo una larga pausa, como si estuviera comprobando su agenda—. No tenemos nada planeado para esta noche —dijo al fin, sin duda recordando sus años de planes frustrados como esposa de un oficial de policía—. Por supuesto, es bienvenido a venir. —El tono amistoso había vuelto a su voz.

—Gracias. —Parker reprimió su alivio. Esta visita podría no llevar a nada.

El director retomó la conversación. —Gracias, Emily. Quizá podamos bajar a visitarlos este invierno.

—Oh, eso sería maravilloso. Siempre son bienvenidos.

—Mira, tengo que irme.

—Claro. Saluda a Fran de mi parte.

—Lo haré. Dile a Felix que no tome demasiado sol. —El director rió entre dientes.

—Se lo diré. Nos vemos esta noche, señor Parker.

—Estoy deseando conocerlos a usted y a su marido.

Novak colgó y frunció el ceño a Parker. —¿De verdad va a ir a Florida esta noche?

—Sí. —No solo estaba viendo fantasmas, los había estado persiguiendo. Daba igual perseguir uno más.

El director se guardó el celular en el bolsillo y anotó la dirección de Florida. —Su esposa es una mujer afortunada. Espero que lo sepa.

—Creo que sí. —Extendió la mano sobre el escritorio para tomar la dirección y le estrechó la mano al hombre—. Gracias por su ayuda, señor.

—Ha sido un placer. ¿Y, señor Parker?

—¿Sí?

—Sea cual sea el cabrón que esté persiguiendo, espero que lo atrape.

—Yo también lo espero.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Parker iba en el Audi por la autopista Kennedy, a la par de las camionetas SUV y los tráileres de camino al aeropuerto, cuando recordó la promesa que le había hecho a Miranda de llamarla por la mañana.

También había prometido volver esa tarde.

De la frustración, dio un golpe en el volante. Solo podía esperar que la ágil mente de su esposa estuviera demasiado ocupada con el caso Sutherland para pensar en por qué él no estaba allí. Pero más le valía hacer un control de daños preventivo.

Presionó un botón en el volante y llamó a Demarco.

El sargento contestó el teléfono con una risa irónica.

—Hola, Parker. Me alegra que llamara. Quería agradecerle por ponerme en aprietos anoche.

Parker se tensó mientras bajaba la visera para evitar el reflejo del parachoques de enfrente. La escena de anoche en la sala de evidencias había sido más que incómoda. Había odiado arrastrar a Demarco a las mentiras que le había estado diciendo a Miranda.

—Le pido disculpas, sargento —dijo—. No se pudo evitar.

Una vez más, la conciencia lo atormentaba. Pero no podía decirle la verdad a su esposa. Y no podía explicárselo al sargento.

Así que no lo hizo.

—Si usted lo dice —la risa de Demarco estaba llena de cinismo—. ¿Y cómo le fue en su «entrevista» de esta mañana?

Parker cambió de carril para rebasar un lento camión de mudanzas de U-Haul.

—Borkowski resultó herido esta mañana y no podía recibir visitas. Morgan, resulta que es estéril.

El tono del sargento se tornó solemne.

—Interesante —luego guardó silencio, esperando que Parker le dijera cuál era el siguiente paso.

—¿Miranda está en la estación? —preguntó Parker.

—Salió con Templeton.

Eso era bueno. Justo donde quería que estuviera. Y mejor aún, no estaba sola. Un policía con un arma de fuego no era una mala compañía fuera de la oficina.

—¿Ya tuvieron algún avance en el caso?

—No que hayan informado.

Eso también era bueno.

—Voy a tener que salir de la ciudad por el resto del día.

—¿Qué?

Parker se metió rápidamente delante de una camioneta roja en el carril izquierdo.

—Tengo una pista. Necesito ver a un guardia penitenciario retirado en Florida. Voy a tomar un vuelo a las dos para hacerle una visita.

—¿Qué quiere decir? Me acaba de decir que su visita de esta mañana fue un callejón sin salida, como los otros nombres que le di.

Parker había puesto al sargento al tanto de su falta de progreso en la estación el día anterior.

—Descubrí algo en la cárcel —dijo—. Tengo que investigarlo —le dio a Demarco la dirección de Felix Wolak en Jupiter.

—De… acuerdo.

Demarco no le seguía el hilo, pero Parker no podía explicárselo por teléfono. Era demasiado complejo. Demasiado personal. Y bajo ninguna circunstancia se arriesgaría a que Miranda se enterara de la conexión que había encontrado entre Adam Tannenburg y Leon Groth.

Hubo una pausa larga e incómoda.

—Entonces, ¿qué le digo a su esposa?

Con la mandíbula tensa, Parker tomó la salida hacia la I-90 a O’Hare.

—Dígale que tengo otra entrevista.

Podía imaginarse a Demarco poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio, Parker? ¿Es lo mejor que se le ocurre?

—Es creíble.

—No para su esposa. Es una mujer muy lista. Sabe que usted trama algo.

¿Acaso la perspicacia de Miranda era tan obvia para Demarco como lo era para él? Pero no tenía opción.

Redujo la velocidad del Audi mientras tomaba la curva del trébol.

—¿Qué sugiere?

Ahora se imaginó a Demarco girando el palillo en su boca.

—Sugiero la verdad.

Parker dejó escapar una lenta y larga exhalación, obligándose a tener paciencia.

—Lo siento, sargento. Simplemente no puedo hacer eso.

El sonido de un largo y cansado suspiro llegó a través del teléfono.

—Odio sonar como un disco rayado, Parker. Pero tengo que decirle que se va a arrepentir.

Como ya había dicho antes.

Era cierto que todo este secretismo podría explotarle en la cara. Pero si ocurría, podría manejarlo. Podría manejar a Miranda.

—Si eso sucede, sargento —dijo con una arrogancia que no sentía mientras seguía una señal del aeropuerto hacia el área de estacionamiento—, le compraré abonos de temporada para los partidos de los Cubs.

Demarco soltó otra risa burlona, como si estuviera asombrado por la audacia de Parker. O quizás la consideraba estupidez.

—Que sea para los Sox —dijo—, y trato hecho. Que tenga buen viaje.

—Gracias, sargento.

—Espero que regrese con lo que está buscando.

—Yo también —dijo Parker, el cansancio delatando su duda—. Nos vemos cuando vuelva.

—De acuerdo —dijo Demarco y colgó.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

La mejor parte de andar con una policía era que conocía los mejores lugares para comer. Y la mejor parte de andar con Templeton era que ella sí que sabía comer.

Después del fiasco de más temprano en la zona sur, mientras regresaban a la comisaría, la detective había sugerido que se desviaran para almorzar.

Ahora, ambas estaban sentadas en un reservado gastado en una fonda mexicana muy concurrida en una zona ya vieja de la zona norte que quedaba bajo las vías del tren elevado, entre una cervecería y una tintorería.

Miranda había pensado que Templeton sería una cobarde con el picante, pero le había seguido el ritmo bocado a bocado mientras devoraban una salsa extrapicante y unos tamales de pollo que tenían una calificación de cinco estrellas de picor en el menú.

Hasta que Miranda pidió un plato de chiles serranos en rodajas y los añadió a su plato con una cuchara.

Templeton se rio y se limpió la boca.

—En eso me ganas, Steele.

Miranda le dio un codazo.

—¡Ah, vamos!

La detective negó con la cabeza.

—No quiero quedar liquidada para la tarde.

Como si tuvieran mucho que hacer esa tarde.

Miranda mojó un totopo en la salsa al ritmo de la música animada que salía de un altavoz y pensó en aquella horrible casa abandonada de la zona sur. Y en la vecina que nunca había visto a

nadie que se pareciera remotamente a la descripción de Adam Tannenburg.

Pensó en la señora Esposito, que había visto a Tannenburg marcharse en su Mustang plateado la noche del incendio. Pensó en Hildie, la mesera, que sabía que Tannenburg iba al Instituto de Arte. Pensó en los restos de la finca de los Tannenburg y en lo mucho que molestaba a la vecina, la señora Johnston.

Pensó en las fotos del pobre cuerpo carbonizado de Lydia Sutherland.

Se metió el totopo en la boca y masticó pensativamente. Pero no se le ocurrió nada.

—Me quedé sin ideas. ¿Qué sugieres que hagamos ahora?

Templeton raspó el tenedor por las sobras de su plato.

—Hacer más búsquedas, supongo.

Como si eso fuera a servir de algo.

—¿No tienes más pistas guardadas en tu cajón de la comisaría, verdad?

—Ojalá.

Miranda pensó en el momento en que encontró aquel papel el día anterior y se enfrentó a Templeton.

Se animó.

—Bueno, al menos cuando tengamos los resultados del kit de violación, tendremos algo definitivo.

Templeton la miró como si fuera una pared de piedra.

—¿Qué?

Negó con la cabeza.

—Tengo que decirte, Steele…

—¿Qué?

—Este caso tiene quince años.

—Eso ya lo sé. ¿Y qué? —tomó otro totopo.

—En aquel entonces los métodos no eran tan pulcros como ahora. Demonios, tenemos suerte de que se les ocurriera tomar muestras.

Miranda dejó caer el totopo en su plato.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los investigadores no eran tan cuidadosos. Por lo general, un kit de violación de esa época regresa con múltiples donantes.

Miranda se le quedó mirando.

—¿Te refieres a los de criminalística o a la gente en la escena que manipuló las pruebas?

—Así es.

En el entrenamiento de la Agencia Parker siempre hacían hincapié en no contaminar la escena del crimen. Pero Templeton tenía razón. Esos eran procedimientos de la era moderna.

—Y si Lydia Sutherland andaba con uno y con otro, también podría tener múltiples donantes. Si me entiendes.

Miranda lo entendió perfectamente. Apartó su plato, sintiendo de repente náuseas. Queriendo volver a la oficina y comprobar lo del kit, tomó la cuenta.

—Invito yo.

Templeton no protestó.

—Gracias.

El dinero debía de escasear con un hijo que mantener sola. Miranda estaba más que contenta de pagar la cuenta.

Mientras se dirigían a la puerta, su mente estaba de nuevo en el caso. La señora Esposito dijo que el novio rubio había sido exclusivo durante una semana o dos. Hildie, la mesera, estaba segura de que Lydia estaba enamorada del chico del Instituto de Arte. Y el forense que había examinado el cuerpo de Lydia había tenido que ser muy cuidadoso, incluso para la época, para obtener algo de él.

Mientras abría la puerta de la Tahoe y subía, su humor mejoró.

Se volvió hacia Templeton, con un dedo en el aire.

—Viendo el lado bueno, si obtenemos un solo donante en el kit de violación, sabremos con certeza que ese es nuestro asesino.

Templeton se incorporó a la calle y le dedicó una media sonrisa.

—Eso, cariño, le alegraría el día al fiscal de distrito.

###

Tomaron la ruta panorámica de vuelta a la comisaría, pasando junto al lago y luego por LaSalle y la selva de rascacielos y calles con tráfico ruidoso y autobuses malolientes.

Miranda contempló los gigantes arquitectónicos, recordando lo fascinantes que le habían parecido cuando era niña, aunque rara vez iba al centro. Un viaje al Museo Field era un lujo poco común.

Se preguntó si, de niño, Adam Tannenburg habría podido venir mucho a la ciudad con su madre clarinetista, y si habría sentido la misma fascinación. Se preguntó qué le había hecho perder el control y matar a su novia, y luego prender fuego a su propia casa un año después. O quizá solo era un tipo de muy mala suerte.

Se preguntó si alguna vez lo sabrían. Otra razón por la que odiaba los casos sin resolver. Todas esas preguntas sin respuesta.

Llegaron a la comisaría de Larrabee en menos de veinte minutos. Justo cuando Templeton estaba maniobrando la camioneta para meterla en un espacio del estacionamiento, el teléfono de Miranda sonó.

Al segundo siguiente, el de Templeton también sonó.

Los sacaron de sus bolsillos y los levantaron al mismo tiempo.

—Bueno, mira eso —sonrió Miranda.

Templeton miró su teléfono con la boca abierta.

—No lo puedo creer.

La búsqueda automatizada que habían programado antes de irse estaba parpadeando.

Miranda se giró hacia ella y le dio un empujón amistoso.

—Créelo, cariño. Tuvimos un resultado positivo. Y fue en tu máquina. Supongo que sí te debo esa pizza.

Templeton deslizó el dedo por su teléfono para descubrir exactamente qué habían encontrado.

—Ahí está —dijo después de un minuto, señalando la pantalla con su dedo rechoncho para que Miranda pudiera ver—. Adam Foster Tannenburg.

Miranda le agarró la mano para mirar la pantalla. Ella tampoco podía creerlo. Pero, efectivamente, allí estaba el nombre de Adam Tannenburg y varias líneas de información sobre él. Incluida una dirección.

—Está en un centro de cuidados —dijo.

Templeton señaló los detalles.

—Y está en Evanston.

Su ciudad natal. Pero un momento.

—¿Un centro de cuidados? Tannenburg solo tiene treinta y cuatro años.

La piel curtida de Templeton se arrugó mientras apretaba los labios para considerar eso.

—Podría ser por razones psiquiátricas, un accidente grave. Algo así.

—Sí. —Si Tannenburg se había vuelto loco tras la muerte de su madre y necesitaba ser internado, tenía sentido. Miranda miró hacia la comisaría—. ¿No necesitas reportarte con Demarco, verdad?

Templeton le dirigió una mirada más astuta de lo que Miranda creía que era capaz.

—No con esta pista candente.

Ella le devolvió la sonrisa, su pulso comenzando a latir con anticipación.

—Entonces, vámonos.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El hogar de ancianos en Evanston se llamaba Progressive Comfort y estaba situado en la zona norte de la ciudad.

Ubicado en un edificio de cinco pisos de ladrillo color salmón frente a una iglesia luterana, a primera vista el lugar no parecía ofrecer mucho en cuanto a comodidad o progreso.

Templeton se detuvo junto a la acera y juntas subieron los escalones y entraron hasta la recepción.

—Lo siento —dijo una joven atrevida con el pelo rojo que desentonaba con su uniforme médico de color cereza después de que Miranda le explicara por qué estaban allí—. Pero el señor Tannenburg está en una salida de compras con algunos de nuestros otros residentes.

—¿Salida de compras?

—Sí. Cada dos jueves nuestro autobús lleva a un grupo al centro comercial local. Es una buena oportunidad para que salgan. —Habló como si se estuviera dirigiendo a un niño de preescolar. Debía ser un efecto secundario del trabajo.

A su lado, Miranda sintió que Templeton se crispaba. —¿Mencionamos que se trata de un asunto policial?

La joven parpadeó nerviosamente. —Pues… sí. Sí dijo eso.

Miranda siguió el ejemplo de Templeton y se inclinó sobre el mostrador, bajando la voz. —Estamos investigando un caso de asesinato. Estoy segura de que querrá cooperar.

—Oh, sí. Por supuesto. Yo… quiero decir que haremos todo lo que necesiten. Pero el autobús no regresará hasta dentro de unas horas.

Miranda se volvió hacia su compañera. —¿Quieres esperar aquí mientras voy a buscarlos?

Antes de que Templeton pudiera responder, una mujer de aspecto enojado con el pelo negro y corto, un rígido traje de negocios oscuro y tacones altos negros, taconeó por el pasillo hasta la recepción. La parte superior de su cabeza le llegaba a Miranda a la barbilla, y tenía el aire de un sargento instructor con complejo de Napoleón.

Dejó caer unas carpetas sobre el mostrador con una mirada severa. —¿Qué está pasando aquí, Amelia?

—Oh, señora Wilson —balbuceó la pelirroja del uniforme rojo—. Estas dos damas vienen de la comisaría de Larrabee. Quieren hablar con uno de nuestros residentes.

La mujer se volvió hacia Templeton. —¿Tienen una orden judicial?

La capacitación que Miranda recibió de Parker se activó y forzó una sonrisa. —Solo queremos hablar con el señor Tannenburg para verificar algunos detalles de nuestro caso. No es nada tan drástico que necesite una orden judicial. —Y estaba bastante segura de que Templeton podría conseguir una si fuera necesario.

La señora Wilson las midió con la mirada de arriba abajo. —¿Tienen identificación?

Templeton sacó su placa y la mujer la examinó. Miranda esperaba que Wilson no le pidiera la suya. Tendría que mostrar su licencia de investigadora privada de Georgia. Acabaría en su oficina, respondiendo preguntas durante una hora, como una estudiante mal portada enviada a la oficina del director.

Wilson soltó un bufido y se dirigió a la pelirroja. —¿Está el señor Tannenburg en el comedor?

—No, señora. Hoy está de excursión en el centro comercial.

—No, no lo está. —Las cuatro se volvieron hacia una mujer con un uniforme de color crema con el logotipo de Progressive Comfort en el bolsillo. Había estado ordenando revistas en el vestíbulo.

Wilson se puso una mano en la cadera. —¿A qué se refiere, Brenda?

La mujer de color crema le dedicó una sonrisa angelical. —Al señor Tannenburg no le apetecía ir de compras hoy. Acabo de instalarlo en la Sala de Actividades. Puedo llevarlas a verlo.

Wilson resopló un poco más, pero al parecer decidió que era más fácil ceder.

Se volvió hacia Miranda y Templeton con el ceño fruncido. —Adelante. Pero ni se les ocurra alterarlo.

###

La Sala de Actividades estaba en el tercer piso.

Miranda siguió a la empleada llamada Brenda a un gran espacio abierto pintado de un alegre amarillo con cuadros de cascadas en las paredes. Dos mujeres de pelo canoso y un hombre estaban sentados en sillas apilables en una esquina viendo un ruidoso programa de concursos en una gran pantalla de televisión.

Otras tres mujeres de pelo plateado jugaban a las cartas en una mesa. En otra mesa, un hombre delgado con camisa de vestir y pantalones holgados estaba sentado solo armando un rompecabezas, con una pieza en su mano temblorosa. Estaba tan inclinado sobre el rompecabezas que parecía que iba a colocar las piezas con la nariz.

A Miranda se le encogió el corazón por él.

A lo largo de una pared había un mostrador con una cafetera y un microondas con la puerta abierta. La habitación olía vagamente a palomitas quemadas y a orina.

Los zapatos de enfermera de Brenda chirriaron al girar sobre las baldosas y las condujo a la esquina opuesta, donde otro hombre solitario estaba sentado en una silla de ruedas mirando por la ventana el paisaje urbano.

Miranda vio el pálido cabello rubio desde atrás y el corazón le dio un vuelco.

Brenda se inclinó y le sonrió. —Señor Tannenburg, tiene visitas.

—¿Visitas? —La voz sonaba extraña.

Brenda giró la silla.

—¿Para verme? —El hombre extendió una mano temblorosa y agarró a Miranda—. Eres una monada. —Esbozó una sonrisa desdentada.

—Eh… gracias. —Liberándose del agarre del hombre, Miranda sintió que sus hombros se desplomaban.

El hombre de la silla estaba tan encorvado y arrugado como el del rompecabezas. Su pelo no era rubio. Era gris plateado como el de las mujeres que jugaban a las cartas.

Lentamente se llevó una mano a la boca y le susurró a Brenda: —¿Estás segura de que es Adam Tannenburg?

Brenda pareció sorprendida por la pregunta. —Oh, sí. Lleva con nosotros bastante tiempo.

Miranda miró a Templeton.

El rostro cuadrado de la detective estaba tenso.

—El Adam Foster Tannenburg que buscamos tiene treinta y cuatro años. —Y a menos que tuviera esa horrible enfermedad del envejecimiento, este tipo era otra persona.

—No —la corrigió Brenda—. El señor Tannenburg acaba de celebrar su nonagésimo primer cumpleaños la semana pasada.

¿Qué demonios? Los parámetros de búsqueda de Templeton no podían haber arrojado un resultado tan erróneo.

Miranda se dirigió a la empleada. —¿Habría alguna forma de que pudiéramos ver los expedientes del señor Tannenburg?

Brenda abrió los ojos como platos. —No estoy segura de que la señora Wilson… —Sacudió la cabeza—. No importa. Las llevaré a la oficina.

Le hizo un gesto a un celador para que se ocupara del hombre de la silla de ruedas y las sacó de la habitación.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Unos minutos después, Miranda estaba sentada en una silla en la Oficina de Archivos, revisando una carpeta con Templeton a su lado, mientras Brenda evitaba que la encargada de la oficina se volviera loca.

No podía creerlo. Era lo mismo. Todo era lo mismo. El nacimiento de Tannenburg en el Hospital Evanston. La dirección de su madre registrada como su última residencia. La fecha en que Muriel Tannenburg había muerto. Sus expedientes escolares. Lo único diferente era la fecha de nacimiento de Tannenburg en la copia de su licencia de manejar, que era vieja y no tenía foto.

Miranda entrecerró los ojos para ver las cifras, las giró de un lado a otro. Finalmente, sacó su teléfono, lo apuntó como si fuera a tomarle una foto y activó el zoom.

Le dio un codazo a Templeton.

—¿Qué te parece esto?

—¿Qué es?

—Justo ahí. —Inclinando el archivo y el teléfono para que la detective pudiera ver, señaló con la nariz—. ¿Ves la fecha? ¿Los dos últimos dígitos? ¿Te parecen correctos?

Entrecerrando los ojos, Templeton bajó la cabeza. Luego la sacudió.

—Algo no cuadra.

—Parece que el uno lo convirtieron en un cuatro.

Templeton entrecerró aún más los ojos.

—Sí, eso parece.

—Y este número —señaló Miranda ahora con su meñique—, parece que está apenas un poco más arriba que los otros.

Templeton tomó el papel y el teléfono y acercó su cara a la pantalla.

—Tienes razón. Buen ojo, Steele. —Le devolvió las cosas.

Miranda se inclinó y bajó la voz.

—Así que, con una pequeña manipulación de los dos últimos dígitos…

—Tienes la fecha de nacimiento de un hombre más de cincuenta años mayor que tú. —Templeton se recostó en su silla, tratando de asimilar la información.

Miranda se cubrió la boca con la mano y susurró:

—De alguna manera, el verdadero Adam Tannenburg cambió sus archivos por los de este tipo.

Templeton parecía como si se le fuera a erizar el cabello.

—¿Le robó la identidad?

—Algo así.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero seguro que lo hace ver terriblemente culpable.

—¿A Tannenburg?

Al otro lado de la habitación, alguien jadeó.

Miranda había intentado mantener la voz baja, pero no había funcionado. Tanto Brenda como la encargada de la oficina la miraban con los ojos muy abiertos.

Brenda fue la primera en recuperar la voz.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que el señor Tannenburg es… otra persona?

Templeton se removió en su asiento y se aclaró la garganta. Era una situación peliaguda para una policía.

Pero no para Miranda.

—Eso es exactamente lo que estamos diciendo —les dijo.

La encargada de la oficina comenzó a jalarse el cabello con tanto pánico como si acabara de sonar una alarma de emergencia.

—¿Pero qué significa eso? —dijo, agitando la mano libre—. El señor Tannenburg ha estado aquí por años. Vino de un centro del condado en el centro. No tiene familia. Tiene demencia.

—¿Qué se supone que hagamos con él? —preguntó Brenda. Había súplica en su voz.

Querían una respuesta institucional. Una regla que seguir.

Miranda lo pensó por un momento. El pobre anciano era inocente. No era un criminal. No debería tener que pagar por lo que alguien más le había hecho.

Se levantó de su silla y le entregó la carpeta a la encargada de la oficina con un encogimiento de hombros.

—Yo diría que mientras él no sepa quién es en realidad, ustedes tampoco necesitan saberlo. Por lo que a mí respecta, puede seguir siendo Adam Foster Tannenburg.

###

Miranda salió arrastrando los pies de la entrada del asilo de ancianos hacia la acera, sintiendo como si sus pies fueran de plomo.

Eso era todo. Habían terminado.

No podían encontrar a Adam Tannenburg y el caso de Lydia Sutherland permanecería tan frío como un témpano de hielo. Qué bajón.

Templeton caminaba pesadamente junto a Miranda en la acera con su andar cuadrado.

—No estoy segura de que lo que dijiste ahí adentro sea según el reglamento, Steele.

—¿Sobre dejar los archivos del anciano en paz aunque sean falsos?

—Ajá. Pero no puedo discutirlo. Pobre hombre.

Miranda se alegró de que la detective lo viera de esa manera. Estaba a punto de sugerir que regresaran a la comisaría cuando el teléfono de Templeton vibró.

Lo sacó de su bolsillo y gimió.

—Ay, no.

—¿Qué pasa? ¿Demarco llamando para regañarte por algo?

Templeton levantó un dedo y se llevó el celular a la oreja. Mientras escuchaba, sus facciones planas se volvieron aún más inexpresivas. Terminó, guardó el celular de nuevo en su bolsillo y se dirigió al auto.

Miranda se movió con ella.

—¿Qué fue eso?

—Un correo de voz de Dawn Sutherland.

Miranda se detuvo en seco en el lado del copiloto de la camioneta.

—¿Quién?

La detective se dio la vuelta y levantó las manos.

—La hermana de Lydia Sutherland.

—Ah.

Miranda recordó una nota sobre la hermana en el archivo. A lo largo de los años, se había puesto en contacto con el departamento muchas veces sobre el caso de su hermana. Había sido entrevistada varias veces, pero nunca tuvo nada relevante que añadir a la investigación.

—Me ha llamado todas las semanas desde que tomé este caso —explicó Templeton—. De hecho, ha llamado a la comisaría al menos una vez al mes desde que su hermana murió. Quiere que encontremos a su asesino.

—Qué mala suerte. —Eso era mucha presión. Especialmente ahora que no tenían absolutamente nada que mostrar por sus esfuerzos.

Miranda metió las manos en los bolsillos, sin saber qué más decir. Solo podía imaginar por lo que debía estar pasando la pobre mujer. Una pesadilla que nunca terminaba. Deseó con todo su corazón tener algo que ofrecerle.

—Debería ir a verla —dijo Templeton en voz baja.

Miranda levantó la cabeza de golpe.

—¿Para decirle que no tenemos nada?

Templeton suspiró, un suspiro tan cansado como se sentía Miranda.

—Para ponerla al día sobre el caso. Tiene derecho a saber.

—Sí, supongo que sí. —Miranda se rascó el cabello.

—Te dejaré en la comisaría.

Miranda alcanzó la manija de la Tahoe.

—Ni de broma, Templeton. Voy contigo. Y Parker también querrá estar ahí. Déjame llamarlo.

Mientras se subía de nuevo a la camioneta del gobierno y marcaba el número de su esposo, miró la hora. Era media tarde. Ya debería haber terminado con su supuesta entrevista.

Pero la llamada se fue al buzón de voz.

Se tragó la ira que subía por su garganta y se volvió hacia su nueva compañera.

—No contesta. Vayamos para allá.

—Está bien —dijo ella con semblante sombrío.

Y Templeton salió del lugar de estacionamiento y se dirigió de regreso a Lakeshore Drive.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Dawn Sutherland vivía en el Loop, en un reluciente rascacielos de apartamentos de lujo cerca de la calle Randolph.

La placa de Templeton les permitió la entrada al estacionamiento residencial. Se abrieron paso hacia el interior y encontraron la sección de elevadores correcta. Poco después, estaban en el piso veintinueve, llamando a una alta puerta plateada.

Sin que el ruido de pasos preliminares reverberara a través de las paredes insonorizadas, una mujer escultural vestida de blanco y lavanda abrió la puerta de repente.

Tenía una tez cremosa y llevaba el cabello en un elegante recogido, sujeto con algunos de esos palillos de bambú orientales que Miranda nunca lograba usar, aunque tampoco es que se esforzara mucho en peinarse. Dawn Sutherland era rubia, como su hermana, y tenía sus mismos ojos color avellana. Aunque los de la hermana mayor reflejaban el dolor de la pérdida en lugar del entusiasmo juvenil que Miranda había visto en la foto de Lydia.

Sostenía unos papeles en una mano.

—Ah, detective Templeton —dijo, como si saliera de un trance de profunda concentración—. No pensé que llegaría tan pronto. Perdí la noción del tiempo. —Tenía una voz suave y melodiosa. Elegante pero sin pretensiones, con un toque de comprensible tristeza.

—Buenas tardes, Sra. Sutherland. —Templeton señaló a Miranda con un gesto—. Ella es Miranda Steele. Es una investigadora privada que me ha estado ayudando en el caso.

—¿Investigadora privada? —parpadeó, sorprendida.

—Sí, señora. —Templeton no dio más detalles sobre por qué se había recurrido a una investigadora privada.

Tras un momento, la mujer se dio cuenta de que no iba a recibir una explicación. Así que simplemente se hizo a un lado—. ¿Dónde están mis modales? Por favor, entren. Las dos.

Alta, esbelta y elegante con su túnica vaporosa y sus pantalones anchos de estar por casa, Dawn Sutherland las guio por un corto pasillo hasta una amplia sala de estar con enormes ventanales que ofrecían una vista impresionante de la ciudad.

La habitación estaba decorada en un estilo ultramoderno, pintada en blancos y pasteles pálidos. Llena de todo tipo de obras de arte de alta gama, evocaba discretamente riqueza y sofisticación. Una pared corta cercana estaba cubierta con la pintura de un río en un bosque que parecía tan real que a Miranda le dieron ganas de quitarse los zapatos y meter los pies en el agua. En otra pared, un diseño de rectángulos en llamativos colores primarios parecía danzar. En el techo, la lámpara era un revoltijo deslumbrante de espirales y discos dorados que mareaba si se la miraba demasiado tiempo.

La mujer señaló un largo sofá modular de un sofisticado color gris—. Siéntense, por favor. ¿Les gustaría tomar algo?

—No, gracias —dijo Templeton—. ¿Tú? —le preguntó a Miranda.

Miranda negó con la cabeza, observando una extraña pieza de cristal azul cobalto sobre una mesita auxiliar, con un cuello largo como el de un cisne. No lograba descifrar qué se suponía que era.

—Muy lejos de Iowa —dijo mientras se acomodaba con cuidado en una esquina del sofá.

Templeton se sentó a su lado—. La Sra. Sutherland es la dueña de la Galería Dawn Sutherland en North Michigan.

—Ah —dijo Miranda como si conociera el lugar.

Dawn dejó sus papeles sobre la mesa con el cisne de cristal y se acomodó en una silla de un rojo brillante que debería haber desentonado con su atuendo, pero no lo hacía.

—He estado trabajando en casa hoy, poniéndome al día con la contabilidad —explicó—. He estado tratando de mantener la mente ocupada en otras… cosas.

Suspiró y miró por la ventana. La pena en sus ojos hizo que a Miranda se le rompiera el corazón por ella. Evidentemente, a la hermana de Lydia le había ido bien. Tenía su propia galería, sin duda nadaba en dinero. Pero ninguna cantidad de dinero podía aliviar el dolor que había llevado durante quince años.

—Qué curioso que mencione Iowa —dijo con una voz suave y lejana.

—¿Ah, sí?

—Últimamente he estado pensando en nuestra infancia. Bueno, en la infancia de Lydia, en realidad. Yo era cinco años mayor que ella. Crecimos en la granja de nuestros padres. Era un lugar tan remoto, tan lejos de todo. Se tardaba una hora en llegar a una ciudad decente. Solo íbamos a Des Moines unas pocas veces al año.

Se alisó la tela de los pantalones—. Las dos odiábamos la granja. Soñábamos con escaparnos a la ciudad y convertirnos en artistas. Bueno, Lydia lo soñaba. Ella tenía el talento. Yo me conformé con la historia del arte. —Se rio con tristeza.

—En los veranos, nos sentábamos en el porche de nuestra casa, contemplando los interminables campos llanos. Lydia dibujaba en un cuaderno mientras yo leía libros sobre Miguel Ángel o Da Vinci. Ambas anhelábamos ir a algún lugar emocionante. No sabíamos la suerte que teníamos. No sabíamos lo que teníamos. Lo valioso que era. —Se pasó una mano bajo el ojo.

—¿Sus padres siguen vivos? —preguntó Miranda en voz baja.

Dawn negó con la cabeza—. Ambos han fallecido. Mi madre murió de cáncer el año pasado. Mi padre murió dos años después de Lydia. Ella era su niña. Creo que su muerte le rompió el corazón.

Si Miranda pensaba que no podía sentirse peor por las noticias que tenían que darle, acababa de descubrir que estaba equivocada.

En el sofá, a su lado, Templeton se movió. Miranda quería hacer las preguntas, pero como la detective tenía la relación establecida, la dejó continuar.

—Sra. Sutherland —comenzó Templeton—, tenemos razones para creer que hemos descubierto a la última persona que vio a su hermana.

Los ojos de Dawn se abrieron de par en par mientras dejaba escapar un pequeño jadeo—. ¿De verdad? ¿Quién es?

—Se llama Adam Tannenburg. ¿Recuerda ese nombre?

Se le formaron arrugas en la frente lechosa—. ¿Tannenburg? ¿Adam? No. ¿Quién era?

—Creemos que era uno de los… novios de Lydia. —Templeton estaba tratando de ser discreta.

—¿Novios? —Dawn Sutherland se frotó los brazos como si de repente tuviera frío—. Usted sabe que Lydia tuvo muchos. Ya hemos hablado de eso.

—Sí.

—Le advertí una y otra vez que tuviera cuidado, pero era tan confiada. ¿Cree que este Adam Tannenburg fue quien la mató? —Sus dedos jugaban con una cadena de oro en su cuello. De repente, parecía muy frágil.

Templeton guardó silencio.

Miranda decidió que era un buen momento para intervenir—. ¿Alguna vez le habló de los chicos con los que salía, Sra. Sutherland?

La mujer la miró como si hubiera olvidado que estaba en la habitación—. ¿Los chicos?

—Sus novios. ¿Hablaban por teléfono mientras ella estaba en la universidad?

Dawn parecía un poco perdida—. Yo estaba tratando de empezar un negocio en Des Moines. Mi esperanza era mudarme aquí, a Chicago, lo que, por supuesto, finalmente hice. Estaba muy ocupada en ese momento. Lydia también. No, no hablábamos mucho por teléfono. Pero me escribía. Era anticuada en ese sentido. Todavía tengo sus cartas.

Templeton carraspeó—. ¿Por qué no mencionó estas cartas a la policía?

—No había nada en ellas. Sabía que estaba enamorada de alguien. Eso se lo dije. Se lo dije a la policía en ese momento. Pero nunca dijo quién era él.

Miranda, con el ceño fruncido, se inclinó hacia adelante—. ¿No le dijo su nombre?

Dawn negó con la cabeza con una risa triste—. Teníamos una especie de código. Solíamos usarlo para evitar que nuestros padres se enteraran de con quién salíamos en la preparatoria. Era una tontería.

—¿Su hermana tenía un nombre en clave para este tipo?

—Lydia lo llamaba su «David», por la escultura de Miguel Ángel. ¿La conoce?

—Creo que sí. —Miranda recordaba vagamente una estatua de un tipo desnudo en un museo que había visto en alguna foto por ahí. Deseó que Parker estuviera allí. Él sí sabía de arte.

El rostro de Templeton parecía más tenso de lo habitual—. ¿Eso es todo lo que le contó sobre él?

Dawn levantó las manos en un gesto de impotencia—. Tendré que mostrárselas. Guardo las cartas en mi habitación. Iré a por ellas.

Desapareció por un pasillo y regresó un momento después sosteniendo una pila de cinco sobres pequeños atados con una bonita cinta azul.

—Como pueden ver, no son muchas. Como dije, ambas estábamos ocupadas en ese momento.

Se sentó de nuevo, acunando las cartas en su regazo. Desató la cinta y abrió suavemente la primera.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al leer—. Aquí habla de sus dificultades en las clases. Eran mucho más difíciles de lo que esperaba. Y luego menciona a este joven. Miguel Ángel esculpió a David como un dios. Un Apolo. Lydia también llamaba así a su novio. ¿Ven?

Miranda se inclinó y tomó la carta. Con Templeton mirando por encima de su hombro, leyó la parte que Dawn había señalado.

«*Esta noche vuelvo a ver a mi Apolo. Ay, Dawn. De verdad creo que es él. Hablamos durante horas y horas y nunca nos cansamos el uno del otro.*» Las siguientes líneas eran sobre la universidad. Luego retomaba el tema del novio. «*Anoche mi David me dijo que me ama. ¿Puedes creerlo? Me ama. No le contesté. Estaba demasiado atónita. Pero lo amo. Lo amo tanto. ¿Qué crees que dirán mamá y papá?*»

¿Y si Lydia no pudo decirle a este tipo que lo amaba? ¿Y si eso lo enfureció? Muchísimo. ¿Fue esa la razón por la que la había matado?

Miranda ojeó el resto de la carta y se la devolvió—. ¿Menciona algún detalle sobre este hombre en las cartas? ¿El color de su pelo, por ejemplo?

Dawn negó con la cabeza—. No. Nada.

Debía de ser guapo si lo llamaba «Apolo». Miranda recordaba vagamente que la estatua era alta y musculosa. Como todos decían que era Adam Tannenburg.

Dawn hojeó las otras cartas—. Esperen. Aquí hay algo. —Se llevó los dedos a los labios—. Lo había olvidado.

Templeton se sobresaltó un poco—. ¿Qué?

—Esta es una carta anterior. Menciona un color de pelo, pero no es la misma persona. —Dawn leyó en voz alta—. «*Esta noche voy a ver a mi Rembrandt de pelo oscuro.*»

El estómago de Miranda se tensó—. ¿De pelo oscuro?

—Sí. Aquí.

«*Esta noche voy a ver a mi Rembrandt de pelo oscuro. Sé que piensas que soy terrible por darle largas todo este tiempo y veo que tienes razón.*»

—Suena a que es un tipo diferente —comentó Templeton.

Dawn levantó la vista—. Lydia me había llamado una semana antes de escribir esto. Me dijo que estaba saliendo con estos dos jóvenes al mismo tiempo.

Miranda enarcó una ceja—. ¿Tanto con «Apolo» como con, eh, «Rembrandt»?

—Sí. Ambos se estaban poniendo serios con ella. Le dije que no era justo para ninguno de los dos. Le dije que debía romper con uno de ellos.

—¿Y no mencionó el nombre de ninguno de los dos durante esa llamada?

Dawn se llevó una mano a la mejilla—. No. No, lo recordaría. Estoy segura de que lo recordaría.

Así que ahora tenían a «Apolo», que podría haber sido Tannenburg, y a otro tipo de pelo oscuro al que llamaba «Rembrandt». Hablando de confusión.

—¿Qué más dice la carta? —preguntó Templeton con suavidad.

Dawn siguió leyendo—. «*He tomado una decisión. Voy a romper con él. Es a mi David a quien amo. A mi Apolo. Sé que a Rembrandt no le gustará. Sé que se enfadará. A decir verdad, le tengo un poco de miedo.*»

¿Miedo del otro tipo? —¿Y rompió con él? ¿Con este «Rembrandt»?

De nuevo, Dawn levantó las manos—. No recuerdo que dijera eso. —Revisó el resto de las cartas—. No veo ninguna otra mención de él.

Miranda leyó la carta de la ruptura entera, pasándole las páginas a Templeton a medida que terminaba.

Templeton examinó la primera página—. Esta carta está fechada el treinta de noviembre.

Dawn asintió—. Sí. Lydia no vino a casa para Acción de Gracias ese año. Supongo que fue entonces cuando todo esto estaba pasando. No sabe cuántas veces he deseado que hubiera vuelto a casa. Quizá podría haber averiguado más sobre estos jóvenes con los que salía. Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiera pedido más detalles. Pero temía que, si me entrometía, se alejara de mí. Se estaba esforzando tanto por ser independiente y forjarse su propia vida. —Dawn se llevó una mano a la boca mientras se le escapaba un sollozo.

Templeton extendió el brazo por encima de Miranda y tomó la otra mano de Dawn—. No se preocupe, Sra. Sutherland. No se torture. No podía saberlo.

—No, supongo que no.

Templeton se puso de pie—. ¿Le importa si nos llevamos estas cartas a la comisaría? Haré copias y se las devolveré.

—Por supuesto. Si cree que ayudará.

Miranda se levantó y las tres regresaron por el vestíbulo de entrada.

En la puerta, Dawn se volvió hacia Templeton—. ¿Y qué hay de este Adam Tannenburg?

—Estamos tratando de encontrarlo —dijo la detective.

Miranda sabía que Templeton no se atrevía a contarle a la afligida hermana los callejones sin salida que habían estado persiguiendo o

que se les habían agotado las opciones.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Siga intentando recordar cualquier cosa que Lydia pudiera haber dicho sobre cualquiera de estos chicos —le dijo Templeton.

—Lo haré. —Dawn abrió la puerta y les estrechó la mano calurosamente—. Gracias, detective Templeton, Sra. Steele. No sabe cuánto significa para mí su dedicación al caso de mi hermana.

—Solo hacemos nuestro trabajo —dijo Miranda.

Pero cuando la puerta se cerró y Miranda se dirigió de nuevo hacia los elevadores con su compañera, se dio cuenta de que no se había sentido tan derrotada desde que había empezado en la Agencia.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Asqueada y sin pistas, Miranda regresó al Calabozo con Templeton.

El tráfico de la tarde había sido un infierno y les había tomado más de una hora regresar a la estación. Tanto tiempo que, para cuando llegaron, ya era hora de irse a casa. En lugar de eso, se sentaron en el pequeño escritorio de metal, con la mirada fija en las pantallas de sus computadoras portátiles.

—No tiene caso hacer otra búsqueda —dijo Miranda.

—Nop —respondió Templeton con voz monótona.

Si Adam Tannenburg había intercambiado su identificación con el hombre del asilo Progressive Comfort, era imposible saber qué nombre estaba usando ahora.

Miranda tomó una de las cartas de Dawn Sutherland y la ojeó de nuevo. Era principalmente sobre la escuela y el trabajo de Lydia en el Pink Pajama. Había llamado al Dr. Bennett, su profesor en el Instituto de Arte, un viejo anticuado.

Miranda sonrió con tristeza ante el comentario y arrojó la carta de vuelta al escritorio.

Sintiéndose tan frustrada como un tigre enjaulado, se llevó las manos a la cabeza y se estiró hacia atrás en la silla, dejando que su espesa y enredada cabellera colgara detrás de ella. Pensó en la entrevista con el Dr. Bennett, que dijo que Lydia no era innovadora. En Maria Esposito, la vecina, que les habló de la sarta de novios que Lydia había llevado a casa. En Hildie, la mesera, que dijo que Lydia y el tipo rubio estaban enamorados. En la estirada vecina de Muriel Tannenburg, la señora Johnston. Pensó en las solitarias columnas,

los restos de la mansión Tannenburg, pudriéndose entre la maleza allá en Evanston.

—Ese lugar… la vieja casa de los Tannenburg.

Templeton soltó un largo bostezo. —¿Qué pasa con él?

—Parece que debería haber algo allí. —¿O era solo una ilusión?

Antes de que su compañera pudiera responder, el sonido de unos pasos resonó desde el frente de la sala.

Miranda se enderezó y se dio la vuelta justo a tiempo para ver la delgada figura del sargento Demarco aparecer en el extremo del pasillo de estanterías.

Estaba solo.

—¿Cómo va todo? —dijo al llegar al escritorio.

Templeton se giró en su silla y se sentó, con los hombros cuadrados hacia atrás, en una pose de soldado. —Bien, señor —le dijo.

Miranda no la contradijo. Ninguna de las dos quería que el sargento declarara el caso cerrado.

—¿Algún avance?

Templeton hizo un breve asentimiento marcial. —Sí, señor. Obtuvimos un resultado de un tal Adam Tannenburg en un asilo en Evanston.

Demarco la observó con curiosidad contenida ante su repentino conformismo. —¿Sí?

—Resultó que no era él.

Demarco se sacó el palillo de la boca y lo sostuvo entre los dedos como si estuviera debatiendo si pedir detalles. Tras un momento, dijo: —¿Cuál es su próximo movimiento?

Miranda tomó el vaso de poliestireno de la mesa y miró los restos del café de ayer. Quizás debería ir por más.

—Seguir buscándolo —dijo Templeton.

El sargento dejó escapar un largo suspiro. —Lástima que no tengamos una descripción suficiente para emitir un boletín sobre este tipo.

Templeton no respondió.

—Sí —dijo Miranda para llenar el silencio.

Demarco estudió el palillo en su mano como si contuviera las respuestas del universo. Finalmente dijo: —Ah, Steele.

Miranda sintió una punzada en el estómago. —¿Sí, sargento?

—Su esposo llamó esta tarde.

Lo sabía. —¿Y?

La mirada del sargento se desvió hacia la esquina, como si buscara una escotilla de escape allí. —Tuvo otra entrevista. Es fuera de la ciudad, así que no volverá hasta tarde esta noche. Quería que se lo dijera.

Estaba segura de que sí. La furia le subió por la columna hasta la cabeza, tentando a su boca a soltar una andanada de maldiciones. Pero no sería inteligente desquitarse con Demarco. Él era solo el mensajero.

En lugar de eso, le sonrió. —¿Dijo exactamente dónde era la entrevista, sargento? —Quizás le haría una visita.

Demarco se balanceó sobre sus talones. —Fuera del estado. En Florida, de hecho. —Se aclaró la garganta y rodó el palillo entre sus dedos.

¿Florida? ¿Qué demonios hacía Parker en Florida?

Su sonrisa se hizo más tensa. —De acuerdo. Gracias.

Demarco la miró como si pudiera leerle la mente. Y Miranda pudo ver que estaba condenadamente incómodo mintiendo por Parker… otra vez. ¿Florida? Tenía que ser algo grande para que Parker hubiera ido tan lejos.

Ese pensamiento no fue nada reconfortante.

Demarco se aclaró la garganta. —Bueno, avísenme si consiguen algo.

—Así será, señor —dijo Templeton. Y Miranda casi esperó que saludara militarmente.

El sargento examinó a las dos investigadoras una vez más, se metió el palillo de nuevo en la boca y regresó por el pasillo de pruebas.

Cuando oyó la puerta exterior cerrarse con un clangor, Miranda se volvió hacia Templeton. —No quieres dejar ir este caso, ¿verdad?

—Todavía no. Tengo una idea.

Miranda respiró hondo, esperando que fuera una buena. —Soy toda oídos.

—La vieja casa de los Tannenburg.

—¿Qué pasa con ella?

Templeton la señaló. —Tú misma lo dijiste hace unos minutos. ¿Y si hay algo allí? Ya sabes, ¿enterrado bajo los escombros?

Miranda había estado divagando en voz alta, aferrándose a un clavo ardiendo. Ni siquiera ella misma lo había creído. —¿Después de catorce inviernos de Chicago? Se necesitaría un equipo de arqueólogos para encontrar algo allí.

Templeton tenía una sonrisa tonta en la cara. —¿Qué tal un rastreador?

—¿Un qué?

—Un perro policía entrenado para rastrear olores.

Miranda frunció el ceño, sin atreverse a entusiasmarse con la idea. —¿Y cómo conseguimos uno de esos?

Templeton se acomodó en su silla y le guiñó un ojo a Miranda. —Conozco a un tipo en la unidad K9. Podría hacernos un favor.

—¿Un tipo?

—Un oficial.

—¿Qué oficial?

Templeton hizo una mueca. —De acuerdo. Estamos como saliendo. Su nombre es Gary O'Malley. Es irlandés. Es agradable.

Templeton hacía que le diera vueltas la cabeza. ¿Estaba saliendo con un tipo de la unidad K9? Miranda pensó en lo que eso podría significar, luchando por contener sus crecientes esperanzas.

Levantó una mano. —Espera. ¿Un perro como ese no necesita un rastro para trabajar? No tenemos nada de Tannenburg.

La sonrisa de Templeton se ensanchó. —Tenemos el cabello de Lydia Sutherland.

Era cierto. Justo ahí, en la caja de pruebas a sus pies. Y había sido mantenido en almacenamiento en frío todos estos años. Pero la propiedad de los Tannenburg no.

Sacudió la cabeza. —No va a haber nada en ese lugar que todavía tenga su olor.

Templeton se encogió de hombros. —He oído historias más raras de Gary.

¿Y si pudiera suceder? ¿Y si las probabilidades de repente se volvieran a su favor y realmente encontraran algo? —¿Y si el olor de Lydia Sutherland todavía está en algún lugar de la finca Tannenburg?

La detective sonrió. —Tendríamos la prueba que necesitamos.

Junto con todo lo demás, sería el último clavo en el ataúd del novio. —Pero todavía no tenemos a Tannenburg.

Templeton se encogió de hombros. —No se puede tener todo.

Miranda frunció el ceño ante eso. —No sirve de mucho si no podemos sacar a un asesino de las calles.

—Pero aun así, si encontramos algo que apunte a Lydia o a un incendio provocado por el hijo, el Fiscal de Distrito tendría que aceptar el caso y dependería de los Alguaciles Federales encontrarlo.

—Quizás. —Miranda odiaba no atrapar a su hombre.

E ir a Evanston con un perro policía a buscar algo que podría no estar allí era otra posibilidad remota. Se frotó los ojos, sintiéndose de repente agotada hasta los huesos.

—Te ves agotada —dijo Templeton.

—Tuve una noche difícil. —Miranda recordó que Parker le había dicho que lo había pateado toda la noche. Quizás por eso se había ido de la ciudad, para poder dormir decentemente.

—Déjame llamar a Gary.

Templeton tomó su teléfono y se metió entre los pasillos mientras Miranda ordenaba el área de trabajo.

Después de unos minutos, la detective regresó. —Tenemos suerte. Más o menos. Gary y su compañero están disponibles, pero no hasta las nueve de esta noche.

¿Su compañero? Debía referirse al perro. —¿Qué hacemos hasta entonces?

Templeton miró la hora en su teléfono. —Tengo que ver cómo está mi hijo y asegurarme de que mi madre pueda cuidarlo esta noche. ¿Por qué no te dejo en el hotel y te recojo en unas horas?

Ah, sí. No tenía cómo transportarse. No muy caballeroso de parte de Parker. Él nunca la dejaría tirada. Eso significaba que se había ido

de improviso, y no era una entrevista planeada. Se preguntó qué habría averiguado.

—Claro —le dijo a Templeton.

Se levantó, agarró su maletín y siguió a Templeton de vuelta al estacionamiento. Sintiéndose más cansada que nunca y un poco abandonada, subió a la camioneta.

«Ja», pensó mientras cerraba la puerta. ¿Quién necesitaba a Parker y su elegante Audi alquilado cuando tenías un vehículo policial a mano?

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Miranda yacía en la cama recién hecha de su lujosa suite de hotel y miraba fijamente el techo. Se sentía raro sin Parker allí. Desde luego, ella nunca reservaría un lugar así por su cuenta. Si hubiera venido sola, habría conseguido una habitación barata con baño compartido.

¿Dónde diablos estaba?

Se dio la vuelta y golpeó la almohada con el puño, deseando que fuera la cara de él. No, nunca le haría daño a esa obra de arte. Pero la imagen de su apuesto esposo, con su sonrisa sexi y sus ojos de color plomo, la enfureció aún más.

¿Por qué no estaba aquí trabajando en este caso? ¿Qué era tan importante como para que tuviera que irse corriendo a Florida, de todos los lugares?

Y entonces lo supo.

Tenían que ser esos mensajes de texto en su teléfono. Los había descubierto y estaba buscando a quienquiera que los hubiera enviado.

Pero ¿por qué Chicago? ¿Por qué Florida?

No quería saberlo. Sus pensamientos empezaron a acelerarse. ¿Cómo había encontrado esos mensajes? ¿Se le había escapado a Becker su secreto? ¿Habían estado trabajando juntos? ¿Qué demonios habían descubierto? Esos mensajes de texto tenían que ser una broma. Alguien que la había visto en la tele y decidió gastarle una broma. Alguien que buscaba divertirse. Probablemente algún adolescente lleno de granos con mala actitud.

¿Verdad?

No servía de nada intentar descifrarlo. Su cerebro estaba demasiado cansado de intentar averiguar dónde estaba Adam Tannenburg.

Hundió la cabeza en la almohada y se obligó a cerrar los ojos. Su mente no dejaba de dar vueltas, pero sus pensamientos no tenían mucho sentido.

Tuvo una visión de Parker en Florida persiguiendo a un niño gordito de diez años por un naranjal. El niño no paraba de lanzarle fruta, pero él esquivaba cada una. Por fin, la visión se desvaneció en una neblina de color mandarina y se quedó dormida.

###

No supo cuánto tiempo había estado inconsciente cuando se despertó de un sobresalto, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y los oídos.

Algo andaba mal. Muy mal. Podía sentirlo.

Corrió a la sala, donde estaban los muebles de color chocolate. Ahora podía oírlo. Un fuerte traqueteo.

Se dio la vuelta y miró fijamente la perilla de la puerta.

Giró a la izquierda y luego a la derecha.

Estaba aquí. Justo aquí. Iba a entrar.

La puerta se abrió de golpe.

Gritando, se dio la vuelta y salió disparada por el suelo, derribando una silla de la cocina al pasar. Con el corazón martilleándole como un taladro neumático, corrió a la habitación contigua. Estaba oscuro allí. Oscuridad total. Pero palpó la pared y encontró otra puerta.

«Rápido», pensó. «Ya viene». Podía oír su respiración detrás de ella.

Abrió la puerta de golpe y pisó el frío cemento de un pasillo oscuro. Había una escalera. Empezó a subirla tan rápido como pudo. También estaba fría bajo sus pies. Podía sentir las perforaciones de las protecciones antideslizantes.

Ignoró la sensación e intentó subir los escalones de dos en dos, pero su vieja y raída bata se interponía. A mitad de la escalera, tropezó. Los escalones le rasparon las rodillas. El dolor le atravesó la piel. Antes de que pudiera volver a ponerse de pie, unas manos

empezaron a buscarla a tientas por detrás. Intentó apartarlas a golpes, pero sus puñetazos eran muy débiles.

Una de las manos la agarró del pelo y la arrastró escaleras abajo.

—Ya te tengo. —La voz era rasposa como la grava. La conocía demasiado bien.

Se cernió sobre ella, su largo pelo grasiento colgándole sobre la cara, las puntas rozándole las mejillas, las rendijas de sus ojos oscuros tan crueles como siempre.

—Nunca debí dejarte vivir. Y ahora no lo haré. —Levantó un puño cerrado y pesado.

Mientras se le venía encima, ella se retorció, tratando de apartarse, pero el golpe le dio con fuerza en la mandíbula. Un dolor fulgurante le atravesó la cara, el cráneo.

Saboreó la sangre en su boca.

Gritó. Pateó. Haciendo fuerza contra el cemento, intentó arrastrarse para alejarse de él. No avanzó ni un centímetro. Empezó a llorar y a suplicar como una niña perdida.

—Suéltame —sollozó—. Por favor, para. Me estás haciendo daño.

—Vas a sufrir mucho más cuando termine contigo. Es lo que se merecen las putas como tú.

Una puta. Él siempre había pensado que era una puta sin importar lo que hiciera, sin importar cuánto se esforzara por complacerlo.

Pero no lo era. No lo era entonces. No lo era ahora.

Era una luchadora.

De alguna manera, se las arregló para levantarse. Ahora era alta. Más alta que él. Levantó los puños y se atrevió a desafiarlo con la mirada.

Pero sus ojos negros brillaron con burla.

Este momento no duraría mucho. Tenía que moverse ahora. Si no lo hacía, sería demasiado tarde.

Se dio la vuelta y lanzó una patada. Una patada circular perfecta. Pero ¿dónde estaba el golpe?

En vez de eso, él le agarró el tobillo y cayeron hacia atrás, hacia la escalera. Se tambalearon hacia un lado. Luego hacia el otro. Ella

alargó la mano hacia la barandilla, sintió el frío metal deslizarse entre sus dedos.

Y entonces estaban cayendo.

Cayendo y cayendo y cayendo. Dando tumbos uno sobre el otro. Girando y girando y girando.

Llegarían al fondo pronto. Su cabeza se abriría y sería el final. La encontrarían en un charco de sangre.

No podía permitir que sucediera.

Desesperadamente, buscó algo, cualquier cosa, para detener la caída. No había nada más que aire.

Iba a morir.

Abrió la boca de par en par. La respiración se le atascó en la garganta. Podía oírse a sí misma gritar.

—¡Noooo!

Y entonces se despertó.

Con el pecho agitado, Miranda se incorporó en la cama. Las sábanas eran una masa enroscada alrededor de sus piernas. Con el corazón aún desbocado, luchó por liberarse de ellas y se deslizó hasta el borde de la cama. Se quedó sentada un momento, temblando por completo.

¡Dios santo, estos sueños!

¿Por qué seguía teniéndolos? Había pensado que se habían acabado después de lo de Lake Placid. Había pasado meses sin tener uno. Y entonces habían vuelto. Tuvo el primero cuando ella y Parker estaban en Las Vegas.

Y este, recordó mientras su mente se aclaraba, era muy parecido al que había tenido hacía un día. Atrapada en una escalera con Leon violándola. Intentando escapar y cayendo por las escaleras hacia el olvido.

¿Qué significaba? Le dejaría esa pregunta a la doctora Wingate.

Se frotó los brazos y miró alrededor de la habitación vacía. Se sentiría mejor si tuviera una pistola, pero aquí no tenía ni siquiera su bate de béisbol. Deseó que Parker estuviera allí, pero no, se había ido a Florida.

Vio su celular en la mesita de noche. Quizá debería llamar a la doctora Wingate ahora. ¿Estaría en su consultorio? Entonces miró el

reloj.

Siete y media. De la noche.

Se frotó la cara. Se suponía que iba a ir a Evanston con Templeton esta noche.

Poniéndose de pie, intentó sacudirse los nervios. Necesitaba darse una ducha y comer algo antes de que el detective pasara a buscarla.

Decidió llamar al servicio a la habitación y pidió un bistec.

Se dirigió al baño y se aseguró de cerrar la puerta con llave. Mientras se desvestía y se metía bajo el agua, esperaba que su pedido de comida llegara pronto.

No tenía hambre, pero de verdad quería ese cuchillo para carne.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Parker aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Palm Beach a las cinco y cincuenta y ocho p. m.

Alquiló un auto y manejó hacia el norte, con el sol sobre su hombro, hasta la pequeña comunidad de retirados en las afueras de Jupiter, donde vivía el exoficial penitenciario Felix Wolak.

La casa del oficial era de estuco encalado, con un césped bien cuidado y una elegante cerca blanca del mismo material que la casa. *Un lugar acogedor para pasar los últimos buenos años*, pensó Parker mientras entraba en el camino de acceso y bajaba del auto.

Algo en lo profundo de su ser anhelaba un lugar como ese con Miranda. Pero era mejor no pensar en eso ahora.

Llamó a la puerta y oyó a una mujer decir en voz alta:

—Un minuto.

Reconoció el suave acento sureño que había escuchado por teléfono esa tarde.

Un momento después, la puerta se abrió y apareció una mujer menuda con shorts celestes y una blusa a cuadros anudada en los extremos que revelaba un abdomen bronceado. Tenía el pelo corto de color castaño, la nariz salpicada de pecas y un cutis que decía que la vida en Florida le sentaba bien. Probablemente tenía una edad cercana a la de Wolak, pero parecía un poco más joven.

—¿Señora Wolak?

—Sí.

—Soy Wade Parker. ¿Hablé con usted por teléfono esta tarde?

—Ah, sí. —Esbozó una cálida sonrisa de dientes blancos y perlados, y abrió el mosquitero.

Mucho más acogedora que por teléfono cuando se había autoinvitado.

—Felix acaba de volver —dijo ella—. Le conté de su llamada y está más que feliz de hablar con usted, señor Parker. Por favor, pase.

De ahí el cambio en su actitud.

—Gracias.

Al entrar, escuchó y olió el pescado friéndose.

—No quiero interrumpir su cena.

—No se preocupe. ¿Por qué no cena con nosotros? Nos gustaría tener compañía. —Se dio la vuelta y caminó con sus sandalias por un corto pasillo.

Parker la siguió hasta una pequeña y sencilla cocina llena de adornos de mariposas en las paredes.

—Ha llegado nuestro invitado para la cena —anunció Emily al hombre con delantal que atendía una sartén de hierro llena de pescado en la estufa.

El hombre le pasó el tenedor a su esposa, se secó la mano en una toalla y la extendió.

—¿Señor Parker?

Parker se adelantó para estrechársela.

—Sí. Y usted debe ser el amigo del director Novak, Felix Wolak.

—En carne y hueso.

Tenía la misma voz áspera que el director. Era un poco más bajo que Parker, pero tinha una constitución fornida y hombros anchos que te harían pensarlo dos veces antes de meterte con él. Una complexión y un comportamiento que sin duda le sirvieron durante tantos años para mantener a raya a criminales violentos.

Su pelo lacio, de color gris acero, había crecido un poco más de lo reglamentario por detrás, y un par de cejas negras y espesas le daban un aspecto de policía rudo. Al igual que su esposa, su piel estaba bronceada, pero tenía un aspecto curtido y era más oscura. Un bronceado de pescador. Debajo del delantal llevaba una camiseta sin mangas de color gris, unos shorts cargo de color beis y sandalias.

Parte del uniforme de aquí, imaginó Parker.

—Así que ha venido a verme por un caso en el que está trabajando.

—Así es.

Wolak asintió rápidamente mientras se daba la vuelta y tomaba una fuente con papas fritas.

—Primero cenemos. Me muero de hambre y no me gusta hablar de trabajo delante de mi esposa.

En respuesta a ese comentario, mientras él caminaba pesadamente hacia la mesa, Emily le dio un latigazo juguetón con su toalla.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La cena fue sencilla. Ensalada, papas fritas caseras, *hush puppies* y una de las lubinas más frescas que Parker había probado en su vida.

Respetando los deseos de su anfitrión, Parker no mencionó el caso mientras comían, pero en cuanto terminaron y Emily empezó a retirar los platos, se alegró cuando Wolak señaló un pasillo y lo condujo a una pequeña y acogedora sala de estar con una decoración rústica.

Wolak se acomodó en un sillón reclinable mientras que Parker tomó asiento en el sofá de cuero marrón que estaba a su lado.

—¿Es usted fumador, señor Parker? —preguntó el hombre con su voz ronca.

—No sabría decirle que sí.

De un pequeño cajón de una mesa auxiliar, Wolak sacó una pipa con la cazoleta de nogal pulido, una bandeja de color ámbar, una bolsa de papel dorado y cerillos. —¿Le molesta?

A Parker no le gustaba que fumaran. Pero siempre era mejor que la gente se sintiera cómoda cuando uno quería obtener información de ella, así que no protestó.

—En absoluto —dijo.

Wolak cargó la cazoleta de la pipa con el tabaco de la bolsa y la encendió con un cerillo de madera. Tras un instante, el aire se llenó de un aroma especiado. —Tengo unos Royales si quiere cambiar de opinión y darse el gusto.

Una marca de puros que su padre fumaba de vez en cuando. Parker negó con la cabeza. —No, gracias.

Wolak dio una calada, exhaló una larga voluta de humo y luego le dedicó a Parker un guiño pícaro. —Mi esposa odia esta cosa. Dice que fumar es cosa del diablo. Pero solo lo hago cuando quiero pensar. —Cruzó las manos sobre el estómago y se meció hacia delante y hacia atrás.

Parker esperó pacientemente, con la esperanza de que su anfitrión no se quedara dormido.

Por fin, Wolak se quitó la pipa de la boca. —Así que cuénteme sobre ese caso suyo.

Aliviado por poder llegar finalmente al propósito de su visita, Parker le explicó discretamente lo que le había ocurrido a Miranda quince años atrás, el caso sin resolver en el que estaban trabajando en Chicago, el sospechoso Adam Tannenburg y la extraña visita que había encontrado en los registros de la prisión.

No mencionó que el visitante era el exmarido de Miranda.

Wolak fumaba su pipa mientras escuchaba, con el ceño poblado fruncido. —¿Cómo dijo que se llamaba el visitante?

—Leon Groth.

—Un policía, ¿verdad?

—Sí.

—De Oak Park.

Parker no había mencionado eso. —Sí.

Wolak asintió lentamente. —Yo empecé en la policía de Oak Park. Lo recuerdo. Toda una joyita de tipo. —El sarcasmo de Wolak era tan espeso como el humo.

El pulso de Parker se aceleró. ¿Había encontrado a un hombre que conocía a Groth? Era más de lo que esperaba.

—¿No le caía bien? —preguntó, conteniendo su expectación.

Wolak sopló un aro de humo en el aire e hizo una mueca. —Nunca me gustó ese hombre. Era de los que siempre tenían que demostrar lo rudos que eran. Todo el tiempo quejándose de su esposa. Que nunca lo escuchaba. Que le respondía. Que siempre tenía que demostrarle quién era el hombre de la casa. Un hombre de verdad no necesita hacer eso.

Qué cierto. Parker se preguntó qué clase de detalles habría compartido Groth con sus compañeros sobre las palizas que le había

dado a Miranda. La idea lo asqueó.

Se inclinó hacia delante. —Oficial Wolak, ¿recuerda la visita de Groth a Adam Tannenburg el primero de febrero de ese año?

Wolak dejó la pipa en una bandeja sobre la mesa auxiliar y se enderezó en el sillón reclinable. —De hecho, ahora que lo pienso, sí la recuerdo.

Parker esperó a que dijera algo más.

—Tannenburg era un tipo bastante grande, ¿verdad? —Hizo un gesto con ambas manos para indicar unos hombros anchos.

—Según un testigo, así es.

—Pelo rubio y alborotado. Joven. No podía tener más de veinte años. Venía de una familia acomodada.

Parker estaba impresionado. —Así es. Tiene una memoria excelente.

Wolak hizo un gesto despectivo con la mano. —Siempre me he enorgullecido de mantenerme al tanto de los que estaban a mi cargo. Pero este Tannenburg era diferente. Difícil de olvidar. Lo habían traído para interrogarlo unas semanas antes.

Parker asintió. —Un mes y medio antes. Sobre el caso Sutherland.

Wolak se reclinó en el sillón y empezó a mecerse de nuevo como si eso le ayudara a ver el pasado con más claridad. —Cierto. Sobre el incendio de la casa. Lo dejaron ir.

Parker asintió de nuevo.

—Luego lo trajeron una segunda vez.

—En febrero.

—Sí.

—¿Por qué fue esa vez?

Wolak dejó de mecerse, se inclinó hacia delante con los brazos sobre las rodillas y miró por la ventana de la sala los restos de la puesta de sol.

Negó con la cabeza. —No recuerdo eso. Pero fue justo después del Super Bowl, así que sé que fue en febrero. Recuerdo haber visto a Groth en la sala de espera esa noche. Le pregunté qué hacía por mi zona.

Parker sintió que se le tensaba un músculo de la mandíbula. —¿Qué le dijo?

Wolak tomó su pipa y dio otra calada. —Groth me dijo que tenía pruebas contra Tannenburg. Que podía meterlo preso por un largo tiempo. Que si Tannenburg salía, sería solo por su misericordia. Pensé que me estaba vendiendo humo. —Se rio irónicamente de su propio juego de palabras mientras el humo rodeaba su cabeza.

Parker esperó de nuevo.

—Pero entonces, al día siguiente, Tannenburg fue liberado, y pensé que debía haber algo de cierto en lo que Groth dijo. Tenía muy buenos contactos con cierta gente, si me entiende.

Parker apretó el cuero acolchado del brazo del sofá. —¿Quiere decir que Groth estaba chantajeando a Tannenburg?

—Esa es la impresión que me dio. —Negó con la cabeza—. No sé cómo ese hijo de puta se las arregló. Pero como dije, tenía contactos.

—Oficial Wolak, falta información del registro de Tannenburg. Yo mismo vi el expediente en los archivos de la prisión esta tarde. Todo lo que hay es una nota de su encarcelamiento y la fecha y hora de la visita de Groth.

Wolak soltó una risa amarga. —Me sorprende que encontrara tanto. Groth probablemente hizo que lo dejaran en el archivo para tener una ventaja sobre el tipo. En caso de que alguna vez se retractara de lo que fuera que Groth quería de él.

Parker sintió un puñetazo en el estómago. ¿Fue Groth quien hizo que se eliminaran los detalles de Tannenburg de los registros? No se había dado cuenta de que ese pedazo de mierda había sido tan poderoso.

—¿De verdad cree que Groth hizo eso y consiguió que liberaran a Tannenburg?

—Por supuesto que sí. Creo que ese canalla hizo algún tipo de trato con el tipo a cambio de su liberación.

La mente de Parker corría a toda velocidad. —¿Cómo pudo Groth hacer eso a menos que Tannenburg fuera realmente culpable de algo?

Wolak se encogió de hombros. —Probablemente lo era.

¿Un oficial de policía tiene pruebas del crimen de un prisionero y lo libera? ¿Por qué? ¿Qué ganaba Groth con esto? —¿Sabe de qué se trataba? ¿Tenía algo que ver con el caso Sutherland?

Wolak miró por la ventana otro momento y luego negó con la cabeza. —No lo sé. Pero por las indirectas que Groth me dio esa noche, definitivamente estaba moviendo los hilos. Siento no tener nada más concreto. Pero tengo un instinto policial bastante bueno.

—Estoy seguro de que sí —dijo Parker.

Pero ¿en qué situación lo dejaba eso? Con más preguntas que respuestas. No estaba llegando a ninguna parte ni con el caso Sutherland ni en la búsqueda del hombre que atacó a su esposa tantos años atrás.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante un largo rato, cavilando sobre la información mientras el sol se ponía y el humo de la pipa circulaba en el aire.

Entonces, por fin, Wolak volvió a hablar. —Ahora recuerdo por qué trajeron a Tannenburg.

Parker se tensó al hacer la pregunta obvia. —¿Cuál era el cargo?

El rostro de Wolak se volvió duro y frío. —Agresión sexual. Adam Tannenburg era un maldito violador.

###

Parker condujo de vuelta al aeropuerto más angustiado que cuando había llegado. Sus pensamientos se arremolinaban frenéticamente en su cabeza.

¿Adam Tannenburg era un *violador*? ¿Había violado y matado a Lydia Sutherland? Si eso era cierto, ¿por qué Leon Groth intentaba librarlo? Parker pensó en ello. Groth odiaba a las mujeres. Quizá pensaba que todos los violadores debían ser liberados para depredarlas. Pero ¿por qué a este en particular? ¿Cómo conocía Groth a ese hombre? ¿Por los informes policiales sobre el incendio en un barrio cercano?

No sabía las respuestas.

Todo lo que sabía era que Adam Tannenburg era un violador. Y Miranda lo estaba buscando.

Tenía que poner fin a eso. Tenía que asegurarse de que ella nunca descubriera la conexión entre Groth y Tannenburg.

Si lo hacía, podría destruirla.

Pensó en las terribles pesadillas que habían regresado con renovada fuerza. Las había sufrido durante tanto tiempo. Aparentaba estar bien, les restaba importancia. Pero él sabía que la desgarraban por dentro, que le carcomían el alma. Habían vuelto a empezar cuando la llevó a Las Vegas, en su primer caso para Parker and Steele Consulting. Ahora habían cobrado impulso y habían vuelto con toda su fuerza. ¿Y por qué?

Porque él la había metido en este negocio, le había abierto el apetito por encontrar asesinos. Porque la había traído de vuelta a la ciudad donde sus pesadillas de la vida real habían comenzado.

En su mente revivió la agonía de ella del otro día cuando vio el lugar donde había sido atacada en Lawnfield Heights quince años atrás. Su dolor era tan real que podía saborearlo. Había pensado que se derrumbaría, que se vendría abajo en ese miserable lugar; todo porque él la había traído de vuelta aquí.

Tenía que remediar eso. Tenía que proteger su mente y su corazón, así como su cuerpo.

Era hora de actuar.

Se obligó a concentrarse en manejar mientras recorría los últimos kilómetros. Cuando tomó la rampa del aeropuerto, miró el reloj del tablero. Tenía solo unos minutos de margen para tomar su vuelo de las nueve. Sería más de medianoche cuando estuviera de vuelta en Chicago. Mañana cerraría el caso Sutherland.

Sin importar dónde estuviera Miranda en su investigación, le diría a Demarco que habían hecho todo lo que podían y que se volvían a casa.

Su aniversario era al día siguiente, después de todo. Demarco lo entendería.

Miranda era harina de otro costal. Pero él se encargaría de ella. De algún modo. Aún no sabía cómo, pero lo haría.

Y sabía otra cosa con certeza.

Iba a cerrar Parker and Steele Consulting para siempre. Incluso un caso sin resolver era demasiado para Miranda. Ella protestaría, lucharía, pero él se mantendría firme.

Se irían de Chicago tan pronto como pudieran, y cuando llegaran a casa le daría la noticia. No sería fácil para ella, pero él la ayudaría a superarlo. Él podía jubilarse. Ambos podían hacerlo. Ir a algún lugar donde no tuvieran que pensar en asesinos y violadores. Un lugar tranquilo donde él pudiera ayudarla a sanar.

Ya estaba en el aeropuerto. Dejó el auto, le entregó las llaves a un encargado y se apresuró a entrar a su terminal. Mientras encontraba su asiento y se abrochaba el cinturón, su mente volvió a su encantadora esposa. Le dolió el corazón por ella una vez más.

¿Cuánto tiempo tardaría Miranda en aceptar lo inevitable? No lo sabía. Pero de una cosa estaba absolutamente seguro.

Le gustara o no, Parker and Steele Consulting dejaría de existir.

CAPÍTULO CINCUENTA

En la oscuridad, la vieja finca de los Tannenburg en Evanston parecía el escenario de una película de terror.

Los faroles de la calle proyectaban sombras parpadeantes contra las altas columnas de ladrillo, convirtiéndolas en fantasmas espeluznantes. Las luciérnagas revoloteaban en la hierba alta alrededor del lugar, y Miranda habría jurado que oyó ulular a un búho.

¿No era esta la parte en la que el público gritaba que no entraran ahí?

Templeton se detuvo detrás de una patrulla que ya estaba estacionada junto a la acera.

—Ahí está. Justo a tiempo.

En realidad, era media hora más tarde de lo que había dicho el novio del perro, pero no era como si tuviera a alguien esperándola en casa. Aún molesta por la desaparición de Parker, Miranda salió del auto y siguió a Templeton hasta la patrulla.

El novio debió de haber estado mirando por el espejo retrovisor, porque en cuanto se acercaron a la defensa trasera, salió disparado del auto y se apoyó en él, con los brazos cruzados como si intentara impresionar a su chica.

—Bueno, hola, hermosa —sonrió él.

Templeton respondió con un gruñido.

—Estoy de servicio, O'Malley.

—Lo siento. —De inmediato, el oficial se enderezó y su rostro se puso serio.

Era un tipo de aspecto común, con una nariz chata y pecosa y el pelo rojo y rizado. Parecía joven y novato, pero se veía elegante con su impecable uniforme negro y las insignias en los hombros.

Templeton la señaló con la cabeza.

—Esta es la investigadora privada de la que te hablé por teléfono.

Miranda le extendió la mano al oficial.

—Miranda Steele.

—Gary O'Malley. Un placer conocerte.

Miranda se asomó por la ventanilla trasera de la patrulla. El perro estaba en el asiento de atrás. O'Malley abrió la puerta y le ordenó al perro que saliera.

Obedeció.

—Este es Lucky —le dijo el oficial—. Saluda, Lucky.

Lucky era un hermoso pastor alemán negro y marrón, con ojos oscuros y brillantes, y orejas alertas. Se sentó y levantó una pata.

Miranda no pudo evitar sonreír mientras se la estrechaba.

—Hola, Lucky. Esperamos que nos traigas suerte esta noche.

El oficial rascó al perro detrás de la oreja.

—No sé qué decirte. Es una tarea bastante difícil.

Miranda se puso una mano en la cadera.

—¿Por qué lo dices?

—¿Un caso de hace catorce años? Lo más que he oído que dure un rastro son unas pocas semanas.

Y Templeton que había estado tan esperanzada. Si no supiera la desesperación de la detective por resolver este caso, Miranda pensaría que esto era solo una excusa para ver a su novio.

Templeton le dio un golpe en el brazo al oficial.

—Deja de ser tan aguafiestas, Gary. Hay vegetación ahí afuera. Es posible.

O'Malley se encogió de hombros.

—Supongo que todo es posible.

—Tenemos que intentarlo. —Se giró hacia Miranda—. ¿Todavía estás dispuesta?

—Por supuesto. —Todo el caso había estado lleno de posibilidades remotas. No era momento de detenerse por esta.

—Tengo algo de equipo en la cajuela. —O'Malley abrió la parte trasera de la patrulla y metió la mano.

Un momento después sacó cascos con linternas frontales y guantes de trabajo.

Miranda sonrió mientras él le entregaba un par.

—Realmente estás preparado, ¿no?

—Parte de nuestro entrenamiento.

Ella se puso el casco y encendió la luz.

Templeton levantó una mano.

—Oye, no me apuntes a los ojos.

—Lo siento —dijo Miranda y se giró hacia el edificio—. ¿Todos listos?

—Todo listo —dijo O'Malley.

—Entonces, vamos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Con Lucky a la cabeza, cruzaron la parte podada del césped y se adentraron en la maleza. Los insectos salían volando mientras avanzaban pesadamente por la hierba alta y Miranda deseó tener un machete. Pero no tardaron en llegar al borde de la edificación.

Bajo las luces de los cascos, Miranda pudo ver una hilera de piedras rotas que alguna vez había sido un muro exterior. Ahora formaba una especie de valla baja entre el patio y lo que quedaba de los cimientos.

Templeton le entregó una bolsa de plástico a O'Malley.

—Aquí, chico. —O'Malley abrió la bolsa y se agachó para que Lucky la olfateara.

Era el cabello de Lydia Sutherland de la Sala de Pruebas.

—Ve —ordenó O'Malley, y Lucky saltó por encima de la valla y se metió entre los escombros.

Miranda levantó el pie para pasar por encima de la barrera.

—Cuidado —le advirtió O'Malley—. Hay muchos escombros por todas partes.

—Estaré bien —le dijo mientras pisaba una superficie crujiente. ¿Qué les pasaba a los hombres y a su naturaleza sobreprotectora?

A su lado, Templeton escaneaba los cimientos con su linterna. —Tablas del suelo rotas.

—Ya lo veo. —Además de montones y montones de restos.

Lucky ya estaba a unos tres metros, olfateando el cristal roto de una ventana que yacía contra un montículo de ladrillos.

Mientras Miranda comenzaba a moverse con cuidado sobre el suelo, pudo distinguir el contorno de una habitación. Dos altos

pilares de piedra se erguían detrás de ellos. A la derecha, yacía un trozo de columna roto.

Probablemente había sido un vestíbulo.

Al otro lado del espacio, un montón de madera podrida y mármol yacía en desorden. ¿Había sido eso una gran escalera?

A un lado, se veía el contorno de otra habitación. Lucky giró y se metió en ella de un salto. Miranda se abrió paso hasta allí y pasó por encima de lo que quedaba del muro de concreto.

Este espacio parecía mucho más grande y más lleno de escombros. Pateó las piedras que tenía a sus pies. Algo brilló debajo de ellas. Se agachó y apuntó con la linterna entre dos losas de roca.

—Mira aquí —dijo.

Templeton se acercó. —¿Qué es?

Miranda señaló. —¿Es eso un candelabro?

Templeton se inclinó y observó la plata deslustrada y deforme bajo las losas. —Eso parece.

¿Había usado Tannenburg una vela para prender fuego a las cortinas? Incluso si su ADN estuviera por todas partes, no probaría ninguna conexión con la muerte de Lydia Sutherland. O que él hubiera provocado el incendio aquí.

Miranda se levantó y observó los ladrillos de uno de los pilares que seguían en pie. —Quizá aquí había una chimenea.

Templeton asintió. —Podría haber sido una especie de gran salón.

—Sí. —La habitación donde Muriel Tannenburg había muerto.

—Gary, trae a Lucky aquí.

El oficial obedeció. El perro olfateó por los alrededores, pero no pareció impresionado. Al cabo de un momento, corrió hacia otra esquina.

Hasta ahí llegó ese hallazgo.

Miranda siguió al perro hasta la esquina opuesta con Templeton a su lado. Al acercarse al lugar, se detuvo y señaló un montón de fragmentos de formas extrañas en el centro de la habitación. De color marfil, carbonizados por los bordes.

—¿Son lo que creo que son?

Una vez más, Templeton se inclinó para observar los escombros. —Parecen teclas de un piano.

Uno que se había consumido en las llamas. —Esta debió de ser una sala de música.

—Probablemente. Eran una familia de músicos. —Templeton siguió adelante y se dirigieron a lo que parecía ser la siguiente habitación.

Mientras deambulaban, se toparon con más cristales rotos, algunas monedas antiguas y trozos de piedra y hierro cerca de lo que parecía haber sido otra chimenea.

La siguiente habitación era un poco más pequeña, pero contenía la misma ceniza y escombros que el resto del lugar.

Lucky estaba ahora en el extremo de la casa, olfateando sin cesar, sin encontrar nada más que ellas. O'Malley lo observaba de cerca.

De repente, la cabeza del perro se alzó de un tirón, con las orejas alerta. Ladró una vez y luego se dirigió hacia el patio trasero y la línea de árboles al borde de la propiedad.

—¡Ve, chico! —siseó O'Malley y corrió tras él.

Miranda torció el gesto. —¿A dónde van?

—No lo sé. Será mejor que lo averigüe. —Y Templeton salió corriendo tras ellos.

«Probablemente olió un conejo», pensó Miranda, cada vez más asqueada de esta aventura. ¿Por qué creían que podían encontrar algo en este lugar en ruinas? O'Malley tenía razón. Cualquier rastro se habría desvanecido hacía mucho tiempo, incluso si Adam Tannenburg hubiera venido directamente aquí después de matar a Lydia Sutherland y se hubiera revolcado por todas las alfombras.

Levantó la vista hacia los pilares. Probablemente él había tenido un dormitorio en el piso de arriba que se había derrumbado sobre los pisos inferiores hacía mucho tiempo. No se podía distinguir qué habitación era cuál, y mucho menos encontrar alguna pista.

Nunca conseguirían nada contra Tannenburg. Quedaría libre, dondequiera que estuviese.

Ahora sola, entró en la última habitación de ese extremo de la casa. ¿Una sala de estar? Tal vez. Deambuló por el perímetro, si es

que se le podía llamar así, buscando no sabía qué.

En la esquina más alejada se erguía otro pilar de ladrillo, el más alto que había visto allí. De unos dos metros de altura, sus bordes superiores se alzaban rasgados y dentados contra el cielo nocturno. Sobre su cabeza, una viga de madera podrida aún se aferraba a sus piedras. El viento silbaba a través de las columnas y la madera crujió un poco.

Miranda le apuntó con la linterna, vio los restos polvorientos de una carbonización de hacía mucho tiempo, y luego movió lentamente la luz de nuevo hacia el suelo.

Algo en la esquina captó la luz y centelleó.

«¿Joyas?», pensó, acercándose al lugar. «¿Algo que podría haber pertenecido a Lydia?».

Se agachó y hurgó en los trozos de piedra rotos con su guante. Estaban firmemente incrustados en el lodo y tuvo que dar un buen tirón a uno para soltarlo. Por fin pudo meter una mano entre las rocas y sacar algo.

Era un fino alambre oxidado. Una forma rectangular con fragmentos de tela podrida aún adheridos al marco. ¿Una especie de estuche? Apartó otra losa y, en la tierra y las cenizas, encontró un montón de diminutos anillos de metal.

Piezas de clarinete. ¿El que había pertenecido a Muriel Tannenburg? ¿O quizás a su hijo?

¿Era este el gran salón en el que había muerto la madre? La idea la incomodó.

El viento arreció. Hojas y cenizas volaron sobre los cimientos. De repente, todo el lugar parecía lúgubre y lleno de fantasmas. Unos escalofríos recorrieron los brazos y la columna de Miranda. Su sexto sentido se estaba activando. Quizá, después de todo, sí había algo que encontrar aquí.

Se levantó de nuevo y se acercó sigilosamente al borde de la habitación. Miró hacia el bosque. No podía ver a Templeton ni a O'Malley. No oía al perro en absoluto.

¿A dónde habían ido? Sintió algo detrás de ella.

De repente, un gemido resonó sobre su cabeza. La madera crujió. Miró hacia arriba. La viga podrida se abría sobre ella.

«Sal de ahí».

Pero antes de que pudiera moverse, algo se deslizó alrededor de su cuello y tiró de ella hacia atrás. La viga se vino abajo con estrépito, lanzando al aire una nube de polvo de décadas. Tosiendo, Miranda sintió una punzada de alivio.

Entonces, la cosa alrededor de su cuello comenzó a apretar.

El miedo le sacudió las entrañas. Sus instintos se activaron y agarró lo que fuera que fuese, intentando meter los dedos por debajo.

«¿Una serpiente?», pensó. «No, un brazo. Un brazo fuerte. Alto, por el ángulo. Musculoso».

El agarre alrededor de su garganta se hizo más fuerte. No podía respirar.

Y, sin embargo, podía oler algo. El repugnante olor a colonia barata.

Pateó hacia atrás, golpeando el aire. Pateó de nuevo, golpeó carne, oyó un grito ahogado. Un hombre.

Entonces el agarre se hizo más y más fuerte.

No podía hacer llegar aire a sus pulmones. Abrió la boca. Ningún sonido. Ni siquiera podía emitir un jadeo. Templeton. O'Malley. Lucky. ¿Dónde estaban?

La cabeza empezó a darle vueltas. Puntos blancos danzaban ante sus ojos. Se estaba muriendo. Quienquiera que fuera este desgraciado, iba a matarla.

Lanzó una patada final con todas sus fuerzas, sintió que conectaba.

Algo frío y húmedo se presionó contra su mejilla. Luego, una voz áspera le susurró al oído. *Sé quién eres*.

Y entonces todo se volvió negro.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

—¡Steele! ¡Steele! ¿Estás bien?

Miranda abrió los ojos y vio el rostro regordete de Templeton flotando sobre ella. Le daba palmaditas en la mejilla con una mano de dedos rechonchos. Un poco demasiado fuerte.

Se incorporó y le apartó la mano de un manotazo.

—Basta. Sí, estoy bien, supongo.

Salvo que le dolía la cabeza. Se la palpó por detrás y encontró un chichón. Debía de habérselo hecho al caer.

—¿Qué pasó?

Miranda parpadeó hacia O'Malley, que estaba de pie a unos metros detrás de Templeton, sosteniendo a Lucky con la correa.

—No estoy segura.

¿Qué había pasado? En realidad no podía recordarlo. Había un hombre, pensó. Alguien la estaba asfixiando por detrás. Un mataleón brutal. Pero ¿cómo era posible? El perro lo habría sentido, ¿no?

Entonces recordó la viga que se había caído. Miró por entre la detective y el oficial y la vio tirada en el rincón. Debía de haberla golpeado en la cabeza.

Debía de haberse desmayado.

Pensó en los sueños que había estado teniendo últimamente. Leon regresaba, la perseguía escaleras arriba, la atacaba, le decía que nunca se libraría de él.

Debía de haber tenido otro cuando la viga la golpeó.

Mientras se preguntaba si podría contactar esa noche a la Dra. Wingate, su antigua terapeuta, se levantó y se sacudió el polvo.

Tomó su casco del suelo, donde había caído, y se lo metió bajo el brazo.

Vio una bolsa de plástico en la otra mano de Templeton.

—¿Encontraron algo?

—Sí, de hecho. Lucky encontró esto enterrado bajo un árbol en el límite de la propiedad. No estaba muy profundo —dijo Templeton mientras levantaba la bolsa.

Una cadena de oro opaco brilló bajo la luz del casco de Miranda, que todavía estaba encendida.

—¿Qué es?

—Es una tobillera. Tiene un corazoncito de oro con las iniciales A. T. grabadas.

Miranda se quedó mirándola.

—¿Crees que le pertenecía a Lydia Sutherland?

—Eso cree Lucky.

No probaba que Tannenburg la hubiera matado, pero era una buena prueba circunstancial. Si él le había regalado esa pulsera a Lydia, la recuperó esa noche como un trofeo y la enterró en su patio trasero.

—Entonces, ¿terminamos aquí?

Templeton se giró hacia O'Malley.

—¿Tú qué crees?

—No creo que consigamos nada mejor.

—Estoy de acuerdo —la detective se volvió hacia ella—. Te llevaré de vuelta al hotel, Steele, y luego pasaré por la estación para registrar esto. Mañana podemos empezar a trabajar en lo que le presentaremos al fiscal.

Miranda asintió en señal de aprobación.

—Suena bien.

Así que habían conseguido lo que habían venido a buscar. Misión cumplida. Pero mientras regresaban a sus vehículos, Miranda tuvo la sensación de que todavía les faltaba una pieza importante del rompecabezas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Era poco después de la una de la madrugada cuando Parker llegó al hotel. Mientras subía por el ascensor hasta el decimoctavo piso y se dirigía por el pasillo a la suite del hotel, lo único que quería era tomar a Miranda en sus brazos y hacerle el amor.

El viaje a Florida había hecho más que desconcertarlo. Lo había hecho anhelar una vida diferente.

Quería tomar a Miranda y llevársela lejos. A algún lugar lejano. A algún lugar seguro. Aunque en el fondo sabía que no existía tal lugar.

Al pasar la tarjeta en la puerta, se sintió muy viejo.

Entró, se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una de las sillas en la sala de estar. Luego, entró sigilosamente al dormitorio.

La luz estaba apagada. Miranda debía de estar dormida. Odiaba pensar en ella sola en esa habitación. Se acercó a un lado de la cama y extendió la mano para tocarla.

Lo único que sintió fue una almohada.

Encendió una lámpara en la mesita de noche. La cama estaba recién hecha. Vacía.

Sacó bruscamente el celular del bolsillo. Una llamada perdida de esta tarde. Ningún mensaje. Había tenido el teléfono apagado durante el vuelo de regreso. Marcó su número y esperó.

Saltó el buzón de voz.

Corrió al clóset y revisó su ropa. El conjunto que había usado esta mañana estaba colgado allí. Faltaban un par de jeans, una blusa de verano y una chaqueta.

Se pasó una mano por el cabello. ¿Dónde podía estar?

Volvió corriendo a la sala de estar. Dio una vuelta completa sobre sí mismo, revisando cada superficie del lugar. Pero la mucama debía de haber limpiado después de que Miranda regresara a casa para cambiarse. No había rastro de ella.

Demarco. Debía llamar a Demarco. No le importaba lo tarde que fuera.

Justo cuando estaba a punto de marcar el número del sargento, oyó que la puerta se abría.

Levantó la vista y vio a Miranda entrar.

El alivio lo golpeó como un chorro de agua fría en un caluroso día de verano, tan cortante como un cuchillo.

—Miranda —dijo—. ¿Dónde has estado?

Sus profundos ojos azules lo fulminaron como dagas.

—Trabajando. ¿Y tú dónde has estado?

—Lo mismo.

Su cabello rebelde estaba más enredado de lo habitual, y más hermoso en su desorden. Sus jeans tenían manchas grises en las rodillas. Tenía un rasgón en su saco color cerceta y una mancha en la mejilla.

—Parece que te peleaste. ¿Lo hiciste? —Las palabras salieron más mordaces de lo que pretendía.

Miranda se tensó mientras una oleada de ira la recorría. ¿Cómo se atrevía Parker a pararse ahí en su traje después de haber estado fuera todo el día y acusarla de hacer algo malo?

Pero contuvo su temperamento.

Se quitó la chaqueta y pasó junto a él encogiéndose de hombros.

—Templeton y yo fuimos a la finca Tannenburg.

Parker la siguió hasta el dormitorio.

—¿En Evanston?

—Ahí estaba la última vez que me fijé. —Empezó a desvestirse y se vio de reojo en el espejo.

Una línea de hollín negro le recorría un lado de la cara. Parecía una jugadora de fútbol americano. Con razón Parker parecía tan preocupado. No, él se preocuparía sin importar cómo se viera ella.

—¿Por qué fuiste allí a estas horas de la noche? —Todavía había acusación en su tono.

Tomó un pañuelo de papel del tocador y empezó a limpiarse la cara. Le dolía la cabeza.

—Templeton tiene un amigo en la unidad K9. Fue lo más temprano que pudo escaparse. El perro encontró algo.

—¿Qué era?

—Una tobillera. Estaba enterrada en la propiedad. Tenía las iniciales de Tannenburg.

Parker lo consideró por un momento.

—Eso no probaría que él mató a Lydia Sutherland.

Miranda se encogió de hombros y tiró el pañuelo a la basura.

—Es circunstancial. Templeton quiere intentar pasarle el caso al fiscal y dejar que los federales intenten encontrar a Tannenburg.

Parker tenía una expresión extraña en los ojos, pero no dijo nada. Miranda quiso decir: «Te toca». Quería preguntarle qué diablos estaba haciendo en Florida. Quería exigirle que le dijera la verdad.

Pero eso llevaría a una pelea y no tenía estómago para una discusión esa noche. Necesitaba dormir un poco.

Se arrastró hasta el baño, se enjuagó la suciedad de la aventura de esa noche y se metió en la cama.

Parker ya había apagado la luz y se había acostado. Para evitar sus preguntas, sin duda. Ni siquiera se había molestado en dar las buenas noches.

No te preocupes, amigo, pensó Miranda mientras se subía las sábanas y se apartaba de él rodando sobre sí misma. Mañana nos vemos las caras.

Si no tenía otra «entrevista».

Estaba a punto de quedarse dormida cuando sonó su celular. Se incorporó de golpe y lo tomó de la mesita de noche.

—¿Diga?

—¿Steele? —Era Templeton.

Parker se movió a su lado.

—¿Quién es?

—Templeton —le dijo—. Espera. Te pondré en altavoz. —Presionó un botón y dejó el teléfono sobre la manta entre ellos—. Adelante.

—Disculpa que llame tan tarde.

—No pasa nada. ¿Todavía estás en la comisaría?

—Sí. Vine a registrar esa evidencia como dijimos.

—De acuerdo.

Hubo una pausa. Luego Templeton continuó, sonando un poco extraña.

—Cuando llegué a mi escritorio, el informe me estaba esperando.

Miranda frunció el ceño.

—¿Qué informe?

—Los resultados del kit de violación.

El estómago de Miranda se tensó. Se volvió hacia Parker y vio que sus ojos grises estaban tan serios como siempre.

—¿Cuáles fueron, detective? —preguntó él.

Tras otra pausa, Templeton respondió con el tono rígido y formal que utilizaba con Demarco.

—Un donante. Sin contaminación. Perfil masculino de una sola fuente.

Miranda no esperó el resto.

—Lo tenemos, ¿verdad? ¿El donante era Tannenburg?

Templeton soltó un suspiro.

—Parece que estábamos muy equivocadas con eso.

Miranda no podía creer lo que Templeton acababa de decir.

—¿De qué hablas? Tenemos un testigo presencial que lo vio salir de la casa de Lydia Sutherland la noche del incendio.

—El testigo podría haberse equivocado.

Se llevó una mano a la cabeza, cada vez más frustrada por momentos.

—¿Cómo puedes decir eso, Templeton? El vecino me pareció fiable. Tenemos a la mesera y las cartas de Lydia que afirman que estaba enamorada del tipo. Tannenburg estuvo allí esa noche.

—Si lo estuvo, no hubo ningún jueguito entre él y Sutherland. No esa noche.

El ceño de Parker se frunció aún más.

—¿Está diciendo que los resultados del kit de agresión son negativos?

Templeton soltó una risa sombría.

—No, son positivos. Como dije, un donante. Pero no era Tannenburg.

—¿Quién fue entonces? —exigió Miranda.

Templeton guardó silencio.

Miranda miró a Parker y vio la expresión más extraña que jamás había visto en sus ojos.

Volvió a dirigir su atención al teléfono.

—¿Templeton? ¿Sigues ahí?

Finalmente, la detective habló.

—Lo siento, pero esto es difícil de digerir.

Miranda sintió que se le secaba la garganta. ¿Qué estaba pasando aquí?

—¿Difícil de digerir?

—Sí. Odio decirlo, pero fue un policía. Busqué su historial. Lo despidieron hace años, gracias a Dios.

Un escalofrío recorrió la espalda de Miranda.

—¿Un policía?

—Sí, yo tampoco podía creerlo. Pero su ADN estaba en los archivos, así que tenemos una coincidencia sólida.

—¿Quién era?

—Un oficial que solía trabajar en el departamento de Oak Park.

—¿Oak Park? —susurró Miranda.

—Correcto.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Leon Groth.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Miranda se dejó caer de nuevo en la almohada, sintiéndose como si todavía estuviera atrapada en una de sus pesadillas. Le martilleaba la cabeza. Le dolía todo por dentro. Tenía el estómago revuelto, como si tuviera gripe.

¿Leon?

¿Fue *Leon* quien violó a Lydia Sutherland y le prendió fuego a su casa? ¿Cómo podía ser? Ella estaba casada con él en ese entonces. De alguna manera, su ADN había llegado al archivo de la base de datos nacional. Probablemente cuando lo despidieron de la policía años atrás. O quizá después de lo que pasó en Lake Placid.

Pero no podía ser él. Maria Esposito dijo que vio a Tannenburg marcharse esa noche en su auto. No, debía de estar equivocada, como dijo Templeton. Como les dijo la vecina, había pasado mucho tiempo.

Miranda se sintió más enferma y mareada mientras más olas de verdad la golpeaban. Leon la había engañado. Había violado y matado a una mujer en el vecindario de al lado y ella nunca tuvo ni la menor idea. ¿Qué tan estúpida había sido? ¿Qué tan ciega?

—Miranda. ¿Estás bien?

Miranda giró la cabeza y encontró a Parker inclinado sobre ella, escrutándola con profunda preocupación. Un momento antes, ni siquiera se había percatado de su presencia.

Se cubrió el rostro con las manos. —Fui tan estúpida —murmuró, casi para sí misma—. Fui una idiota crédula.

Parker se atrevió a tocarle el brazo, pero nada más. Si presionaba demasiado, temía que su esposa volviera a caer en ese lugar oscuro

al que solía ir cuando la conoció. Con razón había estado teniendo pesadillas tan horribles. Debía de haber presentido que su exmarido estaba involucrado en este caso de alguna manera. Tenía la habilidad de ver esas cosas con su intuición. Y, aun así, esta noticia la había tomado por sorpresa.

Pero para él, la revelación tenía perfecto sentido.

Lydia Sutherland era la conexión entre Groth y Tannenburg. La razón por la que Groth había ido a ver a Tannenburg a la cárcel quince años atrás. Maria Esposito no se había equivocado. Tannenburg había estado allí esa noche, había sido testigo de la violación y el asesinato de Lydia Sutherland por parte de Groth. Pero, de algún modo, Groth había manipulado las pocas pruebas que había para que apuntaran a Tannenburg; eso era lo que le dijo a Wolak que tenía contra Tannenburg. En la cárcel, hizo un trato con el joven. Probablemente le prometió que saldría libre si desaparecía. Después de que Tannenburg fue liberado, Groth pudo haberlo matado. Ahora no había testigos y el caso se había enfriado.

Parker no iba a decirle eso a Miranda. Nada de eso. Ni ahora. Ni nunca.

De repente, ella se incorporó.

—¿Qué pasa? —La preocupación por ella le dio una punzada en el estómago.

Miranda se apartó el pelo de los ojos mientras su mente comenzaba a salir de su estupor. —Hoy fuimos a ver a la hermana de Lydia. Tenía cartas que había guardado de esa época. Lydia se refería a sus novios con términos de arte.

Parker se sentó en la cama junto a ella, atreviéndose a posar una mano sobre su espalda. —¿Términos de arte?

—Les ponía nombres de artistas u obras de arte. Quería mantenerlo en secreto. No quería que sus padres se enteraran, así que ni siquiera le dijo sus nombres a su hermana.

—De acuerdo.

—A uno de ellos lo llamaba David o Apolo. Ya sabes, ¿la estatua que hizo Miguel Ángel?

—Sí, la conozco.

—Me imaginé. Pensamos que ese era Adam Tannenburg. Pero había otro. Lo llamaba Rembrandt. Pero no solo Rembrandt. Su Rembrandt *de pelo oscuro*. —Se giró hacia Parker, boquiabierta, sintiendo como si la viga podrida de esa vieja casa que se había caído esa noche la hubiera golpeado de lleno en el pecho, dejándola sin aliento—. Ese tenía que haber sido Leon.

Su mente comenzó a rebelarse. No, pensó. Esto no estaba bien. Templeton tenía que estar equivocado. ¿Cómo podía ser verdad?

Entonces recordó que hubo una época en que Leon hacía muchos turnos dobles. O eso había dicho. Fue por las fiestas de fin de año de ese año.

Debía de haber estado viendo a Lydia entonces.

¿Lydia lo llamaba su *Rembrandt*? No lo conocía muy bien, ¿verdad? Pero Leon también había sido amable con ella cuando lo conoció. Hasta que lo contrarió.

Eso debió de ser lo que pasó esa noche. Lydia hizo algo que a Leon no le gustó. Le dio un ataque de ira y la estranguló. Miranda conocía la sensación de esas manos alrededor de su propia garganta. Había tenido suerte de que el cabrón nunca hubiera llegado tan lejos con ella.

Y cuando esa pobre e ingenua chica estuvo muerta, lo ocultó todo prendiéndole fuego a la casa.

—Dios santo —susurró.

Se giró hacia Parker y vio que sus pensamientos reflejaban los suyos. Podía verlo en sus ojos.

Y también vio culpa allí.

Él la atrajo hacia sí. —Oh, mi amor. Mi amor. Si lo hubiera sabido, nunca te habría traído aquí.

Ella se apartó. —Pensé que Demarco había solicitado nuestra ayuda.

—Y así fue. Pero debería haberme negado. Nunca debí haber aceptado un caso aquí. Lo siento mucho.

—Está bien. Estoy bien. —Se soltó de su agarre, sintiéndose desorientada y extraña. La estaba tratando como a una niña otra vez y no le gustaba. Y le gustaba aún menos lo que acababa de revelar a medias.

Parker los había traído aquí a propósito. Odiaba que ella estuviera pasando por todo esto, pero aun así le estaba ocultando algo. Quería hablar de ello. Quería que pusieran las cartas sobre la mesa. Pero no podía afrontarlo esa noche. No esa noche.

—Solo necesito dormir un poco —dijo.

Él le tocó el pelo con ternura. —Sí, lo necesitas. Te ves agotada.

—Gracias —dijo ella con una risa anémica mientras ponía su celular en la mesita de noche y la cabeza en la almohada.

Parker apagó la luz.

Esta vez ella se giró hacia él, hundiendo el rostro en su hombro. Aunque estuviera enfadada con él, necesitaba su calidez, su consuelo. De alguna manera, a pesar de todo, él la hacía sentir bien. Deseada.

Cerró los ojos, esperando que esa calidez ahuyentara las pesadillas.

Justo cuando se estaba quedando dormida, una pregunta flotó en su mente. Una pregunta sin pronunciar que había estado al borde de su conciencia desde la llamada de Templeton. Una pregunta simple. Una pregunta sin respuesta.

Si Leon mató a Lydia Sutherland, ¿qué papel jugaba Adam Tannenburg en todo esto?

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

—¿Estuviste *casada* con este tipo?

Miranda reprimió la incómoda y vergonzosa sensación de humillación en su estómago y miró a Templeton directamente a sus inexpresivos ojos marrones. —Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Y ahora está muerto? —preguntó Demarco.

Los cuatro estaban sentados en una sala de interrogatorios al final del pasillo del área de Homicidios en la estación de Larrabee. Demarco, Templeton, Parker, Miranda. Las pruebas del caso de Lydia Sutherland estaban ante ellos, esparcidas sobre la mesa.

Miranda había pasado la última media hora repasando su antigua relación con Leon Groth y los detalles de su muerte. A su lado, Parker permaneció callado la mayor parte del tiempo, sabiendo que ella quería encargarse de eso sola.

Respiró hondo otra vez para controlarse y se volvió hacia el sargento. —Parecía bastante muerto cuando le disparé.

Demarco la miró con una mezcla de conmoción y admiración.

—Los registros relativos a la muerte del señor Groth están archivados en el estado de Nueva York —dijo Parker—. Deberían ser fáciles de encontrar. Además, el caso fue ampliamente cubierto por las noticias en su momento.

Demarco se reclinó, con el palillo en la boca quieto para variar. Luego cerró la carpeta que tenía delante. —Entonces, diría que podemos declarar cerrado el caso de Lydia Sutherland.

Nadie a quien perseguir. Nadie a quien procesar. Miranda se había encargado de eso casi un año atrás.

Así que eso era todo.

Parker salió de la sala con Demarco para discutir los secretos que estuviera ocultando mientras Miranda ayudaba a Templeton a recoger las pruebas para devolverlas al almacén. Esta vez, con los casos cerrados.

—Debo decir que he disfrutado trabajar contigo en este caso, Steele.

Miranda no había pensado que escucharía eso de la mujer a la que le había molestado que viniera de Atlanta y tomara el control. Pero había llegado a respetar a Templeton.

—Igualmente —dijo ella.

—Aprendí mucho de ti.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

—Persistencia. Paciencia. A no andar por ahí con resentimiento.

¿Templeton había aprendido todo eso de ella? Bastante gracioso viniendo de alguien que era conocida por su mal genio y que solía cargar un resentimiento tan grande como la Torre Sears.

—Supongo que aprendí durante el último año que simplemente no vale la pena.

—Espero poder recordarlo cuando trabaje con Kadera.

Miranda rio. —Si puedes mantener la calma cerca de él sería un verdadero logro.

Riéndose, Templeton tomó la bolsa de plástico con la pulsera de tobillo que Lucky había encontrado la noche anterior. Bajo las duras luces fluorescentes, el oro todavía tenía un brillo opaco a pesar de su antigüedad y deslustre.

—¿La quieres? —dijo.

Miranda frunció el ceño. —¿Qué quieres decir? Sigue siendo una prueba.

Templeton levantó un hombro fornido. —¿De qué? Adam Tannenburg no mató a Lydia Sutherland.

Y la muerte de su madre en ese incendio probablemente había sido un desafortunado accidente, como había declarado el informe del jefe de bomberos.

¿Pero para qué querría una vieja pulsera de tobillo que había pertenecido a alguien que su exmarido había matado? Miranda no

estaba segura, pero algo en la forma en que la luz incidía en esas iniciales la intrigaba.

A.T.

Extendió la mano. —Claro. Me la quedo.

Y Templeton abrió la bolsa y la vació en su palma.

###

Ella y Templeton manejaron hasta el centro en su SUV para ver a Dawn Sutherland en su galería de arte. Al principio, la mujer se sorprendió ante la noticia de que su hermana había sido asesinada por un policía. Lloró un poco y abrazó tanto a Miranda como a Templeton, agradeciéndoles una y otra vez por no dejar que el caso de su hermana muriera con ella.

Cuando salieron de la galería, Miranda vio que la aceptación se apoderaba de la mujer. Por fin, Dawn Sutherland tenía un cierre. Ante ese pensamiento, una sensación de profunda satisfacción se instaló en el corazón de Miranda.

Este caso definitivamente había valido la pena.

Se encontró con Parker de vuelta en la estación y se despidió de Demarco y Templeton. Sus maletas ya estaban hechas, así que partieron hacia el aeropuerto en el auto de alquiler. El auto había cambiado, notó Miranda por segunda vez esa mañana.

Parker debió de haber devuelto el Audi cuando fue a Florida.

No iba a sacar el tema todavía. Pero cuando llegaran a casa, se las vería con él.

Entonces recordó que mañana era su aniversario.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Era bien entrada la tarde.

Estaban de vuelta en Atlanta, en el dormitorio principal de la mansión Parker, desempacando. Miranda tiró su ropa sucia en el elegante cesto de latón para que el personal la recogiera por la mañana. Estar casada con Parker tenía sus ventajas.

Pero su mente no estaba en las ventajas. Estaba de vuelta en Chicago, en el caso Sutherland. Específicamente, en Adam Tannenburg. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué había cambiado su identidad y huido?

Probablemente nunca lo sabría.

Y luego su mente se desvió hacia aquellas entrevistas de Parker.

Ahí estaban. En casa. Sin ningún caso en qué pensar. Sin cabos sueltos que atar. Era demasiado tarde para ir a la oficina. Todo el mundo se estaría yendo por el fin de semana. Mañana era sábado y la fiesta que Fanuzzi organizaba para ellos. Se dio cuenta de que todavía no le había comprado un regalo a Parker.

Pensó en aquellos mensajes de texto de su viejo celular. Los que le había estado ocultando. Confesarlos sería un buen regalo. Y si ella se sinceraba sobre ellos, quizá él se sinceraría sobre aquellas entrevistas.

Parker estaba en el vestidor, preparando los trajes que había usado en Chicago para la tintorería. Con un aspecto tan apuesto e imperturbable como siempre, todavía llevaba la impecable camisa blanca y los pantalones de vestir color carbón que había usado en el avión. Ella se había puesto unos jeans y una camiseta sin mangas roja para viajar y todavía los llevaba puestos.

Pasando la mano por la cómoda, se aclaró la garganta.

Él se giró hacia ella, con una ceja oscura y expresiva levantada. —¿Qué pasa?

—Tengo algo que decirte.

Sus ojos grises eran agudos, penetrantes. —Yo también tengo algo que decirte.

Su corazón dio un vuelco. ¿Iba a contarle lo de las entrevistas en Chicago? ¿Iba a decirle la verdad?

—Tú primero —lo animó ella.

—Mañana es nuestra fiesta de aniversario.

—Sí. Lo sé. —Forzó una risita tensa—. ¿Creíste que lo iba a olvidar?

Él no respondió. En lugar de eso, se acercó a ella y le tomó la mano. —Pensé que podríamos tomarnos un tiempo libre después de la fiesta. Quizá volver a las montañas del norte de Georgia por unas semanas.

¿Eso era lo que tenía que decir? Acababan de estar en las montañas antes de este caso. Se soltó de su agarre y volvió a su maleta abierta sobre la cama.

Tomó una camiseta y empezó a doblarla. —Qué tonta soy —soltó —. Creí que quizá me confesarías a dónde fuiste en Chicago durante esas "entrevistas".

Parker permaneció en silencio.

—Supongo que era mucho pedir.

Ella levantó la vista y vio que los ojos de él echaban chispas y el músculo de su mandíbula se tensaba. Eso solo hizo que el temperamento de ella se encendiera.

Luchó con la camiseta. No se dejaba doblar.

Todavía peleando con ella, se volvió hacia él. —Sé que Demarco no nos llamó para el caso Sutherland. Tú maniobraste para que entráramos. Lo que no sé es por qué.

Él la miró fijamente durante un largo momento, con el pecho agitado. Al fin habló en un tono bajo y oscuro que era un poco aterrador. —¿De verdad quieres saber qué estaba haciendo en Chicago?

Ella soltó la camiseta y se puso una mano en la cadera. —Sí, de verdad quiero saber.

Su mirada era la larga y metálica que dedicaba a los criminales. Como si estuviera sopesando si ella podría soportar lo que tenía que decir.

—Tienes razón, Miranda —dijo al fin—. No estaba entrevistando a posibles empleados para la Agencia. Estaba entrevistando a violadores convictos. Estaba buscando al padre de Mackenzie.

—¿Qué? —Miranda se dejó caer en la cama, más aturdida que si él le hubiera soltado un puñetazo en seco.

Por un momento no pudo respirar.

La cabeza le daba vueltas con sus palabras. ¿Parker había estado buscando al padre de Mackenzie? ¿Al hombre que la había violado hacía quince años?

Lo miró fijamente desde el otro lado de la habitación. Ya no lo conocía. —¿Cómo pudiste hacer eso, Parker? ¿Cómo pudiste hacer algo que traería a ese desgraciado de vuelta a mi vida? ¿A nuestras vidas?

Él se giró, con el rostro tan duro y frío como un iceberg. Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó algo y lo arrojó sobre la cama junto a ella.

—Parece que ya está en tu vida.

Miró lo que yacía sobre el colchón y la habitación empezó a tambalearse.

Se levantó y retrocedió, alejándose de aquello como si fuera una serpiente. Le dolía el pecho por los latidos. El dolor igualaba los martillazos en su cabeza. De nuevo no podía recuperar el aliento.

Su celular.

Parker tenía su viejo celular. Lo había estado llevando en el bolsillo. Tenía razón. Él sabía lo de los mensajes de texto.

—¿Cuánto tiempo lo has tenido? —le espetó.

—Desde que volvimos de Brasil. Lo encontré en el escritorio de Dave Becker en el laboratorio.

Oh, Dios mío. Se llevó una mano a la cabeza. —¿Becker…?

—No lo culpes a él —gruñó Parker—. Lo obligué a decirme qué estaba haciendo con él.

No podía hablar. No sabría qué decir si pudiera. ¿Su compañero de trabajo, el hombre por el que había arriesgado su vida hacía unas semanas, había roto su promesa y le había contado su secreto a Parker? ¿Y ahora Parker estaba buscando al autor de esos textos a sus espaldas? ¿Y él pensaba…?

Se llevó una mano a la cabeza, tratando de evitar que la habitación terminara de ponerse patas arriba. —Espera. ¿Crees que el hijo de perra que me atacó me envió esos mensajes?

—Aún no lo he determinado. —Su voz era tan fría como el hielo.

—¿Qué has determinado?

—Todo lo que sabemos es que la primera llamada se originó en Chicago.

¿Chicago? Por eso habían ido a Chicago. —¿Y crees que… por eso… la persona que llamó era el hombre que… el hombre que es el padre de Mackenzie?

Se metió las manos en los bolsillos con la misma naturalidad que si estuviera viendo un partido de béisbol. —Es una posibilidad que quería eliminar.

—¿Una posibilidad? ¿Una posibilidad? —Hablaba como si el hombre que la violó fuera un número en una hoja de cálculo—. No hagas esto, Parker. No saques a esa cucaracha de dondequiera que se esté escondiendo. —Tomó el celular y lo agitó hacia él—. Esta persona que llamó era solo un loco. Un exhibicionista de los medios, un tipo de algún lugar que quiere atención. O una mujer. Quizá un niño.

—No lo sabes.

—Tú tampoco sabes que no lo sea.

—No puedo arriesgarme. Además, Mackenzie quiere encontrar a su padre. Y lo hará tarde o temprano. Es mejor que lo hagamos nosotros primero.

—¿Nosotros? No recuerdo que me consultaras. —Le arrojó el teléfono de vuelta.

Él sacó una mano del bolsillo y lo atrapó. Con la mandíbula apretada, se dio la vuelta.

Ella no podía soportar esto. ¿Por qué le había ocultado todo? —Teníamos un trato —dijo en voz alta—. Nos hicimos una promesa en

Londres. No más secretos. ¿No te acuerdas?

De espaldas a ella, levantó el rostro hacia el techo y se rio. Una risa profunda, oscura y peligrosa. Luego se dio la vuelta y sus ojos brillaron con ese mismo peligro.

—¿Te atreves a preguntar si *yo* recuerdo esa promesa? Fuiste tú quien la rompió primero. —Levantó el teléfono.

De acuerdo, tenía razón. Debería haberle hablado de esos mensajes mucho antes. Su conciencia la había atormentado desde que recibió el primer mensaje.

Pero tenía una buena razón para no decir nada. —No quería preocuparte. Ya te preocupas bastante por mí.

—Diría que no me preocupo lo suficiente por ti.

Ella agitó una mano hacia él. —¿Ves? A eso me refiero. Sé cómo te pones.

—Y yo sé cómo te pones tú. Por eso… —Se detuvo y se apoyó en la cómoda como si luchara consigo mismo.

Parker forzó el aire en sus pulmones, forzándose a calmarse. No quería pelear. No quería discutir con Miranda de esa manera, pero ella lo hacía enojar tanto. Podía hacerle perder el control de sus sentidos más rápido que cualquier mujer que conociera. Pero tenía que protegerla. Esta vida que habían estado llevando, esta profesión era demasiado peligrosa para ella, demasiado dañina para su psique.

Se pasó una mano por la cara. —No quería que fuera así.

Miranda sintió un escalofrío recorrerle la espalda. —¿Que *qué* no fuera así?

—Quiero empezar una nueva vida, Miranda.

Con el corazón detenido, lo miró fijamente. —¿Qué clase de vida?

—Una vida más fácil. Una vida a un ritmo más lento.

Volvió a dejarse caer en el borde de la cama, con el estómago revuelto. —¿Qué quieres decir?

Él se acercó, apartó la maleta de ella y se sentó a su lado. —Quiero decir que quiero retirarme de la Agencia y vivir el resto de mis días contigo en paz.

Se le hizo un nudo en la garganta. —¿Qué? ¿Qué hay de Parker y Steele Consulting?

Él tomó la mano de ella, la volteó y comenzó a trazar ociosamente las líneas de su palma con el dedo. —La voy a cerrar.

Ella apartó la mano. —¿Cerrarla? ¿Cerrar Parker y Steele Consulting?

Su apuesto rostro estaba surcado por arrugas que no había notado antes. Había más canas esparcidas en su sexi cabello entrecano. Sus ojos eran agudos, pero había un cansancio en ellos.

—Se acabó, Miranda —dijo suavemente—. No podemos seguir así. Uno de nosotros terminará muerto.

¿Muertos? No estaban muertos. Estaban vivos y bien. Habían superado tantas cosas.

—Y entonces quieres cerrar Parker y Steele Consulting. —Lo repitió solo para asegurarse de que no estaba oyendo cosas.

—Sí —dijo con la firmeza de un presidente de banco negando un préstamo.

Se llevó las manos a la cara. Esto no podía ser verdad. Parker no podía estar hablando en serio. Pero en el fondo sabía que era exactamente lo que quería decir. Había estado preocupado por ella desde que comenzaron esta empresa. Preocupado de que algún psicópata la matara. Preocupado de que la perdiera como había perdido a su primera esposa, Sylvia. Como había perdido a su primer amor, Laura.

Podían arreglar cualquier cosa. Cualquier problema entre ellos. Los secretos que habían guardado. Las cosas que habían hecho a espaldas del otro.

Pero no podían arreglar esto.

Y aun así, tenía que intentarlo. —Quizá solo necesites un descanso. Nos tomaremos esas largas vacaciones de las que hablabas. Será mi regalo de aniversario para ti. —Forzó una risa desesperada—. Todavía no te he comprado nada.

Él sonrió con tristeza y negó con la cabeza. —No sería suficiente. Ese no es el problema.

No, el problema era que él estaba demasiado ansioso por ella y su bienestar. No creía que pudiera cuidarse sola.

Lo intentó de nuevo. —Parker, fuiste tú quien me trajo a la Agencia.

—Sí, lo hice.

—Dijiste que tenía potencial.

Él asintió para complacerla. —Tienes talentos extraordinarios como investigadora.

—Y tú también. Eres uno de los mejores en el negocio. No puedes alejarte de esto.

Su rostro era de granito. —Puedo y lo haré. Todo llega a su fin, Miranda.

Eso era cierto. Podía sentir cómo todo se le escapaba en ese mismo momento. Se sentía como si el suelo bajo sus pies se hundiera como un barco perdido. Estaba sola, a la deriva en el océano, las olas a punto de hundirla.

Se apartó el cabello de la cara. ¿Cómo podía querer retirarse? Solo tenía cuarenta y cinco años. ¿Acaso los casos en los que habían estado le habían pasado tanta factura? Supuso que sí. Eso y su ansiedad por la seguridad de ella.

Miró alrededor de la habitación, observando sus rasgos familiares. Las cortinas de gasa gris contra las altas ventanas arqueadas, las paredes azules de diseñador, los muebles de cerezo y ciruela. La enorme cama con su sedoso edredón blanco donde hicieron el amor por primera vez. El rincón de la sala de estar donde le contó a Parker por primera vez sobre Leon y la pesadilla que le había sucedido hacía quince años.

Se sentía mareada, con náuseas. Esto no podía estar pasando.

—Parker —dijo, con la voz como un susurro ronco—. Sabes que este trabajo es mi destino.

—No puedes cumplir tu destino si no estás viva, Miranda.

Y si no lo cumplía, bien podría estar muerta. ¿Por qué no lo entendía?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. La pura incredulidad giraba en su cerebro. —Ya no te conozco.

—Miranda…

Levantó una mano. —Parker, te amo. Lo sabes. Nunca he amado a ningún hombre como te amo a ti. Ningún hombre ha hecho tanto por mí como tú. Pero yo… —Su voz se quebró y las lágrimas la ahogaron—. No puedo vivir sin mi trabajo.

Él intentó tomar su mano de nuevo. —Solo tendrías que acostumbrarte a la idea. Nos tenemos el uno al otro.

—Esto no tiene sentido. Fuiste tú quien me dio este trabajo. Tú me diste esta oportunidad, me diste aquello por lo que vivo.

—Y ahora es tiempo de simplemente vivir.

Era tan imposiblemente terco. ¿Por qué no la escuchaba? —No puedo hacer eso, Parker. Simplemente no puedo.

Él se quedó en silencio. Impasible.

No cambiaría de opinión sin importar lo que ella dijera. Lo veía ahora.

Ella soltó la mano de él y se puso de pie. Su mirada se desvió hacia su maleta abierta. —Supongo que no debería haber desempacado.

Él se levantó de un salto, intentando alcanzarla. —Miranda, no puedes irte.

Ella lo apartó. —Creo que voy a tener que hacerlo, Parker. A menos que cambies de opinión. —Era un último clavo ardiendo al que aferrarse.

Él la sujetó por los brazos, la fijó con la mirada, sus ojos tan inflexibles como su corazón. —No puedo cambiar de opinión, Miranda. No funcionará.

Por supuesto que no.

—Y yo tampoco puedo cambiar de opinión. —Se soltó de su agarre y se dirigió a la puerta—. Dormiré en uno de los dormitorios de invitados esta noche. Me iré mañana.

—Mañana es nuestro aniversario. —Ahora su voz era aguda y amarga.

Su aniversario.

Se llevó la mano a la cara, intentando contener las lágrimas. No funcionó. Se derramaron de sus ojos y corrieron cálidas por sus mejillas.

Giró la cabeza y le sonrió con tristeza. —Supongo que tenía razón. No pensé que duraríamos un año.

Él solo la miró fijamente.

Y con el corazón rompiéndose en pequeños pedazos que sabía que nunca se repararían, se dio la vuelta y recorrió el largo y oscuro

pasillo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Me llaman Humo.

Estoy aquí. Estoy allá. Me arremolino a tu alrededor, me hago denso y fuerte. Y antes de que te des cuenta, estoy en tu garganta, asfixiándote.

Puedo ser tu cita a ciegas. Puedo ser el amigo de tu hermana. Puedo ser tu vecino de al lado. Puedo ser tu agente inmobiliario. Puedo ser quien yo quiera.

Y ni siquiera sabrás que estoy ahí. Hasta que sea demasiado tarde.

Necia, necia mujer. ¿En qué estaba pensando, husmeando en Evanston tan tarde por la noche? Casi muere en esa vieja propiedad. Hasta que intervine. Morir aplastada bajo una viga podrida no es la forma en que pretendo que muera.

Tengo un plan mucho mejor.

Y el plan casi está listo. Ah, creen que lo han resuelto todo. Creen que conocen todas las respuestas. Pero no tienen ni la menor idea.

Pero pronto lo sabrán. Pronto lo sabrán todo. Pero para entonces será demasiado, demasiado tarde.

Y por fin ganaré. Por fin será mía.

La que se me escapó.

###

Gracias por leer *Prueba de fuego*. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.
